
Diamond
GARCÍA DE SAURA

DIAMOND

1ª edición

© García de Saura, 2025
© Corrección y maquetación: García de Saura
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Esta es una obra de ficción. Los lugares que se describen, los nombres, personajes, y sucesos que aparecen en la novela son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, empresas o similares es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Artículo 270 y siguientes del Código Penal español).

Nota de autora

Si has llegado hasta aquí, prepárate.

Esto no es un cuento de hadas. Es algo más crudo, más real…, más peligroso. Y sí, también más adictivo.

Aquí las reglas cambian. Y puede que, cuando cierres este libro, no vuelvas a ser la misma.

Aunque te prometo una cosa: vas a sentir.

García de Saura

Sígueme en **AMAZON** para enterarte de todas las ofertas, promociones y lanzamientos.

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Epílogo
Bibliografía
Biografía
Puedes localizarme en:
Citas
Premios, logros y reconocimientos
Agradecimientos

A todas las mujeres que alguna
vez creyeron no tener salida.
Aquí tenéis un diamante...

Y una bala con su nombre.

Capítulo 1

Zoya

—¿Quién da más? —vuelve a preguntar el subastador.

Su voz se ahoga por un instante por las murmuraciones discretas de los asistentes. Multimillonarios, vestidos con trajes impecables, alzan sus paletas numeradas con la misma indiferencia con la que podrían estar apostando en un casino de Montecarlo. El aire huele a dinero y perfume caro. A cuero y madera encerada. Fragancias de un mundo de sonrisas falsas y ambiciones desmedidas que reconocería entre un millón, y al que pertenezco y observo desde mi posición con una copa de champán en la mano.

—Lo estás haciendo otra vez —murmura Vencislav a mi lado, con tono suave, controlado, pero con esa advertencia velada que solo yo soy capaz de detectar.

—¿El qué? —le demando, a pesar de que ya conozco la respuesta.

—Solo una mujer vulgar terminaría su copa antes que la subasta. Bebe más despacio.

«Como si eso fuera posible. Si fuese por mí, me habría bebido una botella con el segundo caballo».

—No estoy bebiendo deprisa —me atrevo a rebatirle. Pero al ver su mirada, pronto me excuso—. No me gusta el champán caliente, por eso pretendía acabarla para que me la cambiaran, eso es todo.

—Si no está frío, no necesitas terminarlo. —Acto seguido, con un solo gesto, avisa a uno de los camareros para que me traigan otra.

Con mi nueva copa en la mano, Vencislav me dedica un amago de sonrisa que no le alcanza a la mirada, mientras sujeta mi muñeca con la mano enguantada en su impoluto guante blanco, su marca personal. Nadie le ha visto jamás sin ellos, como si su piel no debiera tocar nada directamente, como si el mundo fuera demasiado sucio para él. De ahí su apodo: *Guante Blanco*. Sus manos han sellado acuerdos y manipulado fortunas, pero también, impartido castigos y tomado vidas sin un solo titubeo. Jamás se manchan. Ni un atisbo de suciedad, ni una huella que lo delate. No lleva un anillo sobre el guante, no necesita exhibirlo. Su sello de poder se encuentra en otro lugar: en el diamante tallado que corona su bastón. Mucho más grande, más opulento. Una declaración de supremacía con cada paso que da.

La subasta continúa. Miro mi copa y suspiro, esperando que llegue el único momento que me interesa de esta noche. Mi único papel aquí. Él lo sabe, yo lo sé. El resto solo ve la imagen de la esposa perfecta, observando con atención la puja, con una elegancia impecable que no permite que nadie adivine mi apatía.

El cuarto ejemplar es la yegua que todo el mundo espera ver y el motivo por el que estamos aquí. Es una auténtica joya de pelo negro brillante, hija de un líder semental, con un porte majestuoso y movimientos impecables. Su precio inicial ya supera los dos millones de levas búlgaras, el equivalente a un millón y pico de euros o

dólares americanos. No entiendo demasiado de caballos, pero hasta el más inexperto podría darse cuenta de que no se trata de un ejemplar cualquiera. Aunque para la mayoría no es la yegua en sí lo que se valora, sino el prestigio que va unido a ella. Como todo en este círculo. No se trata de lo que eres, sino de lo que aparentas.

—Un millón y medio —anuncia el subastador, con voz firme y clara, amplificada por los altavoces del salón—. ¿Alguien ofrece un millón setecientos cincuenta mil?

Uno de los asistentes alza con rapidez su paleta y la cifra comienza a ascender.

—Un millón setecientos cincuenta mil al número dieciocho. ¿Quién da más? ¿Dos millones? ¿Alguien ofrece dos millones?

En las enormes pantallas que cuelgan de las paredes forradas en madera, la cifra parpadea durante un instante antes de actualizarse. Las paletas siguen alzándose con precisión mecánica mientras la élite del salón se disputa la joya equina de la noche. Los multimillonarios intercambian miradas estratégicas, algunos con el ceño fruncido, otros con sonrisas satisfechas, midiendo a sus oponentes con cada oferta. Las cifras suben con una cadencia casi hipnótica, alimentadas por el ego y la necesidad de dominar. Hasta que una voz profunda, salida de entre las sombras, rompe la monotonía con una puja inesperada.

—Cinco millones. —Su voz grave y firme lo delata. No necesito girar la cabeza para saber de quién se trata, aunque aun así lo hago. Es Drago Markov, conocido como *Diamond*, y líder de la competencia o, como dice Vencislav, del clan enemigo.

El apodo de *Diamond,* nombre que comparte con el de su empresa*,* no es solo un reflejo de su imperio, sino de su esencia.

Duro, indomable, forjado bajo presión. En la alta élite, los Markov son vistos como bárbaros, salvajes. Hombres sin clase que no encajan en sus círculos de lujo y diplomacia. Su vanidad les lleva a creer que no necesitan aceptación. *Diamond* no es solo un nombre, es un aviso: él no se dobla, no se rompe y no juega bajo sus reglas. Él impone las suyas propias.

Tal y como hace Vencislav.

Su intervención provoca un murmullo que recorre la sala. Las miradas se vuelven en su dirección, y la mía no es la excepción. Lo veo, relajado en su asiento, con su postura indolente y esa confianza implacable que exuda incluso en un evento donde claramente no encaja. Su chaqueta oscura contrasta con el lujo del lugar, no lleva camisa ni corbata, y las mangas remangadas hasta los antebrazos, dejando entrever la tinta de su piel, son un firme desafío silencioso a la etiqueta del evento.

—Paleta número veintidós. Cinco millones —declara el subastador, y la cifra se actualiza en las pantallas doradas.

—Súbelo —me ordena Vencislav en un susurro, con un tono impregnado de previa satisfacción.

No necesito más indicaciones. He jugado a esto demasiadas veces. Inspiro y levanto la paleta con la misma calma con la que alguien respira. Este es el verdadero motivo por el que estoy aquí y lo único divertido de estas subastas.

—Cinco millones doscientos mil al número catorce —dicta el subastador, señalándome, y la nueva cifra parpadea en la pantalla.

Drago reacciona con un leve giro de cabeza, evaluando si le merece la pena seguir con este juego. Y entonces, con esa calma irritante, vuelve a levantar su paleta.

—Cinco millones y medio al número veintidós —actualiza el subastador, sin pausa—. ¿Alguien ofrece cinco millones setecientos mil?

El silencio en la sala apenas dura un segundo antes de atreverme a alzar mi paleta con una sonrisa calculada. Ni siquiera necesito o pretendo hacerme con la yegua, no cuando el mayor placer es hacer que *Diamond* se gaste más dinero del que pensaba y de provocarlo hasta el límite. Noto cómo se me eriza la piel, como si la temperatura hubiera bajado de golpe. Sé lo que viene. Mi papel en esta farsa acaba de comenzar y me deleito al ver el gesto de mi contrincante y la satisfacción de mi esposo.

El subastador fija mi cifra, que pronto se refleja en las pantallas.

—¿Alguien da más? —demanda a través del micrófono—. ¿Seis millones?

Drago vuelve a levantar su paleta y yo lo hago tras él un par de veces más, aumentando la tensión del juego hasta alcanzar la friolera de siete millones. La tensión en la sala es abrumadora. El subastador se limpia el sudor de la frente con un gesto sutil, mientras de fondo se escuchan los murmullos del público.

Estoy en el momento más álgido, esto me divierte tanto o más que echar un polvo. Aquí hay tensión y mucho más que dinero en juego. Se trata de posición, de poder, y me excito al sentir que soy yo quien lo posee.

—Para aquí —me ordena Vencislav, inclinándose levemente hacia mí, justo cuando me dispongo a levantar la paleta una vez más. Su sonrisa se mantiene, aunque su voz es tajante y afilada como la hoja de un cuchillo.

Nadie es capaz de manejar el lenguaje no verbal como lo hace él. Mi esposo posee el don y la sutileza de asesinar a alguien a plena luz del día sin que nadie se dé cuenta. Es su sello de identidad, su mayor arma..., y mi mayor castigo. Me vuelvo hacia él para asegurarle que sé lo que hago, que puedo conseguir que Drago se vea obligado a gastar todavía más, pero su mano enguantada vuelve a posarse sobre la mía, dejando claro que lo que me ha dado es una orden que no debo desobedecer.

—A menos que quieras quedarte con la maldita yegua —añade, con un tono carente de paciencia.

Aprieto los labios y bajo la paleta despacio. En la pantalla, la cifra se mantiene fija. Nadie más puja. La gente observa expectante. Lo saben. Esto no es por la yegua. Esto es un pulso, uno que Vencislav no piensa perder.

—Siete millones a la una, siete millones a las dos... ¡Vendida! Adjudicada al número veintidós —sentencia el subastador, golpeando el martillo contra la tarima, sellando así la transacción.

Desde mi posición observo cómo Diamond inclina la cabeza levemente para saludar a Vencislav, para acto seguido desviar la mirada y encontrarse con la mía. Su mirada, de un marrón frío y penetrante, me atraviesa sin pudor, como si pudiera leer todo lo que no digo. A diferencia de los demás hombres, que suelen mirarme con ese aire de posesividad disfrazada de cortesía, él no lo hace del mismo modo. Su mirada es distinta. Es una amenaza. Una advertencia de que, aunque haya sido él quien se ha gastado el dinero en la yegua, soy yo quien ha caído en su trampa.

Y lo peor de todo es que, de algún modo, yo también lo siento.

La expectación se disuelve en conversaciones bajas y movimientos elegantes. La subasta ha concluido con el plato fuerte de la noche, la joya equina que todos deseaban, y ahora la élite empieza a levantarse de sus asientos. Los camareros comienzan a recoger nuestras copas de forma precisa y silenciosa, mientras algunos asistentes se estrechan las manos en acuerdos discretos. Otros simplemente se retiran, con la satisfacción o el desdén de haber ganado o perdido su apuesta.

El bastón de Vencislav resuena sobre el mármol con un golpe seco y controlado mientras avanzamos por el pasillo. Camino a su lado con el ritmo que me permite el vestido entallado, notando la dureza de su mirada cada vez que mi atención se desvía, aunque sea un instante. Radko y Oleg, sus hombres de confianza, van un paso tras nosotros, como dos sombras fieles, dos animales al acecho, sin pronunciar palabra.

Al doblar la esquina, nos cruzamos con los Markov.

Drago está apoyado contra la pared con la misma indolencia que en la subasta, como si nada en este mundo pudiera alterarlo. A su lado, Sergei, un tipo de pelo castaño y su mano derecha, charla con él, con su habitual mirada calculadora. Al vernos, la tensión se hace palpable bajo su ropa comercial. Drago, en cambio, ni se inmuta. Todos sabemos que este encuentro no es casualidad. Ningún movimiento lo es en nuestro mundo.

Las miradas se cruzan. El aire parece volverse más espeso.

—Interesante espectáculo —comenta cuando llegamos a su altura—. Vencislav, Zoya —nos saluda a ambos con una leve inclinación de cabeza.

Pese a su gesto cortés, mi esposo esboza una sonrisa ligera, una sombra en el rostro de un hombre que rara vez muestra verdadera emoción.

—Lo importante no es el espectáculo, sino quién lo controla. —Su mirada desciende hasta la mano de *Diamond*, donde el sello de oro blanco y diamantes brilla con la misma arrogancia que su dueño. Drago no se molesta en ocultarlo. Sus dedos giran el anillo en el pulgar, con un gesto pausado, casi desafiante.

—Aunque algunos se empeñen en intentarlo con trucos baratos —le responde el líder de los Markov, arrastrando las palabras con calma.

Radko da un paso adelante, pero Vencislav levanta un dedo sin siquiera mirarlo, deteniendo su movimiento antes incluso de darlo.

—Me preguntaba hasta dónde llegarías esta noche —añade Drago, esta vez dirigiéndose a mí. Su arrogancia no conoce límites, y se permite la osadía de desafiar a mi esposo a través de mí. Su mirada marrón y penetrante se pasea por mi rostro, para después bajar a mis manos, como si todavía pudiera ver la paleta alzada en la subasta. —Siete millones. Debo decir que me siento halagado.

Me obligo a sostenerle la mirada sin que se me escape ni una emoción. Este no es momento de titubear.

—Los hombres como tú son fáciles de provocar —respondo con un dejo de diversión en la voz.

—Los hombres como yo rara vez juegan sin asegurarse la victoria —replica él con una media sonrisa.

—Una pena no haberme llevado la yegua —comento con sarcasmo, manteniéndole la mirada. Detesto que me vacile alguien como él, con esa seguridad arrogante que parece imperturbable.

—¿Qué harás con ella? ¿La meterás en tu lujosa nave? —interviene Vencislav con clara ironía.

Por muy extraño que parezca, los Markov viven en una titánica y fábrica ubicada a las afueras de Varna, la ciudad donde ambos clanes residimos. Solo la gente de su círculo más cercano ha entrado allí, jamás alguien ajeno a ellos ha sido invitado. Y tampoco creo que esté en la lista de nadie desearlo.

—Tengo planes para ella —responde Drago—. Planes que, por supuesto, no voy a compartir contigo.

Su osadía logra tensar el encuentro y convertirlo en un desafío. Los Markov siempre buscan enfrentamientos, pero por suerte Vencislav sabe dónde estamos y no va a caer en su trampa.

—Disfruta de ella mientras puedas. —La mirada de mi esposo esconde una amenaza que ambos reconocemos al instante. También Sergei, cuya tensión no ha llegado a suavizarse durante la conversación—. Nos vemos, Drago —añade con una calma peligrosa.

—En el club —puntualiza aquel, en un tono un tanto divertido, sin ocultar su intención provocadora.

El club al que se refiere es un lugar selecto, al que los Petrov y su gente suelen acudir, y donde todo el mundo sabe que la presencia de los Markov no es bien recibida. Mi esposo lleva tiempo queriendo comprarlo para ejercer su derecho de admisión y evitar tener que verle la cara a *Diamond*, pero los propietarios, unos clientes rusos a los que Vencislav vende algunos de sus diamantes, conocen la importancia del local y siempre rechazan su propuesta.

—Allí podremos hablar sin distracciones —añade Drago, desviando la atención y la mirada hacia mí.

«Arrogante cabrón».

Soy consciente de que en los negocios las mujeres no tenemos cabida, pero de ahí a mostrar de un modo tan evidente que sobro en la ecuación, va un abismo.

Vencislav exhala despacio y vuelve a sujetar mi mano con su guante. Su agarre es firme, posesivo, aunque en el fondo sé que lo único que está haciendo es marcar territorio.

—Vamos —ordena, tirando de mí.

Yo lo sigo, como lo hacen nuestros hombres.

Sin embargo, incluso a través de ellos y de sus enormes cuerpos, me voy sintiendo una mirada clavada a mi espalda. La de Drago.

Capítulo 2

Zoya

El interior del coche es un reflejo del mundo de Vencislav: impecable, elegante, silencioso. El cuero blanco de los asientos aún conserva el aroma a exclusividad, y la única iluminación proviene de las luces tenues del salpicadero.

Radko y Oleg ocupan los asientos de delante, pero ninguno de los dos dice nada. No es necesario. En este coche, la única voz que importa es la de mi marido.

El contraste entre este momento y la subasta es indescriptible. Hace apenas unos minutos, Vencislav me sostenía la mano con su guante blanco, marcando su dominio ante los demás. Ahora, sentado a mi lado, mantiene la vista fija en su móvil, como si yo no estuviera aquí, como si no existiese. Ni un roce, ni una palabra. Solo el frío entre nosotros. Y el sonido del motor ronroneando con suavidad mientras avanzamos por la carretera, mezclado con la música clásica que suena a bajo volumen, escogida sin duda por él. Las notas se deslizan con la misma frialdad con la que él maneja cada aspecto de su vida, perfectas, contenidas, sin alteraciones. Es su forma de recordar que el caos no tiene cabida a su lado.

Cruzo las piernas con lentitud, buscando una postura cómoda en medio del aire gélido que emana de él, sin atreverme a romper la calma forzada que reina en el interior del vehículo. La adrenalina de la subasta aún recorre mi cuerpo, la sensación de haber jugado con fuego, de haber provocado al hombre que menos debería haber provocado.

—Te has divertido —su voz cortante rompe el silencio.

No es una pregunta.

Mi mirada se desliza hacia él, pero su perfil sigue estoico y su mandíbula relajada, como si nada.

—¿A qué te refieres? —mi voz suena suave.

Vencislav gira la cabeza hacia mí con lentitud, con una calma medida que me pone en alerta. Sus ojos se clavan en los míos con esa frialdad que reconocería incluso con los ojos cerrados. Sé lo que significa.

Estoy en problemas.

—A lo que has hecho con Drago.

No necesito que lo explique. Me conoce. Sabe que disfruté cada segundo del juego.

—Cumplí mi papel, nada más —respondo con calma.

—Cumpliste tu papel —repite en un susurro, casi para sí mismo, como si probara el peso de las palabras, para acto seguido reclinarse sobre su puerta y así poder examinarme—. Dime, Zoya, ¿te gusta que te miren?

Mi cuerpo se tensa, pero no bajo la mirada. No le daré el placer de verme dudar.

—No sé de qué hablas —me excuso, a sabiendas de que nada le hará cambiar de opinión.

Su mano enguantada se desliza sobre su bastón, acariciando la empuñadura más valiosa del planeta, con el mismo control meticuloso con el que observa y hace todo.

—Claro que lo sabes —me rebate. Su tono es pausado, aparentemente amable, lo que lo hace aún más peligroso—. He visto cómo has disfrutado cada vez que levantabas la paleta. Jugando con él. Jugando conmigo.

El coche sigue avanzando, pero el aire dentro se vuelve más denso, más pesado. Apenas puedo respirar, pero me mantengo firme. Ni siquiera con el paso de los años he aprendido a aceptar que no hay esperanza alguna cuando se trata de él.

—Solo con él —aclaro—. Era lo que debía hacer, y lo he hecho —me obligo a decir, manteniendo la compostura.

Él suelta una breve risa sin humor y vuelve la vista al frente.

—Ya veremos.

Sé exactamente lo que eso significa y siento cómo mi interior comienza a temblar. No es solo su frialdad. Es la calma antes de la tormenta.

Justo cuando la silueta de la mansión se dibuja en el horizonte, la melodía de *Grammofon*[1] comienza a sonar en el coche, como si la casa y la música estuvieran entrelazadas en un mismo destino inevitable. El aire se vuelve más pesado con cada nota, como un eco de la prisión en la que vivo. La música clásica siempre ha acompañado mis días en esta prisión de oro, donde la riqueza y el poder son solo un velo que oculta la frialdad de mi realidad.

Desde la ventanilla del coche, veo su imponente fachada de acero y piedra natural, imponente y lujosa, ajena a la cárcel que supone para mí. Sus ventanales inmensos, diseñados para dar

sensación de amplitud, no son más que unos barrotes, unos límites que no puedo sobrepasar sin la supervisión de Vencislav o la vigilancia extrema de Oleg.

La puerta de doble hoja en madera oscura, majestuosa y sólida, parece más una barrera que una bienvenida. Las esculturas que la flanquean, arte contemporáneo cuidadosamente seleccionado, no son más que otro símbolo de la ostentación de Vencislav, una muestra de poder para quien se atreva a cruzar el umbral.

Pero yo sé la verdad. Entre esas paredes, el lujo es tan frío como el mármol que cubre los suelos, y la belleza del diseño no oculta la realidad de lo que significa pertenecer a este mundo.

Al detenerse el vehículo frente a la entrada, las luces exteriores se encienden automáticamente, iluminando el camino de acceso pavimentado con piedra pulida. Svetlana, el ama de llaves, nos espera en lo alto de la escalinata, con las manos entrelazadas frente a ella y una expresión serena que oculta cualquier atisbo de curiosidad.

—Bienvenida, señora —me saluda con una ligera inclinación de cabeza cuando desciendo del coche.

Asiento en respuesta, notando el peso de la tensión acumulada durante la noche. Vencislav sale del vehículo por el otro lado, ajustando su bastón con un movimiento preciso. Radko y Oleg se acercan a él, manteniendo una distancia respetuosa.

—Todo en orden, señor —informa uno de sus hombres, cuya arma se deja entrever en el forro de su chaqueta—. La seguridad ha sido reforzada y no se han reportado incidentes.

Vencislav asiente, aunque su mirada permanece distante, perdida en pensamientos que no comparte. Sin dirigir una palabra más, se

encamina hacia el interior de la mansión, y yo lo sigo, sintiendo el frío mármol bajo mis pies y el eco de nuestros pasos resonando en el amplio vestíbulo.

Aquí la opulencia es tan majestuosa como el exterior: espacios abiertos, techos altos y una decoración que exuda lujo y ostentación. Obras de arte cuidadosamente seleccionadas adornan las paredes, y los muebles, de diseño exclusivo, ofrecen comodidad y estilo en igual medida.

El ama de llaves se acerca a mí con discreción.

—¿Desea que le prepare un té, señora? —pregunta en voz baja.

—No, gracias, Svetlana —respondo, intentando mantener la compostura—. Creo que me retiraré a mi habitación.

Pero antes de que pueda mover un solo pie, Vencislav se gira hacia mí.

—Aún es pronto. Debemos celebrar el éxito de esta noche. —Su mirada escueta e inconfundible se posa sobre el ama de llaves, una orden silenciosa que la hace retirarse de inmediato.

—Estoy cansada —me excuso—, mejor lo dejamos para otro día, ¿te parece?

—Zoya, querida —me susurra, acariciándome un lado del rostro con su dedo enguantado—. Con lo que te gusta beber, estoy seguro de que una copa más no será inconveniente.

Trago saliva. Su tranquilidad provoca mi angustia. Nadie puede negarle nada a *Guante Blanco*, y aún menos yo.

—Claro, cariño. Me tomaré esa copa contigo.

—Así me gusta. Retiraos, es todo por esta noche —les indica a Radko y Olev, orden que acatan al instante.

No me siento cómoda con ellos, pero cuando los veo desaparecer por el ala del servicio, no puedo evitar sentirme desprotegida. No tengo escapatoria.

Vencislav abre la puerta de su estudio y se aparta apenas lo justo para cederme el paso, un gesto controlado y caballeroso que, en cualquier otro hombre, habría agradecido. Pero se trata de él, el único que convierte la amabilidad y la cortesía en la antesala de lo macabro. Solo en una ocasión lo vi enfadado y, sorprendentemente, nadie murió después de aquella escena. Su autocontrol y su cordialidad tan solo es un preludio, una advertencia, que he captado desde que nos subimos al coche.

—Después de ti —me indica.

Entro con la cabeza alta, aunque mis pasos pesan más de lo que deberían. La estancia huele a cuero, whisky y poder, una combinación que impregna cada rincón, sofocante, inalterable. Es su reino, el lugar donde se toman decisiones inapelables, donde todo lo que ocurre queda encerrado entre estas cuatro paredes, incluyéndome a mí.

El sonido de la puerta cerrándose a mis espaldas retumba en mi estómago como un golpe. No me giro. No necesito verlo para saber que me está observando.

Camina con pasos controlados hacia la mesita de bar y sirve dos copas de whisky escocés, traído expresamente de las mejores bodegas del país.

—No me gusta el whisky —susurro.

—Eso ya lo sé —responde sin detenerse y llenar ambos vasos—. Pero esta noche has bebido champán sin problema. ¿No es así? —me demanda tendiéndome uno de ellos, esperando a que la tome.

No tengo opción de negarme, y lo recojo entre mis dedos con un agarre ligero.

Me quedo en silencio, sosteniendo la copa sin acercarla a mis labios. El líquido ámbar refleja las luces tenues del estudio, como una trampa líquida esperando a ser ingerida. Sé que quiere que beba. Como también sé que esto es solo el principio, y que el hecho de que lo acompañe no es su verdadero objetivo.

—Bebe, Zoya.

La orden es suave, pero inquebrantable. Obedezco. El whisky me quema la garganta, el escozor me obliga a contener una mueca. No aparto la vista de la suya mientras lo hago, como si eso pudiera devolverme algo del control que me arrebata a cada segundo.

Vencislav camina con calma hasta su sillón y se sienta con la misma precisión meticulosa de siempre. Solo entonces deja su copa sobre la mesa y se inclina ligeramente hacia atrás, observándome.

—¿Te gusta jugar conmigo, Zoya? —No respondo. Sé que cualquier palabra podría volverse en mi contra—. Te he visto —continúa—. Disfrutando de la subasta, de la atención, de la mirada de ese salvaje sobre ti—. No parpadeo. No concedo ninguna reacción, pero apenas logro controlar la rapidez con la que sube y baja mi pecho—. Sabes que ese hombre es nuestro enemigo y te permites el lujo de tontear con él delante de tu marido. Hace falta ser una zorra para atreverse a desafiarme de ese modo.

—Odio a ese hombre, es un ordinario, nuestro enemigo y te aseguro que jamás tontearía con él, ni siquiera a tus espaldas.

—No es eso lo que he podido ver esta noche.

—Estoy cansada, mejor hablamos mañana.

—Siéntate —me ordena de un modo lento, extenuante.

Obedezco de inmediato, y me sorprendo al ver que ahora es él quien se levanta y se acerca hacia mí, despacio.

—Cariño, te juro por lo más sagrado que no he tonteado con él, yo solo...

—*Shhh*. No quiero que malgastes tu lengua —me acalla, tapándome la boca con dos dedos—. Vas a darle un mejor uso.

Con absoluta frialdad, comienza a acariciarme la cabeza como si fuera un perro. Me tenso. Sé exactamente lo que espera de mí, como también que no tengo escapatoria. Vencislav me hace saber su apremio agarrándome el cráneo y obligándome a mirarlo.

—No tengo toda la noche.

Dejo el vaso sobre la mesa que tengo junto a mí y comienzo a desabrocharle el pantalón. Las uñas largas me impiden hacerlo con rapidez, y él vuelve a exigirme que acelere presionándome la cabeza.

Cuando por fin he conseguido desabrocharle la cremallera y el botón del pantalón, Vencislav arquea la cadera hacia mi posición para que le desvista la ropa interior. Agarro su polla con una mano y comienzo a masturbarlo.

—Me gusta el color de tu pintalabios —murmura entre contenidos jadeos cuando la tiene dura.

—Lo compré para ti —susurro en un tono sensual, mirándolo a los ojos. Sé que cuanto más lo excite, antes se correrá, y antes terminará esta pesadilla.

—Tienes buen gusto. —Sonrío coqueta. En muy pocas ocasiones tiene detalles así conmigo y quiero hacerle saber que me gusta, acelerando mis movimientos—. Pero ahora demuéstrame que mereció la pena gastarme una fortuna en el puto pintalabios que

llevas y chúpamela de una jodida vez—me exige introduciéndome la polla en la boca, hasta casi ahogarme, mientras me empuja del cráneo para que no me escape.

Apenas logro respirar. Su cuerpo choca contra mi nariz con cada una de sus embestidas, y la punta de su polla me golpea contra la garganta hasta provocarme arcadas. Pero no puedo liberarme. Lo único que me mantiene consciente son las veces en las que se inclina hacia atrás para tomar impulso, momento que aprovecho para tomar aire. Noto su piel chocando contra mis dientes, sin embargo, no parece importarle. Sus envites son cada vez más rudos, más bruscos. Su mano enguantada empuja una y otra vez sin descanso mi cabeza con tanta fuerza que empiezo a verlo todo dar vueltas. Lo escucho jadear, sé que está a punto de correrse, e intento por todos los medios apartarme para que su líquido no roce mi lengua. Él ve mis intenciones, sabe que detesto su sabor y que siempre me aparto. Pero en esta ocasión no está dispuesto a concederme tal privilegio. Con ambas manos me agarra la cabeza y me empuja con más fuerza hacia él.

—¿No te gusta beber? Pues bebe —masculla al correrse, vertiendo en mi boca todo su líquido para obligarme a tragarlo.

La náusea se retuerce en mi estómago, y solo deseo salir huyendo. Pero mi prisión comenzó cuando acepté casarme con él, y lo único que puedo hacer es sobrevivir.

Cuando termina, Vencislav se aparta y se ajusta la ropa con la calma de quien acaba de sellar un trato exitoso. Con aire de satisfacción. Y sin una gota de remordimiento.

Lo observo de reojo exhausta desde la silla. Apenas puedo moverme y siento la garganta ardiendo. Me siento rota, mancillada,

y sé que nada puede curar esas heridas.

—Puedes irte —dicta finalmente.

Con la poca fuerza que me queda, me levanto. Las piernas me tiemblan y logro ponerme en pie con dificultad. No soy capaz de mirarlo cuando lo rebaso y paso por su lado. El hombre con el que me casé hace nueve años es el monstruo que me mantiene encadenada en su prisión de oro, el demonio al que le entregué mi alma. Y yo solo puedo aceptar mi destino.

Camino hacia la puerta y salgo del estudio sintiéndome un desecho humano, un mísero microbio en un universo repleto de vida y de oportunidades vetadas para mí. La mansión está en completo silencio, pero yo solo logro oír una sola cosa: el retumbar de mis propios latidos y el crujido de un corazón roto en mil pedazos.

Capítulo 3

Zoya

El dolor me despierta antes que la luz del día. Es una punzada en la garganta, un ardor insoportable que me recuerda con claridad lo que ocurrió anoche. Me giro en la cama con torpeza, sintiendo cada músculo tenso, cada parte de mi cuerpo doliéndome de una forma diferente. Es un tormento silencioso, uno que no puedo gritar.

Respiro hondo y, con esfuerzo, me incorporo. El vestido de seda que llevé anoche sigue tirado en el suelo, otra prueba más de la pesadilla que viví. El aire denso del estudio aún parece atrapado en mi garganta, recordándome el sabor amargo del whisky y el dominio de Vencislav. No hay rastros físicos, aunque la sensación de suciedad persiste, como si todavía estuviera sentada frente a él.

Me paso los dedos por el cuello, intentando tragar la bilis que amenaza con subir. Me levanto, tambaleante, y avanzo hacia el baño. La imagen que me devuelve el espejo es peor de lo que esperaba. Ojos hinchados, labios agrietados, el rastro de un hematoma apenas visible en la línea de la mandíbula. Bajo la luz, las ojeras marcadas y el tono pálido de mi piel me delatan, el reflejo de una noche de insomnio y dolor. Sé que debo disimularlo con

maquillaje, como siempre. Como todo. Como el papel de esposa perfecta que he aprendido a interpretar con maestría.

Un golpe seco en la puerta me hace girar la cabeza.

—Señora, le he traído algo caliente —anuncia Svetlana desde el otro lado.

No respondo de inmediato, no quiero que me vea así. Pero al final no importa. Ella sabe. Como siempre, sabe.

Regreso al dormitorio, fijando la vista en la puerta y susurro un «adelante» casi imperceptible. Svetlana entra con paso contenido y gesto sereno, sosteniendo una pequeña bandeja con una taza de porcelana humeante. No me mira directamente, pero su expresión es distinta. Más tensa, más resignada.

—Es una infusión con miel —me indica en voz baja, como si temiera causarme daño con sus palabras.

Me la entrega y, por un momento, siento que va a decir algo más. Pero no lo hace. En su lugar, aparta la mirada y baja la cabeza.

—Gracias —susurro, tomando la taza.

Ella asiente, pero no se mueve. Permanece en silencio unos segundos, observando la infusión en mis manos como si estuviera debatiéndose entre hablar o callar.

—Puedes hablar con tranquilidad —la animo—. Lo que digas no va a afectarme.

—Solo quería saber cómo se encuentra.

Aprieto los labios, sin responder. No porque no quiera, sino porque decirlo en voz alta lo haría aún más real.

—Contigo nunca he necesitado fingir, y no voy a insultarte haciéndolo ahora. Ya conoces la respuesta.

Me llevo la taza a los labios, pero el simple acto de tragar se siente como un castigo más. A pesar de todo, al instante siento un alivio reconfortante.

—¿Por qué sigue aquí? —me pregunta de pronto, mirándome directa a los ojos.

Mi agarre en la taza se tensa. La pregunta es una flecha directa al corazón de lo que ambas sabemos: que no hay escapatoria.

—Porque me encontraría —respondo con frialdad.

Su expresión no cambia. Sus dedos se aprietan contra el delantal, su única muestra de frustración contenida.

—Siempre hay una forma —murmura—. Si quisiera, podríamos intentarlo.

La miro con cansancio, con una mezcla de tristeza y resignación. No me molesta su insistencia. Todo lo contrario. Ella ha sido y es la única persona que me ha tratado bien desde que llegué a esta casa hace nueve años, y la única a la que respeto por merecimiento propio. Pero mi realidad es la que es, y nadie puede cambiarla.

—¿A qué precio? —cuestiono en voz baja.

Ella no responde. Lo sabe. Ambas lo sabemos. Ya intenté huir en un par de ocasiones y el castigo marcó mi piel durante semanas. Nadie, aparte de Svetlana, lo supo, y fue por un descuido por mi parte. Vencislav es muy cuidadoso en todo lo que hace, incluso a la hora de hacerme daño. La única parte de mi cuerpo que no maltrata es el rostro, para que nadie descubra lo que me hace cuando desobedezco una orden. Dejé de intentar escaparme tras el segundo intento.

Fue en una tienda de ropa. Oleg era el encargado de vigilarme, como hace siempre, y me pilló al salir por la parte de atrás de la

boutique. Ni siquiera me trajo a casa en ese momento. Llamó a Vencislav y este se presentó a los pocos minutos en el establecimiento. Su amabilidad con la encargada del local era tan solo una máscara, un papel que él sabía representar a la perfección para disimular lo que realmente me hizo después. Pagó una gran cantidad de levas búlgaras para cerrar la tienda al público y me obligó a probarme toda la ropa que había dentro. El aire de la boutique, perfumado y cargado, se volvía sofocante con cada minuto que pasaba. Me quitaba una prenda tras otra, la seda y el encaje resbaba por mi piel como un recordatorio de que no tenía control sobre nada, ni siquiera sobre lo que llevaba puesto. El reflejo en el espejo no mostraba a una mujer probándose vestidos, sino a una muñeca vacía, un objeto más en el escaparate de su mundo. Mientras tanto, las dependientas y la encargada de la tienda no dejaban de sonreír, encantadas con su cliente de élite, sin notar que, dentro del probador, yo me asfixiaba. Pasé tantas horas allí dentro que perdí la cuenta. Al llegar a casa estaba exhausta, pero el verdadero castigo ni siquiera había comenzado. Mientras el personal se encargaba de las bolsas y no hacía nada para detenerlo, Vencislav me llevó hacia el archivo, un lugar oscuro y sin ventilación alguna, donde me encerró bajo llave durante un día entero. Sin comida. Con tan solo una botella de agua y un cubo para hacer mis necesidades, como representación y símbolo de lo que me esperaba si volvía a cometer el mismo error. Fueron las peores veinticuatro horas de mi vida. Desde entonces aprendí la lección, aunque conseguí un trato a cambio: a partir de ese día yo dormiría en mi propio cuarto. Pagué un alto precio para conseguir un poco de intimidad y, sobre todo, para poder alejarme de él.

Sin embargo, ni siquiera la poca distancia que nos separa de ambas habitaciones es suficiente para que pueda pensar siquiera en escapar de él y de sus malditas garras enguantadas en tela blanca. Sé que Svetlana lo único que pretende con su proposición es ayudarme, aunque soy yo la que intento protegerla a ella al rechazarlo. En el caso hipotético de lograrlo, si Vencislav se enterara de que ella me hubiese ayudado o siquiera insinuado la posibilidad de escapar, la haría desaparecer sin pensarlo.

—No voy a permitir que te pase nada por mi culpa —añado con firmeza.

Svetlana suspira y vuelve a bajar la mirada.

—Lo sé —admite con voz apagada—. Aunque eso no significa que no guarde la esperanza de que algún día lo logre.

Pese a que sus palabras logran atravesarme, me limito a agradecerle su gesto posando una mano sobre su antebrazo, en un intento silencioso de transmitirle todo lo que no puedo decir en voz alta. Jamás me perdonaría causarle ningún daño, por mucho que ambas compartamos el mismo deseo, la misma ilusión. Svetlana asiente con una leve inclinación de cabeza y se retira en silencio, sin insistir más. La observo alejarse, y con cada paso suyo, siento cómo la frialdad de la realidad regresa a mí.

Doy un último sorbo a la infusión y, al bajarla, mis ojos se posan en mi mano. Ahí está, brillante e impoluto, como si el tiempo no hubiera pasado: el anillo que Vencislav me puso en el dedo el día que acepté convertirme en su esposa.

Dejo la taza sobre la mesita y acaricio la piedra tallada, sintiendo su frialdad. Un diamante de tres quilates. Frío, eterno, una prisión más. Lo aprieto entre los dedos, y por un instante me siento tentada

de quitármelo, de arrancarlo de mi mano como si así pudiera borrar el pasado. Pero no lo hago. No porque no quiera, sino porque no serviría de nada.

Brilla, tan perfecto y costoso como la primera vez que lo vi. Pensé que era el sueño de cualquier joven sin madre: casarme con un multimillonario que me haría su reina.

Qué ingenua fui.

Ahora ya no queda nada de aquella ilusa que no se achantaba ante nada, que no callaba ante las injusticias, que tenía sueños por cumplir, y que creyó vivir uno al haber encontrado un príncipe, que en realidad no era más que un carcelero que me obliga a vivir encadenada a eslabones de oro. Aquella chica murió hace tiempo, como mi creencia en el amor.

Suelto el anillo y me dirijo de nuevo al baño para darme una ducha y arreglarme. Es hora de seguir fingiendo.

Cuando bajo al comedor, todo está exactamente igual que siempre. La luz matinal entra por los ventanales con la misma indiferencia helada de todos los días, reflejándose en la cubertería pulida y en el impecable mantel blanco. Vencislav, sentado en la cabecera con el periódico en una mano y una taza de café en la otra, permanece indiferente tanto a mí como a Radko y Oleg, quienes le hablan sin recibir siquiera una mirada en respuesta.

Camino hasta mi asiento con la misma calma fingida de siempre. Mi cuerpo todavía siente el eco de la noche anterior, pero no puedo permitirme mostrarlo.

—Buenos días, querida —saluda Vencislav sin apartar la vista del periódico. Su tono de voz es pulcro y controlado, tan ensayado como todo lo que hace.

—Buenos días —respondo, con la misma impasibilidad medida.

Svetlana, silenciosa y eficiente como es habitual en ella, me sirve el desayuno antes de retirarse con discreción. Tomo la taza de café entre las manos, sintiendo el calor en mis dedos, aunque por dentro sigo helada. De fondo, los hombres siguen su charla, ajenos a mi presencia.

—Los informes son claros, señor —especifica Radko—. Las últimas excavaciones en la mina no han sido como esperábamos.

—¿Podría afectar a los envíos que tenemos pactados?

—Si seguimos a este ritmo, me temo que sí, señor.

Vencislav baja lentamente el periódico y levanta la mirada hacia él. Su expresión se muestra imperturbable, pero sus ojos reflejan una atención calculada.

—¿Cuánta diferencia hay con la producción anterior?

Radko mira a Oleg antes de cruzarse de brazos y responder.

—Entre un quince y un veinte por ciento menos que en las últimas extracciones. Algo está cambiando en la veta, y no sabemos si podría ser temporal o… definitivo.

Mis dedos se cierran con más fuerza alrededor de la taza, sintiendo el calor a través de la porcelana. Mantengo la mirada fija en mi desayuno, fingiendo desinterés, aunque cada palabra que escucho pesa más de lo que debería. Las noticias no son nada buenas. Las minas de los Petrov producen menos diamantes de lo que deberían, lo que afectará al negocio de manera considerable.

—¿Es algo generalizado? —les demanda mi esposo. Sé por su tono de voz que, aunque calmado, está preocupado.

—Hasta donde sabemos —interviene Oleg—, los Markov no tienen problemas de abastecimiento.

—¡Siempre los putos Markov! —lo escucho mascullar, lo que me alerta de que el día va a ser aún peor de lo que esperaba—. ¿Qué alternativas tenemos? —les demanda.

—Señor, me temo que aún no le hemos contado todo.

—Escúpelo si no quieres que te arranque esa lengua sucia que tienes —sisea con una calma que logra erizarme la piel.

—Lo que Oleg quiere decir, señor, es que nuestro mayor cliente de la India ya ha sabido del desabastecimiento incluso antes que nosotros.

—¿*Albosa* ya ha hablado con ellos? —les demanda volviendo a mirarlos.

Albosa. El grupo ruso con el que Vencislav comparte la propiedad de nuestra principal mina en África. Si ellos ya han movido ficha, significa que la situación es más grave de lo que parece.

—Así es —asegura Radko, asintiendo—. Al parecer el cliente necesitaba acelerar la venta y ha contactado directamente con los rusos al ver que nosotros le dábamos largas hasta contrastar la información y estar seguros.

Vencislav guarda silencio. Lo observo de reojo y sé que está calculando su próximo movimiento. La tensión se instala en la sala como una sombra densa, reflejada en el leve tamborileo de sus dedos sobre la mesa. No es un gesto casual, es una señal de su irritación contenida, y no presagia nada bueno.

—No podemos permitir que la competencia empiece a absorber a nuestros clientes. Organiza una reunión con Drago —sentencia sin lugar a réplica.

—¿En las oficinas?

—No, tengo una idea aún mejor. —Vencislav desvía la vista hacia mí por primera vez desde mi llegada, y al instante mi cuerpo se tensa sin que se note—. Zoya, querida, esta noche me acompañarás al club.

Su orden, disfrazada de petición, cae sobre mí como una losa. Apenas han pasado unas horas desde que nos hemos cruzado con los Markov y la noche no acabó como yo esperaba. A la mente me vienen mil y una excusas para darle, pero al final, respondo lo que espera oír.

—Claro, cariño —digo, controlando cada músculo de mi rostro para que mi expresión no delate mi desagrado.

—Cómprate un vestido nuevo —continúa, con una sonrisa contenida—. Necesito que luzcas deslumbrante. Que todos te vean y recuerden lo afortunado que soy.

Ambos sabemos que su objetivo no es otro que el de exhibirme para desviar la atención de Drago y, de paso, demostrar a todo el mundo que solo le pertenezco a él.

—Así lo haré, querido. Buscaré el vestido más impresionante —le confirmo, para acto seguido llevarme la taza a los labios para ocultar en cierto modo mi rostro.

Me gusta el café, pero el líquido en mi boca se vuelve amargo de repente.

Drago Markov vuelve a cruzarse en mi camino. Y eso solo puede significar problemas.

Capítulo 4

Drago

El teléfono de mi mesa suena de nuevo. Es Radko, la mano derecha y lameculos de *Guante Blanco*. Sergei me lanza una mirada al ver su nombre en la pantalla y, tras un simple gesto, pone la llamada en altavoz.

—*Petrov quiere verte* —anuncia Radko, nada más descolgar—. *Club de los rusos. Esta noche.*

Yasen, mi segundo hombre de confianza y el más bruto de todos, se tensa y da un paso hasta colocarse junto a Sergei, frente a la mesa de mi despacho.

—Perfecto —respondo sin más, antes de colgar.

A diferencia de Sergei, que se muestra mucho más tranquilo, Yasen no oculta su malestar; nunca lo hace en verdad. Observo cómo su mandíbula se contrae y su mirada se oscurece, con la dureza de alguien que ya ha visto demasiadas trampas en su vida.

—¿Vas a ir? —me cuestiona, con un tono de voz más ronco de lo que él ya tiene de por sí.

Sergei se interpone antes de que pueda responder.

—Debe hacerlo.

Yasen lo mira con incredulidad, como si no entendiera qué cojones está pasando.

—¿Por qué?

Los observo a ambos. Yasen tiene la mecha demasiado corta y sé que no va a parar hasta obtener una respuesta que lo satisfaga.

—Porque tienen problemas —intervengo con la misma calma de siempre—. Justo lo que estábamos esperando. —Veo cómo aprieta los puños y prosigo—. Sus minas en África no están dando lo que deberían. Al parecer el desabastecimiento que llevan sufriendo desde hace unos meses no es algo temporal.

—¿De cuánto hablamos?

—De un veinte por ciento menos —le aclara Sergei.

—No podrán cumplir con sus clientes —puntualiza Yasen.

—Exacto. Por eso debo ir a esa reunión —matizo—. Tenemos a Petrov donde queríamos, así que ahora nos toca a nosotros llevar las riendas.

—Entiendo que veas el lado positivo de todo esto, pero eso significa que pronto buscarán opciones, que estarán en alerta. Petrov es un hijo de puta, pero no es estúpido. Si sospecha algo de lo que hacemos, no se quedará quieto.

—No tiene motivos para sospechar nada —defiendo para intentar calmarlo—. Pero nosotros sí los tenemos para aprovechar la oportunidad que se nos brinda. Un hombre desesperado comete errores. Y cuando lo haga, ahí estaremos.

Pese a mis palabras, Yasen continúa algo dudoso y vuelve a mirar a Sergei antes de regresar a mí.

—Entonces iré contigo al club. No pienso dejarte solo en todo esto —sentencia, cruzándose de brazos, remarcando cada

desmesurado músculo—. Si se trata de una emboscada, no dejaré que ninguno de los hombres de ese malnacido toque un solo pelo de los nuestros.

Su incuestionable lealtad siempre me ha reconfortado.

—Tranquilo, Yasen. No iremos solos —aclaro para su mera tranquilidad—. Sergei y tú me acompañaréis al club. Tengo algo que ofrecerle y sé que no tendrá más opción que aceptar si no quiere ver caer su puto imperio.

Antes de que pueda responderme, las paredes acristaladas de la oficina vibran cuando una de las puertas se abre de golpe, dejando entrar el sonido lejano de la actividad de la fábrica en la planta inferior. Irina entra como un tsunami, cruza el despacho y, con su *iPad* en la mano, se planta frente a mí.

—¿Me vas a decir por qué demonios te gastaste siete millones en una maldita yegua? —suelta sin rodeos, dejando la *tablet* sobre la mesa. Su mirada me atraviesa como si quisiera arrancarme una respuesta inmediata.

Sergei deja escapar un silbido bajo y Yasen levanta la vista con interés. No es ningún secreto que Irina odia los gastos innecesarios, y mucho menos cuando afectan el equilibrio de nuestras cuentas.

—Tenía un motivo para hacerlo —respondo con calma, cortando cualquier posibilidad de réplica. No hay discusión.

—¿Y cuál es? —me cuestiona.

«La madre que la parió».

Los cabrones de mis hombres intentan ocultar la risa floja sin demasiado éxito.

—No es de tu incumbencia —sentencio, manteniéndole la mirada.

—Soy la contable de esta empresa, así que sí es de mi maldita incumbencia —me rebate, obviando cada una de mis putas palabras.

El sinvergüenza de Sergei le susurra a Yasen que debería ser ella quien me acompañe al club y no él, algo que el *musculitos* no se toma demasiado bien, a juzgar por cómo lo fulmina con la mirada.

No estoy dispuesto a que nadie se tome la licencia de decirme qué debo o no hacer, y me levanto para llegar hasta ella.

—Y yo soy tu hermano mayor y jefe de todo esto —mascullo cuando la tengo frente a mí—, así que deja de tocarme los huevos y no hagas preguntas cuya respuesta solo me concierne a mí, ¿entendido?

Le saco más de una cabeza. Irina es la más baja de los tres hermanos con diferencia, y debo reconocer que me divierte ver cómo estira el cuello para sostenerme la mirada con su desafío habitual. En el fondo, siento debilidad por ella, por los dos en realidad, pero nunca lo demuestro. No necesito darle más razones para que se me suba a la chepa, ya bastante tengo con que sea una insubordinada nata que nunca pierde la oportunidad de enfrentarse a mí cada vez que le viene en gana, sin importar quién haya delante.

La veo fruncir los labios y tragarse su enfado. Me conoce, y sabe que cuando me levanto y me coloco frente a alguien, es mejor no rebatirme.

—Está bien —refunfuña—. Lo dejaré por esta vez. Pero ahora dime qué mierda vas a hacer esta noche en el club de los rusos.

—¿Me ha oído? —cuestiona con asombro Sergei.

—¿Acaso no conoces el oído fino que tiene? —se mofa Yasen, devolviéndole la jugada anterior.

A veces creo que soy el dueño de una puta guardería, y no de una empresa de diamantes.

—Negocios —le respondo a Irina, obviando a aquellos dos.

—¿Qué clase de negocios?

Es tan terca como lo era nuestra madre. Aunque no tiene la crueldad que solo yo heredé de nuestro padre. Ellos ya no están con nosotros, pero su legado sigue vivo.

—Iba a decírtelo más tarde al reunirme contigo en la fábrica, así que no veo por qué no debes enterarte ahora.

En apenas unos segundos la pongo al tanto de mi cita con Petrov y su actual situación con su mina de África.

—Iré con vosotros.

Sergei suelta una risa seca, y Yasen le da un codazo que consigue doblarlo.

—No lo harás —aseguro contundente—. No voy a arriesgarme a que sea una trampa. Te quedarás en la nave con Igor.

Irina vuelve a apretar los labios hasta dejarlos en una fina línea. La conozco demasiado bien y sé lo mucho que detesta quedarse al margen de nuestras decisiones. En el fondo, es la más fiera de todos, más incluso que Yasen, y precisamente por eso no puedo permitir que venga. Su carácter impulsivo ya nos ha costado caro en más de una ocasión, y esta noche hay demasiado en juego como para arriesgarnos a que todo se vaya al infierno.

El silencio se instala en la sala por un instante. Nadie aquí es lo suficientemente ingenuo como para creer que esta noche será un simple encuentro de cortesía. Todos lo sabemos. Esto es una cruzada que se juega en cada palabra, cada mirada y cada maldita apuesta.

—Quiere que sepas que sigue teniendo el control. Y lo hará en su terreno —apunta Irina.

—El club ni siquiera es suyo —apostilla Sergei.

—Pero sigue jugando su partida —le rebate.

—Esa es la diferencia entre él y yo —intervengo para poner fin de una vez por todas la conversación—. Él juega partidas. Yo simplemente tomo lo que quiero.

Mis hombres asienten, pero Irina no se mueve. Me estudia en silencio antes de coger su *tablet* y soltar un suspiro resignado.

—Solo intenta no empezar una guerra antes de que acabe la noche.

Sonrío de lado, más para molestarla que por otra cosa.

—Lo intentaré, hermana. Pero no prometo nada.

Los cuatro sabemos que no cambiaré de opinión. Y cuando Irina lo asimila, abandona la oficina con la mandíbula apretada. Me tomo un segundo antes de cruzar el despacho y plantarme ante la cristalera. Desde aquí, todo sigue su curso. Observo cómo la fábrica opera con la precisión de un reloj suizo, cada pieza encajando donde debe estar. Mientras unos planifican, otros se encargan del corte, de desbastar o de pulir. Nada escapa a mi control. Sergei y yo supervisamos la inspección final, el último filtro antes de que cada pieza entre al mercado. Este es mi mundo. Mi legado. *Diamond* no es solo mi apodo, es el nombre de mi empresa, mi imperio.

Y los imperios no se negocian.

Se imponen.

***

La entrada del club está custodiada por los dos rusos corpulentos de siempre, a los que saludamos al entrar. Ya en el interior del local,

el lujo es lo primero que nos recibe. Aquí todo es excesivo. Demasiado para mí o cualquiera de los míos. Es opulencia en estado puro, la clase de locales que le gusta a la gente como Petrov. Opulencia, exuberancia… Todo un derroche de intenciones para ostentar y marcar territorio, creyéndose superiores. No lo son. Y nunca lo serán, mientras yo esté en el negocio de los diamantes y pueda evitarlo. En cuanto al club, sé lo mucho que les fastidia que los Markov vengamos por aquí, y es precisamente por eso por lo que lo hacemos. No hay mayor placer que ver la cara de *Guante Blanco* cuando nos ve aparecer. Incluso ha intentado comprarlo en varias ocasiones para prohibirnos la entrada. ¡Cretino estúpido!

Camino con paso relajado, con Sergei a mi derecha y Yasen a mi izquierda, ambos atentos, aunque ninguno lo demuestre. Entramos sin prisa, tomándonos nuestro tiempo en saludar a los magnates que conocemos. Clientes, empresarios u hombres que en algún momento formaron parte de algún acuerdo. En definitiva, personas útiles que, en su mayoría, me deben algún que otro favor.

Al fondo, las pieles de los sofás se entremezclan con luces tenues reflejadas en la barra de ónix, junto con el olor a perfume caro y el sutil aroma a tabaco. La música, un jazz sensual y cadencioso, se desliza por la sala con la misma elegancia que las camareras semidesnudas atienden a los caballeros, mientras estos charlan entre ellos o contemplan el espectáculo de *pole dance*[2] que hay sobre el escenario, situado en el centro del local.

Avanzo hasta la barra y apoyo el antebrazo sobre la superficie pulida. Uno de los camareros que hay tras ella se apresura a servirme un vaso de vodka sin que tenga que pedirlo. Mis hombres también son atendidos con sus copas de *rakia*[3]. Ya con la bebida en

la mano, me giro hacia la entrada a la espera de la llegada de mi adversario. Apenas he necesitado unos segundos al llegar para darme cuenta de que aún no se ha presentado. Sus hombres son muy dados a llamar la atención, y el local está demasiado tranquilo.

Aunque no por mucho tiempo.

Alzo el vaso hasta mis labios, pero el líquido apenas roza mi boca cuando la puerta principal se abre de nuevo y la silueta de Vencislav se dibuja en la entrada. El murmullo general se atenúa y las miradas se desvían hacia él, no por respeto, sino por interés. *Guante Blanco* es un tipo al que conviene tener vigilado, tanto para quienes le deben algo, como para los que saben que en cualquier momento podría intentar joderlos. Lo veo avanzar hacia mi posición con la arrogancia de quien se cree dueño de todo lo que pisa. Solo me lleva dos años, pero su porte engreído, su traje hecho a medida y ese maldito bastón con el diamante incrustado en la empuñadura le dan un aire de veterano que no se ha ganado. ¡Menudo capullo! Todo el mundo sabe a qué se dedica, no necesita exhibir ese pedrusco ni esa maldita sonrisa de superioridad, en la que nunca he creído. A su lado, como una joya en exposición, está ella. Zoya Petrova. Elegante. Sofisticada. Y jodidamente explosiva.

Apostaría un brazo a que el vestido que lleva no es una elección propia. Es una puta declaración de Vencislav, un diseño ajustado, de tela delicada que abraza cada curva con la intención de dejar claro que es suya. Pero lo que Petrov no comprende es que no se puede encerrar un diamante en una vitrina sin esperar que alguien quiera robarlo.

Continúo bebiendo de mi copa como si nada. No reacciono ante su llegada, a pesar de que mi polla se alegra tanto como yo de verla.

Sin embargo, no me inmuto. Porque mientras Vencislav juega a lucir su trofeo, yo ya estoy varios movimientos por delante en esta partida.

Uno de los rusos se acerca a recibirlo con la sonrisa medida de quien quiere que esta noche termine sin sangre en las alfombras. Pero todos aquí saben la verdad. Petrov no está aquí solo por entretenimiento.

Quiere el club. Controlar las minas. Recuperar lo que cree que es suyo. Pero hay algo que Petrov todavía no entiende.

No puede comprar lo que ya me pertenece.

Capítulo 5

Zoya

Unos minutos antes...

El vestido es de satén verde esmeralda, de corte sirena y espalda al descubierto. La tela se entalla sobre mi cuerpo como una segunda piel, envolviéndome en una prisión de seda. Tan elegante como sofocante. Tan perfecto como ineludible. Es hermoso, pero también una declaración de intenciones: Vencislav quiere que todos me vean. Que me admiren. Que recuerden a quién pertenezco.

Me observo en el espejo, inmóvil, con los brazos caídos junto a las caderas. El reflejo me devuelve la imagen de una mujer imponente, perfecta, nada que ver con la realidad.

La puerta se abre con suavidad, pero el sonido de su bastón me hace erguirme al instante. Su presencia llena la habitación antes de que lo vea. Se acerca con pasos medidos, hasta llegar a mi altura y colocarse tras de mí. Lo veo posar su mirada sobre mí a través del cristal, como si evaluara una obra de arte.

—Estás preciosa—me susurra.

Sus palabras resbalan sobre mi piel como caricias afiladas. Su mano enguantada se desliza por mi brazo desnudo hasta alcanzar mi hombro. Me aparta el cabello que cae sobre él y me besa justo allí,

con una lentitud ensayada, como si disfrutara sabiendo que su contacto me enferma. La náusea me sube por la garganta, pero no puedo permitirme apartarme. Mi piel se eriza, en un reflejo instintivo de rechazo que debo sofocar.

—Gracias —musito, esforzándome por mantener la voz firme.

—No pareces entusiasmada.

—Es solo que… —trago saliva—. No me encuentro demasiado bien. Me duele la garganta.

Vencislav no responde de inmediato. Se mantiene inmóvil, su pulgar trazando un círculo perezoso sobre mi hombro. Entonces veo cómo una sonrisa se dibuja en su cara.

—Así recordarás que no debes entrometerte de nuevo.

El eco de sus palabras me oprime el pecho. No es necesario que me lo recuerde. Lo llevo marcado en la piel, en cada resquicio de mi ser. Cierro los ojos por un segundo, conteniendo la repulsión que amenaza con trepar por mi pecho.

—Debería quedarme en casa y descansar para la gala —insisto, forzando un tono sumiso, dejando atrás su último castigo para acrecentar aún más mi excusa—. Me duele la cabeza. Temo estar incubando algo.

—Yo te veo perfecta —me rebate con esa calma que tanto me aterroriza.

Ambos sabemos que no es una adulación, sino la reafirmación de que no me lo está pidiendo. Debo ir y acudir a esa maldita cita, por mucho que desee o intente eludirla.

Vencislav suele pedirme que lo acompañe a diferentes eventos. He estado presente en reuniones importantes con sus socios los rusos, con clientes potenciales de la India e incluso con políticos de

renombre. Pero los encuentros con el líder de los Markov son diferentes. Son una sentencia, un castigo antes incluso de que ocurra. Sé lo que me espera si voy. Guarde silencio o no, me mantenga distante o no, el resultado siempre es el mismo. Vencislav encontrará una razón, un motivo para castigarme. Y sé que lo hará, por mucho que me esfuerce en darle lo que quiere. *Diamond* no es solo un enemigo, es el detonante, el responsable de mi penitencia. Odio con todo mi ser a ese hombre, lo que representa, y mi maldito papel en todo esto.

—Sé que esperas que cumpla tus expectativas esta noche, pero sabes lo mucho que detesto a los Markov, y no sé si seré capaz de disimular el desprecio que siento hacia ellos —confieso, bajando la mirada.

—No lo hagas —me interrumpe con suavidad—. Le vendrá bien saber que mi joya más preciada también los desprecia.

Soy consciente de que no tengo escapatoria, y me resigno a asentir con un ligero movimiento de cabeza.

Vencislav desliza los dedos por mi mejilla antes de sujetarme la barbilla con delicadeza, obligándome a mirarlo.

—Si te portas bien, tendrás un regalo a la vuelta.

—No necesito nada —susurro.

—Este regalo sí —asegura, con la certeza de quien tiene todas las cartas en la mano—. Sé que echas de menos a alguien, y ya va siendo hora de hacerle una visita.

Mi padre.

El alivio y el miedo se entremezclan en mi pecho. No sé si agradecerle o temer lo que este gesto realmente significa. Solo hay

un medio para averiguarlo, y es encontrarme de nuevo con mi mayor enemigo.

Unos minutos más tarde...

El murmullo del club me envuelve cuando cruzo la entrada del brazo de Vencislav. Mantengo la cabeza alta, la postura perfecta, los labios pintados en un carmesí impecable. He interpretado este papel tantas veces que ya lo hago de manera automática.

Pero entonces lo veo frente a la barra, con la chaqueta de cuero abierta y esa jodida actitud de quien no responde ante nadie.

El odio me golpea como un latigazo, seco y despiadado. Mis labios se tensan, mis uñas se clavan sutilmente en la tela de la chaqueta de Vencislav, aunque me obligo a relajar la mano antes de que él lo note. No puedo permitirme un solo error. Solo debo tragarme mi orgullo y convertirme en una simple muñeca que ve, oye y guarda silencio. Puedo hacerlo. Y ya no solo por mí, sino por poder ver a mi padre. La última vez que lo hice fue hace demasiado tiempo, y no puedo desaprovechar la oportunidad de volver a hacerlo. Es la promesa que me hago, y me dispongo a cumplirla, incluso a cualquier precio.

Drago

El ruso que ha recibido a Vencislav se acerca con su sonrisa medida y nos hace un gesto para que lo sigamos. Nos lleva a un reservado, alejados del bullicio del club, donde solo entran los que importan. Cortinas gruesas y rojas enmarcan la entrada, asegurando que lo que se hable aquí dentro se quede aquí. La luz es más tenue, cálida, diseñada para crear un ambiente de negocios, de decisiones que se toman entre copas y armas bajo la ropa.

Al cruzarnos en la entrada, Vencislav me dedica una mirada de desdén cargada de arrogancia. Su sonrisa se curva con esa maldita suficiencia antes de hablar. Le sostengo la mirada sin inmutarme, con la media sonrisa de quien ya conoce el desenlace de la partida. Zoya, a su lado, desvía la vista con la misma frialdad con la que me desprecia. Perfecto. Eso hace que esto sea aún mucho más entretenido.

—Vaya, *Diamond*, pensaba que la elegancia todavía significaba algo en este club —suelta con una sonrisa afilada, paseando la mirada por mi chaqueta de cuero y mis vaqueros como si estuviera viendo a un mendigo—. Pero veo que algunos prefieren destacar de otra manera.

—No todos necesitamos escondernos detrás de un bastón para que nos tomen en serio —le rebato en tono burlón.

Su respuesta es apenas un murmullo entre dientes, aunque no necesito más para saber que le he molestado. Petrov es un maestro del control, un experto en fingir que nada lo afecta, pero lo que no sabe es que su cuerpo lo traiciona. Esa maldita vena en su cuello se hincha cada vez que la rabia lo consume, una grieta en su fachada de hombre imperturbable que me resulta demasiado fácil de leer.

—Siempre has sido un hombre de gustos… particulares —suelta con desdén.

—Y tú, de gastos innecesarios —le devuelvo con calma, inclinándome apenas hacia él—. Aunque supongo que en tu caso es comprensible. Cuando no se tiene nada propio, hay que comprarlo.

Vencislav mantiene su sonrisa, pero su mandíbula se tensa de forma casi imperceptible. A su lado, Zoya desvía la mirada, como si quisiera estar en cualquier otro lugar.

El ruso se aclara la garganta y nos hace un gesto hacia el reservado.

—Señores, pasemos dentro.

—Tú primero —me invita el líder de los Petrov.

—Siempre —le respondo con arrogancia.

Me adentro con calma, seguido por Sergei y Yasen. Este último es el que está más tenso de los dos, observándolo todo con atención.

Me dejo caer en el sillón de cuero con una postura indolente, separando las piernas y apoyando un brazo en el respaldo, como si todo esto fuera una distracción menor. Vencislav lo nota. Lo sé por el modo en que su mandíbula se tensa. Mi postura relajada no es solo comodidad, es una provocación en sí misma. Una forma de decirle que aquí, en este momento, no es él quien manda.

Sergei se sienta a mi derecha, relajado, mientras Yasen permanece de pie, como los hombres de Petrov. Hay un equilibrio en la disposición, pero también una tensión latente que lo impregna todo.

Vencislav se acomoda frente a mí, con la espalda recta y esa expresión de quien cree tener el control absoluto de la situación. Su mirada se posa un instante en mi ropa, con una chispa de desdén que me divierte.

No digo nada.

En su lugar saco un cigarro con la calma de quien no tiene ninguna prisa y cuando hago lo mismo con el encendedor, Vencislav interviene de nuevo.

—Un caballero siempre sabe cuándo es apropiado hacer ciertas cosas —replica con esa voz medida que usa para sentirse superior.

—Tranquilo. Yo no soy un caballero. Aunque eso ya lo sabías —añado, justo antes de encenderme el cigarro sin apartarle la mirada.

Me tomo mi tiempo en hacerlo, al igual que cuando exhalo el humo, permitiendo que el aroma se mezcle con el ambiente cargado de perfume caro. Sé lo mucho que odia el tabaco. Y lo hago precisamente por eso.

Una camarera, enviada por el ruso, es la encargada de servirnos las copas, mientras este se despide. Tras agradecerle el gesto, ambos se marchan, dejándonos a solas.

Entrar el primero me ha permitido sentarme frente a las cortinas. Nunca doy la espalda a una entrada, y detecto la tensión que eso provoca en Radko, la mano derecha de *Guante Blanco*. Su mirada se mueve con inquietud entre Vencislav y yo, demasiado acostumbrado a obedecer órdenes sin cuestionarlas. Veo cómo su mano se desliza sutilmente hacia el interior de su chaqueta, un gesto instintivo de quien no confía en lo que ocurre a su alrededor. Me divierte. La gente como él siempre actúa antes de pensar.

—Vamos a hablar de negocios —propone al fin, tras un breve trago de su copa de whisky.

Sonrío con diversión, dejando que el humo se deslice entre mis labios.

Por fin el juego comienza.

—Curioso —respondo, girando el vaso entre mis dedos—. No pensé que los Petrov necesitaran negociar con nosotros.

Vencislav mantiene su sonrisa, aunque su mirada se afila.

—Los tiempos cambian, Drago. Incluso para aquellos que creen que tienen el mercado en sus manos.

Levanto una ceja, divertido.

—Interesante. Creía que con tus minas de África tenías suficiente.

Vencislav apoya su copa en la mesa con un movimiento pausado.

—Y así es. Pero digamos que estoy explorando nuevas opciones.

Sergei deja su vaso sobre el cristal con un sonido seco.

—No quieres opciones. Quieres diamantes —defiende mi hombre.

Una sombra fugaz cruza el rostro de Vencislav antes de recomponerse.

—Un pequeño desajuste en el suministro —justifica—. Nada que no pueda solucionar con un buen acuerdo.

Sonrío con calma, exhalando otra bocanada de humo.

—Déjame adivinar: no quieres que tu cliente en la India se entere de que no puedes cumplir con su pedido. Prefieres buscar una solución rápida.

El silencio de Vencislav me lo confirma.

—Lo que propongo es un acuerdo temporal —aclara—. Una cantidad específica, a un precio que nos beneficie a ambos.

Me inclino un poco hacia delante, jugando con el cigarro entre los dedos.

—¿Y qué me ofreces a cambio?

—Un trato. Tú me vendes un quince por ciento de tus diamantes, y a cambio tu nombre aparecerá en las ventas.

—¿Solo mi nombre por salvarte el culo? No es suficiente —defiendo, reclinándome de nuevo en el sillón.

Puedo ver cómo se tensa por el modo en que agarra el diamante de la empuñadura de su bastón, y eso me divierte.

—No pienso entregarte a mis clientes, Drago.

—Y yo no tengo por qué venderte mis diamantes, Vencislav. Tal y como lo veo yo, en esta operación tú sales ganando, y eso... no

entra en mis planes. Supongo que, si te has bajado los pantalones para llegar hasta aquí, esos clientes son demasiado importantes.

Radko da un paso hacia mí, y su amo lo detiene con un gesto con la mano.

—¿Qué quieres? —inquiere sin ocultar su molestia.

Sentir que tengo a un Petrov en mis manos es más que gratificante, y me propongo alargarlo todo lo posible.

Miro a Zoya. Despacio. Saboreando el momento. Contemplando su cabello largo y oscuro. Su rostro perfecto. Sus labios carnosos. Sus ojos almendrados de un azul intenso, fríos y calculadores, que me devuelven la mirada con una hostilidad que puedo sentir en cada poro de mi jodida piel. Se esfuerza por mantener la compostura, aunque sus dedos se aferran con fuerza a su propio regazo. La tensión en su cuerpo me dice todo lo que necesito saber. Esa mujer es su punto débil, y mi entrepierna y yo nos cuestionamos cómo debe ser saborearla. Me tomo mi tiempo en responder. Los miro a ambos y me permito dar otra bocanada de aire a mi cigarro. Me divierte ver la tensión que emana de cada uno de ellos, sobre todo la del puto *Guante Blanco*.

—Quiero tu mayor joya.

—No pienso darte este diamante —me rebate, molesto.

—No me refiero a ese jodido bastón que llevas a todas partes. Sino a ella —digo señalándola con la barbilla.

Solo de pensarlo se me pone dura. En más de una ocasión me he imaginado entre sus piernas. Su belleza es exótica y provocadora, pero es su cuerpo el que me gustaría probar, aunque solo fuera por una noche.

Zoya me fulmina con la mirada y se revuelve en su asiento, buscando en los ojos de su marido que la defienda. Me resulta extraño que no responda a mi provocación, no es habitual que una mujer como ella se quede en silencio en un momento así. Pero Vencislav se encarga de llevarse todo el protagonismo.

—Olvida eso de tu sucia mente, porque eso nunca va a suceder.

—Solo un día. Después te la devolveré sana y salva —insisto.

—Cuidado, Drago. Hay cosas que ningún hombre cedería, ni por un millón de clientes —me amenaza.

—Tal vez tus clientes de la India no sean lo único que pierdas. Igual los rusos se plantean la posibilidad de negociar con los Markov. Piénsatelo, Vencislav.

—Jamás será tuya —masculla, levantándose, acto que ella imita.

«Eso ya lo veremos».

—Siento que no hayamos llegado a ningún acuerdo —anuncia, abrochándose el botón de la chaqueta—. Pero tenías razón en algo... no eres un caballero, y nunca lo serás.

—Por lo que veo, no vas a pensártelo —me mofo.

—Eres tú quien debería hacerlo. Has cometido un error, Drago. Y eso tiene un precio.

—Te estaré esperando, *Guanto Blanco* —me despido de él al ver cómo se marcha, seguido de sus hombres.

Cuando nos quedamos a solas, Sergei es el primero en echarme la bronca.

—¿Te has vuelto loco?

—Tranquilo, tío. Sé lo que me hago.

—Ella no formaba parte del plan.

—Solo quería un poco de diversión. Un hombre enfadado comete errores, y nosotros estaremos ahí para verlo —remato, ahogando el cigarro en su maldita copa de whisky.

Capítulo 6

Zoya

El coche se detiene frente a la mansión y mi estómago se hunde como una piedra.

Me desabrocho el cinturón con manos temblorosas y bajo del vehículo, procurando que no me delaten las piernas. Mantengo la postura firme mientras nos adentramos. La cabeza alta, como si nada estuviera fuera de lugar.

—Buenas noches, cariño —me despido frente a la escalinata, con la voz neutra y medida de quien conoce su papel a la perfección.

Vencislav alisa el guante de su mano derecha y me dedica una media sonrisa vacía.

—Te acompaño, querida.

Trago saliva y asiento con la cabeza, avanzando por las escaleras, mientras noto su presencia justo detrás de mí. Al llegar al pasillo que conduce a mi habitación, mi mano se posa sobre la manilla de la puerta, lista para refugiarme en mi prisión dorada. Pero antes de que pueda abrirla, Vencislav me toma del brazo con suavidad engañosa.

—No tan rápido. Tengo un regalo para ti, ¿recuerdas? —Su tono es tan amistoso que me hace temer lo peor.

—Puedo esperar a mañana. Estoy cansada, y lo único que me apetece es acostarme.

—Y lo harás, querida. Pero más adelante —indica, señalando hacia el pasillo, como una orden disfrazada de invitación para que lo acompañe.

Noto su mano sobre la parte baja de mi espalda y mi piel se eriza. No por el contacto, sino por lo que sé que está por venir.

Me gira con delicadeza calculada y me guía hasta su dormitorio. Al entrar, la puerta se cierra con un sonido hueco tras de mí, como un sello que marca el inicio de un encuentro que me mantiene en alerta. Me quedo de pie sin moverme y él me rebasa en silencio, observándome como si estuviera evaluando una mercancía defectuosa. Su calma es peor que un grito, porque sé que cada palabra que diga estará calculada para hacerme daño.

—Tu actuación de esta noche me ha hecho reconsiderar muchas cosas —dice finalmente. Su tono es suave, casi amistoso, lo que lo hace aún más aterrador.

Me mantengo inmóvil, con la respiración controlada. No pregunto a qué se refiere, porque ya lo sé. No hay nada que pueda decir para cambiar lo que está a punto de ocurrir.

Camina despacio hacia la cómoda, abre el primer cajón y saca un papel.

—Prometí hacerte un regalo si te portabas bien —continúa, con la misma calma espeluznante—. Un billete de avión para ir a visitar a tu querido padre.

Lo veo sonreír, pero mi estómago se hunde cuando, con un movimiento pausado, rozando la tortura, parte el billete en dos sin

apartar la vista de mí. Luego en cuatro. Después en ocho, hasta dejar que los trozos de papel caigan al suelo como copos de nieve.

Siento una punzada de desesperación, pero no dejo que se refleje en mi rostro. No quiero darle ese placer.

—¿Te crees muy lista, Zoya? —me pregunta de pronto, caminando lentamente a mi alrededor, como el que controla a su presa.

Cierro los ojos un segundo antes de responder.

—No entiendo a qué te refieres —susurro, midiendo mis palabras con la precisión con la que se dosifica un veneno letal.

Él suelta una breve risa seca, sin humor.

—No hagas esto más difícil de lo que ya es, Zoya. Crees que no lo noté, ¿verdad? Cómo lo mirabas, cómo él te miraba a ti.

Mi estómago se contrae, aunque me sigo esforzando porque mi expresión no cambie.

—No he hecho nada.

—Exacto. —Su voz suena fría como el hielo—. Y ese es precisamente el problema —añade—. No hiciste nada para apartar su maldita mirada de ti. —Vuelvo la vista hacia la puerta, pero sé que no me dejará escapar tan fácil—. ¿Sabes qué es lo peor de todo? —continúa, deteniéndose ante mí—. Que él cree que le perteneces —sisea—. Lo vi en sus ojos. Lo noté en cada segundo que se tomó para provocarme.

Aprieto los labios y me esfuerzo por no reaccionar. Pero Vencislav es un depredador, y yo su presa más entrenada.

Su mano se mueve rápido, aunque no para golpearme. No todavía. En lugar de eso, se desprende de uno de sus guantes para

dejar que su mano se deslice por mi muslo, ejerciendo la suficiente presión para recordarme quién manda aquí.

—Voy a dejar algo muy claro —advierte, con un tono impregnado de una calma enfermiza—. Vas a demostrarle que está equivocado. Vas a recordarle a *Diamond* que los Petrov no comparten sus posesiones.

Me aferro a los pliegues de mi vestido con los dedos helados.

—Haré lo que me pidas, pero por favor, deja que me vaya.

Su sonrisa es cruel cuando se inclina para susurrarme al oído.

—No vas a ir a ninguna parte. No hasta que te comportes como lo que eres, como mi esposa, y cumplas con tu cometido.

Apenas termina la frase cuando me toma por la cintura y me gira de espaldas a él. Me atrapa y me agarra del cuello con fuerza, obligándome a inclinar la cabeza hacia atrás, contra su clavícula.

—Drago cree que puede tocar lo que es mío —continúa, pegado a mi oreja, para después pasarme la lengua, como el que lame un helado.

La humedad me asquea, pero no me muevo. Tampoco él va a permitírmelo.

—No me tocará un solo pelo. Tú mismo lo has dicho —le recuerdo para intentar suavizar el modo en que me aprieta contra él. Apenas puedo respirar, y ya no logro pensar con claridad para intentar librarme de sus garras.

—Tal vez deba recordarte a quién perteneces. ¿No es así, Zoya? —sisea, obviando mis palabras.

Antes de que pueda reaccionar, Vencislav introduce su mano bajo mi vestido y comienza a tocarme. Siento el movimiento de mi pecho

al respirar de forma precipitada al notar sus dedos apretar mi entrepierna sin contemplación.

—Sí, soy solo tuya —logro murmurar, no sin el dolor que me produce cada una de mis palabras.

—Lo sé, Zoya. Por eso, lo que ese malnacido quiere vas a dármelo a mí. Solo a mí.

De un solo tirón logra romperme el tanga, del mismo modo que consigue destruir el poco orgullo que me queda. Sin más permiso que el que él mismo se concede, me introduce dos dedos, arañando las paredes de mi parte íntima. El dolor me arranca un ronco gemido, que él debe interpretar como un placer que no siento.

—Eres mi esposa, y solo a mí me perteneces.

El sonido de su voz se entremezcla con las salvajes embestidas que me infringe. Puedo notar la sequedad de esa zona y cómo sus uñas rasgan la entrada.

—Me haces daño —le advierto con la esperanza de que desista.

Pero Vencislav no tarda en aniquilarla cuando, de pronto y de una forma salvaje, me empuja con fuerza contra el escritorio. El impacto me deja sin aliento, el borde de la mesa se clava en mis muslos.

—¿Daño? —se burla tras de mí, hasta alcanzarme—. Eso es lo que tú me haces a mí cuando te comportas como una zorra —masculla, acorralándome contra la mesa.

Escucho el sonido de su cremallera y todo cuanto me rodea se nubla. Vencislav está fuera de sí, y sin que pueda moverme, me levanta el vestido y me penetra con todas sus fuerzas, con la rabia de quien quiere destruir, no poseer. El golpe contra el escritorio no es nada comparado con el dolor que me provoca. Siento cómo sus envites son entrecortados por la sequedad de mi interior y cómo

cada penetración me desgarra las paredes. El dolor se expande a lo largo de la columna y apenas logro mantenerme en pie. Me apoyo sobre la mesa para no caerme al suelo, mientras él me sigue golpeando contra ella. Siento las lágrimas descender y abrirse camino por mis mejillas. Silenciosas. Solitarias. Tal y como siento mi alma.

Pese a que Vencislav nunca ha resistido mucho, los escasos segundos en los que me fuerza me parecen una eternidad, un lustro de angustia y tortura que siempre llevaré conmigo. Una vez más, mi cuerpo es el recipiente de su semilla, el saco en el que descargar su frustración.

Cuando por fin se corre, la presión contra mi espalda disminuye y consigo que el aire entre en mis pulmones sin dificultad. El borde de la mesa ya no me golpea los muslos, pero el sonido de los envites sigue latente en mi oído, del mismo modo que el dolor sigue latiendo sobre mi piel.

De nuevo escucho la cremallera de su pantalón y su aliento regresar a mi espalda.

—Necesito una copa. Quieres una, ¿querida? —me pregunta como si nada hubiera ocurrido, como si no acabase de violarme y destrozarme por dentro.

Niego con la cabeza. Dudo que la voz pueda salir de mi garganta.

Él añade algo que no logro entender, tal vez porque es lo que quiere, o porque mi mente ya no es capaz de reaccionar. Escucho sus pasos, el cerrojo de la puerta y cómo se aleja por el pasillo. Yo, en cambio, no puedo moverme. Mi cuerpo entumecido no responde, lo siento como un títere cuyas cuerdas nadie sostiene. El silencio

aterrador de la habitación es lo único que me abraza, porque no hay consuelo que logre borrar el dolor que siento.

Solo cuando logro ver a través de la niebla que se dibuja en mi mente y ver su cama, consigo armarme de valor y abandonar su dormitorio. Arrastro los pies por el pasillo de mármol de camino al mío. Aquí también hay silencio. Y solo consigo escuchar una voz: la mía advirtiéndome de que no hay escapatoria.

De que nunca la hubo.

Y de que nunca la habrá.

Capítulo 7

Drago

—Tienes que dejar de mirarme así, Sergei —comento sin apartar la vista de la carretera, notando su mirada fija en cada movimiento que hago.

—¿Y cómo se supone que debería mirarte? —pregunta él desde el asiento del copiloto, cruzándose de brazos con esa expresión de desaprobación que le sale natural.

—No sé… ¿Con admiración, quizás? —respondo con un deje de burla.

Yasen suelta una carcajada desde el asiento trasero al encenderse un cigarro.

—O con resignación —añade, exhalando el humo con tranquilidad —. Al fin y al cabo, Drago siempre hace lo que le sale de los cojones.

—Exacto —corroboro—. Así que ahórrate la charla, Sergei. Ya sé lo que vas a decir.

—¿Sí? Ilumíname —responde con sarcasmo.

—Que he cometido un error, que estoy jugando con fuego, que tarde o temprano alguien me pegará un tiro por bocazas…

Sergei resopla, pero no lo niega. Yasen se ríe de nuevo y sacude la cabeza.

—Bueno, lo de bocazas es cierto —comenta, divertido.

—¿Ves? —respondo con una media sonrisa—. Y, aun así, sigo aquí.

—Por ahora —masculla Sergei, aunque no insiste más.

No me importa. La noche ha sido productiva. Vencislav ha mostrado las primeras grietas en su armadura, y eso significa que estamos en el camino correcto. El error lo cometerá él, no nosotros.

El rugido del motor resuena en el túnel mientras el vehículo avanza por la oscuridad. Cuando cruzamos la última sección y la luz de la superficie nos recibe, el paisaje cambia. El exterior de la nave es frío, industrial, sin ostentaciones innecesarias. Pero a través de una entrada discreta, oculta a los ojos de cualquiera que no pertenezca a nuestro círculo, se encuentra algo completamente diferente. Mi hogar.

El aire de la noche es fresco cuando bajamos del coche y avanzamos por el camino de piedra que lleva a la casa. Dos de nuestros hombres, apostados en la entrada, nos saludan con un leve gesto de cabeza. Son de los pocos que tienen permitido estar en esta zona, lo suficiente para asegurar que ningún intruso se acerque sin ser detectado. No es una mansión, ni pretende serlo. Es un refugio. Discreta por fuera, con todo lo necesario por dentro. Espacios amplios, cómodos, diseñados para la funcionalidad más que para la ostentación. Nada que ver con los Petrov.

La puerta se abre con facilidad y el aroma familiar es el primero que nos recibe. Igor es al único al que veo. Mi hermano menor está en su rincón favorito del salón, sentado en el suelo con las piernas cruzadas, una *tablet* en las manos y los auriculares puestos. A veces me pregunto cómo puede tener tanta flexibilidad. Su cuerpo no es

como el nuestro, aunque, siendo sincero, no se parece en nada ni a Irina ni a mí. Igor es especial. Y ninguno de nosotros estará nunca a su altura.

Lo observo mientras me acerco despacio hacia él. Su cabeza se mueve de forma leve al ritmo de la melodía, mientras sus dedos dibujan patrones invisibles en el aire, formando números con movimientos repetitivos. Es su forma de organizar el mundo.

En cuanto me ve, sus ojos brillan con una intensidad diferente a la del resto. Es un gesto sutil, casi imperceptible para cualquiera que no lo conozca, pero que a mí me hace saber que está feliz de verme.

Me inclino despacio hacia él para saludarlo. Igor no permite que nadie lo toque, solo su médico y yo tenemos ese privilegio, aunque prefiero respetarle su espacio y esperar a que sea él quien me conceda el permiso.

—¿Sigues trabajando a estas horas? —le pregunto con calma, observando las cifras que parpadean en su pantalla.

Él asiente, sin dejar de trazar números en el aire.

—Los cálculos están bien. Igor contento —susurra, sin mirarme directamente.

Sonrío con un deje de orgullo.

—Eso es porque eres un genio, hermano.

Su expresión se mantiene neutra, aunque sé que la frase significa algo para él. Siempre lo hace.

Sergei teclea algo en su móvil y se estira, lanzándome una mirada significativa.

—Irina nos espera en el despacho —me anuncia.

Asiento y observo a Igor una última vez antes de levantarme.

—Ya lo has oído. Estaré allí si me necesitas, ¿vale?

Igor no responde, aunque no lo necesito. Sé que suele escucharlo todo, a pesar de los auriculares.

Llego a la altura de Sergei y juntos nos dirigimos hacia la oficina. Es un espacio amplio y minimalista, con lo necesario para negociaciones y una pequeña barra al fondo. Al entrar, nos encontramos con Irina que, con el ceño fruncido, se sirve una cerveza tras la barra.

—Dame otra, me hará falta.

—No soy tu criada, Sergei.

—Yo también quiero —interviene Yasen, esforzándose para que no lo descubra.

Por mucho que intente disimularlo, siempre acaba poniéndole ojitos a Irina, aunque ambos sabemos que si se acerca a ella tendrá que vérselas conmigo.

Irina trae otra cerveza para mí, pero su gesto generoso no acompaña al de su rostro.

—Han llamado los rusos —suelta sin rodeos—. Quieren hablar de negocios.

Alzo una ceja, dejándome caer en la silla de cuero.

—¿Negocios? —repito, tomando un cigarro y encendiéndolo con calma—. Oportunismo es la palabra correcta.

—Eso he pensado. No me fío de ellos —responde, tomando asiento frente a la mesa, junto a Sergei. Por suerte, Yasen lo hace en el otro extremo.

—Ni yo —murmura Sergei—. Pero lo que realmente importa es nuestra jugada con Petrov.

Asiento despacio, dejando escapar una bocanada de humo.

—¿Qué jugada? ¿Ha pasado algo en el club que deba saber? —demanda mi hermana.

—Drago le ha hecho una de las suyas al maldito *Guante Blanco* —interviene Yasen, siempre tan atento a ella.

—¿Qué has hecho? —me increpa.

—Nada que no estuviera deseando desde hace tiempo —aclaro para que no siga por ahí—. Tenemos a Petrov donde queríamos, es lo único que importa.

—¿Y cómo sabes que reaccionará como quieres?

—Cuando un hombre está contra las cuerdas, toma decisiones estúpidas. Así que solo vamos a facilitarle la opción de cometer un error.

Sergei carraspea e Irina entrecierra los ojos.

—¿Cómo?

—La fábrica cerrará temporalmente por inventario y haremos correr la información de que, durante ese tiempo, la mayoría de la producción estará allí y que el resto estará en el almacén, bajo escasa vigilancia —explico, mirando a Sergei—. Tihomir será el encargado de asegurarse de que la noticia llegue a oídos de los Petrov.

Tihomir Dimitrov es un exportador de diamantes y un intermediario negociador que, a pesar de lo que muchos piensan, su trabajo no es imparcial, pues desde hace un tiempo está de nuestro lado.

—¿Sin vigilancia? ¿Te has vuelto loco? Podrían robarnos —me rebate Irina.

—Esa es la idea —aclaro justo antes de dar un trago a mi botellín.

—Definitivamente, has perdido el juicio. ¡Hablamos de una fortuna! No puedes hablar así a la ligera.

—Conociendo a Vencislav, no dejará pasar la oportunidad de robarnos —añade Sergei.

—Exacto —respondo, sonriendo de lado—. Y cuando lo haga, tendremos todo listo para asegurarnos de que lo que robe no sea lo que él cree.

Irina se queda en silencio un momento. Supongo que para meditar el plan que acabamos de presentarle.

—Espero que sepas lo que haces —me reprende—. Pero me apunto —celebra fiel a su estilo, bebiendo como lo haría un tipo sudoroso recién salido del gimnasio. A veces creo que su femineidad murió el día en que nació—. Me gustaría ver la cara que pone ese gilipollas cuando sepa la verdad.

—No eres la única —reconoce Yasen, divertido por el modo en que ella se comporta.

O tal vez sea por el tiempo que pasa entre tanta testosterona. No sé. De todas formas, quien se arrime a ella le corto las pelotas.

La conversación sigue unos minutos más, pero para mí, la reunión ya ha terminado. Miro el reloj de bolsillo que heredé de mi padre: una reliquia de oro, con números romanos, que ha pasado de generación en generación entre los Markov. Es tarde, y tengo algo más importante que hacer.

—Disfrutad de la cerveza —anuncio, poniéndome de pie.

—¿A dónde vas ahora? —pregunta Irina con desconfianza.

—Tengo un asunto pendiente —respondo sin dar más detalles.

No necesito explicarles nada. Salgo de la oficina y me dirijo a los establos. Hoy traían a la yegua y tengo que comprobar que todo es

correcto. El aire fresco de la noche me espabila cuando cruzo el patio iluminado solo por unas pocas luces estratégicas. La tranquilidad de este momento contrasta con la tensión de la reunión, y por primera vez en toda la noche, respiro con calma.

Cuando entro, los caballos levantan la cabeza, olfateando el aire con curiosidad. Aunque yo solo me fijo en ella, al final de la cuadra. Es una yegua magnífica, de pelaje oscuro y movimientos elegantes, tan orgullosa como libre. Me acerco despacio, permitiéndole acostumbrarse a mi presencia antes de extender la mano.

—Tranquila —murmuro—. Hola, preciosa —la saludo, acariciándole el cuello y la cabeza.

Después de asegurarme de que el animal es dócil, me dirijo de vuelta a la casa en busca de Igor. Está en el mismo lugar donde lo había visto hacía unos minutos, tan absorto y concentrado como siempre.

Al llegar, me inclino frente a él a su altura, sin tocarlo, respetando su espacio.

—Tengo una sorpresa para ti —anuncio en voz baja.

No hay respuesta inmediata. Se queda quieto, procesando mis palabras, antes de que sus dedos hagan una pausa en el aire.

—¿Una sorpresa? —pregunta, sin apartar la vista de la pantalla.

—Sí. Aunque tienes que venir conmigo.

Su ceño se frunce por un instante, incómodo con la idea de alterar su rutina. Sé que no le gustan los cambios inesperados, pero también que la curiosidad puede más que cualquier barrera mental en su cabeza.

—Igor tiene que estar en la cama en cinco minutos. Tiene que lavarse los dientes y estar acostado en cinco minutos —repite.

—Lo sé, colega. Por eso necesito que vengas ya. Te prometo que estarás en tu dormitorio a la hora de siempre. ¿Aceptas el trato?

—Cinco minutos —negocia, como si tuviera que preparar su mente para ello.

Asiento con paciencia.

—Cinco minutos —confirmo.

Cuando al fin deja la *tablet* y se levanta, lo guío con calma hacia los establos. Su confianza en mí es ciega y no se opone ni se queja durante el trayecto, que lo hacemos en silencio, hasta que llegamos y nos detenemos frente a la yegua.

—Es tuya —le digo, acariciando al animal para transmitirle seguridad.

Igor no responde de inmediato, pero noto cómo su respiración cambia, más rápida, más contenida.

—¿Mía? —pregunta en un susurro, con la mirada fija la yegua.

—Sí. Ahora es tuya. Puedes llamarla como quieras.

Se queda quieto, evaluando cada detalle de su porte. Su mente siempre procesa todo de una manera distinta, observando más allá de lo evidente. Acto seguido, se acerca un poco más, con movimientos medidos, y extiende una mano temblorosa.

Escucho pasos y sé que es Irina. Me preparo para indicarle que no entre, pero ella misma se detiene y se apoya en el marco de la puerta para observarnos en silencio desde la distancia. Es como un caballo salvaje, indomable y un tanto fiera, pero en el fondo sé que tiene un corazón que no le cabe en el pecho, y que por eso ha querido ver la reacción de Igor.

Nuestro hermano no se percata de su presencia, y me centro en ver cómo acaricia a la yegua por primera vez, con la fascinación de

un niño al recibir un esperado regalo en la mañana de Navidad. Al principio, su mano tiembla levemente. Pero cuando el animal no se aparta, su respiración se vuelve más estable.

—Es una yegua —dice Igor en voz baja, como si temiera romper la magia del momento.

Sonrío y coloco una mano en su hombro, uno de los pocos contactos que siempre me permite.

—Y es tuya, hermano. Tómate tu tiempo para ponerle un nombre. No hay prisa —le aseguro para su tranquilidad.

Él no responde, pero su leve inclinación de cabeza es suficiente. Para él, esto lo significa todo.

Y para mí, también.

Capítulo 8

Zoya

El móvil vibra con insistencia en el bolsillo de mi pantalón, mientras corto la última rosa. El único lugar donde sobreviven es aquí en el invernadero, al que vengo cada mañana para coger flores y evadirme de todo. Me quito uno de los guantes para sacar el teléfono y el estómago me da un vuelco al ver su nombre en la pantalla. En el fondo esperaba que me llamase. Hace días que no hablamos y su insistencia solo puede significar que ya ha notado mi ausencia. Es el único vínculo real que aún conservo con mi pasado. Con mi hogar. Con la única persona en el mundo que me amó sin condiciones.

Respiro hondo antes de deslizar el dedo por la pantalla y llevarme el móvil al oído.

—Hola, papá.

—*Mi pequeña reina* —su voz me golpea con la fuerza de un recuerdo. El griego en su tono es cálido, envolvente, lleno de amor.

Por un momento, no estoy aquí. Estoy en la cocina del restaurante, con el aroma de la *moussaka* flotando en el aire, con su risa resonando mientras me sube a la encimera para ayudarlo a cocinar. Estoy en casa.

Aprieto los labios, obligándome a contener cualquier emoción que pueda delatarme.

—*¿Cómo estás, hija? ¿Todo bien?*

«No, papá».

Las palabras se atascan en mi garganta, y en su lugar, como llevo haciendo durante los últimos años, suavizo mi tono para que suene creíble la respuesta.

—Sí, papá. Todo está bien. Solo he estado ocupada. Llevar una mansión así adelante y ser la esposa de un magnate no es tarea sencilla.

—*Supongo que tienes razón, aunque este viejo te echa de menos.* —Hay un pequeño silencio. Sabe que algo no está bien. Siempre lo sabe. Pero no lo dice—. *Te extraño, pequeña. ¿Cuándo vendrás a Grecia? Ya sabes que esta siempre será tu casa.*

El nudo en mi garganta se hace más grande. Quiere que le diga que pronto, que Vencislav me dejará viajar, pero los dos sabemos que no puedo prometerle nada.

—Iré lo antes que pueda, papá, tienes mi palabra —respondo en un murmullo.

Escucho su exhalación lenta al otro lado de la línea. No está convencido, aunque tampoco insiste.

—*Bueno, dime al menos que sigues comiendo bien.*

«Como si la comida fuese lo más importante en mi vida».

—Claro, papá. No me falta un buen plato que llevarme a la boca.

«Al menos esto es cierto».

De pequeña, tenía que recordarme siempre que comiera, y a día de hoy sigue haciéndolo. Recuerdo que pasaba las tardes con los vecinos del barrio. Vivíamos en una calle tranquila donde apenas

circulaban coches, y jugábamos a todo tipo de juegos sin temor a que nos pasara nada. Me encantaba correr hasta que me faltara el aire y después volver al restaurante, donde mi padre me esperaba con un plato de comida caliente y una sonrisa. «La comida es amor, Zoya», me decía.

Crecí en ese restaurante, entre mesas de madera gastadas y el aroma de especias. Ayudaba a mi padre a llevar platos, a tomar pedidos, a limpiar. Me encantaba la vida que tenía. Hasta que dejó de ser suficiente. Hasta que el dinero comenzó a escasear.

Mi madre murió cuando era muy pequeña, y apenas guardo recuerdos de ella. A veces intento reconstruir su rostro en mi cabeza, pero solo consigo sombras borrosas. Lo poco que sé de ella es lo que mi padre solía contarme: cómo era su voz, cómo le gustaba cantarme antes de dormir. Pero esas memorias no son mías, son suyas. Para mí, siempre fue él. Mi padre ha sido mi refugio, mi única y entera familia. La persona que me enseñó a ver la vida con optimismo, incluso cuando todo iba mal.

La crisis nos golpeó con fuerza durante años, y fue en el momento más duro cuando Vencislav apareció en nuestras vidas.

Él viajó a Grecia por negocios, y un día, simplemente, entró al restaurante acompañado de dos hombres enormes, Radko y Oleg. Al instante llamaron la atención de los pocos que estábamos allí. No era el tipo de cliente habitual. ¿Qué joven de veintisiete años usaba bastón, vestía un traje a medida y llevaba guardaespaldas? Su presencia lo llenó todo, y lo supe desde el momento en que sus ojos se fijaron en mí. Recuerdo que mientras estuvo allí, no dejó de mirarme.

Al principio, solo fue un cliente más. Sin embargo, después comenzó a venir cada fin de semana. Su excusa era la comida, aunque todos sabíamos que no era cierto. Se sentaba siempre en la misma mesa, pedía los mismos platos y me hacía preguntas triviales, mientras yo intentaba ignorar su atención. ¡Como si fuera tan fácil hacerlo con alguien como él!

Poco a poco, se volvió parte de mi rutina. Empezó a cortejarme con gestos y regalos caros que me hacían sentir especial. Vencislav era un hombre apuesto, de figura esbelta y elegante, con un refinamiento que no presagiaba su inquietante frialdad. Parecía sacado de una revista, con el pelo engominado y siempre peinado con precisión, sin un solo mechón fuera de lugar. Sus ojos verdes oscuros congeniaban a la perfección con su cabello castaño. Eran calculadores y parecían analizar cada movimiento con una paciencia infinita, sobre el lunar que resaltaba sobre su mejilla izquierda. Era el candidato perfecto para convertirse en el yerno de mi padre, y así me lo hizo saber el día que recibió una carta certificada del juzgado.

Mi pobre padre había hipotecado la casa para salvar el negocio, había hecho todo lo imposible para seguir adelante. Yo le ofrecí trabajar en otro lugar, pero ni siquiera ese sueldo extra hubiera saldado las deudas que teníamos, y fue entonces cuando comenzó a insistir en que la mejor opción era aceptar la propuesta de Vencislav para comprometerme con él.

—Él puede darte lo que yo no puedo —me decía cada noche al llegar a casa, tras cerrar el restaurante.

No lo culpaba. No hubo una discusión, ni una pelea. Solo el peso de la realidad cayendo sobre mí, aplastando todo lo que alguna vez soñé ser. Su voz se desquebrajaba cada vez que me alentaba a

aceptar, pero eran mis planes de futuro y mis sueños los que se despedazaban al contemplar la idea. Renunciar a ellos era nuestra única salida. Vencislav me gustaba, era atento conmigo y con mi padre. Sin embargo, nada de lo que hiciera consiguió que naciera en mí sentimientos hacia él. Acepté a comprometerme con él con tan solo dieciocho años y sin estar enamorada. Tal vez hubiera una época en la que creí estarlo, sobre todo al llegar a Bulgaria y presentarme todo su mundo, ya convertida en su esposa. Ese día no solo cambió mi apellido. Mi vida entera cambió, y pasé a ser una pieza de museo para exhibir y cumplir las órdenes del despiadado y temido *Guante Blanco*.

Durante un buen rato, y sin hacer mención alguna hacia todo lo que estoy viviendo en esta prisión a la que me siento encadenada, mi padre y yo charlamos. Gracias a mi matrimonio con Vencislav, él pudo reformar el restaurante y, desde entonces, los clientes y la economía no ha vuelto a faltar en casa. Esa idea es la que me mantiene con vida cada día, el único pensamiento que me da esperanza para mantenerme fuerte y levantarme cada mañana, a pesar de ser consciente de que ese será mi único triunfo.

—Bueno, he de dejarte. Mañana me espera un día duro. Han reservado el restaurante al completo para celebrar un cumpleaños importante.

Saber que le va tan bien me hace saber que mi sacrificio no es en vano, y mis labios se curvan en una tierna sonrisa.

—Me alegro de que todo te vaya tan bien.

—Y yo, hija. Pero ya sabes que para mí lo más importante eres tú y saber que estás bien.

—Lo estoy, papá. No te preocupes. Y como ya te he dicho, iré a verte en cuanto pueda.

—*Te quiero mucho, mi reina.*

—Y yo a ti, papá.

Cuelgo antes de que mi voz se quiebre. Cada día me resulta más doloroso hablar con él. No solo por ocultarle la verdad, sino porque la distancia se hace cada vez más insoportable.

El aire frío de la mañana me golpea la cara en cuanto salgo del invernadero. Los pétalos de las rosas que sostengo entre mis manos parecen aún más vivos bajo la luz del sol. Me acerco el ramo a la nariz. Adoro las rosas y el aroma a recién cortadas. Son bellas, dulces y elegantes, pero también poseen espinas, lo que las hace más duras y resistentes. Es como si me sintiera identificada con ellas. Aunque, a veces, me pregunto si yo también tengo espinas. No sé. Tal vez tenga incluso más de las que creo, y por ese motivo me mantengo con vida.

Inhalo el olor para evadirme de mis pensamientos. Prefiero quedarme con la parte hermosa de las rosas y su inconfundible y reconfortante olor. No puedo evitar cerrar los ojos al hacerlo. Dura un solo instante, el mismo que tardo en ver a lo lejos la figura de Gregor Petrov, bajando del coche.

Su abrigo de piel de marta cibelina y su inseparable sombrero negro lo convierten en alguien inconfundible, al igual que su pose, con esos aires de grandeza y superioridad que siempre lo acompañan. Noto cómo mi cuerpo se tensa nada más verlo. Hay algo en su expresión, en la forma en que ladea la cabeza al verme, que hace que mis pasos vacilen un segundo antes de obligarme a

seguir avanzando. No quiero encontrarme con él. No quiero escuchar lo que sea que tenga que decir.

Intento desviarme con discreción hacia un lado, buscando rodearlo sin parecer demasiado evidente, pero su voz, gruesa y condescendiente, me detiene.

—¿Por qué tanta prisa, querida? —Su tono cargado de falsa cortesía me obliga a detenerme en seco, a enderezarme, a fingir la compostura que en realidad no tengo.

Me giro despacio, obligándome a sostener su mirada. Sus ojos son de un marrón apagado, sin el brillo calculador de Vencislav, pero con la misma frialdad de quien solo ve en los demás meras piezas de un tablero.

—No soy yo quien tiene prisa, sino estas flores —respondo con voz serena, señalando el ramo que llevo en la mano.

Él sigue caminando hacia mí, con la tranquilidad de quien no necesita permiso para actuar según su capricho.

—Siempre tan considerada —murmura, mirándome de arriba abajo, incluso cuando me alcanza—. Debe ser agotador estar pendiente de los detalles, aunque a nadie le importen más que a ti, ¿verdad?

Su crueldad me atraviesa el estómago. Sé lo mucho que le gusta humillarme, y opto por mostrarle indiferencia para no darle más armas con las que atacarme.

—Bienvenido, Gregor. Vencislav está en el despacho; estará encantado de recibirte. Ahora, si me disculpas...

—¿No vas a darle un beso a tu suegro? —pregunta, agarrándome del antebrazo.

Bajo la mirada hacia su mano y sé que no me soltará hasta darle lo que quiere. Su guardaespaldas, a una corta distancia tras él, observa la escena con una calma que ninguno de los dos sentimos. Trago saliva y me limito a cumplir el papel que se espera de mí. El roce de su barba áspera me araña la mejilla cuando me inclino hacia él. No me giro para darle el beso, pero él sí lo hace, estampando su deplorable boca contra mi rostro.

—Siempre tan bien perfumada —comenta cuando vuelvo a mi posición—. Tan elegante y tan perfecta —añade.

—Gracias —susurro para intentar dar por terminado el encuentro.

El agarre de su mano se suaviza y me siento aliviada. Pero él no tarda en hacerme saber que el juego aún no ha terminado. De pronto, sus dedos se deslizan por mi brazo para acariciarlo, sin ocultar lo mucho que disfruta haciéndolo.

—Es una suerte la de mi hijo, ¿no crees? Tener una mujer así —aclara bajando la mirada hacia mis pechos—, dispuesta a cumplir sus deseos y mostrarle lealtad a todos los suyos.

Sus ojos nunca han ocultado su deseo hacia mí, ni siquiera delante de Vencislav, pero hoy ha dado un paso más allá. Su repugnante forma de tratarme y su contacto me provocan náuseas y la fuerza necesaria para actuar.

—También fidelidad —mascullo, apartándome, a pesar de las consecuencias que ello pueda acarrear.

Me adentro en la casa sin volver la vista atrás, asumiendo el castigo que tal vez reciba por no sucumbir a los deseos del maldito viejo. No me importa. Ya no.

En el recibidor me cruzo con Vencislav, que ha salido a recibir a su padre. Rehúyo su mirada para que no pueda ver que estoy al

borde del llanto, y me escabullo lo más rápida que puedo hacia la cocina.

—Padre —lo saluda con un tono neutro.

—Tenemos que hablar —le responde aquel con su habitual autoridad e inexistente educación.

Solo cuando me alejo de ambos, dejo de escuchar sus voces y comienzo a sentir cierto alivio. Estar cerca de ellos me resulta insoportable, una tortura que cada día me es más difícil de soportar.

Me enjugo las lágrimas y me centro en buscar un jarrón para no pensar en lo que se ha convertido mi vida. Suelo dejarlo en uno de los armarios que hay en la cocina, pero por alguna razón no está en su sitio. Svetlana ha ido a la ciudad a comprar unas cosas, y no está para preguntarle. Dejo las flores en la encimera de piedra y me dirijo a la despensa. Es un espacio enorme, que incluye una cámara frigorífica, aunque yo me centro en la zona de las estanterías donde guardamos utensilios. Reviso el primer estante de arriba sin demasiado éxito. Hago lo mismo con el segundo. Y al llegar al tercero, la voz de Vencislav me detiene en seco. No está a mi lado. Ni siquiera en la cocina. Pero no tengo ninguna duda de que es él. El sonido es algo hueco, y lo sigo, hasta dar con la rejilla de ventilación, oculta tras unas cajas de cereales y el jarrón que andaba buscando.

Capítulo 9

Zoya

Aparto con cuidado las cajas y flexiono las rodillas para llegar con mayor facilidad a la rejilla de ventilación. Por la distribución de la casa doy por hecho que están en el despacho. Las voces llegan amortiguadas, distorsionadas por el paso del aire, pero lo suficientemente claras como para entender cada palabra. Aun así, contengo la respiración y acerco el oído para no perder detalle.

—¿Cuánto tiempo más, Vencislav? —El tono áspero de Gregor resuena con el peso de una sentencia. No suena enfadado. Ni siquiera impaciente. Es algo peor. Es el tono de un hombre que ya no tiene expectativas.

Vencislav tarda en responder.

—No es algo que se pueda forzar. —Su voz es controlada, como siempre. Pero no engaña a nadie. Está tenso.

Gregor suelta una carcajada seca.

—He visto hombres tener cinco hijos en el tiempo que tú llevas casado con esa mujer. ¿Me tomas por imbécil?

Mi cuerpo se tensa. No me ha mencionado directamente, pero no hace falta. Soy el tema de conversación.

—Quizá el problema no es ella —prosigue Gregor con un deje de desprecio—. Quizá el problema seas tú.

Un golpe seco me provoca un pequeño respingo que logro controlar. Es un vaso contra la mesa y el hielo desplazándose en su interior.

—No soy estéril, si es lo que estás dando a entender —espeta Vencislav. Ya no es solo rigidez lo que noto en su voz. Es irritación, algo que solo ocurre cuando se enfrenta a su padre.

Escucho cómo camina por la habitación con pasos lentos y pesados, una señal inequívoca de que está conteniendo su ira.

—Ah, ¿no? Pues dime, ¿dónde está mi nieto, entonces? ¿Dónde está mi heredero? ¿Acaso no sabes meterla?

Aprieto los labios con fuerza.

—Déjate de estupideces —gruñe—. El hijo llegará cuando tenga que llegar.

—No, el hijo llegará cuando tú lo hagas llegar —asegura Gregor —. Llevas años con esa mujer y lo único que has conseguido es una muñeca de lujo que ni siquiera te ha servido para lo básico. Deberías ir pensando en buscarte a otra que valga más la pena.

—Las otras no son como ella.

—¿Acaso no todas tienen un mísero coño en el que poder meterla? ¡Espabila, muchacho! Las mujeres solo sirven para dos cosas: abrirse de piernas y obedecer.

El estómago se me revuelve y cierro los ojos con fuerza, sintiendo el veneno en sus palabras.

—¿Crees que no lo sé?

—¡Pues espabila de una puta vez! —le reprocha—. Te encaprichaste de ella, a pesar de mi consejo, y para lo único que

sirve es para gastar dinero y exhibirla como un maldito diamante.

Aprieto los puños sin darme cuenta, con los nudillos tensos hasta que casi duelen.

—Era libre de escoger a quien quisiera —defiende Vencislav.

—¡Y mira para lo que te ha servido! Esa mujer nos ha salido demasiado caro a esta familia.

—¿Y qué pretendes que haga?

—Deshazte de ella. Mándala de vuelta a Grecia o déjala en una cuneta, ¿qué más da? El apellido Petrov no puede acabar contigo. No es eso lo que te enseñé. Y no voy a permitir que desaparezca por culpa de esa maldita zorra.

El corazón me da un vuelco y tengo que taparme la boca con la mano para no soltar un gemido involuntario. La rabia me sube como un ardor insoportable a la garganta, pero la contengo. No puedo dejar que me descubran, o no saldría de aquí con vida.

—Ya te he dicho que llegará en su momento —insiste mi esposo.

—No he venido aquí para que repitas las cosas como un puto loro. Garantízame que los Petrov seguirán aquí, o yo mismo te buscaré a otra. A no ser, claro está, que a ti te gusten otro tipo de cosas y no las mujeres, precisamente.

—Ten cuidado con lo que insinúas —advierte Vencislav. Su tono es bajo, afilado.

—¿Por qué? ¿Vas a golpearme, muchacho? ¿A mí? —Gregor chasquea la lengua, burlón—. Ojalá tuvieras la mitad de coraje que presumes. Pero no. Siempre fuiste débil. Y lo sigues siendo.

Contengo la respiración al ver que ambos se quedan en silencio. No sé qué esperar, si un golpe, un manotazo o el sonido de un arma quitándole el seguro.

—Si has venido solo para esto, te aconsejo que te largues —escucho al fin a Vencislav.

—Lo cierto es que no. He venido por los indios.

Logro oír el sonido de una silla arrastrar, y doy por hecho que es Gregor quien se sienta en ella. Por suerte, nadie ha entrado en la despensa, y puedo seguir escuchando, pegada a la rejilla de ventilación. No me atrevo a moverme. Cualquier descuido podría costarme demasiado caro.

—Me he enterado de que la cosa no va bien —afirma Gregor con calma. Una calma peligrosa.

Vencislav no responde de inmediato. Escucho sus pasos de nuevo, unas ruedas rodando en el suelo, y doy por hecho que se ha sentado en su sillón.

—No sé de qué hablas —dice finalmente.

—No me hagas perder el tiempo con excusas baratas —su voz se endurece—. ¿Crees que no tengo contactos? He hablado con ellos. Están inquietos. Se preguntan qué está pasando con los Petrov. Me han dejado claro que, si la situación sigue así, buscarán otras opciones.

—No las tienen —le rebate.

—Siempre hay otras opciones —le corrige Gregor con una frialdad cortante—. Lo que no hay es paciencia.

El aire en la habitación cambia. Lo noto. Como si la temperatura hubiese descendido un par de grados.

—La mina está funcionando al mínimo —explica Vencislav, con ese tono comedido que usa cuando no quiere demostrar debilidad—. No es algo que pueda controlar.

Gregor resopla con burla.

—Claro, claro. Ahora resulta que eres una víctima de la geología.

—No me jodas —gruñe Vencislav.

—En treinta años nunca pasó algo así —lo interrumpe Gregor, ignorándolo—. Treinta años manejando este negocio y jamás tuve que preocuparme por si el suministro fallaba. Pero llegas tú, con tu prepotencia, con tu aire de grandeza, y en menos de una década me pones todo esto en riesgo.

No necesito verlo para saber que Vencislav está conteniendo el impulso de saltar de su sillón.

—¿Y qué quieres que haga? —inquiere. Por el modo en que lo hace, lo imagino apretando los dientes.

—Solucionarlo —responde Gregor sin dudar.

—No es tan sencillo.

—¡Nada lo es, Vencislav! —El rugido de su voz y el sonido de un puñetazo en la mesa me hacen dar un respingo—. ¡Deja de buscar excusas y haz algo de una puta vez!

Un silencio tenso se instala en el despacho.

Contengo el aire. Siento la garganta seca y no logro saber qué está ocurriendo. Me apoyo con más peso en el estante para poder escuchar mejor y, sin darme cuenta, le doy al jarrón. El corazón se me sube a la garganta cuando lo veo tambalearse en el borde. De forma instintiva logro atraparlo justo antes de que impacte contra el suelo. Me quedo inmóvil, con el pulso acelerado y sin atreverme a respirar, rogando que no me hayan oído.

Espero.

Mi cuerpo entero se congela.

Aguardo un poco más.

Por suerte, no parece que me hayan oído, y con todo el cuidado del que soy capaz, dejo salir un hondo suspiro de alivio, justo antes de volver a dejar el jarrón en su sitio.

—Idearé algún plan —escucho de nuevo a Vencislav. Su voz suena más firme, más controlada. Como si la furia de su padre lo hubiese empujado a recuperar la compostura.

Cierro los ojos. No sé qué es peor. Que Gregor lo humille o que él encuentre la manera de complacerlo. La segunda opción es la que me aterra.

El corazón vuelve a acelerárseme cuando escucho la voz de Gregor rompiendo el silencio.

—He hablado con Tihomir Dimitrov. Parece que tiene información importante.

El silencio que sigue es breve, pero suficiente para tensar cada músculo de mi cuerpo. Puedo imaginar la mirada que deben estar intercambiando padre e hijo en estos momentos.

—¿Qué te ha contado? —pregunta Vencislav con la autoridad seca que siempre usa cuando necesita respuestas inmediatas.

Gregor carraspea, incómodo.

—Me ha comentado algo sobre un inventario en la fábrica de los Markov. La cerrarán temporalmente para el recuento, así que el almacén del puerto no tendrá movimiento.

—¿Cerrar? Eso no tiene sentido —replica Vencislav con una mezcla de sorpresa y desconfianza—. Drago no es de los que dejan nada al azar.

—Lo importante no es lo que haga, sino lo que vamos a hacer nosotros —insiste Gregor con un tono cortante—. Si van a cerrar por inventario, significa que no habrá envíos al almacén, y que lo poco

que quede allí tendrá menos vigilancia. Es el momento perfecto para saldar deudas y entrar sin ser vistos.

—¿Sugieres que les robemos a los Markov?

—¿Cómo si no pretendes conservar a nuestros clientes? Me llevó años conseguirlos, y no voy a permitir que los pierdas por no tomar las decisiones adecuadas. Esa gentuza no recibirá una leva nuestra mientras yo viva, así que sí, robaremos sus diamantes.

—¿Y cómo propones que lo hagamos? —inquiere Vencislav con cautela—. Algo así, requiere una planificación cuidadosa y discreción absoluta para no llamar la atención.

—Precisamente por eso lo haremos durante la gala benéfica de la fundación *Radost*. Es el evento más lujoso del año, y todo el mundo asistirá, incluidos los Markov. Para cuando se enteren, ya será demasiado tarde.

—¿Y si regresan antes de lo previsto? —pregunta Vencislav, midiendo sus palabras.

Gregor suelta una carcajada burlona.

—Aunque salieran corriendo en cuanto reciban el aviso, para cuando lleguen desde el centro de la ciudad al puerto, tus hombres ya habrán desaparecido. Piensa por una vez con claridad, hijo. La empresa lo es todo. Y este es nuestro momento.

—Está bien. Mandaré a Oleg con algunos más. Son mis hombres más fieles —responde Vencislav, con seguridad.

—Más te vale que así sea —advierte Gregor—. Una oportunidad como esta no se repetirá.

Escucho un ruido sordo, probablemente Gregor dejando su vaso sobre la mesa. Le siguen unos pasos, supongo que porque han dado por finalizada la conversación.

No puedo permitirme que me descubran aquí. Espero unos segundos más antes de coger el jarrón y salir con rapidez y discreción del escondite. El corazón me bombea con fuerza bajo el pecho, y apenas logro procesar todo lo que he escuchado. Los Markov no van a quedarse de brazos cruzados, tomarán represalias y sé que nos afectará a todos. Lo que Gregor y Vencislav están planeando no es solo un robo.

Es el principio de una guerra.

Capítulo 10

Zoya

Apenas logro sentarme frente al escritorio de mi dormitorio cuando la puerta se abre tras de mí. Pienso que se trata de Svetlana, pero al escuchar la cerradura, girando despacio al cerrar, me doy cuenta de quién es en realidad. El sonido suave y metálico me eriza la piel. Sé exactamente lo que significa.

Vencislav entra con una calma que me hiela la sangre más que cualquier grito. Me vuelvo hacia él. Su rostro está imperturbable, casi amigable, pero su mirada es oscura, peligrosa.

—¿Todo bien, cariño? —cuestiono en voz baja, intentando controlar mi respiración agitada.

—¿Sabes cuánto me costó construir esta mansión, Zoya? —me pregunta mientras se acerca hasta mí y se sienta sobre el borde de la mesa a mi lado, dejando el bastón apoyado a su derecha. Su tono es suave, pero lleva implícita una advertencia que me hace contener la respiración—. Contraté a los mejores arquitectos de Europa, escogí personalmente cada material, cada detalle…

No sé a qué viene su visita, pero el hecho de que haya cerrado la puerta hace que me mantenga en alerta y que tenga que medir mis palabras.

—Es una casa preciosa. Tuviste muy buen gusto —confirmo, mirando a mi alrededor, fingiendo ser la esposa ideal que no da problemas.

—Es cierto. Siempre lo he tenido. Sin embargo —añade con esa fingida calma que me pone la piel de gallina—, cometieron errores. Como la despensa, por ejemplo.

Trago saliva, obligándome a mantener la mirada fija en él.

—¿Qué ocurre con ella? Creí que te gustaba que fuera tan amplia.

—Y lo es. Aunque el arquitecto olvidó colocarle una ventana. Un error lamentable, ¿no crees? —Sonríe con amabilidad, aunque sus ojos permanecen fríos, calculadores—. Claro que, a falta de ella, se le ocurrió la genial idea de incorporar una rejilla de ventilación.

Me tenso al instante, y el corazón me late tan fuerte que temo que pueda escucharlo. Estaba sola, sin cámaras que me grabaran.

—No entiendo por qué me cuentas esto ahora —susurro, fingiendo confusión.

Él ladea la cabeza y me estudia con atención.

—En realidad es algo en lo que no había reparado y que carecía de importancia. Hasta hoy, que Radko te ha visto salir de ella hace unos minutos —comenta con esa suavidad que camufla su enfado.

«¡Mierda! La despensa no tiene cámaras, pero la cocina sí».

Intento mantener la compostura, aunque el miedo comienza a paralizarme.

—Solo he entrado para buscar un jarrón. No estaba en la cocina y pensé que podía estar allí.

—Claro, el jarrón. Se me olvidaba que habías estado en el invernadero. Aunque resulta curioso que te llevara tanto tiempo

buscarlo, ¿no crees?

Me siento más incómoda a cada segundo, y opto por mostrarme natural frente a él.

—No suelo entrar allí, y no lo encontraba. Eso es todo.

—Tiene su parte de lógica —afirma, asintiendo en repetidas ocasiones, haciéndome creer que todo está en orden—. Sin embargo —añade de nuevo para mi desazón—, eres una mujer inteligente, siempre lo has sido, y el hecho de que tardaras tanto para un simple jarrón, por muy escondido que estuviera, ha llamado su atención. Ya sabes lo eficiente y leal que Radko puede llegar a ser —agrega como si nada, como si fuera una persona normal manteniendo una conversación cordial—. Por eso ha querido averiguar qué había allí que te mantuviera tanto tiempo.

Imagino que se siente molesto por el modo en que su padre suele humillarlo, pero su obsesión por controlarme roza la locura enfermiza.

—Esto es ridículo —me defiendo—. Estaba tras las botellas de leche y no daba con él. ¿Tan extraño te parece que me costara verlo?

Vencislav sonríe con falsa indulgencia.

—Lo cierto es que no —responde con calma. Pero acto seguido comienza a quitarse los guantes con deliberación, lo que me alerta todavía más—. A no ser porque Radko —continúa, haciendo una pequeña pausa—… entró después para averiguar qué podía haber allí que fuera de tu interés. No había nada extraño, excepto unas cajas de cereales que no estaban alineadas como suelo ordenar que las dejen. Se acercó y, al ir a colocarlas, descubrió el error que

habían cometido los arquitectos: la rejilla de ventilación, que, curiosamente, da a mi despacho.

Mantener la calma es lo único que puede salvarme en este momento, y pongo todo de mi parte para lograrlo.

—Cariño, no sé nada de ninguna rejilla, y en cuanto a las cajas, tal vez las movería al buscar el jarrón —me justifico.

—¿Crees que soy imbécil, Zoya? —masculla, borrando de un plumazo la sonrisa. Su voz es fría y cortante como el filo de un cuchillo—. ¿De verdad piensas que puedes mentirme sin consecuencias?

—No te estoy mintiendo…

—¡Cállate! —gruñe, de pronto, agarrándome del cuello. Lo hace con tanta fuerza que me levanta en peso. La silla cae hacia atrás, provocando que la pierna se me enrede en una de las patas. Pierdo el equilibrio, pero su agarre impide que me caiga.

Me arrastra hacia atrás y me estampa contra la puerta del vestidor.

—Mi padre tiene razón, no sirves para nada —masculla.

Intento aferrarme a sus hombros, implorando, rogando que me suelte. Sin embargo, no lo hace.

—Tienes que entender… Yo no quería…

—¡Cállate! —me vuelve a gritar, sujetándome y estampándome con más fuerza. Apenas puedo respirar, y comienzo a notar el dolor en la cabeza al aplastármela contra la madera—. ¿Sabes lo que tengo que aguantar? ¿La humillación de ver cómo me miran todos? ¿De que mi propio padre me trate como si fuera una maldita decepción?

—Yo no… te veo así…

—Claro, porque la culpable eres tú. Eres la responsable de que no pueda darle lo que tanto quiere.

—Siento no haberte… dado un hijo. Ninguno de los dos esperábamos… lo que sucedió. Los abortos no fueron culpa de nadie…, fue cosa de Dios.

—¿De Dios o de tu maldito cuerpo? Solo mereces la pena por tu cara y tu coño. ¡Eres una jodida inútil!

—Vencislav…, por favor…

—¡No te atrevas a pronunciar mi nombre! —ruge, lanzándome contra el suelo. El sonido al caer se entremezcla con la tos que suelto al sentirme libre de sus garras, aunque es el dolor de la cadera al golpear contra el frío mármol lo que me parte en dos—. Ya no sé qué hacer contigo, Zoya —añade, fuera de sí.

—Haré lo que quieras —me comprometo, mientras me arrastro hacia la cama para alejarme de él—. Iré a una clínica si es necesario. Pero, por favor… No me pegues.

Vencislav suelta un deje con desprecio.

—¿Que no te pegue? ¿Sabes lo que estás haciendo? Me estás empujando a los brazos de otra, me arrastras a tener que conformarme con un bastardo. ¿Acaso crees que eso es lo que quiero?

—Haré todo lo que me pidas, y si quieres acostarte con otras, hazlo.

«Que se busque una amante es lo que menos me importa».

—No necesito tu permiso. ¡Por supuesto que lo haré! Pero que me obligues a hacerlo, no te librará de tu merecido.

Vencislav deja de escuchar mis plegarias cuando se acerca al escritorio para regresar con el bastón en la mano.

—¡Eres mi mayor fracaso! —brama al levantarlo y golpearme con él en las costillas.

El dolor es tan intenso que temo perder el conocimiento. La voz ya no sale de mi garganta, y lo único que consigo es hundirme de lado y protegerme la cabeza con los brazos.

—¡Una puta que me ha jodido la vida! —continúa voz en grito.

A las costillas le siguen los muslos, para después regresar de nuevo a la zona superior de mi cintura. El bastón silba en el aire antes de abrirse paso contra mi piel. Cada impacto es un latigazo, una tortura insoportable. Y un dolor indescriptible. Mis lágrimas caen desoladas a un lado del rostro. Mis jadeos ahogados se entremezclan con mis escasos pensamientos al darme cuenta de que todo lo que algún día fui deja de existir, y que lo único que me queda es rezar para que no me mate.

El sabor metálico de la sangre inunda mi boca. Me la he provocado al morderme el labio, puede que en un vano intento por paliar el dolor. No me molesto en limpiarlo. Debo protegerme la cabeza para impedir que me la abra.

Vencislav sigue golpeándome hasta quedarse sin fuerzas. Encogida en el suelo, temblorosa y rota, escucho cómo respira agitado sobre mí.

—La próxima vez no te dejaré con vida, Zoya —advierte con frialdad—. Recuérdalo bien.

Cuando por fin se detiene, apenas puedo respirar. Se marcha, cerrando la puerta con calma espeluznante, dejándome tirada en medio de un infierno de llanto y desconsuelo. El dolor se expande por todo mi cuerpo, palpitando en cada zona que me ha golpeado. No puedo moverme. No tengo la fuerza suficiente y no creo que

pueda. Permanezco en la misma postura durante un rato, sopesando en la tortura que se ha convertido mi vida. El daño que siento no es solo físico. Es mucho más intenso. Más real. Más difícil de soportar. Y sé que no sobreviviré a la próxima vez.

Solo hay algo que me anima a seguir respirando. Una única esperanza a la que aferrarme, aunque con ella ponga en riesgo mi vida o me cueste mi último aliento.

Liberarme de las cadenas de oro a las que me tiene encadenada.

Drago

Me miro en el espejo de cuerpo entero que Irina ha colocado estratégicamente frente a mí, mientras el sastre termina de ajustar con precisión quirúrgica la manga de mi esmoquin negro. Es elegante, impecable, hecho a medida con lana inglesa y solapas satinadas que destacan aún más bajo la iluminación de mi despacho. El pantalón cae con una elegancia precisa hasta mis zapatos, pulidos como espejos. La confección es impecable, lo admito, pero yo soy más de vaqueros y cazadora de cuero. No suelo vestirme así. Me siento como si llevara un maldito disfraz.

—Pareces un pingüino, tío —se burla Yasen desde el sofá, con una sonrisa burlona que no me molesto en contestar.

—Más bien un enterrador de lujo —añade Sergei, mirándome divertido desde la barra.

—Muy gracioso. Esperad a que os veáis vosotros con el vuestro. A ver si seguís bromeando entonces —respondo seco, mientras el sastre continúa en silencio con sus alfileres.

Es un primo lejano, un tipo discreto en el que confío y un gran profesional en lo suyo, aunque apenas le hayamos dado trabajo en el último año.

A mi lado, Irina observa la escena con los brazos cruzados sobre el pecho. Sus ojos fríos analizan cada detalle con la misma intensidad con la que revisa las cuentas.

—No entiendo por qué demonios tenemos que asistir a esa estúpida gala —protesta—. Siempre nos hemos negado a ser como ellos. ¿A qué viene este cambio ahora?

—Este año es distinto —respondo con calma, ignorando los leves pinchazos del sastre—. Debemos dar la cara y provocar el robo.

—Justo lo que nos faltaba. Jugar a las princesas con la gentuza esa —bufa Irina, señalando con desagrado el vestido colgado frente al sofá, cubierto por una funda transparente—. ¿Has visto eso? Solo mirarlo me dan ganas de vomitar.

—Ya es hora de que te comportes como una mujer por una noche —respondo, divertido.

—Vete al infierno —gruñe ella—. Sabes perfectamente que no es lo mío.

—Igual hasta descubres que te gusta —se burla Yasen, aunque al recibir una mirada asesina de mi hermana, opta por callarse.

—No te lo pongas tan difícil —le aconseja Sergei, algo más conciliador—. Será solo por una noche.

—Gracias por recordármelo, Sergei. Qué considerado.

La mirada gélida que ella le lanza provoca que Sergei levante ambas manos en señal de rendición y se gire a servirse otra copa.

—Dejadlo ya —intervengo con seriedad—. Necesitamos asistir porque debemos aparentar normalidad. Gregor obligará a Vencislav a mover ficha. No hay nada más importante para él que salvar el negocio, ni siquiera su familia. Hará cualquier cosa para proteger su maldito legado.

—Eso es cierto —asiente Sergei, recuperando la compostura—. Gregor es demasiado poderoso, y *Guante Blanco* demasiado orgulloso como para permitir que su negocio se hunda delante de él.

—Exacto —respondo—. Y nosotros tenemos que estar allí para darles carta blanca, mientras nuestro almacén está supuestamente desprotegido.

Irina resopla, cruzándose de brazos.

—Vale, todo eso lo entiendo, pero sigo sin entender por qué tengo que ir yo.

—Porque no deben sospechar nada. Lo mejor es que nos vean a todos allí. Eso les dará más confianza para seguir adelante con el plan.

—Estoy de acuerdo —me secunda Sergei.

—Menuda mierda —resopla mi adorada hermana.

—Tranquila, yo estaré ahí para ayudarte —se ofrece Yasen.

«Mucho estaba tardando en hacerlo».

—No será necesario —intervengo, mirándolo a él a modo de advertencia—. Es una gala benéfica donde acudirá la alta sociedad y parte de la realeza. Mañana el edificio de la Fundación será el lugar más seguro de toda Bulgaria.

Ambos sabemos que no es esa clase de ayuda la que él le está ofreciendo, aunque debo ser claro al respecto y que no haya confusiones. Siento aguarle la fiesta, pero mi hermana es intocable.

—Como quieras, Drago.

—De todos modos, cogeremos el coche blindado por lo que pueda pasar después —anuncia Sergei, tan atento y precavido como siempre.

—Iremos en dos coches —anuncio con calma para asombro de los tres—. Irina, tú vendrás conmigo. Sergei y Yasen iréis en otro vehículo.

—No pienso dejarte solo —protesta Sergei.

—¿No lo has oído? Yo estaré con él —aclara Irina con mal humor.

—Pero Sergei tiene razón —añade Yasen con seriedad—. No podemos dejar a dos Markov solos.

—Es una gala con mucha seguridad y se supone que acudimos relajados —puntualizo.

—Drago no va a cambiar de opinión —sentencia Irina, cruzándose de brazos—. Y no tengo ganas de seguir discutiendo. Si quiere que vayamos así, lo haremos así.

Los tres se miran en silencio antes de aceptar con resignación. Mi primo, en absoluto silencio hasta ahora, finalmente da un paso atrás.

—Listo, señor. Está impecable —asegura, apartándose para contemplar su obra.

—Buen trabajo —admito al mirarme en el espejo una última vez. He de reconocer que, a pesar de que no sea mi estilo, me queda como anillo al dedo—. Mañana vamos a demostrarle al país entero de qué pasta están hechos los Markov. Y lo más importante —añado, ajustándome las mangas—, vamos a hacerlo con clase.

Capítulo 11

Zoya

La imponente fachada del edificio histórico de la Fundación resplandece en la noche de Varna, mientras recibe a los asistentes que, en parejas o en grupo, recorren la alfombra roja hasta llegar a la pequeña escalinata que conduce al interior. Es el evento del año y toda la alta sociedad ha acudido vestida de gala para la ocasión.

Desde el instante en que bajamos del coche, noto las miradas que se clavan sobre nosotros. Ni siquiera las máscaras que cubren buena parte de sus rostros ocultan su curiosidad y expectación ante la llegada de los Petrov. Los aparcacoches van retirando los vehículos y trasladándolos hasta uno de los laterales, habilitado como aparcamiento. Y la prensa, tras las vallas que los guardaespaldas se esfuerzan por mantener en pie, dispara flashes sin descanso para recoger el momento.

Vencislav y yo esperamos nuestro turno para cruzar la alfombra, fingiendo ser la pareja perfecta. A nuestra espalda, Radko nos escolta junto con un chico joven que nadie se ha molestado en presentarme, a pesar de que será mi guardián esta noche al sustituir a Oleg. Este y unos cuantos más tienen la misión de asaltar el almacén de los Markov. Me estremezco al pensarlo, pero me

esfuerzo por cumplir mi papel y no mostrar el dolor palpitante que aún me recorre todo el cuerpo. Me cuesta horrores mantener la postura recta y lucir con dignidad el impresionante vestido blanco de princesa con detalles dorados que llevo puesto. Las capas amplias ocultan las marcas del castigo reciente, y el maquillaje esconde con habilidad la fina grieta que me hice en el labio.

—Sonríe —me susurra Vencislav al oído, sujetándome con firmeza del brazo mientras avanzamos hacia la entrada—. Todo el país nos está mirando.

Obedezco, curvando los labios en una sonrisa perfectamente ensayada, ignorando el escalofrío que me recorre la espalda.

Una vez depositamos los abrigos en el guardarropa, el salón principal de la Fundación Radost, un espacio majestuoso con siglos de historia, nos recibe con el suave murmullo de conversaciones distinguidas y el tintineo delicado de las copas de champán. De fondo, las notas elegantes de la música clásica flota en el aire con delicadeza, a la espera del tan ansiado baile de vals, que tendrá lugar antes de la cena y la subasta benéfica en honor a su fundador. Todo el mundo va de etiqueta, conforme a lo que indicaba la invitación. Impecables esmóquines y magníficos vestidos de gala se mezclan con máscaras de diferentes tipos, aportando misterio a la velada.

—Sonríe más —me insiste Vencislav, haciendo un leve gesto con la cabeza hacia un grupo de políticos que nos saludan con cordialidad desde la distancia.

Hago lo que me pide, consciente de que esta noche debo ser más perfecta que nunca.

—Vencislav —escuchamos que alguien lo nombra.

Es el malnacido de Gregor Petrov.

—Padre —lo saluda con un ensayado abrazo.

—Zoya, estás preciosa esta noche —me adula, dando paso al siguiente acto.

—Gregor —respondo desde mi posición, con la sorpresa de que el hombre, sin esperarlo, se acerca hasta mí y me estrecha entre sus brazos en un corto saludo, aunque certero.

La vista se me nubla al presionar justo sobre uno de los hematomas que me provocó su hijo ayer. Desconozco si él está al tanto de todo lo que me hace, pero me obligo a dejar ese pensamiento a un lado y ocupar la mente en mi plan para no cometer un solo error.

—Una noche perfecta, ¿verdad, cariño? —le pregunto a Vencislav, aferrándome a su brazo, como una buena esposa.

—Lo será si todo sale bien —me rebate Gregor de malas formas —. ¿Qué sabemos? —le demanda a él.

—Todo va según lo previsto —responde Vencislav—. Solo necesitan mi orden.

—Perfecto. Aguarda hasta que lleguen y procura que no cometan ningún error.

Puedo sentir la tensión que le provoca hablar con él por la rigidez de su brazo.

—No lo harán —le asegura, justo antes de despedirse de él y guiarme hacia un grupo de personas, entre las cuales se encuentra el mismísimo presidente del país, junto a su esposa—. Señor presidente —lo saluda.

—Señor Petrov, ¡qué alegría volver a verlo!

—El honor es mío, se lo aseguro. —Ambos hombres se estrechan la mano—. Señora Radev —añade, dirigiéndose a la mujer del presidente—, está usted preciosa esta noche.

Ella sonríe y responde agradecida con una escueta inclinación de cabeza.

—Usted tampoco se ha quedado atrás, querido Petrov —responde el presidente, mirándome a mí—. Ya veo que ha traído su mejor joya.

Su mujer sonríe, y yo hago lo mismo.

—Es un placer saludarlos. Y su vestido es impresionante —añado, dirigiéndome a ella—. Dígame, ¿es de algún diseñador nacional?

Durante un rato charlo con ella, mientras ellos hacen lo propio. En este tipo de eventos la adulación y la condescendencia van de la mano, y ambas cumplimos con lo que se espera de nosotras.

La música se detiene y todos los asistentes nos giramos hacia el centro del salón. Allí, el encargado de presentar la ceremonia, cede el micrófono al fundador, dando así comienzo a la gala.

Tras recibir una medalla de manos del propio presidente de la República y de varios discursos, se inicia el tan esperado baile de vals. Las parejas comienzan a ocupar el centro del salón con una coreografía casi perfecta.

—¿Bailamos, querida?

—Te agradecería que no. Me duele todo el cuerpo, y apenas puedo…

—¿Para qué hemos venido entonces? ¿Quieres que todo el mundo se pregunte por qué no nos unimos a ellos?

«Si no me hubieras dado una paliza, nadie se preguntaría nada».

Y entonces lo veo.

Drago está al fondo de la sala y, aunque lleva una máscara oscura que apenas deja entrever sus ojos oscuros, su pelo corto, su postura y su mera presencia son inconfundibles. Nunca antes lo había visto así. Su esmoquin negro resalta su porte imponente, y sin pretenderlo, atrae las miradas de todos a su alrededor. Me obligo a mantener la compostura para no mostrar la tensión que me provoca. Mi corazón da un vuelco cuando lo veo caminar hacia nuestra posición.

—Tienes razón, querido. Bailemos —le propongo, tirando con suavidad de su brazo.

Pero Drago y su gente nos alcanza antes de que pueda escabullirme. Reconozco a sus hombres de confianza y a su hermana Irina, sobre todo por la fulminante mirada que me dedica al llegar a nuestra altura.

—El grandioso *Guante Blanco* —suelta Drago con sorna—. Y acompañado por su bella esposa.

—El insignificante *Diamond* en persona —le responde Vencislav—. Te creía en un bar de carretera y no en una gala distinguida como esta.

Irina se revuelve, pero uno de sus hombres, Sergei, la detiene, cogiéndola de la muñeca.

—Los Markov sabemos adaptarnos, no como otros —le rebate Drago sin amedrentarse.

Para mi desgracia, desvía su atención hacia mí y me mira sin disimulo alguno. Me estudia despacio, con esa intensidad que tanto me desarma y me intranquiliza al mismo tiempo.

—Ignóralo —le susurro a Vencislav—. Vayamos a bailar.

—Será un placer, querida. Dame un segundo —me pide para acercarse a Radko, con la excusa de entregarle el bastón.

Apenas se aleja unos pasos, aunque el líder de los Markov aprovecha el momento para dirigirse de nuevo a mí.

—Esta noche estás preciosa, Zoya.

«Para mi asombro, no soy la única».

—Gracias —me limito a responder sin mirarlo, centrándome en Vencislav para evitar problemas.

Pero él parece buscarlos, y se inclina hacia mí sin dejar de mirarme.

—Ya veo que sigues igual de reservada que la otra noche en el club —susurra cerca de mi oído.

Su olor me penetra hasta lo más profundo, y mi cuerpo se tensa como arma de protección.

—Puede que porque te comportaras de forma bruta y poco educada —me excuso, representando mi papel de perfecta esposa, con la mirada fija en Vencislav y en su hombre de confianza. Sé que le está dando luz verde para iniciar precisamente el asalto al almacén de los Markov, y la situación no resulta nada agradable.

—Sí, supongo que puedo serlo cuando veo lo que quiero —me suelta Drago de pronto.

Su seguridad es proporcional al temor que me provoca su atrevimiento y descaro.

—No siempre podemos tener lo que queremos —siseo—. Yo lo aprendí hace mucho tiempo. —Vencislav regresa y no dudo en decirle lo que espera oír—. Querido, te estaba esperando. ¿Bailamos?

—Por supuesto. Aquí huele a rancio —se despide con desprecio.

Vencislav me sujeta con firmeza, mientras nos unimos al resto y comenzamos a girar para seguir las notas del vals, fingiendo ser la pareja perfecta ante los ojos de los asistentes. Sin embargo, entre todas las miradas, solo hay una que me inquieta y me perturba.

La de Drago.

Puedo sentirla sobre mí. Desafiante. Provocadora. Con esa intensidad peligrosa que lo caracteriza.

A pesar de ello, es el dolor que me sacude en cada paso y en cada giro lo que acaba acaparando toda mi atención. Mientras los demás bailan a nuestro alrededor, yo apenas logro seguir el ritmo.

Pasadas dos piezas, comienza a sonar una que conozco demasiado bien. *Grammofon.* Los recuerdos me invaden al escucharla. Es una melodía hermosa, pero que para mí solo evoca sufrimiento de la realidad en la que vivo. *Grammofon* es Vencislav, y Vencislav es esa canción.

En un último intento por aferrarme a una esperanza que ya ni siquiera sé si existe, le suplico en voz baja descansar un poco para calmar el dolor que me provoca cada paso.

—Debiste pensar en ello antes de escuchar a escondidas. Ahora, cumple con tu papel y sonríe. Todo el mundo nos está mirando —me exige, obligándome a seguir moviéndome al ritmo del vals.

El corazón se me desboca bajo el pecho, y comprendo, con absoluta certeza, que ya no puedo seguir engañándome a mí misma. Lo nuestro murió hace demasiado tiempo, si es que alguna vez tuvo vida. Sin embargo, yo aún tengo una oportunidad. Lo sé. Y lo miro una última vez, consciente de que ya no hay vuelta atrás. De que ha llegado el momento.

Cuando la pareja a nuestro lado da un giro amplio, dejo que el vestido roce la pierna del hombre y, en el momento preciso, lanzo un grito agudo, dando un respingo.

—¡Ah! —grito de forma exagerada, llevándome la mano al tobillo y deteniéndome en seco, aferrada al brazo de Vencislav como si fuera lo único que evita que me desplome.

Las parejas que vienen detrás tropiezan con nosotros, y aunque el baile se detiene, por suerte nadie ha acabado en el suelo.

—¿Qué demonios pasa? —masculla Vencislav con irritación, sujetándome con más fuerza de la necesaria.

—Me ha pisado —miento, sobreactuando un dolor insoportable.

Lo lamento por el hombre, sobre todo al ver lo desconcertado que se muestra ante lo ocurrido.

—Lo siento mucho, señora Petrova, ha sido un accidente —se disculpa con urgencia, a pesar de que el pobre no ha tenido culpa alguna.

Todo el mundo nos mira, aunque la música sigue sonando.

—Tranquilo, son cosas que ocurren —lo justifico, fingiendo una cojera inexistente, sujetándome con más fuerza a Vencislav para no caerme.

—Avisaré a un médico que la vea.

—No es necesario —irrumpe Vencislav.

Sé que lo hace para evitar que pueda encontrar los moratones que él mismo me lleva provocando desde hace tiempo, y es por eso que él mismo me exige que me acerque al baño a reponerme.

Asiento y aguardo a que el joven guardaespaldas que sustituye a Oleg se acerque hasta nosotros.

—Acompáñala y asegúrate de que vuelve en cinco minutos —le ordena.

El chico, obedeciendo su petición, me ofrece su brazo donde apoyarme. Ante la mirada de todos, me alejo despacio, fingiendo cojera, escoltada hasta el baño de señoras.

Apenas cruzo la puerta, cierro los ojos y respiro hondo. No hay vuelta atrás.

El baño es amplio y elegante, con una hilera de lavabos y un gran espejo enmarcado en oro. Mi pequeña actuación ha servido de excusa para que algunas mujeres aprovechen para visitarlo, con las que me cruzo de camino a uno de los cubículos.

Una vez dentro, no pierdo ni un segundo. Levanto con rapidez la falda del vestido y dejo al descubierto una bolsa con la ropa de camarera que escondí debajo, tal como vi una vez en una película antigua. Me quito la máscara, me suelto el pelo, que llevaba recogido en un sofisticado moño, y lo recojo en una sencilla coleta alta. Mi pulso sigue desbocado. Las manos me tiemblan, pero consigo mantener el control. Me quito las joyas y me las guardo en el bolsillo del pantalón. Será lo único que me lleve conmigo, un regalo de la exuberancia de mi esposo. Cuando termino de cambiarme, recojo todo, lo guardo en la misma bolsa donde guardaba el uniforme y lo escondo en el fondo de la papelera. La primera parte ya está resuelta.

Debo darme prisa para no llamar la atención. Al salir del cubículo, dos mujeres charlan entre ellas mientras se retocan el maquillaje y se acomodan las máscaras. A su lado, dos camareras terminan de asearse las manos. Este es el único baño femenino que hay en el edificio, dada su antigüedad, un dato que ya conocía por experiencia

y que me ayudará en mi plan de huida. Aguardo a que terminen para salir al mismo tiempo que ellas.

Es mi oportunidad.

El joven escolta sigue de pie en la entrada, distraído con el móvil, y ni siquiera repara en mi presencia cuando salgo del aseo y paso por su lado.

Me escabullo entre la multitud todo lo deprisa que puedo sin llamar la atención. Tengo el corazón atronándome en el pecho, consciente de lo que estoy a punto de hacer. Pero no me detengo, no hasta sentirme a salvo, lejos de Vencislav.

El frío golpea mi cara cuando salgo por la puerta lateral. En el aparcamiento solo hay unos cuantos guardaespaldas y los aparcacoches, que charlan entre ellos junto a la caseta de las llaves. Me consta que los vehículos no están cerrados, pues ellos suelen moverlos sin necesidad de arrancar el motor para poder sacar los más escondidos, pero solo me interesa uno.

«Mierda».

Precisamente el que busco está frente a ellos y no podré acercarme a él si no me deshago antes de ellos.

Acelero el paso y llego hasta su posición con la lengua fuera.

—Deprisa, he salido a tirar la basura y he visto a alguien merodeando cerca del coche del presidente. Llevaba una mochila.

Al dar por hecho que soy alguien del servicio no dudan de mi palabra, y dos de ellos salen disparados para advertir a los guardaespaldas del presidente.

Ahora o nunca.

Aprovechando el revuelo, consigo adentrarme en el interior del coche. Me deslizo en la parte trasera del vehículo y cierro la puerta

con cuidado. El interior está en penumbra, y a tientas palpo para acurrucarme en el suelo.

No puedo fallar ahora. Solo debo concentrarme en calmar mi respiración y esperar que el resto del plan salga como había planeado.

Capítulo 12

Drago

El vals avanza con cadencia pausada, un eco lejano de una elegancia que no me interesa. Mis ojos están clavados en otro punto del salón. Zoya ha desaparecido tras la escena que ha protagonizado en la pista, pero mi enemigo sigue aquí, disfrutando del espectáculo de su propia hipocresía.

Vencislav sonríe como el bastardo que es, embelesado por la risa artificial de una rica heredera de Varna. La mujer es conocida por su afición a los hombres casados y su desfachatez para exhibirse en prensa. Se inclina hacia él, rozándole el brazo con descaro, y Petrov se deja querer, encantado con la atención.

Mi mandíbula se tensa. Cabrón hipócrita y cobarde.

A mi lado, Irina deja escapar un suspiro cargado de fastidio.

—Dime que ya nos vamos —gruñe, ajustándose el vestido como si llevara un corsé de espinas—. Estoy hasta las narices de fingir que disfruto de esta pantomima.

—Un poco más —murmuro sin apartar la vista de la parejita—. Tiene que parecer real.

—Pues yo estoy a punto de vomitar de tanta falsedad.

No le respondo. Prefiero concentrarme en lo que importa.

Entre la multitud, Sergei se mueve con la discreción de un fantasma y se detiene a nuestro lado. Su expresión es tan imperturbable como siempre, aunque sus palabras no dejan margen a la duda.

—Los hombres de Petrov han entrado en el almacén. Están haciendo exactamente lo que esperábamos.

Asiento con lentitud. Perfecto.

Irina me observa con incredulidad.

—¿A qué coño esperamos entonces? —inquiere, cada vez más inquieta—. Ya tienes lo que querías.

—Aún no. Necesitamos que se lo lleven todo.

—Nos avisarán cuando el camino esté despejado —interviene Sergei.

—Una pena no poder enfrentarnos a ellos ahora que tenemos un buen motivo para hacerlo —masculla Yasen con un brillo peligroso en la mirada, uniéndose a nosotros.

—Todo llegará a su debido tiempo —indico con calma—. Lo importante es que han mordido el anzuelo.

—Y mientras tanto, tenemos que quedarnos aquí sin hacer nada, más que soportar a toda esta gente —gruñe Irina, sin ocultar su gesto de desprecio.

Sé que tiene razón. Yo siento lo mismo al estar cerca de mi enemigo y de decenas de personas que no tienen nada que ver con nosotros. Pero serán nuestros próximos clientes y lucirán nuestros putos diamantes sin saberlo, lo cual hace que merezca la pena representar esta farsa.

Durante un rato los escucho conversar entre ellos, hasta que Sergei nos anuncia que el robo ya se ha llevado a cabo.

—Está bien —concedo al final—. Nos largamos.

—¡Al fin! —exclama Irina con sorna, girando sobre sus tacones y echando a andar hacia la salida sin esperar a nadie.

Antes de seguirla, saco el móvil del bolsillo y me lo llevo al oído, fingiendo una llamada. Mientras cruzamos el salón con calma deliberada, justo al pasar junto a Vencislav, alzo la voz.

—¿Cómo que nos han robado? —sueno indignado, lo justo para atraer su atención.

Percibo el leve giro de cabeza de *Guante Blanco* en mi dirección. Su cuerpo reacciona antes que su mente. Pero yo finjo no darme cuenta y sigo caminando sin mirarle, representando mi papel, seguido de mis hombres.

Cuando salimos del salón, Irina ya nos espera en el umbral.

—Buen teatro —me susurra Sergei entre dientes, una vez que nos encontramos con ella y salimos a la calle.

—No es difícil cuando tienes un público tan imbécil —replico, ajustándome los puños de la camisa bajo la chaqueta.

El frío nocturno llena mis pulmones y la opresión de ahí dentro desaparece, mientras aguardamos sobre la alfombra roja.

Los aparcacoches nos traen los vehículos enseguida. No necesitan preguntar cuáles son; nadie en toda Varna tiene esa marca ni modelo de coches. Sergei y Yasen suben al SUV que está justo detrás del nuestro, mientras que Irina se acomoda en el asiento del copiloto a mi lado, aún con gesto de enfado y con los brazos cruzados sobre el pecho.

Conduzco despacio, alejándonos del edificio histórico de la Fundación, pero algo me inquieta. Al sobrepasar dos manzanas, pulso la pantalla del vehículo para llamar a Sergei por teléfono.

—Dime —responde al descolgar. Su voz se escucha por los altavoces.

—Detente a la entrada del puerto, antes de llegar al almacén —le ordeno con firmeza, sin apartar la vista de la carretera.

Irina gira el cuello con brusquedad hacia mí.

—¿Ha pasado algo? —demanda Sergei con preocupación.

—Haz lo que te digo —insisto.

Corto la llamada, ignorando la irritación creciente de mi hermana a mi lado.

—¿Se puede saber qué está pasando ahora? —me pregunta con enfado contenido—. Creía que teníamos prisa.

No respondo. Como tampoco le doy conversación alguna durante el trayecto hacia el puerto. Una vez sobrepasamos la entrada, reduzco la velocidad del coche y aparco junto al bordillo. Es una calle tranquila y oscura, tan solo iluminada por un par de farolas bastante separadas entre sí. Por el retrovisor, observo a Sergei y Yasen bajando del coche con rapidez, acercándose al nuestro con desconcierto y cierta preocupación.

—Drago —insiste Irina de nuevo—, ¿qué estás haciendo? ¿Por qué paramos aquí?

Salgo del vehículo sin darle explicaciones, escuchando sus protestas mientras ella hace lo mismo y cierra la puerta con un golpe seco. Sergei se detiene cerca, claramente inquieto. Yasen parece aún más nervioso, mirando hacia distintos ángulos, como si esperase que algo sucediera.

—¿Ha ocurrido algo, jefe? —demanda Sergei, inquieto.

—Algo así —respondo con una calma, que no hace más que desconcertarlos.

Irina resopla, cruzando la mirada con Yasen.

—¿Qué hacemos aquí parados? —pregunta este último con impaciencia—. Deberíamos estar ya en el almacén, ¿no?

No le respondo. Siento la tensión de los tres, puedo notarla en su expresión y en su manera de mirarme. Pero la ignoro, limitándome a sujetar la manecilla de la puerta trasera con calma, y haciendo una breve pausa antes de abrirla despacio. El interior está en penumbra y los asientos están vacíos.

Sergei y Yasen intercambian una mirada desconcertada, e Irina arquea una ceja con impaciencia.

—Si tienes que coger algo, hazlo ya y larguémonos de aquí —se queja ella, moleta.

Me mantengo en silencio durante unos segundos más, aguardando a que la vista se acostumbre a penumbra para poder ver mejor.

Sergei, preocupado, da un paso adelante.

—Drago, no entiendo qué...

—Sal —ordeno en voz alta y firme, sin apartar la vista del interior.

Yasen, al instante, echa mano a su pistola y apunta hacia el lugar donde estoy mirando.

—Tranquilo —le digo con calma, haciendo un leve gesto con la mano—. Baja el arma. No hay peligro.

Él me obedece al instante, aunque su expresión sigue siendo de alerta.

Todos guardan silencio, observando con atención sin que ocurra nada. La tensión aumenta. Irina da otro paso adelante, visiblemente inquieta.

—¿Quién está ahí dentro, Drago? —pregunta ella, acercándose con curiosidad.

No respondo, pero tampoco aparto los ojos del interior oscuro del coche.

—Sal. Ahora —ordeno de nuevo, con mayor autoridad.

Esta vez sí, observamos movimientos en el interior, hasta que la silueta femenina de Zoya emerge y sale del vehículo. Lleva puesto un uniforme de camarera y el pelo recogido en una coleta. Su mirada es desafiante, tal y como ha sido en cada uno de nuestros encuentros. Aunque esta vez hay algo más en ella. Puede que miedo. Sus ojos se encuentran con los míos y noto cómo su respiración se acelera aún más.

La sorpresa de mis hombres y mi hermana es evidente. Sergei abre la boca incapaz de articular palabra y Yasen parpadea incrédulo. Irina, en cambio, no duda en mostrar su enfado.

—¿Qué cojones hace ella aquí? —masculla.

—Eso es lo que vamos a averiguar —respondo sin apartar la vista de Zoya—. Llévala al almacén—le ordeno a Irina.

—¿Por qué yo? —me rebate.

Necesito poner algo de distancia para poder pensar con claridad. Si ha llegado hasta aquí es por algún motivo que pienso averiguar, aunque ahora mismo no tenga ni idea de cuál es. Su presencia altera mis planes, y necesito entender qué demonios hacer con ella antes de dar un paso más.

—Haz lo que te digo —advierto con firmeza—. Nosotros iremos detrás.

A regañadientes, Irina sube al coche. Zoya hace lo mismo en el asiento del copiloto. Las vemos alejarse, y cuando me giro, la cara

de Sergei y Yasen es para enmarcarla.

—¿Cómo cojones lo sabías? —es lo primero que me suelta Sergei.

—Reconocería ese puto perfume entre un millón —respondo sin mirarlo, encaminándome hacia el coche.

Zoya

Irina conduce con calma fingida, sujetando con fuerza el volante y la mirada fija en la carretera. La tensión entre las dos es palpable, aunque en cierta manera no la culpo. He irrumpido en sus vidas de la forma menos ética posible, me he escondido en uno de sus coches, y todo ello sin previo aviso o una justificación por mi parte.

Respiro hondo e intento calmar mis nervios, aunque mis latidos no me lo ponen nada fácil. Sé que necesito romper el silencio si quiero conseguir algo con esta locura que he cometido.

—Van a robaros esta noche —suelto de pronto, reuniendo todo el valor del que soy capaz.

—¿Y tú cómo sabes eso? —pregunta con frialdad, sin mostrar interés aparente.

—Lo escuché ayer. Vencislav lo organizó todo junto a su padre.

Ella deja escapar una carcajada irónica y me lanza una breve mirada cargada de incredulidad.

—¿Y esperas que me crea que has montado todo este circo solo para ayudarnos?

—¡Es la verdad! —defiendo con irritación, inclinándome ligeramente hacia ella—. El plan era aprovechar que estuvierais en la gala para hacerlo.

Irina me estudia un instante con desconfianza antes de volver a clavar sus ojos en la carretera.

—La esposa perfecta de Petrov traicionando a su marido por los Markov —suelta con sarcasmo—. ¿Nos tomas por estúpidos?

Me esfuerzo por mantener la calma, consciente de que me estoy jugando mi única oportunidad.

—He venido porque no tengo alternativa —admito con sinceridad, manteniendo firme mi voz a pesar del miedo que siento—. Y porque pensé que esto sería suficiente para que Drago me escuchara.

Ella deja escapar una corta carcajada con desdén.

—Mi hermano no es tan idiota como para caer en una trampa tan obvia.

—No es una trampa —defiendo—. Lo escuché, te lo aseguro. Sé exactamente lo que planean hacer.

—Sí, ya veo que te gusta escuchar conversaciones ajenas. —Me observa por primera vez, aunque sin ocultar el desprecio que siente por mí—. Pero ya es tarde para jugar a ser la heroína, Zoya. Has elegido el peor momento posible para cambiarte de bando.

Aprieto los labios, conteniendo mi frustración.

—Sé que no debe ser fácil para ti, pero te aseguro que tampoco lo es para mí —aclaro—. Lo creas o no, al dar este paso estoy arriesgando mi vida.

—Nadie te ha pedido que lo hagas —suelta con desprecio.

En el fondo no puedo culparla. Yo haría lo mismo en su lugar. Pero soy yo la que necesito su ayuda y la de todo su clan, y es por eso que me recoloco en el asiento y agacho la cabeza.

—Entiendo que lo veas así. Y créeme que acudir a vosotros es lo último que yo hubiera hecho, de no ser porque…

Las palabras mueren en mi boca. El dolor que me provoca pronunciarlo en voz alta acalla mi garganta.

Por un momento, ambas nos quedamos en silencio, hasta que es la propia Irina la que se encarga de romperlo.

—¿Sabes qué es lo peor, Zoya? Que realmente creo que escuchaste esa conversación. Sé que eres demasiado lista como para inventarte algo así —suspira con fastidio—. Pero da igual lo que hayas hecho. Llegas tarde, princesa. El robo ya se ha producido —asegura sin apartar la vista de la carretera.

Sus palabras me dejan sin aliento y noto cómo el estómago se me contrae.

—Entonces no he llegado a tiempo —murmuro en voz baja, recostándome contra el respaldo del asiento, sintiendo cómo mi plan se desmorona frente a mis ojos.

—Eso parece. Ahora solo te queda rezar para que Drago crea que tus intenciones son tan buenas como dices —añade con cierto aire de superioridad.

Me encojo e intento que el miedo no se note demasiado, aunque creo que a estas alturas nada de lo que sienta o haga escapará a los ojos de Irina. Ella siempre se ha mostrado hostil conmigo, nunca ha ocultado el desprecio que siente hacia mí, y sé que no estará de mi lado.

La idea parecía buena en mi cabeza, aunque ahora empiezo a darme cuenta de que ha sido un error. Mi vida hasta esta noche ha sido un auténtico infierno, pero los Markov no tienen por qué librarme de mis problemas. Tal vez la decisión de irme con el enemigo solo acabará empeorando las cosas. Sin embargo, ya es demasiado tarde. Lo quiera o no, mi destino ahora depende únicamente de una persona.

Drago.

Capítulo 13

Drago

El almacén está en completo silencio cuando entramos. Sergei y Yasen caminan delante con rapidez, adentrándose primero para comprobar que no hay peligro. Irina camina junto a mí, todavía enfadada, y Zoya avanza despacio unos pasos detrás de nosotros, mientras evalúo los daños que han provocado los hombres de Petrov.

El escenario con el que me encuentro no me sorprende, aunque tampoco disfruto viéndolo. Cajas volcadas, vitrinas rotas, documentos desperdigados por el suelo…

—¡Malditos cabrones! —gruñe Yasen, dándole una patada con rabia a una caja vacía—. Mira cómo lo han dejado todo. Sabían exactamente lo que buscaban.

—Claro que lo sabían —confirma Sergei en voz baja, serio, examinando los destrozos—. Nos han estado vigilando, ¿qué esperabas?

—Ahora entiendo por qué lo llaman *Guante Blanco* —farfulla.

Irina lanza una maldición y se aleja unos pasos, examinando el desastre con gesto de enfado contenido. A mi lado, Zoya observa todo en absoluto silencio. Sus ojos revelan con claridad el asco y

desprecio que siente al observar la obra de su marido. Pero no dice una sola palabra. Mejor para ella.

—¿Y Viktor? —pregunto, refiriéndome al guardia de seguridad.

—Voy a comprobarlo —responde Sergei, dirigiéndose con rapidez hacia la sala de control, seguido de cerca por Yasen.

Los veo desaparecer en el interior. Poco después, la voz de Sergei rompe el silencio.

—¡Drago, está aquí!

Avanzo de inmediato, notando cómo Irina y Zoya me siguen. Al llegar a la sala, me encuentro con la imagen de Viktor atado a una silla, encapuchado y amordazado. Sergei lo libera con rapidez, mientras Yasen vigila en tensión la puerta.

—¿Estás bien, Viktor? —pregunto tras quitarle la capucha.

El hombre, con la respiración agitada y el rostro marcado por la frustración, asiente en repetidas ocasiones.

—Estoy bien, jefe. Pero no pude hacer nada. Fueron muy rápidos y precisos. Sabían perfectamente dónde estaba todo —explica con evidente enfado consigo mismo, mientras se frota las muñecas—. Apenas tuve tiempo para reaccionar antes de que me ataran aquí.

Percibo de reojo cómo la mirada de Zoya refleja un claro rechazo hacia los métodos empleados por su marido. Puedo verlo en su gesto crispado, en la manera en que aprieta los labios con fuerza, reprimiendo cualquier comentario.

—¿Cuántos eran? —inquiere Sergei.

—Cinco, puede que seis. Fue demasiado rápido —se lamenta Viktor, apretando los puños—. Lo siento, Drago.

—No tienes de qué disculparte, has hecho lo que has podido —respondo con serenidad.

Lo cierto es que era así como esperábamos que todo ocurriera. A última hora decidí que Viktor no fuera advertido del robo. Lo hice para que todo fuese más real, aunque lo escogí precisamente a él por ser el más pacífico de todos nuestros guardias. Era mi forma de asegurarme de que no respondiera con violencia para dejarlos cometer el robo y evitar así una masacre.

—Vete a casa y descansa —añado, cogiéndolo del hombro cuando se levanta—. Y tómate unos días si lo necesitas. No ha debido de ser fácil para ti.

—Yo… es que… No sé cómo agradecértelo —suelta al fin.

«Soy yo quien está agradecido. Darle unos días es lo mínimo que puedo hacer por lo que le he hecho pasar al pobre».

—Tranquilo. Nos encargaremos de avisar para que te sustituyan. Anda, vete —lo animo.

El hombre se despide y, al pasar junto a Zoya, compruebo que no parece haberla reconocido por su aspecto. Cuando desaparece, mis ojos se desvían hacia ella. Se mantiene de pie, inmóvil, con los brazos pegados al cuerpo y observando todo en absoluto silencio. Sin embargo, es su mirada la que la delata. No muestra temor alguno, aunque sí verdadero desprecio.

—Sergei, revisad lo que falta. Y hacedlo rápido.

—Enseguida —me responde, intercambiando una breve mirada con Yasen antes de ponerse a trabajar.

—Hemos tenido suerte de que no lo hirieran —deja caer Irina. Bastante estaba tardando en soltar algo.

—Solo han herido su orgullo, no hay de qué preocuparse —aclaro con firmeza, dándole a entender que no voy a permitirle que vaya por ahí.

—Ahí te equivocas, Drago. Sí hay un motivo para preocuparnos —añade, lanzando una mirada cargada de desconfianza hacia Zoya.

Sé lo que quiere decir, y en cierto modo estoy de acuerdo con ella.

—Me ocuparé de eso más adelante. Ahora necesito saber a cuánto ascienden las pérdidas.

De regreso al almacén, Sergei me pone al tanto de todo al cabo de un rato.

—Se han llevado casi toda la mercancía preparada para mañana. También documentos importantes. Han ido directos a lo esencial.

—Bien. Avisa para que vengan a limpiarlo todo y asegúrate de que sustituyan a Viktor.

—Ya lo he hecho. Vienen de camino.

—Perfecto.

—¿Y ella? —me demanda, señalando a Zoya con la barbilla.

—Eso mismo llevo preguntándome yo desde hace un buen rato —interviene Irina molesta—. Necesito saber qué piensas hacer con ella.

«Sé lo que haría, otra cosa es lo que debo».

—Aún no lo tengo claro —confieso sin dejar de observarla.

—Sabía lo del robo, me lo ha dicho mientras veníamos en el coche.

Me acerco despacio hacia ella y me detengo a un palmo de su cuerpo, sintiendo cómo se tensa con mi cercanía.

—¿Es eso cierto?

—Sí. Quería advertiros, pero está claro que he llegado tarde —la escucho al fin.

Por su gesto sé que está diciendo la verdad, aunque hay muchas incógnitas pendientes que aún no logro entender.

—Quiere hacernos creer que está de nuestra parte —bufa Irina.

—Es una Petrov, no vamos a caer en su trampa —interviene Yasen, poniéndose de su parte.

—Drago, deberíamos tener cuidado —me advierte Sergei, dando un paso hacia mí.

—No pretendo causaros problemas, os lo aseguro —defiende Zoya, dirigiéndose a los tres.

A mí, en cambio, evita mirarme.

—No me fío de ella —insiste Irina—. Puede que incluso lleve algún micro escondido para espiarnos.

—¿Lo llevas, Zoya? —le pregunto, mirándola a los ojos.

Ella niega con la cabeza, pero cuando consigo que me devuelva la mirada, lo único que logro es que mi mente hable por mí.

—Solo hay un modo de averiguarlo —añado sin apartar la vista de ella—. Quítate la ropa —le ordeno con firmeza.

Zoya me observa en silencio durante unos segundos interminables, como si buscara algún rastro de duda en mi orden. Pero no lo encontrará. Mantengo mi posición, implacable, esperando a que obedezca.

—¿Aquí? —pregunta con la voz quebrada por una mezcla de nervios y humillación.

—¿Acaso quieres un camerino privado, princesa? —replica Irina con acidez.

Su respiración se vuelve más agitada. Zoya Petrova es una mujer acostumbrada al orgullo y al poder, y esta situación está destrozando lo poco que le queda. Sé que lo último que desea es desnudarse

delante de nosotros. Pero es necesario. No puedo permitir que nos esté engañando y no voy a ceder.

—Date prisa —le exijo con dureza.

Zoya baja la cabeza sin responder y acaba acatando mi orden. Con lentitud y gesto rígido, comienza a desabrocharse la camisa. Sus manos tiemblan al rozar el primer botón. Después el segundo. Seguido del tercero… Nunca había conocido a una mujer con una delicadeza como la suya. Intento mantenerme frío, aunque es difícil apartar la vista cuando la tela cae de sus hombros y deja al descubierto su piel clara.

Escucho un movimiento ligero a mi izquierda. De reojo veo a Yasen estirando el cuello con descaro para echar un vistazo, aunque el gesto lo interrumpe Irina al propinarle un fuerte codazo en las costillas. El grandullón se endereza al instante, carraspeando con incomodidad, desviando la mirada hacia otro lado.

Finjo no darme cuenta de lo que ocurre a unos pasos de mi posición. De los cuatro, soy el que está más cerca de Zoya y el que puede ver con mayor claridad cómo continúa desnudándose. La imagen logra excitarme y mi mente comienza a crear una escena por la que pagaría. Pero al llegar a la altura de las costillas, la secuencia cambia por completo. La mandíbula se me tensa con furia al ver las marcas violáceas que cubren su cuerpo. No por ella, sino por quien ha sido capaz de hacerle algo así. Es entonces cuando todo cobra sentido.

—Es suficiente —mascullo, recolocándole la camisa con rapidez—. Está limpia —aclaro para justificar lo que acabo de hacer.

Por mi posición, dudo mucho que los demás hayan podido ver nada, y rezo para que así sea.

Zoya alza la vista hacia mí, desconcertada, con los ojos brillantes y avergonzados. E Irina es la primera en saltar.

—¿Limpia? —replica con dureza—. ¿Y cómo puedes estar seguro?

—Lo estoy —respondo con voz fría, sin dar más explicaciones—. Vístete, Zoya.

Sergei interviene antes de que ella termine de abotonarse la camisa.

—Sé que ya te lo he preguntado, pero… ¿Qué vas a hacer con ella?

—Vendrá con nosotros.

—¿Te has vuelto loco? —inquiere Irina, dando un paso hasta mí —. ¿Vas a meter a una Petrov en nuestra casa?

—Drago, tal vez deberías pensarlo con más calma —interviene de nuevo Sergei—. Si ella entra en el refugio, violarás todas nuestras normas. Nadie ajeno a nosotros ha entrado jamás.

—Lo sé. Pero ya he dado una respuesta —defiendo, observando de reojo el motivo de nuestra disputa.

—No me gusta nada esto, Drago —insiste Irina, acercándose a mí con voz tensa—. Si ella viene con nosotros, le estarás declarando la guerra a los Petrov. ¿Es lo que quieres?

—La guerra ya ha empezado, después de lo de esta noche —replico con firmeza, controlando con dificultad la ira que me late en las putas venas—. La usaremos como moneda de cambio.

—Drago, recapacita —me exige Irina—. Ella no es alguien en quien podamos confiar. Lo único que vas a conseguir es que nos ataquen con más fuerza.

—Si Vencislav quiere recuperarla, tendrá que pagar un precio —sentencio, mirándolos a todos a los ojos, asegurándome de que

entienden a la perfección lo que acabo de decidir—. He tomado una decisión, y así se hará —añado sin opción a réplica.

Irina me enfrenta con furia durante varios segundos hasta que, finalmente, aparta la vista con resignación.

—Esto es una locura —gruñe con fastidio—. Pero tú eres el líder, tú sabrás lo que haces.

Me giro hacia Sergei y Yasen, indicándoles que la discusión ha terminado. Acto seguido, saco el reloj de bolsillo y miro la hora.

—Se ha hecho tarde. Cerrad el almacén y volved con Irina en el otro coche —ordeno con autoridad—. Yo me encargaré de Zoya.

Ambos se intercambian una mirada entre ellos, pero no dicen una palabra más. Irina, en cambio, sale tras ellos maldiciendo en voz baja.

Cuando Zoya termina de vestirse, me encamino hacia el exterior, seguido de ella. Noto cómo acelera el paso para alcanzarme. No voy a esperarla. No es una invitada. Pulso el botón de la llave y me siento en el asiento del piloto. La veo entrar por la puerta del copiloto y ponerse el cinturón en silencio.

Sé que me estoy jugando mucho con esta decisión, pero ya no hay vuelta atrás. Me guste o no, la vida de Zoya Petrova está ahora en mis manos. Y pienso sacarle todo el partido posible.

Capítulo 14

Zoya

El silencio es asfixiante dentro del coche. Drago conduce sin decir una sola palabra desde que salimos del almacén. Su postura despreocupada, con la muñeca izquierda sobre el volante y el codo apoyado en el apoyabrazos que separa ambos asientos, me recuerda tiempos pasados, a los chicos de mi antiguo barrio cuando les cogían el coche a sus padres. La imagen me provoca cierta añoranza. En aquel momento no sabía que la decisión de dejar todo aquello atrás acabaría de este modo. Y, sin embargo, aquí estoy, en el coche de la persona que durante años he detestado y que en los últimos meses provocó la mayoría de las palizas que recibí.

Intento mantener la calma, aunque mi respiración delata mi inquietud. Cada pocos segundos, noto cómo Drago desvía su mirada hacia mí, estudiándome en silencio. Evito mirarlo, concentrándome en el paisaje oscuro que pasa con rapidez frente a nosotros. Pero no puedo negar la realidad y no aceptar lo que ha ocurrido en el almacén. A pesar de quién soy, ha decidido llevarme con él, y es por eso que decido romper el silencio.

—Gracias —susurro sin atreverme a mirarlo.

Drago no responde de inmediato, pero al cabo de unos segundos, su voz grave llena el espacio reducido del vehículo.

—Quiero dejar algo claro, Zoya —comienza con tono serio—. No te he traído conmigo porque confíe en ti. No soy tu salvador ni pienso serlo.

Me giro hacia él. Su expresión es dura, inflexible.

—Entonces, ¿por qué lo has hecho?

—Eres una prisionera —responde con frialdad—. Mi prisionera. Una simple moneda de cambio con Vencislav. Estarás vigilada día y noche. Así que no esperes ningún trato especial ni pienses que te he traído por lástima.

—Tampoco lo pretendo —confieso, muy a mi pesar.

Sus palabras son tajantes y dejan muy claro mi lugar. Aun así, una parte de mí se siente aliviada.

Cuando tomé la decisión de huir, pensé que alertarles sobre el robo sería suficiente para que vieran que estaba de su parte. Pero me equivoqué. Los Markov no han llegado hasta donde lo han hecho confiando en la gente, y no puedo culparle por tomarme como su prisionera. Cualquier cosa es mejor que estar en aquel infierno.

—Entiendo —respondo con suavidad—. Aunque igualmente, te lo agradezco.

Drago no contesta. Mantiene la vista fija en la carretera, pero noto cómo aprieta la mano sobre el volante. Es como si le molestase que me muestre agradecida por lo que está haciendo. No entiendo muy bien por qué, y la tensión vuelve a instalarse entre nosotros.

Cuando nos adentramos en la nave, me siento confundida. Siempre creí que los Markov vivían aquí, que la fábrica tendría una zona privada o algo por el estilo donde harían la vida diaria. Sin

embargo, al atravesarla por uno de los laterales y llegar al fondo, Drago detiene el coche frente a una enorme puerta metálica y blindada, de forma redondeada. Lo observo pulsar un mando, y la puerta comienza a abrirse, revelando un oscuro túnel subterráneo.

Mi pulso se acelera al instante, incapaz de ocultar la sorpresa.

—¿No era lo que esperabas? —me pregunta con ligera ironía.

—La verdad es que no —admito con cautela, observando cómo nos adentramos en el túnel, seguidos del segundo vehículo.

No había visto nunca nada igual. Aquí las paredes son gruesas y reforzadas, iluminadas por luces colocadas cada cierta distancia. Es una construcción titánica, como un búnker de hormigón y hierro, capacitado para soportar cualquier catástrofe. El aire es húmedo, frío, y me provoca cierto escalofrío que acaba erizándome el vello. Una construcción así no es nada habitual, y aún menos siendo de uso privado.

—¿Tienes miedo? —me pregunta de pronto, mirándome de manera fugaz antes de volver la vista al frente.

—¿Debería tenerlo?

—Eres demasiado inteligente para no tenerlo —responde, serio.

Su frase me inquieta. Pero por extraño que parezca, no es temor lo que siento. No puedo negar la realidad y no aceptar el hecho de que, a pesar de quién soy, haya decidido llevarme con él. Lo único que siento ahora mismo es agradecimiento.

—No soy un caballero, Zoya, así que seré directo contigo. ¿Cuánto tiempo lleva haciéndolo?

Su pregunta me golpea de lleno. Me giro hacia él, confusa y avergonzada a la vez.

—¿A qué te refieres?

Sus ojos se clavan en los míos con firmeza.

—Lo sabes perfectamente. Las marcas… ¿Desde cuándo te las hace?

Trago saliva, mirando mis manos temblorosas sobre mi regazo.

—Más tiempo del que recuerdo —confieso con voz apagada.

No dice nada más. Tan solo aprieta la mandíbula con fuerza, y algo en su expresión cambia. Aparta la mirada y vuelve a concentrarse en la conducción, pero noto cómo la tensión entre nosotros se intensifica y crece a cada instante que pasa.

Cuando por fin cruzamos el túnel, no puedo creer lo que se muestra tras la última puerta. No tengo la menor idea de dónde estamos, pero si de algo estoy segura, es de que los Markov protegen demasiado bien su intimidad. Ante nosotros aparece una residencia elegante y oculta a plena vista. Es imposible que alguien pueda sospechar que existe algo así en un lugar como este.

—¿Sorprendida? —me pregunta al ver mi expresión.

Asiento despacio, aún impresionada por lo que veo.

—Supongo que el único modo de acceder aquí es el que me has mostrado —me atrevo a presagiar.

—Así es.

Drago aparca frente a la vivienda y detiene el motor. Yo cojo la manivela para abrir la puerta, pero justo en ese instante él activa el cierre automático, impidiéndome salir.

—Antes de permitirte entrar en mi mundo, necesito saber algo —me advierte. Su rostro es serio, y sé que se trata de algo importante.

—Te diré lo que quieras saber.

—¿Por qué nosotros? ¿Por qué no tu familia o alguien de confianza? —me demanda, estudiándome con detenimiento.

Levanto la barbilla con decisión. Esperaba esta pregunta desde que me encontró en la parte trasera del coche y, sin embargo, ha esperado hasta este instante para hacerla. Quiero ser franca con él, no fue una decisión fácil, de hecho, ha sido la más difícil que he tomado en toda mi vida, al ser consciente de las consecuencias que provoco con ella. Merece conocer la verdad después de todo, y tomo aire antes de darle lo que quiere.

—Porque Vencislav sabe lo mucho que os detesto, y especialmente lo mucho que te odio a ti.

Drago se queda inmóvil, sorprendido incluso, para después fulminarme con la mirada.

—Tu respuesta no ayuda —masculla.

Por un momento pienso en que no va a dejarme salir y me llevará de vuelta a Varna, pero decido abrirme en cuerpo y alma, a riesgo de la opción que tome.

—Os escogí porque vosotros sois el último lugar en el que se le ocurriría buscarme.

Mis palabras cuelgan en el aire unos segundos antes de que Drago logre recomponerse. Su mirada cambia, y por un efímero instante veo algo diferente en sus ojos, una mezcla de desconcierto y admiración que desaparece con rapidez tras la frialdad que suele mostrar.

—Entonces, bienvenida a tu prisión, Zoya —responde, pulsando el botón para desactivar el seguro.

Su mirada me atraviesa, aunque esta vez no aparto la vista.

Sé que acabo de entregarme al enemigo. Que lo hago de manera voluntaria. Pero también que, por primera vez en mucho tiempo, tengo una oportunidad real de sobrevivir.

Cuando nos adentramos en la vivienda, me sorprendo al ver que es mucho más grande de lo que me esperaba. Los espacios son enormes y hay ventanales de suelo a techo por los que se puede ver el jardín exterior y la extensión de la finca al fondo. La decoración refleja la esencia de su propietario. Es de estilo industrial, oscura y moderna al mismo tiempo, acorde él.

—Bienvenida a tu nuevo hogar —me dice con ironía contenida.

—Al menos hasta que decidamos qué hacer con ella —suelta Irina, al rebasarme y pasar por mi lado.

No respondo, solo avanzo tras ellos por un amplio pasillo hasta desembocar en un salón espacioso, aunque cálido. Sergei y Yasen entran con nosotros casi al mismo tiempo. Drago se detiene brevemente a hablar con una mujer de mediana edad, robusta y con el pelo recogido, que le indica que todo está orden, antes de retirarse con discreción. Sin embargo, mi atención se centra en un joven de unos veintitantos años sentado en el suelo, sobre unos cojines frente a una moderna chimenea. Lleva puestos unos auriculares grandes de diadema y sostiene una *tablet* en las manos. Al notar nuestra presencia, levanta la cabeza con inquietud.

—Zoya, él es Igor, nuestro hermano —me indica Drago, con tono suave pero firme—. Es autista, así que evita tocarlo o podrías asustarlo.

Observo al joven con discreción, sintiendo una ligera presión en el pecho ante su mirada huidiza, que evita encontrarse con la mía. Sergei, percibiendo mi desconcierto, añade con voz tranquila:

—Solo permite que Drago lo toque. Para él es alguien especial.

Mis ojos se desvían con curiosidad hacia Drago al verlo acercarse a su hermano, midiendo sus pasos. La escena me atrapa al ver la

delicadeza, casi ternura, con la que le toca la cabeza para saludarlo. Igor muestra alegría al verlo y reacciona con una tímida sonrisa, sin mirarlo a los ojos, cuando él le susurra algo al oído. Una imagen así es lo último que hubiera esperado de alguien como *Diamond*, y ser testigo de esa forma de actuar hace que algo dentro de mí se remueva.

—Igor, ella es Zoya —le explica Drago con voz suave—. Se quedará un tiempo aquí con nosotros.

El joven asiente en silencio, pero no responde ni levanta la vista. Irina me observa con atención para evaluar mi reacción.

—Hola, Igor —saludo con suavidad y sin acercarme demasiado.

No me responde, aunque parece calmarse al notar que respeto la distancia. Drago asiente en señal de aprobación, se despide de su hermano y se dirige a Irina con voz firme.

—Acompáñala al último cuarto del pasillo. Será su habitación a partir de hoy.

—¿Y por qué tengo que hacerlo yo? —reniega sin ocultar su enfado.

—Irina —le advierte él en tono severo, lanzándole una mirada de advertencia.

—Esto es ridículo, Drago —replica ella irritada—. ¿Qué será lo siguiente, ponerle una alfombra roja hasta la cama?

—No es necesario —intervengo, alzando una mano—. Con que me indiquéis cómo llegar, es suficiente.

—¿Y dejarte sola en nuestra casa? Ni loca.

—Basta —interviene Drago—. Haz lo que te digo. Y de paso, déjale cualquier cosa tuya. Necesitará algo de ropa.

Irina abre de forma exagerada los ojos, como si acabaran de abofetearla.

—¿Perdona? —suelta con indignación—. ¿Desde cuándo tengo que compartir mis cosas con la princesa Petrova?

—Puedo apañarme con lo que llevo —insisto una vez más para mediar y no provocar más tensión entre ellos.

Drago se gira hacia mí, clavando esos ojos oscuros en los míos. Me saca más de una cabeza, y me veo obligada a levantar la mía para poder mirarlo.

—Que quede claro algo, Zoya —me advierte con voz grave y tajante—. Que estés aquí no significa que seas nuestra invitada, y desde luego, no te trataremos como tal. Sigues siendo una prisionera.

—Lo sé. Lo has dejado claro —respondo, sosteniendo su mirada sin miedo—. Y precisamente por eso, sé que puedo apañarme con lo que sea.

—Estarás vigilada día y noche —añade, como si toda respuesta que le doy no significara nada para él—. Convivirás con nosotros sin ningún tipo de privilegio, y no saldrás bajo ningún concepto sin mi supervisión. —Contengo la respiración y guardo silencio—. Pero que seas una prisionera —continúa—, no significa que debas vivir como un mendigo.

Su firmeza es tan letal que hasta Irina se queda sin decir media palabra.

—Yo la acompañaré —se ofrece Sergei, tras un breve silencio.

—Yo lo haré —lo interrumpe Irina, dando un paso hacia adelante —. Pero a la vuelta, quiero hablar contigo —agrega, señalando a

Drago, justo antes de girarse en dirección al pasillo—. Vamos, princesa, no tengo todo el día —me advierte sin esperarme.

Hago lo mismo que ella y me apresuro en alcanzarla. Aunque al llegar a la puerta, escucho la voz de él a mi espalda.

—Zoya. —Giro sobre mis talones y de nuevo me encuentro con su oscura mirada—. Procura descansar —me advierte, mientras se quita la pajarita y se abre los primeros botones de la camisa—. Lo vas a necesitar.

No respondo. Me limito a asentir y a salir corriendo para alcanzar a Irina. Las voces de Yasen y Sergei son lo último que escucho mientras subimos juntas las escaleras. Pero es la advertencia de Drago la que aún sigue resonando en mi mente. Sé que acabo de entregarme al enemigo, aunque también sé que, por primera vez en mucho tiempo, estoy donde quiero estar.

Capítulo 15

Drago

En cuanto Zoya sale del salón, Sergei y Yasen insisten en hablar conmigo. Sé que necesitan una explicación de la decisión que he tomado, pero no puedo dársela. Al menos, no de momento.

—Hablemos en la cocina —respondo con calma. Tengo el estómago vacío desde hace horas y, además, doy por hecho que no aceptarán ninguna excusa.

—Me parece bien. Tengo tanta hambre que me comería un caballo —comenta Yasen.

—Tú te comerías uno incluso sin hambre, cabrón —bromea Sergei.

—Ni se te ocurra acercarte a la yegua —le advierto con tono serio.

Sergei y yo nos reímos al ver la cara que pone.

—Seréis gilipollas —murmura entre dientes.

Nada más entrar en la cocina, el olor a asado invade mis fosas nasales. Milena, nuestra ama de llaves, lo ha dejado preparado en el horno. Como siempre, parece adivinar el momento exacto en el que volvemos a casa. Yasen es quien se acerca primero para abrirlo.

—Esta mujer es una bendición —dice, sacando una gran bandeja que coloca sobre la isla—. Juro que voy a pedirle matrimonio cualquier día de estos.

—Y ella juró que si te atrevías a hacerlo te rompería la nariz —se mofa Sergei con una sonrisa burlona, entregándonos a cada uno un plato y cubiertos.

—Tendré que arriesgarme. El amor es así —responde Yasen, sin perder tiempo en servirse una generosa porción de carne y patatas.

La comida nos mantiene ocupados durante los primeros bocados, hasta que el propio Yasen es el encargado de romper el silencio.

—¿Vas a contarnos ya… cuál es tu plan? —me demanda con la boca llena.

Detesto que haga eso. Pero es Yasen. Poco más puedo añadir.

Sergei me observa con atención, esperando también una respuesta. Mastico y dejo que la comida pase por mi garganta antes de responder.

—Ya lo sabéis —contesto, pinchando con el tenedor mi siguiente trozo de carne—. Se quedará y os encargaréis de vigilarla.

—¿Qué estás haciendo exactamente, Drago? —me demanda Sergei al fin, directo y claro como siempre—. No entiendo cómo has permitido que una Petrov entre en nuestro refugio.

—Tiene razón —añade Yasen, inquieto—. Estamos poniendo en riesgo nuestra seguridad.

—Creedme. Sé lo que hago.

—Pero, ¿cómo podemos estar seguros de que no aprovechará cualquier descuido para destruirnos desde dentro? —inquiere Sergei.

No respondo de inmediato. Me limito a observarlos, impasible, valorando con cuidado las palabras que voy a decirles. Ambos tienen

razón, pero siempre he confiado mi instinto, y esta vez no es diferente.

—¿Creéis que no he pensado en ello? —planteo con frialdad, soltando el tenedor y dejándome caer sobre el respaldo del taburete —. Por eso es nuestra prisionera, y permanecerá vigilada día y noche. No habrá errores.

—¿Y qué harás? ¿Ponerle un chip para controlarla? Sabes que las cámaras del exterior no serán suficientes —replica Sergei, cruzándose de brazos.

—No irá a ninguna parte.

—¿Y cómo puedes estar tan seguro de eso? —demanda Yasen.

—Porque lo estoy, es cuanto puedo deciros.

—Drago, te hemos seguido y te seguiremos siempre a donde quiera que vayas —se une Sergei—. Eres nuestro líder y confiamos en ti, joder, ya lo sabes, pero esta vez…

—Esta vez, ¿qué? —lo interrumpo con dureza—. ¿Vais a cuestionar mis decisiones?

—Drago, solo pedimos prudencia —añade Yasen con cautela—. No olvides quién es ella.

Justo en ese instante, Irina entra en la cocina como un torbellino, furiosa, lanzándome una mirada cargada de reproches.

—Espero que sepas lo que haces, Drago. Estás poniendo en peligro todo lo que hemos construido, y ¿por qué? —pregunta con aspereza, de camino hacia la isla—. Porque ahora de repente, ¿quieres salvar a la mujer de Petrov?

—Ten cuidado, Irina —le advierto en voz baja, tensando cada músculo de mi cuerpo.

—¡No pienso tener cuidado! —me rebate hecha una furia, mientras se sirve su propio plato con gestos zafios—. Nos jugamos demasiado para permitirnos errores por culpa de esa mujer.

La veo coger un último trozo de patata con la mano y chuparse la yema del dedo mientras se sienta frente a mí.

—Zoya es más que una mujer. Es una moneda de cambio que utilizaré contra Vencislav —admito molesto por su incansable afán de contradecirme.

—¿Una moneda de cambio? —bufa ella—. ¿Quieres que me crea que ese es tu único motivo? Porque, francamente, no te creo.

Aprieto la mandíbula y la enfrento con frialdad.

—No tienes que hacerlo, Irina. Basta con que obedezcas lo que te ordeno.

Ella sostiene mi mirada unos segundos más, desafiante, hasta que al final resopla y, con impotencia, aparta la vista para centrarla en el plato.

—Drago —interviene de nuevo Sergei—, el robo era parte de nuestro plan para hacernos con el mercado de los Petrov. Pero retener a su mujer puede provocar una verdadera guerra, y puede que esta vez se acabe derramando sangre.

—Lo sé —admito para intentar calmarlos—. Pero ellos no saben que hemos sido nosotros quienes hemos provocado el robo del almacén. Se supone que no debemos quedarnos de brazos cruzados tras ser asaltados, así que, llegado el momento, usaré a Zoya para obligarlo a que me ceda buena parte de sus clientes de la India.

—No creo que lo consigas secuestrando a su mujer. *Guante Blanco* no se quedará de brazos cruzados. Ella es su mayor joya, por eso la exhibe como tal. Querrá vengarse y vendrá a por nosotros.

—Tenemos hombres y armas suficientes para defendernos —le recuerdo.

—Lo peor de todo no es la vendetta —asegura Irina—. Sino que todo esto forme parte de un plan para hundirnos. Vencislav ha podido enviarnos a esa mujer para destruirnos desde dentro.

—No la ha enviado él, eso puedo asegurároslo —sentencio con determinación.

—¿Te das cuenta de lo que dices? Se trata de la mujer de Petrov, nuestro mayor enemigo. Y si fue capaz de colarse en nuestro maldito coche sin que nadie la viera, ¿quién no te dice que nos está engañando para colarse y espiarnos?

Ni siquiera yo puedo responder a eso.

Por un momento se me pasa por la puta cabeza contarles la verdad, aunque no hacerlo es una prueba más de su lealtad. Necesito que confíen en mí. Tal vez esté siendo injusto con ellos. Los Markov siempre nos lo contamos todo, nuestra familia es precisamente nuestra fortaleza. Pero esta vez necesito hacerlo a mi manera. Si les cuento lo que he visto puede que le concedan a Zoya un trato especial y no es eso lo que quiero. Son sus cabezas frías lo que más me conviene en este momento para asegurarme de que no se le conceda ningún capricho. Es una prisionera, y la debemos tratar como tal. Solo así comprobaré de primera mano que estoy en lo cierto y que mi instinto no me ha fallado.

—Siempre hemos confiado en ti, Drago —interviene de nuevo Sergei en tono conciliador—. Pero entiende que tengamos dudas. Estás arriesgando demasiado. Si averigua nuestro secreto, entonces…

—No lo hará —aseguro con firmeza—. La vigilaremos entre todos, si es necesario. No saldrá de aquí, no visitará la fábrica y no tendrá contacto alguno con el exterior.

—Es muy arriesgado.

—El riesgo forma parte del juego desde que empezamos en esto, Sergei —le recuerdo, más tranquilo, aunque manteniendo la firmeza en mi voz—. Nunca antes habéis cuestionado mis decisiones, y esta no va a ser la primera vez.

Nadie dice nada durante unos segundos. Me aseguro de sostener la mirada de cada uno, dejando claro que mi decisión es firme e inamovible.

—Confiad en mí —añado poco después—. Iremos viendo sobre la marcha. Y después decidiremos si hay un cambio de planes.

Irina es la encargada de romper la tensión.

—Solo espero que sepas lo que haces —masculla al levantarse, pese a dejar el plato a medias.

—Lo sé perfectamente —respondo con firmeza.

Los chicos y yo la vemos marcharse en silencio. Sé que se sienten algo incómodos por la situación, aunque ninguno de los dos se atreve a replicarme. Solo Irina, por sangre o por su forma de ser, es capaz de hacerlo, pese a que sabe que de poco le sirve cuando tomo una decisión en firme.

En el fondo los entiendo. Las dudas persisten, y no puedo culparlos por ello. Yo tampoco esperaba que acabaría metiendo a una Petrov en mi puta casa. Este es el único lugar donde nos sentimos a salvo y donde escondemos nuestro mayor tesoro. Es lo que nos mantiene con vida. Sé que estoy jugando con fuego.

Y solo espero no haber condenado a los míos por culpa de ella.

Zoya

El golpe seco de la puerta al abrirse me sobresalta, arrancándome del ligero sueño en el que había logrado sumirme. Mi cuerpo reacciona con un latigazo de tensión y me incorporo de golpe, confundida y en alerta al mismo tiempo. Aún no ha amanecido, pero eso parece no importarle a *Diamond*, que entra en la habitación sin permiso y arrollando todo a su paso.

Viste ropa oscura y tiene el rostro serio, con profundas ojeras que indican con claridad que no ha dormido en toda la noche. Yo apenas lo he hecho, así que supongo que debo tener su mismo aspecto.

—Vístete y come rápido —me ordena con voz firme, colocando una bandeja sobre la mesilla con un golpe seco—. No tengo todo el día.

Parpadeo, confusa y miro la bandeja con desconcierto. En ella hay un escueto desayuno, con un vaso de zumo, algo de fruta cortada y una tostada seca. Mi estómago se revuelve al pensar en comer tan temprano y en estas condiciones.

—¿Qué hora es? —pregunto en voz baja, intentando despejarme.

—La hora en la que empiezas a trabajar —responde sin miramientos, cruzando los brazos sobre su amplio pecho mientras me observa con dureza—. Cinco minutos.

Su presencia es tan intimidante que ni siquiera pienso en discutir. Lo veo girarse y no puedo evitar agradecer la privacidad que me concede al hacerlo.

Me levanto despacio, consciente del dolor punzante que todavía me recorre el cuerpo por las heridas recientes. Apenas pruebo bocado. La ansiedad me tiene el estómago revuelto, y cuando

regreso del baño, vestida con la misma ropa del día anterior, Drago sigue esperándome, impaciente.

—Sígueme —ordena con tono seco, sin mirarme siquiera antes de abandonar la habitación.

Avanzo detrás de él, observando con atención cada rincón por el que pasamos. Paredes de hormigón desnudo, madera oscura y metal negro. Espacios sobrios y fríos como él.

Cuando cruzamos una puerta lateral, el aire fresco de la madrugada me golpea el rostro. No sé a dónde vamos, pero sigo sus pasos mientras cruzamos el jardín y me guía hacia una zona despejada. Al fondo, tres sencillas farolas iluminan lo que presiento son unas cuadras. El pulso se me acelera al ver que es allí donde nos dirigimos.

—¿Puedo saber por qué venimos aquí? —me atrevo a preguntarle.

—Todo a su debido tiempo, princesa. —El tono que ha usado para llamarme así me recuerda al que usa su hermana, y sé que su intención no es dar un paseo a caballo, precisamente—. Aquí pasarás el día —anuncia, deteniéndose junto a la entrada—. Limpiarás los establos y cuidarás de los caballos.

Mi orgullo me obliga a mantener la cabeza alta, cuando en realidad me siento humillada. Nunca he hecho algo así en mi vida, y algo me dice que él también lo sabe.

—¿Por qué haces esto? —susurro con voz tensa, incapaz de ocultar del todo mi vergüenza.

—Porque no pienso mantenerte sin hacer nada, Zoya —responde severo—. Si quieres sobrevivir aquí, tendrás que ganártelo.

Contengo la respiración para no replicar y me limito a asentir despacio. Justo en ese momento escucho un suave relincho proveniente del interior del establo, y me giro por instinto hacia el sonido. Allí, frente a mí, con su elegante y orgullosa presencia, está la yegua por la que pagó tanto en la subasta.

Drago observa mi reacción con atención, y una sonrisa leve, cargada de ironía, asoma a sus labios.

—Veo que la reconoces —se jacta con cierto sarcasmo—. Parece que el destino vuelve a reunirte con ella.

—Fuiste tú quien la compró al final.

—No sin que tú te encargaras de subir su precio —me recuerda.

Levanto la vista hacia él, enfrentando sus ojos oscuros con una mezcla de confusión y rabia.

—¿Esta es tu forma de castigarme por ello?

Lo veo sacar un paquete del bolsillo trasero de su vaquero y encenderse un cigarro, tomándose su tiempo.

—Podría decirse que sí —responde, soltándome el humo en la cara.

Odio el tabaco. Odio estar aquí. Y lo odio a él.

—¿Hay algo más que deba saber? —pregunto, intentando sonar indiferente y no respirar para no ahogarme con el dichoso humo.

—Sí —responde con seriedad, acercándose un poco más a mí—. Que cuando vuelva quiero que todo esté impecable. Hasta el último rincón. ¿Entendido?

Drago da una profunda calada al cigarrillo, manteniendo la distancia justa para intimidarme, aunque sin rozarme. Me cuesta mantenerle la mirada y es entonces cuando, por primera vez, noto el borde de un tatuaje que asoma por encima del cuello de su jersey

oscuro. Me quedo atrapada por el diseño negro, incapaz de apartar los ojos del dibujo que asciende por su cuello con un simbolismo que desconozco.

Al sentir cómo lo observo, Drago exhala despacio el humo hacia mis labios, obligándome a alzar la vista de nuevo.

—¿Entendido? —repite con voz áspera, clavando sus ojos oscuros en los míos, con una intensidad devastadora.

Pierdo el control de mi propia respiración al sentir cómo su cercanía remueve algo profundo y peligroso dentro de mí. A duras penas logro sostener su mirada desafiante, consciente del modo en que sus palabras y su presencia me afectan.

—Entendido —susurro con voz débil, molesta porque mi cuerpo reaccione así ante él.

Drago da una última calada al cigarro y lo arroja al suelo, pisándolo con la punta de su bota.

—Bien —sentencia, retrocediendo un paso sin apartar esa oscura mirada de mí—. Dos de mis hombres te esperan dentro —añade, señalando con la cabeza hacia el establo—. Ellos son los encargados de esto y te dirán qué hacer.

Respondo a todo asintiendo en silencio, estoy demasiado pendiente de intentar recomponerme. Pero justo cuando creo que ha terminado y que va a marcharse, Drago se detiene y se gira de nuevo hacia mí.

—Y Zoya —me nombra, haciendo una pequeña pausa—…, estarán pendientes de ti. No intentes nada estúpido. O tu estancia aquí no será agradable.

Permanezco inmóvil mientras lo observo alejarse, incapaz de ignorar el peligro que esconde su advertencia.

Siento el corazón latiéndome descontrolado en el pecho. Sé que esto es solo el principio. Y temo descubrir cuál será el final.

Capítulo 16

Radko

Unas horas antes, durante la gala…

Zoya está tardando demasiado.

Desde mi posición en el salón, mantengo la vista fija en la puerta del baño y en el idiota que la custodia. Un crío nuevo, sin experiencia, distraído con el móvil como si estuviera esperando un maldito taxi y no protegiendo a la esposa de Vencislav. Algo no cuadra.

No es que me importe lo que haga la señora Petrova, pero sé cómo reacciona su marido ante la deslealtad. Y si algo sale mal esta noche, alguien pagará las consecuencias. No seré yo.

Me separo de la columna con calma, caminando con pasos firmes hasta detenerme frente al chaval. Mi sombra lo cubre por completo cuando levanta la mirada.

—¿Qué cojones estás haciendo?

El crío parpadea con un sobresalto y apaga la pantalla del móvil de inmediato.

—Nada, señor. La señora Petrova sigue dentro.

Su tono es confiado, pero lo observo con detenimiento. No parece preocupado. Su relajación me irrita.

—¿Cuánto tiempo lleva?

Duda. Un segundo, quizás dos. Suficiente.

—No lo sé... unos quince minutos, creo.

«No lo sé». Un escalofrío me recorre la espalda.

—¿No lo sabes o no has estado pendiente?

El chico traga saliva.

—Estaba pendiente, señor... pero...

No espero a que termine. Abro la puerta del baño sin aviso, ignorando las protestas de las mujeres que están dentro. Reviso los cubículos uno por uno, los abiertos, y los cerrados, asomándome por la parte de arriba, con tan solo ponerme de puntillas. Nada. No hay ni rastro de Zoya.

«Mierda».

Noto cómo el pulso se me acelera, pero mantengo la calma. Escaneo el baño con la mirada. Todo parece normal. Sin embargo, hay algo que quiero comprobar. Me acerco a la papelera, levantando la tapa con un gesto seco. Examino su interior y no veo más que restos de papel y toallitas con carmín o rímel de color negro. Repito lo mismo con las papeleras de los cubículos que están libres, y aguardo a los que están ocupados para colarme en cuanto uno de ellos se abre. En el segundo, observo que la papelera está llena y que a su alrededor hay papeles esparcidos por el suelo. Tengo una corazonada y, ante las quejas y los gritos de algunas de las mujeres que me ven, la vuelco sobre el suelo. Tras los papeles, una bolsa pesada cae al suelo.

Ahí está. El vestido de gala y la máscara. Zoya Petrova se ha largado.

Siento el aire pesando en mis pulmones cuando agarro la bolsa y salgo del baño con paso firme. Fuera, el niñato sigue en la puerta, ajeno a la que se le viene encima. Me enfrento a él, agarrándole de la pechera y lo estampo contra la pared con un solo movimiento.

—¿Dónde está?

—Estaba ahí dentro. No lo sé —balbucea, con la voz quebrada por el pánico.

—Has permitido que se escape, maldito inútil.

Lo suelto con un empujón, pasándome una mano por la cara. No puedo hacer una escena aquí. No con Vencislav en mitad de la gala. Pero tengo que decírselo. Ahora.

—Ve y trae el coche a la puerta. Saldremos enseguida —le ordeno, justo antes de regresar al salón.

Mientras me acerco, noto el ambiente cambiado. Lo siento en la piel, como si la temperatura hubiera bajado de golpe. Vencislav sigue allí, con su falsa sonrisa, su falso encanto, entretenido con la mujer que le ha estado rondando durante un buen rato.

Me acerco sin hacer ruido y me inclino lo justo para que solo él me escuche.

—Jefe, ha ocurrido algo. —Se vuelve hacia mí y mi semblante le hace saber que es algo serio—. Se trata de Zoya.

—¿Qué ocurre? ¿Se ha hecho un esguince o qué? —me pregunta en un murmullo casi inapreciable.

—Ha desaparecido.

—¿Desaparecido? —me cuestiona, saludando con la cabeza a uno de los asistentes que pasa por nuestro lado.

—Más bien, huido —me retracto, señalándole con la mirada la bolsa que aún llevo sujeta de mi mano.

El cambio es inmediato. No se gira, no me mira, pero su cuerpo se tensa. En su rostro no hay ni un parpadeo fuera de lugar, ni una arruga en la expresión. Y yo sé lo que eso significa. Vencislav Petrov está a punto de perder la puta cabeza.

Con una calma terrorífica y sin borrar la sonrisa, se despide de la mujer como si no ocurriera nada, y yo solo me hubiese limitado a decirle la hora.

—Vamos fuera —me indica.

Cuando lo sigo hacia la salida, lo hago con los nudillos fríos y la certeza de que alguien va a sufrir esta noche.

Camino un paso detrás de él, observando cómo mantiene su postura impecable mientras nos alejamos del bullicio del baile. No ha dicho una palabra desde que le he informado de la huida de Zoya. No ha perdido la calma. No ha lanzado amenazas. Y eso es precisamente lo que más me inquieta. Petrov no es un hombre que explote sin más. No grita ni golpea cosas en un arrebato impulsivo. Su rabia es metódica. Un veneno que se destila gota a gota, hasta que la dosis es letal.

En la calle, el coche negro nos espera con el motor encendido. Abro la puerta trasera y Vencislav se acomoda en el asiento con la misma elegancia con la que ha engañado a todo el salón hace apenas unos segundos. Al cerrar, le indico al joven que se suba a mi lado, de copiloto.

El móvil no tarda en sonar en el bolsillo de mi pantalón cuando apenas hemos recorrido dos manzanas. Por experiencia, he desactivado el *bluetooth* al subir por si esto pasaba.

—Dime.

Es Oleg.

—*Todo ha salido bien* —informa de inmediato—. *La mercancía está en la caseta, tal y como estaba previsto. No ha habido inconvenientes.*

Mi agarre en el teléfono se tensa.

—Me alegra oírlo. Pero ahora tenemos un problema aún mayor. Ve al almacén abandonado.

Ese edificio antiguo, a las afueras de la ciudad, perteneció a un viejo socio de los Petrov. Pasó a manos de la familia hace ya demasiado tiempo, y muy pocos conocen su paradero. El jefe no necesita darme la orden de dirigirme allí. Oleg y yo sabemos bien que es el lugar donde lleva a cabo sus particulares interrogatorios.

—*¿Por qué? ¿Qué ha pasado?*

—Lo sabrás cuando llegues. Ve solo. Allí nos vemos.

Continúo conduciendo en silencio por las calles de Varna hasta salir de la ciudad. Nadie habla. Nadie pregunta. Y tampoco hay nada que decir. El destino está sellado.

Detengo el vehículo frente al edificio. El coche de Oleg está aparcado cuando llegamos.

El almacén huele a óxido y humedad. La luz parpadeante del único foco que funciona cuelga del techo de vigas podridas, iluminando el centro del espacio, donde el crío, minutos después, ya está atado a una silla de metal. Tiene la cabeza agachada, el rostro cubierto de sudor y no deja de temblar.

No puedo culparlo.

Desde que llegamos, ha intentado explicarse entre sollozos. Le fallan las palabras, su respiración es entrecortada, y el miedo le atenaza la garganta. Ha contado su propia versión de la historia y pedido perdón al menos diez veces en los últimos veinte minutos. El

pobre no es consciente de que en este lugar las disculpas no sirven para nada.

Oleg se mantiene a mi lado sin decir una palabra. Su expresión es hermética. Ambos sabemos cómo va a acabar esto. Lo hemos visto demasiadas veces, e incluso lo hemos sufrido en nuestras putas carnes.

Vencislav camina despacio alrededor del muchacho. Sus pasos y el bastón resuenan con eco sobre el suelo de hormigón. Pero es su ausencia de palabras lo que crea verdadera tensión. Con un grito suyo, sabes a qué atenerte. Cuando calla, en cambio, te deja a solas con tu propio pánico.

—No deberías estar tan nervioso —dice al fin, con voz tranquila.

El joven levanta la cabeza de golpe. Desde mi posición, puedo ver cómo le tiembla el labio inferior.

—Yo... yo no hice nada, jefe. Lo juro. No me moví de la puerta.

Vencislav sonríe. Una sonrisa carente de calidez.

—¿Nada? —pregunta, arqueando una ceja—. Déjame entenderlo bien. Estabas ahí, parado, haciendo tu trabajo, y ella simplemente… ha desaparecido —manifiesta, gesticulando con la mano.

—Sí... no sé cómo ha pasado... —reconoce, asintiendo en repetidas ocasiones.

—Ajá. No lo sabes.

—No, señor. Yo solo he esperado a que saliera, pero…

Vencislav suelta una carcajada baja, cargada de burla.

—Esperaste a que saliera. Claro. Porque eso fue lo que se te ordenó que hicieras, ¿no es así?

—Sí, jefe. Pero no esperaba que se cambiara de ropa y…

—¡Oh, eso es! ¿Habéis oído? —pregunta, mirándonos a Oleg y a mí—. El chico no esperaba que mi esposa se cambiara de ropa. Claro, porque el único modo de que hagas bien tu trabajo es que los Petrov te avisemos con antelación de lo que tenemos pensado hacer, no que tú estés capacitado y preparado para lo que pueda surgir, ¿no es así?

—No quería decir eso, jefe. Siento no saber expresarme mejor. Lo que intento decir es que…

—*Shhh*, tranquilo. Te entiendo, de verdad —lo interrumpe, caminando con calma hacia él, hasta situarse a su espalda y agarrarlo por los hombros—. Tú no esperabas algo así. Es lógico —añade con aparente amabilidad, como si fuera un amigo dándole consuelo—. A veces es fácil distraerse, perder la atención unos segundos. —El crío asiente, tragando saliva con dificultad—. Pasa rápido, ¿verdad? Como un parpadeo —susurra al inclinarse cerca de su oído.

—Sí... sí, señor...

—Y antes de que te des cuenta, la persona que debías vigilar ya no está.

—Sí, jefe. Eso es.

—Pero, ¿sabes qué? —suelta de pronto al incorporarse y retomar su particular paseo—. Que sé cómo podemos arreglarlo.

El chico alza la vista, esperanzado.

—Haré cualquier cosa, señor Petrov. Lo que sea.

—¿Estás seguro de eso?

—Si me da otra oportunidad, le prometo que no le defraudaré.

—Me alegra oírte decir eso. Tu misión era no perder de vista a mi mujer, y necesito tu palabra de que nunca más volverás a cometer el

mismo error.

—Se lo juro jefe. No me separaré de ella o de quien usted me mande. Sea quien sea, lo vigilaré noche y día si es necesario.

Y entonces ocurre.

La amabilidad desaparece en un parpadeo, como si alguien hubiera apagado un interruptor en la mente de Vencislav. Se aparta con lentitud, da un par de pasos hacia atrás y deja escapar un suspiro teatral.

—Ya lo has oído —me advierte al llegar a mi altura—. Nuestro amigo está dispuesto a todo para no volver a fallar y no perder a nadie de vista.

El crío suelta un suspiro de alivio y esboza una pequeña sonrisa. Cree que está a salvo. Que Vencislav solo quiere asustarlo. Que su jefe es un hombre justo. Hasta que escucha sus últimas palabras.

—Y yo voy a asegurarme de que cumpla su promesa. Córtale los párpados.

El silencio es devastador. El joven no lo asimila al instante. Se queda quieto, respirando con dificultad. Sus ojos pasan de Vencislav a mí.

Yo tampoco me muevo. Tarde o temprano iba a pasar. Aunque una parte de mí aún quería creer que no llegaría a este punto.

Vencislav inclina la cabeza hacia mí.

—¿Te he dado una orden, Radko?

La boca se me seca. Miro a Oleg. Oleg me mira a mí. Sabemos que no hay salida.

—No..., no, por favor... —El chico se revuelve en la silla, moviendo la cabeza de un lado a otro, con los ojos abiertos como platos—. ¡Haré lo que sea! ¡Juro que encontraré a la señora Petrova!

Suplicar solo lo empeora.

—Te aseguro que no serás tú quien lo haga —sentencia Vencislav —. Acabemos de una vez con esto —me ordena.

El crío se orina encima, y Vencislav se aparta a un lado para evitar manchar su traje.

Es mi turno, y me acerco al chaval con el corazón retumbando en los oídos. Cada parte de mi cuerpo actúa en automático. Es el único modo de poder hacerlo. Oleg le agarra la cabeza con una mano enguantada, sujetándola firme mientras el chico se sacude y grita con desesperación de manera incontrolable, hasta casi desgarrarse la garganta.

Saco el cuchillo del bolsillo y actúo sin detenerme a pensar. Agarro el párpado por las pestañas y con la punta lo secciono hasta quedarme con él en la mano. El joven da un alarido final que rebota en las paredes, justo antes de desmayarse de puro dolor. Para el siguiente ojo, Oleg ya no necesita sujetarlo con tanta fuerza, le basta con sujetar su cabeza inerte.

Vencislav le dedica una última mirada, como si ya no fuera digno de su tiempo.

—Deshaceros de él. Que no lo encuentren.

Me pide el cuchillo, para acto seguido limpiar la hoja con su pañuelo de tela, un gesto que suele repetir como parte de su sello.

—Espero que esto os sirva de ejemplo —nos advierte con calma, dejando caer el pañuelo ensangrentado al suelo con indiferencia—. Y ahora, moved cielo y tierra si hace falta, pero traedme a esa zorra de vuelta.

Capítulo 17

Zoya

Limpio los restos de paja del suelo con la horquilla, moviendo los brazos con una facilidad que sorprende incluso a los encargados del establo. Pese a que ninguno de ellos ha dicho nada hasta ahora en voz alta, noto cómo me observan con discreción, intercambiando miradas entre ellos. Doy por hecho que esperaban que me quejara, que pusiera mala cara o que me negase a hacer el trabajo. Pero no lo hago. Yo también vengo de abajo como ellos. Y, por primera vez en años, siento que lo que estoy haciendo tiene sentido.

Pese a que el trabajo físico es duro, nada es comparado con lo que me he visto obligada a soportar durante años al lado de Vencislav. En la mansión, cada respiración debía ser medida, cada palabra calculada. Aquí, en cambio, solo necesito centrarme en el presente. En el sonido rítmico del rastrillo, en el olor a establo, y en la sensación de extraña y reconfortante libertad que me permite estar en paz. No hay vestidos incómodos, ni tacones, ni champán frío entre mis dedos. Solo unas botas prestadas hundiéndose en la tierra y el sudor resbalando por mi cuello.

Los escucho murmurar sobre mí, esta vez con mayor descaro, y me atrevo a intervenir en la conversación. No sé cuánto tiempo me

quedaré aquí, pero si vamos a trabajar juntos, mejor crear un acercamiento y llevarnos lo mejor posible.

—Podéis contármelo, no voy a decírselo a nadie y tampoco voy a ir a ninguna parte —dejo caer, mientras sigo retirando el heno con el rastrillo.

Los dos se miran con ciertas dudas, hasta que uno de ellos se atreve a hablarme.

—Solo comentábamos que no pensábamos que duraría tanto.

No lo culpo. La esposa de Vencislav Petrov limpiando cuadras no es precisamente algo que encaje con la imagen que todos tienen de mí.

El otro, al ver que no replico, decide unirse a él.

—Creíamos que se daría por vencida en cuanto…

—¿Me ensuciara las manos? —cuestiono sin molestia, poniendo sus palabras en mi boca. Ninguno de los dos parece tener malas intenciones, solo curiosidad, así que detengo el rastrillo y me vuelvo hacia ellos—. Os sorprendería conocer las cosas que he hecho para sobrevivir. Sé que no estoy tan acostumbrada como vosotros a mantener todo esto —digo señalando cuanto nos rodea—, pero me esforzaré por estar a la altura. Es cuanto puedo deciros hasta el momento.

—Es más que suficiente, señora Petrova.

—Llamadme Zoya, por favor.

Ambos sonríen con algo parecido a una aprobación, justo antes de alejarse.

Cuando se marchan, soy yo la que sonrío. Con los antebrazos apoyados en el mango de la horquilla, observo cuanto me rodea. Los caballos relinchan, la madera cruje con el peso de los pasos y el

viento se cuela entre las rendijas de la estructura. Es un sonido familiar. De alguna manera, me recuerda al restaurante de mi padre, al tintineo de los platos y el murmullo de los clientes. A la sensación de pertenencia que creía haber perdido.

No esperaba encontrarme a mí misma en un lugar como este. Pero aquí estoy. Siendo prisionera voluntaria del famoso *Diamond*, aunque sintiéndome más libre de lo que lo he sido en años.

A mi espalda oigo a la yegua moverse y me vuelvo hacia ella para acariciarle la crin. Su pelaje es áspero bajo mis dedos, pero su respiración acompasada y tranquila me resulta reconfortante. No recuerdo la última vez que tuve este tipo de paz, si es que alguna vez la tuve. Por un instante, siento como si los pensamientos dejaran de ser una carga y se transformaran en algo más llevadero. Aquí, entre el olor a heno seco y tierra húmeda, no soy la esposa de Vencislav. No soy la mujer que huyó en medio de la noche. Soy solo Zoya.

Y, por primera vez en mucho tiempo, eso es suficiente.

A mediodía el sol cae con fuerza sobre el establo, y ya no me parece todo tan bonito. Me limpio el sudor de la frente con la manga antes de volver a cargar el último haz de heno. Me duele todo el cuerpo, mis manos están ásperas y mi estómago está tan vacío que no deja de rugir. Me acerco a la yegua y me agacho para recoger un cubo vacío, cuando escucho unos pasos que se acercan. No me detengo, aunque sé de quién se trata, por el modo en que los encargados se estiran al verlo aparecer.

«Drago Markov. Su jefe y el dueño de todo esto».

Al verlo entrar en el establo y pararse a hablar con ellos, la yegua se remueve y yo me acerco a su oído.

—No me digas que a ti también te impresiona —le susurro, y comienzo a acariciarla para intentar calmarla.

Desde mi posición observo que no viene solo. Lo acompaña su hermano Igor, esta vez sin auriculares. El joven espera paciente a que Drago charle con ellos. El tono de voz que emplean es demasiado bajo para saber con claridad de qué están hablando, aunque puedo imaginar que los está interrogando por el ritmo cortado de las respuestas de ellos y los silencios breves que dejan cuando pronuncian mi nombre. Quiere saber si he aguantado, si me he quejado o si les he dado algún motivo para echarme. No lo culpo. En su lugar, yo haría lo mismo.

Miro de reojo a Igor, que se ha separado un poco del grupo, y veo que me observa desde la entrada del box. Está tan quieto que casi parece una sombra. Sus ojos están fijos en la yegua. No en mí.

Me inclino hacia el animal y la acaricio de nuevo en la misma zona del cuello donde he descubierto que le gusta. El movimiento de sus orejas y la forma en que ladea la cabeza lo confirma. Sonrío sin querer.

—Le gusta justo aquí —murmuro sin alzar la voz, sin mirarlo directamente a los ojos para no asustarlo. Lo poco que sé del autismo es lo que todo el mundo conoce—. Lo he descubierto esta mañana —añado—. Creo que le provoca cosquillas, o tal vez solo le relaje.

Igor da un paso. Uno solo. Me doy cuenta por el crujido leve de la paja bajo sus botas.

—Puedes probar si quieres —añado, suave, sin girarme todavía—. No te va a hacer nada. Es muy dócil.

Me muevo despacio para no asustarlos a ninguno de los dos, dejando espacio a mi lado. Él se acerca. No demasiado, pero lo suficiente para que la yegua gire un poco la cabeza hacia él. Igor alza la mano, la mantiene suspendida en el aire unos segundos, luego la apoya con suavidad sobre el pelaje. La acaricia. No de forma torpe, sino con una delicadeza casi instintiva.

La yegua no se mueve. De hecho, se acomoda un poco más, como si lo aceptara. Igor sonríe, y esa sonrisa es tan genuina, tan limpia, que me deja descolocada.

—Risa —susurra.

Levanto la cabeza, sorprendida. No solo por la palabra, sino por el tono en que la dice. Como si estuviera identificando la emoción en sí, reconociéndola.

La reacción no se hace esperar. El crujido firme de unas botas tras nosotros precede a la voz seca de Drago.

—¿Qué pasa aquí?

Igor se tensa y se aparta ligeramente, a pesar de que la yegua no se ha inmutado. Me incorporo y me doy la vuelta para encarar a Drago. No tiene el gesto alterado, aunque el modo en que clava sus ojos en mí deja entrever cuál es su posición.

—Le estaba enseñando algo que descubrí esta mañana —respondo con calma, manteniéndole la mirada—. A la yegua le gusta que la acaricien en el cuello. Pensé que sería bueno que Igor lo viera. Parece que le ha gustado.

Drago no contesta de inmediato. Su mirada va de mí a Igor y de Igor a la yegua. Para finalmente centrarse en mí.

—¿Y has decidido enseñárselo tú, sin más?

—¿Preferías que le preguntara antes? —respondo, sin tono sarcástico, solo con una pizca de frialdad.

Su mandíbula se tensa. Lo noto por el pequeño gesto que hace con los labios antes de hablar.

—Ten cuidado —dice al fin—. No todos los animales son predecibles.

—Jamás se me ocurriría hacerle daño —defiendo—. Pruébalo tú mismo y verás que no hay peligro alguno.

Drago no dice nada, pero da un paso firme hacia mí.

—Hazlo tú.

De nuevo esa mirada que suele observarme cada vez que nos encontramos. Drago Markov es parco en palabras, pero sus ojos siempre han hablado por él.

—Estaba en ello hasta que nos has interrumpido —le aclaro para no mostrarle lo que me provoca.

Igor sonríe tras mi respuesta, y eso le incomoda aún más.

—Hazlo —insiste, pero esta vez con más firmeza.

Lo detesto desde la primera vez que lo vi. Fue grosero y descortés conmigo. Intimidante incluso. No concebía la idea de que alguien como él manejara un imperio de diamantes similar al de Vencislav, pero lo escogí porque es mi única opción para mantenerme con vida y debo apechugar con ello.

Vuelvo a girarme hacia la yegua y repito el gesto en el cuello. El animal responde de igual forma. Está más que claro que le encanta. Al verme, Igor se anima y lo acaricia de nuevo con más confianza. La yegua, relajada, alza la cabeza para dejarnos más espacio. Está disfrutando. Y él también.

Drago no se mueve. Su presencia lo ocupa todo. Solo nos observa durante un rato, hasta que decide romper el silencio.

—Los hombres dicen que has trabajado bien esta mañana —murmura, como si lo comentara solo para sí.

Me giro hacia él, aunque no digo nada al ver que es a la yegua y a Igor a quien mira. Me mantengo en mi sitio, observándolo y esperando que añada algo más.

—Dicen que no te has quejado. Que no has pedido ayuda. Que te has ensuciado las manos como cualquier otra persona de aquí.

Todavía sin mirarme, habla de forma pausada, como si estuviera clasificando lo que ha oído, sopesando lo que cree frente a lo que ha visto.

—Podrían estar mintiendo —respondo por fin, sin sarcasmo.

Él ladea ligeramente la cabeza. Hay una mínima curva en sus labios, como si estuviera cerca de una sonrisa, pero no se permite llegar a ella.

—Podrían —reconoce—. Pero no todos a la vez. La mayoría de princesas apenas habría durado media hora.

—No soy una princesa.

Y entonces lo hace. Me mira.

—Lo sé —admite sin dudarlo.

Noto algo parecido a una concesión en su tono. No es elogio. Puede que respeto. Por primera vez siento que todo encaja.

No soy la única. A Igor se le ve feliz. Relajado. La sensación es reconfortante y siento que lo estoy haciendo bien. El joven nos mira a ambos en silencio y lo veo esbozar una sonrisa. Su timidez se deja ver cuando se lleva las manos a la boca para ocultarla en un gesto instintivo. Sus pómulos lo delatan al achinar los ojos por encima de

sus dedos. Su nobleza me desarma y sonrío orgullosa al poder vivir un momento así.

Igor ya es oficialmente mi persona favorita en este lugar. Creo que se siente cómodo conmigo, sobre todo al ver que baja los brazos y, sin necesidad de animarlo, vuelve a acariciar el cuello de la yegua. Cuando lo hace, me parece ver que algo se le cae de la manga. Es un objeto pequeño que se hunde entre la paja.

Me agacho para recogerlo. Es diminuto, brillante, con forma irregular. Lo hago girar entre los dedos y frunzo el ceño, no tanto por lo que parece ser, sino por la sensación que me provoca. He visto miles de joyas, he tocado piedras preciosas de todos los tamaños y colores y, sin embargo, hay algo en esta que me descoloca. A pesar de lo que me hace sentir, decido devolvérsela sin preguntarle.

—Se te ha caído esto —le digo a Igor al incorporarme.

Él gira la cabeza. Su rostro se transforma en una fracción de segundo. Abre los ojos como platos, retrocede un paso, y sin previo aviso, se cubre las orejas con fuerza. Empieza a tambalearse, a balancearse de un lado a otro, como si mi simple gesto lo hubiera roto por dentro. Luego viene el sonido. Agudo. Angustioso.

—¡Igor, no! ¡Igor, no! —grita el joven asustado.

Drago se lanza hacia mí como un animal. Me arrebata el objeto de la mano, me aparta con un movimiento seco del brazo y saca del box a Igor con urgencia.

—¡Igor! Tranquilo. Ya está. Te tengo, ¿vale? —le dice en voz baja, aunque tensa.

No sé qué he hecho mal.

Los observo sin atreverme a pronunciar una sola palabra o moverme. Ni siquiera me doy cuenta de que retengo la respiración sin pretenderlo.

Drago lo abraza, dejándole algo de espacio para intentar calmarlo. Cuando parece que lo está consiguiendo y que los gritos de Igor ya pasan a ser murmullos, él se gira hacia mí. No hay frialdad en su mirada. Es algo peor. Es puro hielo.

—Si vuelves a tocarlo, te juro que seré yo mismo quien te entregue con un puto lazo a Petrov.

Ni siquiera lo he tocado. Pero no digo nada. No lo niego, ni me justifico porque sé que ahora mismo no serviría de nada.

Los encargados de la cuadra se presentan con la respiración agitada; doy por hecho que tras oír los gritos.

—Llevadla a su habitación y que no salga de ahí. Ahora —les ordena con dureza.

No necesita repetirlo, y yo tampoco que ninguno de los dos me agarre para salir de aquí cuanto antes.

Miro a Igor una última vez antes de encaminarme hacia fuera, seguida de sus dos hombres. Pero es la mirada de Drago la que siento clavada a mi espalda. Desconozco qué ha podido pasar para que Igor haya reaccionado como lo ha hecho. Lo último que pretendía era hacerle daño o asustarlo.

Algo no encaja.

Una idea comienza a tomar forma en mi mente. Pequeña. Extraña. Pero lo suficientemente intensa para decidirme a averiguarlo.

Capítulo 18

Zoya

Escucho el cerrojo como cada mañana. Al principio me sobresaltaba, me despertaba de golpe. Ahora ya no. Después de ocho días, soy yo la que me adelanto al sonido y aguardo, tras salir de la ducha, con una bata anudada a la cintura y el pelo aún húmedo recogido en un moño improvisado la llegada de Milena. No lo hago porque me lo pidan, sino porque prefiero sentir que al menos decido algo en esta rutina que no controlo.

Milena entra con la misma expresión imperturbable de siempre. No sonríe, no pregunta. Tampoco me ignora. Su manera de moverse es como la de alguien que lleva años entrando en cuartos ajenos y cumpliendo con su parte sin buscar agradecimientos. Deja la bandeja del desayuno sobre la mesa y, como siempre, deja también una muda limpia sobre la silla. Ropa práctica, sin florituras, sin marcas, sin intención de agradar. Lo justo para cumplir con lo necesario. No hace falta que pregunte. Ella sabe lo que necesito. O, mejor dicho, sabe lo que me van a permitir tener. Todo es parte de una rutina muda que hemos repetido durante días sin alteraciones.

Mientras ella se mueve por la habitación, yo la observo. Lo hago cada mañana. A veces intento adivinar si ese rostro sereno y firme

oculta algo más. No sé demasiado de ella, más allá de su nombre y de su función de ama de llaves. Es más corpulenta que Svetlana, más callada, menos inclinada a la ternura. Pero hay algo en sus gestos que me hace pensar que no todo es rigidez. Su silencio no siempre parece indiferente. A veces, incluso, parece necesario.

En el tiempo que llevo en el refugio de los Markov, he aprendido a interpretar muchas cosas que no se dicen. Las miradas de los hombres armados que de vez en cuando merodean por la finca, las de los jardineros y obreros cuando paso por su lado. El respeto forzado que me guardan. El modo en que algunos bajan la voz al hablar si estoy cerca. Solo los encargados de las cuadras me reconocen como parte del entorno. Me dan espacio. Aceptan mi presencia como se acepta la de una herramienta nueva: útil, extraña, y aún bajo vigilancia.

Trabajo en las cuadras como una más. Limpio, ordeno, acarreo cubos y cepillos. Los primeros días fueron los peores. Me dolía todo el cuerpo tras la última paliza de Vencislav. Por suerte, ya casi ha sanado. Los moratones en las piernas han desaparecido y solo queda un resto amarillento sobre mis costillas, los únicos que se resisten a desaparecer del todo, como si quisieran recordarme que sigo siendo vulnerable, aunque intente ocultarlo bajo el uniforme de faena.

En cuanto a los Markov, no he vuelto a ver a ninguno. Ni siquiera un atisbo de su sombra. Después de lo que ocurrió en el establo, Drago me prohibió volver a acercarme a Igor. Ellos vienen cada mediodía y cada atardecer a visitar a la yegua, momento que uno de los encargados me ordena detener lo que esté haciendo y me acompaña a mi habitación, antes siquiera de cruzarme con ellos.

Es desesperante.

En todo este tiempo, no he dejado de darle vueltas a lo que ocurrió ese día, y me he movido entre establos, caminos, y alguna parte del terreno donde el viento trae consigo olor a humo, a metal quemado, a algo que no encaja con la tranquilidad aparente de esta finca. Hay una zona concreta, al fondo, donde el humo asciende cada día como un reloj. Delgado, constante. Nadie habla de él. Nadie se acerca. Nadie lo nombra. Y eso, para mí, es más revelador que cualquier vigilancia visible.

Empiezo a sospechar que este lugar no es solo un refugio. Es un engranaje. Y yo me he metido en medio sin saber a qué ritmo gira.

Al principio pensé que venir aquí era una decisión acertada. La única, en realidad. Pero cuanto más tiempo paso sin saber nada, sin una palabra, sin una explicación, más difícil se me hace sostener esa convicción.

Me siento a salvo del maltrato de Vencislav, sin embargo, echo de menos parte de mi vida anterior y, sobre todo, a mi padre. Dejar el móvil en aquel baño de la fundación fue para evitar que los hombres de mi marido pudieran rastrear mi ubicación, pero aquella decisión me impide poder comunicarme con mi padre. Me gustaría poder oír su voz, decirle que estoy bien, aunque sea a medias. Ni siquiera tuve oportunidad de despedirme, como tampoco lo hice de Svetlana. Lo último que quería era causarles problemas, y contarles lo que tenía planeado hacer hubiera puesto sus vidas en peligro. Vencislav tiene su particular forma de sacar información a la gente, y estoy segura de que hubiese terminado lográndolo y dando conmigo.

Sin embargo, protegerlos a ellos ha hecho que los añore como nunca antes. No tengo acceso a un teléfono, ni una carta, ni una

señal. Drago no me da ni siquiera la oportunidad de pedírselo. Lo que me hace plantearme cada día si no cometí un error al escogerlo a él.

Me pregunté, en su momento, si fingir un secuestro habría sido una opción mejor. Algo público, una cortina que me protegiera de Vencislav. Pero el poder de mi esposo va más allá del de cualquier político o empresario. Sus contactos, sus hombres y todo el que trabaja para él hubieran descubierto la nube de humo y me hubiesen acabado encontrando. Y estoy segura de que, de haber tomado esa opción, ahora estaría muerta.

Milena termina de colocar las cosas y se gira hacia mí. Me doy cuenta de que no he dicho una palabra desde que entró. Tampoco ella. Me mira con esa expresión suya que no permite adivinar si va a darme los buenos días o a cerrar la puerta para no volver.

Pero hoy no quiero limitarme a esperar qué opción va a tomar. No puedo dejar que se marche sin al menos intentarlo.

—¿Puedo preguntarle algo, Milena?

—Ya lo está haciendo. Aunque no garantizo que le guste la respuesta, señora Petrova.

Pese a que su tono no es hostil, tampoco invita a la conversación. Es la misma mujer que lleva más de una semana entrando en esta habitación a la misma hora para traerme la comida tres veces al día. Sin mirarme más de la cuenta. Sin detenerse a preguntar si duermo bien, si me duele algo, si quiero hablar. Pero tampoco es indiferencia. Es... otra cosa.

—¿Lleva mucho tiempo trabajando con ellos? —insisto, como quien lanza una piedra al agua para ver si hace ruido.

—Demasiado—responde, mientras recoge la ropa usada que dejo cada noche en el cesto, con un movimiento rápido, casi automático.

No añade nada más. No concreta los años que lo lleva haciendo, ni en qué circunstancias. Solo cierra la bolsa con la colada y se dirige hacia la puerta. Es la forma más elegante de decir que no quiere seguir hablando. Pero hoy no pienso dejarla marcharse sin intentarlo.

—No está siendo fácil estar aquí.

—No imaginaría que lo sería —deja caer, como el que hace una pregunta retórica.

—No esperaba que lo fuera —confieso, vistiéndome ante ella—. Pero tampoco pensé que me aislarían así. Ni siquiera me han permitido ver a Igor.

Milena se gira con lentitud. Me sostiene la mirada durante unos segundos que se hacen más largos de lo necesario.

—Me parece lógico que lo mantengan apartado, después de lo que ocurrió.

—No le hice nada —aseguro sin alzar la voz—. Solo intenté ayudar.

—¿Y cree que eso basta para que aquí la consideren de los suyos?

Me desconcierta un poco la forma en que ha dicho «aquí». Como si no se incluyera. Como si llevara tantos años en esta finca que ya no se sintiera parte de ella, aunque fuera imposible desligarla del todo.

—Supongo que no —admito—. Pero también creo que tengo derecho a una conversación. Una. Una sola.

Milena entrecierra los ojos, evaluando si lo que acabo de decir es una petición legítima o solo una forma de tantearla.

—¿Para qué?

—Necesito hablar con Drago, Milena. Tiene que ayudarme.

—¿Y qué quiere decirle al señor Markov? —me cuestiona.

Por un instante creo atisbar en su gesto que puede acabar cediendo.

—Tengo que hablar con él sobre mi situación —respondo, sin dar más explicaciones.

—Eso no es una razón, señora Petrova. Es una intención.

—Entonces dígale que es urgente. Que se lo agradeceré.

—Agradecerá, ¿qué exactamente? ¿Que rompa la norma de mantenerla encerrada? ¿Que le consiga una audiencia como si esto fuera un palacio?

La forma en que lo dice no es burlona, pero tampoco amable. Es... realista. Ambas somos conscientes de que si Drago quisiera hablar conmigo, ya lo habría hecho. Sé que estoy pidiéndole algo que no me corresponde, aunque no pienso quedarme de brazos cruzados sin intentarlo.

—Agradeceré que, por una vez, alguien aquí se digne a escucharme —digo, sin rabia, solo con una calma cansada.

Milena se queda quieta. No asiente. No niega. Solo respira hondo, ajusta el cuello de la bolsa que sujeta con las manos y se dirige de nuevo a la puerta.

—Veré qué puedo hacer.

—Gracias.

—No me lo agradezca aún. No he prometido nada.

Y se va.

El cerrojo suena como siempre, hasta la hora de dirigirme a los establos. Pero esta vez no me deja esa sensación de rutina. Esta vez, hay algo parecido a una posibilidad al otro lado de la puerta.

Drago

Las botas de Yasen aún están marcadas en la grava cuando termino de correr y me acerco al borde de la explanada. Salió antes del amanecer hacia la nave, con las órdenes claras y la paciencia justa. Es un tipo de acción, no de diplomacia, y eso, en estos días, no me molesta. Me doy una ducha rápida y al bajar, me encuentro con Sergei.

—Todo está en marcha —me informa desde el porche, siguiendo mi ritmo con pasos largos y medidos—. Los hombres están esperando solo a que tú llegues.

No respondo. Entro en el despacho, dejando que la madera cruja bajo mis pies. Irina ya está dentro. Lleva rato esperando. Apoyada en la ventana, con los brazos cruzados, observa el jardín como si no le gustara lo que ve. O como si no pudiera soportar otro día más sin decir lo que lleva tragando desde hace tiempo.

Milena entra sin llamar, como siempre, y deja una bandeja con café sobre mi mesa.

—Ha comido bien —informa, sin rodeos—. No ha preguntado por nadie. Hasta esta mañana.

No necesito que diga su nombre. Sé a quién se refiere.

—¿Qué ha pedido?

—Hablar con usted. Dice que es urgente.

La observo con atención, aunque no muevo un músculo. Ella mantiene la compostura. No hay presión en su tono. Tampoco le

añade un toque de lástima, ni de advertencia. Solo informa y espera. Al ver que no respondo, inclina la cabeza, lo justo.

—Está bien. Gracias. Puedes irte.

Milena asiente y se marcha con la misma discreción que la caracteriza.

En cuanto la puerta se cierra, Sergei se deja caer en el sillón frente a mí como si llevara horas deseándolo.

—¿Vas a hacerlo?

—Aún no lo sé —reconozco, llevándome la taza a la boca.

Irina, todavía de pie, no tarda en intervenir.

—¿Hasta cuándo va a seguir aquí?

—Hasta que yo lo diga —contesto de forma seca, mirándola a los ojos.

—¿Y vas a seguir manteniéndola encerrada como si fuera un rehén?

—No es un rehén. Solo está controlada.

—¿Entonces cómo lo llamas? —insiste—. ¿Supervisión? ¿Aislamiento voluntario? ¿Trabajo forzado en las cuadras?

—No exageres —interviene Sergei, en un intento de apaciguar su carácter.

—No exagero, Sergei. Lleva ocho días sin salir de esa habitación, nada más que para trabajar en los establos, y ni siquiera se nos permite acercarnos a ella porque él nos lo ha prohibido —espeta, señalándome—. No habla con nadie. No tiene contacto con el exterior. Y mientras tanto, fingimos que su presencia aquí tiene algún sentido.

Sergei desvía la mirada hacia mí y se sienta al borde del sillón. Conozco ese gesto y me preparo para afrontarlo.

—Irina tiene razón. Queramos o no, Zoya es una distracción. Nos hace débiles. Ya tenemos gente de confianza trabajando en las cuadras. No necesitamos a nadie más. Su presencia solo aumenta la tensión. Y si algún día se entera de lo que hacemos, tendremos un problema aún mayor.

—Y tampoco es humano, Drago —vuelve a tomar la palabra Irina —. Esto no es una cárcel. No podemos tenerla retenida como si lo fuera. ¿Qué mensaje damos al resto si alguien lo descubre? ¿Qué clase de líder encierra a una mujer como un prisionero?

—¿Desde cuándo te preocupa lo humano? —pregunto sin alterar el tono.

—Desde que me di cuenta de que tú estás dejando que esto se te vaya de las manos.

Los miro a los dos. Me levanto. Camino hasta la ventana. El cielo está claro. El día perfecto para que alguien cometa un error.

—Vencislav cree que ha sido secuestrada —dejo caer, como quien suelta una carta sobre la mesa sin mirar si trae buenas o malas noticias.

Irina entrecierra los ojos. Sergei levanta la vista.

—¿Cómo lo sabes? —me demanda este último.

—Porque ha corrido la voz —aclaro—. Está preguntando por todas partes. Está presionando a sus contactos, chantajeando a medios, interrogando a sus propios hombres. Ha dejado incluso de exportar para centrarse solo en encontrarla. La mercancía que nos robó en el almacén sigue guardada. No la ha puesto en el mercado. Está tan desesperado que ni siquiera le importa el dinero.

Eso, para mí, es la mejor señal de todas.

—Y eso te gusta —acusa Sergei.

—Mucho.

Irina resopla.

—Drago, por favor. No confundas el placer de verlo perder el control con una estrategia sólida. Si ella sigue aquí, uno de los dos va a cometer un error. Tú… o ella. Y cuando ocurra, no habrá margen para reaccionar.

—No habrá ningún error —defiendo, molesto por su incansable intención de rebatirme.

—Pero tenerla aquí tampoco nos ha traído nada útil —insiste—. No ha hablado. No sabemos si miente o si calla por miedo. Y tú no la miras como a una amenaza. Te he visto observando las cámaras, la miras como a un problema que no quieres resolver.

Dejo la taza sobre la mesa y me vuelvo hacia ella.

—Eso no es cierto.

—¿Entonces por qué no has hablado con ella?

—Porque no tengo nada que decirle. Todavía.

—Pues es hora de que lo tengas. O acabarás sin tiempo para decidir qué hacer con ella —responde Irina con ese tono suyo que no se arruga nunca.

Sergei no añade nada más. Me mira, esperando que diga lo que ambos quieren oír.

En el fondo, sé que tienen razón. Llevo demasiado tiempo posponiendo el momento. Necesitaba comprobar la reacción de Vencislav. Él no la envió. De eso estoy seguro. Ahora, el siguiente paso está claro para todos.

—Está bien. Hablaré con ella. Pero, ahora vámonos. Tenemos demasiado que hacer y nos espera un día largo.

Capítulo 19

Drago

La ciudad vibra con su ritmo habitual. Coches, sirenas, pasos que van y vienen. Gente que vive sin saber lo cerca que están del infierno.

Yasen vigila desde la furgoneta negra estacionada en doble fila. Sergei está dentro del café de enfrente, fingiendo leer el periódico. Yo espero en el coche principal, con las ventanillas tintadas y la paciencia bien afilada.

—Van con retraso —murmura Yasen por el pinganillo.

—No les quites ojo —le respondo.

Desde el interior del todoterreno, observo cómo uno de los dos hijos de puta que llevaron a cabo el robo de diamantes sale de una cafetería del muelle. Viste como un civil, como si no tuviera nada que ocultar. Lleva incluso una bolsa de papel con lo que parece un bocadillo.

—El segundo está cruzando la calle, dirección al aparcamiento —confirma Sergei, de camino al coche de apoyo.

—Date prisa, esos tíos no van a esperar a nadie.

En cuanto me confirma su posición, a una orden mía, los tres vehículos nos activamos al mismo tiempo. Maniobra limpia, sin dejar

espacio a errores.

Uno le bloquea el paso al primero, justo en la bocacalle. Otro se interpone entre el segundo y su coche. Y el tercero —el mío— lo coloco en ángulo muerto para cortar cualquier posible huida. En menos de cinco segundos están rodeados.

Yasen y dos de nuestros hombres bajan al unísono. Sergei hace lo mismo desde el otro lado. El primero de los traidores levanta las manos. El segundo intenta correr, pero no llega lejos. Sergei le da un golpe seco en la nuca con la culata de su arma. El tipo cae como un saco de patatas. Lo suben al maletero sin miramientos. El otro, consciente, es empujado dentro de la furgoneta con una bolsa de tela negra en la cabeza.

—Nos vamos —ordeno, y el convoy se pone en marcha.

El almacén donde los llevamos no es cualquier sitio. Es el mismo donde nos traicionaron. Donde nos robaron los diamantes que después entregaron a Petrov, creyendo que podrían salirse con la suya. Me gusta la ironía de devolverlos al escenario de su estupidez.

Entramos con ellos a rastras. La nave está vacía. Solo quedan las marcas de lo que fue el robo: unas cajas rotas, algunas herramientas, y ese olor a polvo que impregna los lugares donde pasan cosas sucias. Sergei conecta los focos. La luz cae a plomo sobre el centro del espacio, donde hay dos sillas metálicas. Una para cada uno.

Yasen les quita las capuchas. Uno de ellos grita para que lo soltemos. El otro sigue inconsciente.

—Despiértalo.

Sergei le lanza un cubo de agua fría al rostro. El tipo se sacude, escupe, intenta hablar.

Me acerco al primero. Sangra por la ceja, puede que por el trayecto. Sigue insistiendo en que lo dejemos libre. No estoy para perder el tiempo. De un puñetazo, lo obligo a tragar sangre antes de que suelte una sola excusa.

—¿Dónde están mis diamantes?

Silencio.

—¿Los vendisteis? ¿Se los entregasteis a Petrov? ¿O fue Vencislav en persona quien os los quitó de las manos?

El segundo hombre, más flaco, tiembla como una hoja.

—No sabíamos que eran vuestros… Nos dijeron que era mercancía abandonada, que nadie vendría a por ella…

—¡Cállate, estúpido! —le reprende el primero.

Le lanzo una mirada a Yasen. Él ya sabe lo que eso significa. Camina hacia el banco de herramientas. Elige una pequeña sierra y una bolsa de plástico gruesa.

—¿Qué vais a hacer? —pregunta el más joven, el flaco, intentando liberarse.

—Aplicar la ley Markov —respondo, mientras me enciendo un cigarro—. Robas, pierdes una mano.

—No, *Diamond*… ¡Por favor!

—Los ruegos a vuestro jefe. Yo solo cobro deudas.

Con un simple gesto, Sergei le coloca la mano extendida sobre el reposabrazos de la silla.

—Te diremos lo que quieras, cualquier cosa. Pero, por favor, la mano no.

Está asustado. Es lógico. Pero debió pensarlo antes de coger lo que no era suyo.

Miro a Yasen y él acata mi orden. Se acerca al tipo y, sin mediar palabra, comienza a cortarle la mano. La sierra atraviesa la muñeca sin dificultad, mientras el hombre grita, se retuerce y rompe a llorar, salpicado de sangre.

—La próxima será la tuya —le advierto al otro—. Pero antes le entregarás algo a tu jefe.

Dejo de escuchar los gritos y los ruegos de ambos cuando otro de mis hombres me acerca una caja de acero que hemos traído en el coche. Sobre la mesa, la abro y aguardo a que Yasen introduzca la mano cortada. No se molesta en envolverla. No es un regalo. Es una advertencia.

—Decidle a Vencislav que los Markov no nos quedamos de brazos cruzados cuando nos atacan —dejo claro mientras cierro la tapa con un clic seco.

Los dos están pálidos, derrotados, pero vivos. Eso es lo que quiero. Que hablen. Que lloren. Que le cuenten al mundo que *Diamond* ya ha movido ficha.

***

Desde la oficina de la nave puedo ver a lo lejos que el cielo empieza a teñirse de un azul sucio, del tipo que anuncia que la noche viene cargada. Y, aun así, no hay señales. Ni una llamada. Ni un puto gesto.

Hace más de ocho horas que soltamos a esos dos mierdas con la caja y el mensaje, y Vencislav no ha dicho ni hecho nada. Ni un movimiento. Ni una amenaza. Ni siquiera un cadáver de vuelta. Y eso, para mí, es más peligroso que si hubiera incendiado media ciudad.

—Algo no va bien —insisto una vez más.

Llevamos un buen rato aquí encerrados esperando y discutiendo sobre cuál será nuestro próximo movimiento. Sergei y Yasen no opinan como yo, pero sé que no podemos quedarnos de brazos cruzados sin hacer nada.

—¿Y si no les han entregado la caja? —plantea Sergei, apoyado contra la mesa de metal, con los brazos cruzados.

—Es imposible. Tihomir ha dicho que los ha visto llegar a la fábrica cuando estaba reunido con Vencislav.

Él es nuestro contacto con los Petrov, y confío en su palabra.

—¿Y si se los ha cargado antes de que abrieran la boca? —añade Yasen, de pie junto a la puerta, mirando el móvil por enésima vez.

—Si lo ha hecho, entonces tiene más miedo del que pensaba —respondo, mientras me sirvo un trago corto y lo bebo de un golpe—. Pero no lo ha hecho.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque si los hubiera matado, lo sabríamos. Petrov no deja cadáveres sin firmar.

Sergei chasquea la lengua. Se nota que no le gusta este juego. A él le va lo directo, lo que sangra rápido. Sin embargo, esto no va de sangre. Va de control.

—¿Y qué sugieres entonces? ¿Esperar a que nos la devuelva con un lazo?

Lo miro.

—Propongo que aceleremos el proceso y, de paso, le recordemos quién manda.

Sergei mira a Yasen antes de enfrentarse a mí de nuevo.

—¿Quieres presentarte en su puta fábrica?

—Sí. Quiero que vea que puedo hacerlo sin pestañear. Que no necesito invitación.

—Eso es una locura —suelta, separándose de la mesa—. En su terreno, con sus hombres. No saldrás vivo.

—Tú lo has dicho. Con sus hombres. No con su cabeza.

Yasen me mira. Sabe que ya no hay vuelta atrás.

—¿Cuántos hombres necesitas?

—No puedo creer que le apoyes en esto —se queja Sergei.

—Con cuatro será suficiente —le contesto a Yasen, y luego miro a Sergei de frente—. Te guste o no, el juego no ha terminado.

Sergei se toma su tiempo en asimilar que no voy a ceder por mucho que se empeñe de lo contrario.

—Está bien. ¿Qué quieres que hagamos? —pregunta con resignación.

—Seguid mis pasos, pero sin armas a la vista. Que nos vean. Que piensen que vamos desarmados.

—No creo que sea buena idea, Drago —interviene Yasen.

Sé lo mucho que le gusta la acción, aunque esta vez, quiero hacer las cosas a mi manera.

—Tranquilo, Yasen. Iremos armados hasta los dientes. Pero no hará falta usarlas. Tenemos una moneda de cambio mucho más poderosa a buen recaudo, trabajando en el establo.

Cojo la chaqueta de cuero de la percha y me la pongo sin esperar respuesta. La orden es clara, y ambos saben que la única alternativa que tienen es cumplirla.

***

La fábrica de los Petrov se levanta a las afueras de Varna como una puta fortaleza. Muros altos, seguridad privada, cámaras en cada

esquina. Ni un pájaro se posa en sus cables sin pedir permiso. Desde el coche, ya noto la incomodidad en el cuerpo de Sergei. Sabe que estamos entrando en terreno enemigo. Pero no hemos venido a pedir permiso. Hemos venido a tomarlo.

Las instalaciones no son tan grandes como las nuestras. Aquí todo es más frío, más aséptico. Oficinas en alto con paredes de cristal. Pasillos grises. Suelo pulido. No hay rastro del polvo de diamante, aunque el olor a ambición flota en el aire.

Nos reciben dos de sus hombres armados. Nos revisan con la vista. No encuentran nada. Eso creen.

—El señor Petrov no les ha citado.

—Solo venimos a cerciorarnos de que ha recibido nuestra caja. ¿Acaso os gustaría entregarle otra vosotros?

Los dos se miran y, tras un breve silencio, asienten en señal de aprobación. Yasen se contiene para no soltarle un bufido al más alto de ellos.

Nos escoltan a través del pasillo principal hasta una sala de reuniones con cristales tintados. Radko y Oleg están ya dentro. Los dos fieras de fuera también se quedan, por lo que pueda pasar. Todos están tensos, con las manos cerca del arma.

Sobre la mesa está la caja de metal con la mano de su hombre. El mensaje llegó alto y claro, tal y como me había confirmado Tihomir.

Vencislav se encuentra de pie, junto a la ventana. Mantiene la pose, intenta parecer invulnerable, pero no lo está. No lleva chaqueta. Camisa negra remangada. Ojeras marcadas. Más delgado que la última vez que lo vi. Más hundido. Aunque no lo suficiente.

—Vaya, vaya —masculla sin darse la vuelta—. El perro de los Markov ha venido a recuperar su hueso.

Camino hasta el escritorio sin apurar el paso. Mi gente entra detrás de mí y ocupa sus posiciones. Dos a mi izquierda. Uno en la puerta. Sergei a mi espalda.

—No soy un perro, Petrov. Los perros ladran. Yo solo muerdo.

Radko mueve un músculo de la mandíbula. Oleg no parpadea. Ninguno habla.

—Tienes huevos, lo reconozco —comenta Vencislav, girándose al fin para mirarme. Hay rabia en su voz, pero también cansancio. Y una pizca de miedo—. No muchos se atreven a venir aquí sin ser invitados.

—No vine por tu invitación. Vine por tu respuesta —le digo, señalando la caja con la mirada, mientras me tomo la licencia de sentarme a este lado de la mesa.

—Ah, eso —responde, caminando con calma hasta mi posición—. Tengo que decir que fue… creativa. Aunque algo teatral para mi gusto. —Lo veo tomar asiento en su sillón, fingiendo que no le importa que yo lo haya hecho antes sin permiso—. El problema es que no me impresionan las manos.

—Puedo enviarte otra parte del cuerpo, si es lo que quieres.

Vencislav se ríe por lo bajo. Pero no dura mucho. Lo justo para tapar el temblor que le nace en la sien.

—¿A qué demonios has venido? —masculla.

Por fin vamos al grano.

—A advertirte.

—¿De qué?

—De que, si vuelves a tocar lo que es mío, no cortaré una mano. Cortaré un cuello.

—Tengo más hombres —suelta con menosprecio.

—Yo también, si es eso lo que te inquieta.

Ambos nos miramos. Nuestros hombres observan. Todos en alerta, incluso el propio Vencislav.

—¿Y qué se supone que quieres ahora? ¿Un acuerdo de paz? —me plantea al ver que mantengo una postura relajada ante sus putas narices.

—Quiero que me devuelvas lo que es mío —espeto, sin apartar la mirada.

Vencislav intenta parecer indiferente, aunque no lo consigue.

—¿Y si te digo que no tengo nada tuyo?

«No, solo tienes lo que yo te permití. Y yo tengo lo que tú estás buscando».

—Los dos sabemos que sí. Y yo no suelo compartir —advierto.

—Yo tampoco.

—Pero te gusta coger lo que no te pertenece, y eso tiene un precio.

A la derecha, uno de los suyos se mueve con disimulo. Lleva la mano al cinturón. Sergei lo ve. Le hace una señal al nuestro. Otro paso más y esto acaba a tiros.

—¿De verdad quieres probar quién tiene más hombres? —le suelto sin elevar la voz—. Porque te aviso: fuera hay otros ocho esperando mi señal.

Vencislav aprieta los labios. Los suyos dudan. Mis hombres no.

—Esto no es una guerra —masculla.

—No todavía. Pero lo será, si sigues cruzando líneas.

Radko me lanza una mirada, como pidiéndome que no fuerce más. No me hace falta.

—Lo que ocurrió fue un malentendido —suelta al fin Vencislav—. Mis hombres creyeron que era mercancía abandonada.

—Mentira —le corto—. Sabían perfectamente de quién era esa mercancía. Solo siguieron tus órdenes.

Se me queda mirando. Algo cruje detrás de sus pupilas. Está a punto de perder el control, pero se contiene.

—¿Y tú qué vas a hacer, Markov? ¿Amenazarme con cajas? ¿Con discursos?

—No. Solo quería que supieras que ya has perdido el primer asalto. Y ni siquiera lo viste venir.

—¿Y qué se supone que he perdido?

—El miedo. Tus hombres ya no nos temen. Ahora sangran.

Mi atrevida advertencia provoca que sus hombres saquen sus armas, pero antes incluso de quitar el seguro, los míos ya los apuntan directamente a la cabeza.

Vencislav me lanza una mirada de desprecio ante la que me muestro inmune. Desde mi posición puedo ver que le tiembla un ojo. Siento su rabia, y él mi autocontrol.

—¿Qué quieres? —masculla.

—Que me cedas en exclusiva uno de tus clientes de la India, a cambio de dejar esto correr.

De nuevo silencio. Pero esta vez soy yo el sorprendido al ver el modo en que se derrumba y le ordena a sus hombres que bajen las armas.

—¿Sabes qué? Lo haré —suelta de pronto—. Te daré un cliente. Tengo muchos más y no me importa una mierda cederte uno.

Aunque lo haré a su debido tiempo, cuando termine lo que tengo entre manos.

Algo no me cuadra. Vencislav no suele rendirse tan pronto.

Observo. Estudio. Analizo. Cada palabra. Su postura. Su aspecto. El hecho de que los diamantes aún no estén en el mercado y de que nadie haya disparado una sola bala. Y es entonces cuando me doy cuenta. No son las piedras, los clientes o el dinero lo que más le importa. Es ella. Zoya.

—Me alegra que hayamos podido llegar a un acuerdo sin derramar sangre. Para celebrarlo, os invito a tu esposa y a ti mañana en el club para celebrarlo —tanteo para comprobar si estoy en lo cierto.

No tardo en hacerlo. Ni siquiera desde que hemos entrado me ha mirado como lo está haciendo ahora.

—No necesito ir a ninguna parte, y menos contigo. Ya tienes lo que quieres. Ahora, lárgate y déjame en paz.

Me levanto con la intención de sellar el acuerdo con un apretón de manos cuando, de pronto, la puerta se abre a mi espalda. Gregor Petrov entra como si todo le perteneciera. Traje gris, sombrero negro, mirada afilada y ese modo de caminar que lo delata. Cada paso es una sentencia. Los suyos se cuadran. Los míos también, pero no retroceden.

—¿Interrumpo algo? —pregunta, sin mirar a nadie en particular.

—Nada que no pueda arreglar —responde su hijo, tenso.

Gregor me mira. Yo no bajo la vista. Tampoco doy un paso atrás.

—Drago Markov —pronuncia mi nombre como si fuera un mal sabor de boca—. ¿Te has perdido?

—Al contrario. Estoy justo donde quería estar.

—Interesante. Porque para estar aquí, sin invitación, hay que estar muy seguro… o muy desesperado.

—O tener algo que tú y tu hijo no tenéis: huevos.

Silencio. Tenso. Cortante. Como una navaja que todavía no ha decidido a quién abrirle la piel.

Su mirada se posa en Vencislav.

—¿Qué ha hecho esta vez?

—Nada. Los Markov ya se iban.

Gregor se gira hacia mí una vez más.

—Disfruta del paseo, *Diamond*, porque te aseguro que el camino de vuelta no será tan fácil.

—Eso espero —le respondo con sonrisa ladina—. Me aburren las rutas sin curvas.

Me giro y le hago una señal a mis hombres. Ellos me siguen hasta el pasillo sin que ocurra ningún incidente. Hemos venido a reclamar lo que era mío, y ahora me voy, sabiendo que soy yo quien tiene lo que más valora.

Capítulo 20

Drago

Hace calor. El tipo de calor pegajoso que se cuela por los poros y lo vuelve todo más lento. Más espeso. Hasta el aire del club parece resentido esta noche, como si las paredes sudaran junto a los cuerpos que bailan sin ganas bajo los putos focos de colores.

El día ha sido largo y estéril.

En la nave todo ha funcionado según lo previsto. El equipo ha respondido, las pruebas han salido limpias, la producción sigue avanzando. Pero la mercancía robada por Vencislav sigue sin aparecer en el mercado. El cabrón no ha colocado ni una sola piedra. Ni una filtración. Ni una maldita venta.

Lo peor de todo ha sido ver cómo mis intentos por aprovechar su distracción han sido un maldito fracaso. Hoy he intentado negociar directamente con dos de sus clientes indios, ofreciéndoles condiciones más ventajosas, menor precio y entrega inmediata. Pero han rechazado sentarse siquiera a hablar con nosotros. Siguen fieles a él. Atados. Como perros bien entrenados.

Y yo no tengo tiempo para fidelidades ajenas.

Lleno mi copa de vodka de la botella que el camarero me ha dejado en la barra sin mirar quién pasa por mi lado. No escucho la

música. No me interesan los rostros que me saludan, ni las chicas que me sonríen como si eso fuera a ablandarme para tener sexo con ellas. Sergei es quien me suele acompañar cuando venimos en busca de un polvo. Pero esta noche no estoy para juegos y le he pedido que me dejara solo.

Me alejo y me siento en la parte de atrás, donde siempre se respetan los silencios. No lleva mi nombre, pero todo el mundo sabe que este sillón de cuero rojo es mi favorito. Desde aquí, observo el movimiento y aguardo con el vaso entre los dedos.

Vencislav no ha aparecido.

No esta noche. Ni ninguna desde hace días. Ni un solo hombre suyo ha puesto un pie aquí desde la noche de la gala. Y los rusos, cuando les he preguntado, se han limitado a encogerse de hombros.

—Está ocupado —han dicho.

Eso me cabrea más.

Me gusta anticiparme. Controlar. Saber qué va a hacer el enemigo antes de que él mismo lo decida. Pero esta vez no. Esta vez Vencislav está desaparecido, obsesionado, y su imprevisibilidad me resulta tan peligrosa como tentadora.

Bebo. Fumo. No hablo con nadie. No contesto al móvil. No me interesa ningún informe ni ninguna cara nueva.

Salgo del club cuando el reloj marca las once. La ciudad cruje bajo el asfalto. El aire aún tiene ese olor metálico a motor y desesperación. Conduzco sin música, sin pausa. Las luces de Varna se difuminan en el retrovisor mientras dejo atrás el club, el puerto, las calles conocidas. En mi mente, solo hay una idea fija. Una constante. Al menos, ella sigue donde la dejé.

El refugio duerme. Lo sé por la forma en que todo parece en pausa. Ni una luz encendida más allá de la del pasillo principal. Ni una voz, ni un movimiento, ni siquiera el sonido de un televisor olvidado. Solo silencio.

Cruzo el salón con paso firme, pero sin urgencia. Aquí no hay nadie a quien impresionar a estas horas. La lámpara junto al sofá emite una luz apenas suficiente para ver sin tropezar. Me acerco al pequeño mueble bar, retiro el tapón de cristal con un giro rápido de muñeca y me sirvo una copa de vodka. No la necesito, pero tampoco tengo sueño. El día ha sido largo y tengo demasiado en la cabeza como para tumbarme a fingir que descanso.

Apoyo la espalda contra la repisa, llevo el vaso a los labios y dejo que el líquido me raspe lo justo antes de pasar por la garganta. No es el mejor vodka del mundo, el bueno lo guardo en la bodega, pero cumple su función. Y ahora mismo, solo busco eso: algo que cumpla.

Pienso en el club. En lo vacío que estaba el apartado de Vencislav. En la forma en que sus hombres evitan el lugar como si ahora les quemara. En los rusos encogiéndose de hombros y en la fidelidad absurda de los clientes que no quisieron escuchar ni una de mis ofertas. En los diamantes esperando en la nave, invisibles, inservibles. En el esfuerzo sin resultado.

Por desgracia, no es en lo único en lo que pienso.

También está ella. No por capricho, ni por debilidad. Lo hago porque es lo único que sigue en el mismo sitio. Lo único que no se ha movido, que no se ha escapado, que no me ha fallado.

Lleva días aquí. Se ha limitado a seguir mis órdenes sin una sola queja. Hasta ayer, que pidió hablar conmigo. Han pasado más de cuarenta horas y aún sigo evitando tener que hacerlo. Y no porque

no quiera verla, sino porque no tengo claro si quiero escuchar lo que tenga que decirme.

Me termino la copa y la dejo sobre el mueble. No me molesto en acomodarla. Salgo del salón, subo la escalera sin prisas. A estas horas no hay nadie por los pasillos. Todos duermen. O fingen hacerlo.

La primera planta está en penumbra. Solo las luces led que provienen del jardín iluminan el pasillo lo justo para distinguir las puertas. Paso de largo la mía. Me detengo frente a la que permanece cerrada desde que ella llegó. La misma que solo le permito cruzar a Milena para alimentarla.

Tal vez no sea el mejor momento para cumplir la promesa que les hice a Irina y Sergei. No tenía intención de que fuera esta noche, y aún menos después del largo día que he llevado. Pero no puedo apartar la vista de la jodida llave que hay en la cerradura. Hay cosas que, por mucho que uno se empeñe en retrasar, acaban por alcanzarlo igual. Y esta, me guste o no, ya no puedo evitarla más.

Apoyo la mano en la manilla. La decisión está tomada mucho antes de girar la llave. La puerta cede con un clic seco.

Ella no se sobresalta. Está medio incorporada en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero y las piernas cubiertas por la manta. Lleva puesta una de esas camisetas grises que Milena le deja cada mañana, amplia, sin forma, pero que en su cuerpo parece algo pensado. Tiene el pelo recogido de cualquier manera, los ojos abiertos, demasiado despiertos para la hora que es. Tal vez no podía dormir. O tal vez me estaba esperando. La lámpara de la mesilla proyecta una luz suave que dibuja su rostro a medias, entre la

sombra y el desafío. No dice nada. Me mira como si ya supiera lo que va a pasar. Me aguarda.

Cierro la puerta. No porque lo necesite, sino porque quiero dejar claro que nadie va a interrumpirme. Este momento es mío.

—Has tardado —murmura, sin apartar los ojos de mí.

—Los tiempos los marco yo, no lo olvides.

No me acerco todavía. La estudio desde donde estoy. Analizo cada detalle de su cuerpo, de su respiración, de su mirada. Y lo que veo no me ayuda. Está tranquila. Demasiado. Como si se hubiera preparado para este momento.

—Supuse que vendrías a interrogarme.

—Vengo porque lo pediste. No por otra cosa —respondo, con voz firme.

—¿Y te costó mucho convencerte?

—No tengo que convencerme de nada. Solo decidir cuándo.

—Así que debo agradecértelo. Aunque me sorprende que no haya salido de ti antes.

—Porque tenía cosas más urgentes que escucharte.

Lo digo seco, sin adornos. Zoya entrecierra los ojos, como si intentara calibrar qué hay debajo de cada palabra. Siempre intenta leerme. Cree que puede entenderme. No sabe ni por dónde empezar.

Doy un paso. Luego otro. Me acerco con calma, despacio, sin disimular que estoy a punto de cruzar una línea. Me detengo junto a la silla que hay al lado de la cama. No me siento. No pienso ponerme cómodo. Estoy aquí porque me lo he permitido. No porque se lo merezca.

—¿Entonces? —le lanzo—. ¿Qué tienes que decirme?

—Necesito hacer una llamada. —La miro en silencio y ella se apresura en aclarármelo—. Es a mi padre. Solo una vez. Para decirle que estoy bien.

—No.

—No voy a decirle dónde estoy, ni voy a poneros en riesgo —asegura, poniéndose en pie.

Al hacerlo, sus mechones caen rebeldes sobre sus hombros y su olor me atraviesa el jodido cerebro como un disparo silencioso. Va vestida para dormir, pero parece hecha para joderme la cabeza. La camiseta que lleva puesta cae por encima de los muslos, pero no tapa lo que debería. Los pezones se le marcan a través de la tela como si quisieran recordarme lo poco que me separa de perder el control. Está descalza, despeinada, sin maquillaje. Sin una sola defensa encima. Y aun así la siento más peligrosa que cualquier enemigo armado. No hace nada para provocarme. Sin embargo, lo consigue. Su sola presencia me aprieta la mandíbula y me golpea la entrepierna con una erección que llega sin permiso, directa, seca. Como si mi cuerpo me recordara que sigue teniendo vida propia cuando está cerca. Y eso me cabrea. Porque yo no pierdo el control. No quiero desearla. No a ella. Porque sé que, en cuanto la toque…, ya no voy a poder parar.

—Ya nos puse en riesgo al traerte aquí —le recuerdo, con un tono de voz más grave de lo habitual.

—Solo necesito que sepa que estoy viva —insiste.

—No voy a permitírtelo, Zoya.

—¿Por qué? Si es por lo que hice, yo… no pretendía…, no sabía que Igor reaccionaría así. Jamás le haría daño.

—Y por eso estás viva.

Estamos demasiado cerca ya para fingir que esta conversación es solo sobre mi hermano. O sobre el encierro. Esto va de otra cosa.

—No volveré a acercarme a él —asegura con voz más baja—. Lo juro.

—No puedo arriesgarme. No me fío de ti.

La frase queda suspendida en el aire. Podría haberla dicho con rabia, pero no. La suelto como una sentencia. Como una verdad que ni siquiera necesito justificar.

Ella no se mueve. No se achanta. Encaja el golpe manteniéndome la mirada con la cabeza erguida, y eso me la pone aún más dura.

—Entonces explícame por qué me trajiste aquí —me exige.

Tenso la mandíbula. Su petición no debería molestarme. Sin embargo, lo hace.

—Traerte aquí fue un fallo improvisado. Un impulso que no debí permitirme.

—Pero lo hiciste.

—Sí. Y ahora aquí estás. En medio de todo. Entre mis negocios, mi gente y mis decisiones.

—Nunca pretendí importunaros.

—Tampoco pediste que te dejara fuera. Ni que te llevara con Vencislav. Y créeme, esa habría sido la otra opción.

Zoya me fulmina con la mirada. No se echa atrás. Aunque se tensa. Y eso, para mí, es tan significativo como un disparo.

—Esa opción habría sido mi muerte —confiesa en un susurro.

—Puede que por eso aceptara traerte. No lo tengo claro.

—¿Y era necesario que me encerraras entre estas cuatro paredes? ¿Esa es tu forma de protegerme de él?

—No pretendía protegerte de él, princesa. Sino de mí.

Se le corta la respiración. Solo un segundo. Pero yo lo noto. Lo leo. Lo disfruto.

—Sé que no me harás daño.

—Yo no apostaría por ello.

Su mirada cambia y su lenguaje corporal también.

—Entonces sigue encerrándome si es lo que quieres —se encara —. Sabes que jamás haría nada para traicionaros, pero al menos, ten la valentía de decirme a la cara por qué te cabrea tanto que esté aquí.

Su aliento choca con el mío y me obligo a contenerme.

—No me cabrea que estés aquí, Zoya. Me cabrea lo que me provocas.

Lo suelto sin adornos. Con la voz seca, firme.

—¿Y qué necesitas para confiar en mí?

—Que no me pongas la polla dura cada vez que respiras.

Ella aprieta las manos. No las esconde. No actúa como si tuviera miedo. Pero lo siente. No de mí. De lo que sabe que hay entre los dos.

—¿Eso te asusta?

—No. Me asusta lo que te haría si no me contuviera.

—¿Tanto te molesta desearme?

—Me molesta no poder evitarlo.

—¿Y si un día sobrepasas la línea?

—Entonces más te vale estar preparada. — Me inclino sobre ella, hasta tenerla tan cerca que casi puedo sentirla. Mi mano sube hasta su mandíbula, pero no la toco. Solo dejo mi voz cerca de su piel. Lo suficiente para que lo sienta sin contacto. Para que entienda quién

manda—. Porque si ese día llega —añado—, no habrá maquillaje que cubra las marcas que puedo llegar a hacerte. Te escucharé gritar mi nombre con la cara contra las sábanas, mientras te agarro del pelo. Y créeme, Zoya..., ese día serás tú la que suplicarás que no me detenga.

Me alejo un paso. La miro por última vez y noto su temblor. Le brillan los ojos. La camiseta no logra ocultar la erección de sus pezones, y sé que es el momento de largarme.

Me giro y me encamino hacia la puerta. No espero respuesta. No la quiero.

Al menos, hoy no.

Capítulo 21

Zoya

He dormido poco. Muy poco. Las sábanas están arrugadas y tibias, como si no me hubieran contenido del todo. Me he pasado la noche dando vueltas, con el cuerpo alerta y la mente insistente, repitiendo frases que no me pertenecen, pero que me dejaron una marca bajo la piel.

Su última frase sigue resonando en mi cabeza. No fue una amenaza. Tampoco una promesa. Fue una sentencia, de las que no se dicen por impulso, sino por certeza. Y yo, en lugar de responder, me quedé mirándolo como si no supiera qué hacer. Porque no supe. Y porque me asustó más lo que sentí que lo que escuché. No me hizo nada. No me tocó. Pero sentí su poder desbordarme desde el momento en que cerró la puerta.

Y aún lo siento.

Me incorporo despacio. Camino hacia el baño y me recojo el pelo en un moño alto. Al verme en el espejo, noto que tengo los ojos un poco hinchados, fruto del insomnio. Desvío la vista a un punto cualquiera y deslizo mis dedos sobre el labio inferior, justo donde imaginé su boca anoche. Mi mente ya percibía su sabor. Dulce. Salado. Una mezcla de sensaciones y sabores que recreaba sin

control, e incluso sin pudor. Alzo la mirada de nuevo, como si él estuviera al otro lado del cristal, y es entonces cuando me doy cuenta de lo que estoy haciendo. Me detengo, bajo la mano con rapidez y me regaño a mí misma en silencio.

«No seas idiota, Zoya».

Diamond no es un hombre con el que pueda jugar. Es el dueño de mi encierro. El rol es el mismo de siempre. Solo ha cambiado la prisión.

Respiro hondo, regreso al dormitorio y comienzo a prepararme para un nuevo día de trabajo en las cuadras. Es extraño, pero Milena aún no ha llegado. Por la luz que entra por la ventana, calculo que deben ser alrededor de las siete. Demasiado tarde para un miércoles cualquiera.

Me pongo la ropa interior, termino de peinarme y Milena sigue sin aparecer al cabo de un rato. Esa mujer es como un reloj, y empiezo a pensar que algo le ha pasado. Puede que sí. O puede que esta sea otra forma de recordarme que ya no necesito que me sirvan, que ahora me toca moverme y apañármelas sola.

Opto por vestirme con lo poco que guardo en el armario. Al menos son prendas limpias.

Cuando me calzo las botas, sigue sin haber ni rastro de ella. Me acerco a la puerta por si logro escuchar algo. Solo encuentro silencio.

—Sé que es imposible, pero, y si…

Frunzo el ceño al comprobar que está abierta. No sé si esto forma parte de un juego, aunque solo hay una forma de averiguarlo.

La empujo con cuidado y asomo la cabeza. El pasillo está vacío. Ni un sonido, ni un paso. Nada. Cruzo el umbral despacio, con el

cuerpo en tensión. El silencio de la casa no me parece incómodo, pero sí diferente. Como si algo hubiera cambiado y aún nadie me hubiera avisado.

Bajo las escaleras y recorro el mismo camino que en los últimos días hacía bajo escolta. Todo sigue igual. La casa es la misma, pero hoy tiene un tono diferente. No parece que me estén vigilando, aunque tampoco me están esperando.

Me dirijo al comedor que está junto al salón, porque no se me ocurre otro sitio al que ir. Aquí tampoco hay nadie, pese a que la mesa está puesta. Es alargada, como la que teníamos en la mansión, y tomo asiento en el mismo lugar que ocupaba siempre allí. El protocolo era claro: yo me sentaba, y el desayuno llegaba. Aquí no hay reglas escritas, aunque el cuerpo se mueve por costumbre. Y esa es la mía.

No pasa mucho tiempo antes de que Milena aparezca. Entra con la misma expresión imperturbable de siempre. Ni sorpresa, ni saludo, ni reproche. Deja el desayuno sobre la mesa, me sirve el café y se marcha sin decir nada. Lo normal aquí.

Comienzo a desayunar sola. No me importa. O eso quiero pensar.

Poco después, escucho unas voces de fondo. Puertas, risas, y unos pasos acercándose. Irina es la primera en aparecer, acompañada de Yasen, que aún mastica lo que quiera que lleve en la boca.

—Vaya, vaya, mira a quién tenemos aquí —suelta ella al verme, con ese particular desprecio con el que siempre me ha tratado.

—Buenos días —los saludo.

Pero ninguno de los dos se detiene. Yasen se limita a alzar un poco la cabeza y ella, al verlo, lo fulmina con la mirada.

Tras ellos aparecen Sergei y Drago. Conversan entre ellos, como si yo no estuviera.

—Hola —suelto al ver el modo en que ambos me ignoran.

Drago se detiene y Sergei se despide de él antes de seguir los pasos de los otros dos.

—¿Qué haces aquí? —me inquiere Drago, después de dar una calada a su cigarro.

Está parado frente a mí, al otro lado de la mesa. Pese a la distancia que nos separa, puedo sentir la dureza con la que me mira.

—He bajado a desayunar. No sabía dónde tenéis costumbre de hacerlo, y me he sentado aquí, tal y como solía hacer en la mansión.

—Ya no estás en la mansión, Zoya.

No lo dice con dureza, pero tampoco con compasión.

—¿Fuiste tú quien dio la orden?

—¿Qué orden?

—La de dejarme salir sin decir nada.

Él ladea la cabeza, como si la pregunta le resultara extraña.

—¿Esperabas un anuncio?

—Esperaba saberlo.

—Aquí nadie va a darte instrucciones cada mañana. Si tienes dudas, pregunta. Si quieres moverte, hazlo.

—¿Y si me equivoco?

—Te levantarás.

Está a punto de darse la vuelta. Lo noto. Así que me levanto y voy hacia él. No sé por qué. Solo lo hago.

—Drago…

Se detiene, pero no se gira.

—¿Por qué me has liberado? —le demando cuando llego a su lado.

Su respuesta se hace de rogar. Lo suficiente para que me arrepienta de haberlo preguntado. Por un instante creo que se va a largar sin decirme nada. Pero finalmente se gira por completo hacia mí. Clava su mirada en mí. Se toma su tiempo en hacerlo, el mismo que tarda en dar una calada larga, sin prisas, como si saborear el humo fuese lo más valioso para él en este momento.

—Porque tenerte encerrada me obligaba a estar pendiente de ti. Y eso es jodidamente irritante —sentencia justo antes de lanzarme la bocanada de humo a la cara de manera lenta, deliberada, como si con ello rematara lo que acaba de decir.

Comienzo a toser como una descosida y él se larga sin más.

No hay portazo. No hay ruido. Solo el eco de su desprecio, denso, flotando en el aire como el humo. Me arden los ojos…, y sé que no es solamente por el tabaco.

***

A mediodía me dirijo a la cocina con la intención de comer con ellos. Imagino que, como esta mañana, estarán allí, reunidos, compartiendo mesa, conversación… algo.

Me encuentro con Milena preparando una bandeja, como siempre, sin demasiadas palabras, ni adornos.

—¿Dónde están? —pregunto, mirando hacia la puerta del patio, por si acaso.

—¿Quiénes?

—Los demás. Creía que comeríamos juntos.

—Suelen comer fuera —responde sin alzar la voz, como si lo supiera desde siempre—. Restaurantes, negocios… A veces en el

despacho.

Me siento en la silla más próxima al fregadero. Ella me sirve el plato sin añadir nada más.

—Gracias.

Milena asiente y se marcha. Y yo como sola. Otra vez. Sin voces. Sin televisión de fondo. Sin más compañía que mis pensamientos.

Pienso en el contraste. En lo diferentes que son aquí. En lo poco que se parece esto a la rutina de la mansión, y en lo mucho que, sin querer, se le parece. Porque al final, el resultado es el mismo: una mesa, una mujer, y un silencio que no he pedido, pero que me rodea de igual forma.

Estoy decidida a volver a intentarlo y, al caer la noche, tras una ducha rápida, bajo a su encuentro con el pelo aún húmedo y el estómago ruidoso. No hay nadie en la cocina. Tampoco en el comedor. Empiezo a pensar que he vuelto a llegar tarde, o que simplemente he llegado mal.

Me sirvo un plato de lo que queda en la bandeja sobre la isla de la cocina y me siento sin más ceremonia. A mitad de la cena, escucho el sonido de varios coches. Son ellos. Los oigo entrar. Voces. Risas. Alguien abre una botella y el gas estalla con un silbido seco.

Termino de recoger y me asomo al pasillo. Están en el salón. Todos. Yasen es el más escandaloso, con una caja de pizza en una mano y un botellín de cerveza en la otra. Irina y Sergei se sientan en los sofás, frente a la televisión y otras cajas de pizza que han dejado sobre la mesa de centro. Al fondo, apartado y frente a la chimenea, está Igor. Es la primera vez en días que se me permite verlo. Lleva sus auriculares y sujeta la *tablet* sobre las piernas. La pantalla cambia con rapidez. No sé qué mira. Pero no parece molesto.

Entonces aparece él.

Drago pasa por mi lado y ni siquiera se molesta en mirarme. Va directo hacia Igor. Se agacha frente a él y le acaricia el hombro. El chico lo mira y se aparta uno de los auriculares de la oreja.

—Será mejor que subas, campeón —le susurra en tono suave—. Esta noche hay fútbol.

No es una orden, más bien un aviso. Igor asiente y su hermano mayor le ofrece el brazo para ayudarlo a levantarse. Igor rechaza su ofrecimiento, y Drago ríe.

La escena me conmueve como la primera noche que llegué aquí. Aunque el líder de los Markov se encarga personalmente de estropearlo en cuanto se incorpora.

—Tú también deberías. —Lo mío sí ha sonado a una orden.

—Me gusta el fútbol —miento como una bellaca.

Drago duda de mi palabra, pero, aun así, no insiste y continúa acompañando a Igor. Milena aparece en ese instante y es la encargada de acompañarlo a su cuarto.

—Buenas noches, Igor —le digo cuando pasa por mi lado.

Él no contesta, ni siquiera me mira. Pero es su hermano quien se acerca hacia mí, hecho una furia.

—Te dije que no te acercaras a él.

—No lo he hecho. Solo lo he saludado —le respondo, justo antes de girarme y dirigirme hacia la zona de los sofás, para tragarme un partido del que ni siquiera sé quién juega.

Noto la mirada de Drago tras la nuca, aunque finjo no darme cuenta.

Todos se sorprenden al verme. Irina me fulmina, Yasen sigue comiendo como si nada, y Sergei es el único que se dirige hacia mí.

—¿Quieres un trozo de pizza, Zoya?

—No, gracias. He cenado ya. Aunque no diría que no a una cerveza.

—Esto no es un bar —replica Drago desde la barra, mientras se sirve una para él.

Me levanto y me acerco hasta él para sacarme una de la nevera.

—Llevo demasiado tiempo sin tomarme una. Era otra de mis prohibiciones —murmuro.

Drago se me queda mirando. No sé muy bien cómo describir lo que hay tras su mirada, pero acaba ofreciéndome el abridor. Lo tomo en silencio, y asiento en agradecimiento. Él no responde, y se da media vuelta como alma que lleva el diablo.

«Vale, lo mejor será que me centre en el partido».

En la mansión solo se veía tenis o golf. Vencislav tenía prohibido que en casa se viera el fútbol, decía que era un deporte vulgar, para gente a la que no le gustaba pensar, y solo sus hombres podían verlo en la casa del servicio, situada en un lateral de la finca.

Me siento con ellos en un sillón aparte y guardo silencio. No me muevo. No hablo. Solo los miro. No quiero entrometerme en sus conversaciones, y tampoco es que entienda mucho de este deporte.

A los pocos minutos, alguien marca. Es su equipo, y el salón entero estalla. Yasen grita como si le hubieran dado la noticia de su vida. Sergei se levanta de golpe. Irina chilla algo que no logro descifrar, Drago en su sillón, sonríe de medio lado, sin escándalos, pero con la satisfacción de quien acaba de ganar una apuesta.

La celebración dura un buen rato, y la escena me lleva sin darme cuenta al pasado, a la época en la que trabajaba en el restaurante de mi padre. Las noches que el restaurante se llenaba para ver el

fútbol o incluso las que dejaba la puerta entreabierta para que los vecinos pudieran ver los partidos porque eran de pago. Yo servía las mesas. Y a mi alrededor solo había gente riendo, gritando. Gente viva.

Cierro los ojos solo un segundo para dejarme envolver por los recuerdos. Al abrirlos, la escena sigue ahí. Y por primera vez desde que abandoné mi Grecia natal…, no me siento tan lejos de casa.

Capítulo 22

Radko

El ambiente en el despacho huele a sudor seco y rabia contenida. La mezcla habitual cuando Gregor Petrov está cabreado. Y esta vez no ha venido a perder el tiempo.

Estamos los cinco. Vencislav al frente del escritorio, con la mandíbula tensa y la copa medio vacía sobre la mesa. Oleg a mi derecha, firme, callado. Y frente a nosotros, Gregor y sus dos escoltas. De traje oscuro, cuello tenso y la mirada más afilada que sus pistolas.

Nadie se sienta. Aquí nadie se relaja. Esto no es una reunión. Es un pulso.

—¿Sabes cuántas llamadas he recibido esta semana? —suelta Gregor sin mirarlo—. Los indios quieren la mercancía que les prometiste. Los rusos ya están inquietos. Uno más y dejarán de esperarte. ¿Y tú? Encerrado en esta casa, bebiendo como un maldito viudo.

Vencislav no contesta. Pero su dedo tamborilea sobre el vaso. Solo una vez. Como una advertencia muda.

—Robaste un almacén entero de diamantes, ¿y qué has hecho con ellos? ¿Guardarlos en un cajón? —Gregor da un paso más—.

Estás dejando que se enfríe un golpe estratégico. ¿Eso es lo que aprendiste de mí?

Oleg traga saliva. Yo no me muevo. Hace años que aprendí que intervenir demasiado pronto en estas discusiones es peor que no hacerlo.

—Estoy ocupándome —responde Vencislav por fin, con la voz ronca, medida.

—¿«Ocupándote»? —se burla su padre, soltando una carcajada sin rastro de humor—. ¿Qué has hecho? ¿Qué movimiento? ¿A quién se los has ofrecido? ¿Qué cliente nuevo has conseguido? Ni uno. Los rusos están apretando. Los indios amenazan con romper el contrato. ¿Sabes lo que eso significa? Que si no les damos algo en dos semanas, se irán con los Markov. ¿Y qué vas a hacer entonces? ¿Mirar desde tu puta ventana cómo se quedan con lo que tú no has sabido defender?

Vencislav frunce el ceño. Pero aún no salta.

Gregor sigue.

—Esos diamantes robados no pueden estar quietos. Cada día que pasan almacenados es una pérdida. Cada semana sin movimiento es una señal de debilidad. Y mientras tú te dedicas a emborracharte y perder el tiempo.

—No he tenido margen para actuar —responde él, controlando la tensión.

—¿No? —Gregor lo mira como si acabara de oír la estupidez más grande del siglo—. Has tenido demasiados días. ¿Y qué has hecho? ¿Negociar? ¿Presionar? ¿Mover ficha? ¿Abrir mercado en Asia como te dije hace dos meses? No. Lo único que has hecho es perder la cabeza por una mujer.

Vencislav alza la mirada. Ahí está. El primer destello de fuego. Sin embargo, no es suficiente para Gregor, que continúa machacándolo sin piedad.

—¿De verdad vas a dejar que todo esto se hunda porque una zorra se ha reído en tu puta cara? ¿Tanto poder y no puedes ni mantener a tu mujer en casa?

La copa tiembla en la mesa.

Yo doy medio paso. Es algo automático. Instintivo. Oleg también.

—No vuelvas a hablar así de ella —sisea Vencislav entre dientes.

Gregor ríe con desprecio. Una carcajada hueca, como si lo que acabara de decir su hijo no mereciera ni respuesta.

—¿Vas a defender su honor ahora? ¿Tú? ¿El hombre que la tenía vigilada hasta cuando iba al baño? Vamos, joder. Si se ha ido, es porque ha querido. Te la ha metido doblada delante de todos, así que acéptalo de una puta vez.

Vencislav se levanta. Sin violencia. Sin aviso. Pero con la mandíbula tan apretada que cruje.

Me tenso. Oleg también lo hace.

—La han secuestrado —gruñe, clavando los ojos en los de su padre.

—Se ha reído de ti —le rebate Gregor, escupiendo cada una de sus palabras—. Y tú, en vez de asumirlo como un Petrov, estás vendiendo la historia del secuestro para no reconocer que esa zorra te ha humillado.

Vencislav rodea la mesa y se coloca frente a su padre.

—Esa mujer me pertenece —gruñe. Las palabras se le clavan en la garganta. No son ternura. Son territorio.

Gregor lo mira con una calma aterradora.

—Lo peor no es que seas incapaz de verlo —asegura, negando con la cabeza, sin ocultar la pena que su hijo le provoca—. Lo peor es que lo hizo porque sabía que podía hacerlo. Te tenía cogido por los huevos porque solo eres un inútil que no es capaz ni de controlar a su mujer.

Vencislav rompe.

—Tú no lo necesitaste porque no llegaste a tiempo. Al menos yo sé lo que es querer a alguien.

Su madre se suicidó por la mala vida que su padre le dio durante años.

El guantazo llega seco, sin aviso, sin gritos. Gregor le cruza la cara con la mano abierta, firme, como quien pone a un animal en su sitio. El cuerpo de Vencislav se ladea con el golpe. Su hasta ahora impecable peinado se hace trizas, un par de mechones le caen sobre la frente, y la comisura del labio le sangra.

Todo explota.

Saco el arma sin pensarlo. Oleg la suya. Los escoltas de Gregor hacen lo mismo, rápidos como una orden silenciosa. Nos apuntamos entre todos. El cañón de mi pistola apunta a tres cuerpos de forma simultánea. Uno de sus hombres me apunta a mí. El otro a Oleg. Oleg apunta al escolta que me apunta. Es un maldito círculo. Un estallido a punto de activarse.

Vencislav mira a su padre, y después a nosotros. Levanta la mano. No dice nada. Solo eso. La palma hacia abajo. Firme. Un gesto de los que no se discuten.

Oleg y yo bajamos el arma. Los otros nos siguen.

El silencio que envuelve el despacho es de esos que duelen. De los que uno no está a salvo, por mucho que lo desee.

Gregor lo mira. Lo observa. Como si ya no viera a un hijo, sino a una carga.

—No vuelvas a hablarme de amor, Vencislav. Los hombres como tú solo saben suplicar cuando ya lo han perdido todo. —Da un paso atrás y se coloca el sombrero con inquietante calma—. A partir de ahora, yo tomo las riendas del negocio. El golpe fue mío, así que la ejecución también será mía. Tú te has terminado de perder. Y esta vez, no pienso limpiar tu mierda.

Y se marcha. Seguido de sus hombres. Sin mirar atrás. Ni una sola vez.

Durante unos segundos, no se oye nada. Solo el clic de la puerta al cerrarse. La estancia entera parece hundirse bajo el peso del silencio. Vencislav sigue de pie, con el labio sangrando y los mechones caídos sobre la frente. No se los aparta. Tampoco se limpia. Se limita a quedarse ahí, inmóvil, con los puños cerrados y la mirada perdida en un punto que no existe.

Oleg le acerca un pañuelo de tela.

—Señor…

Vencislav gira la cabeza muy despacio. Sus ojos lo fulminan.

—¿Qué? —escupe, con la voz baja y rota.

—Solo es por la herida —responde Oleg, manteniendo el brazo extendido.

—Métetelo donde te quepa.

Oleg obedece sin rechistar, guarda el pañuelo y regresa a su posición, junto a mí.

Desde aquí, observo a Vencislav acercarse a la mesa. Sus movimientos no son gráciles, más bien pesados. Levanta la copa, la mira durante un segundo, y la lanza contra la estantería. El cristal

estalla en mil pedazos. Algunos caen sobre la alfombra, otros sobre mis botas.

No me muevo. No porque no pueda. Sino porque sé que a veces, la mejor forma de ayudarlo es no hacer nada.

—He hablado con todos —comenta sin mirarnos, como si se dirigiera al vacío—. He contactado con los de la fundación, con los empleados, con los proveedores de seguridad. Nadie ha visto nada. Nadie sabe nada.

Se acerca al bar y se sirve otra copa. La mano le tiembla. Apenas un segundo. Luego recupera el pulso, lo suficiente para bebérsela de un trago.

—En esa maldita gala había más cámaras que en el parlamento. Y ninguna funcionaba cuando debía. Ni una sola imagen. Ni una cara. Nada. —Vuelve a llenar el vaso. No lo levanta. Lo mira, como si quisiera ahogarse en él—. He pagado a la policía —continúa—, a los contactos de siempre. Ni una pista. Ni una puta llamada anónima. Nadie ha pedido rescate. Nadie ha exigido nada.

Con la segunda copa bordea la mesa y se sienta en su sillón. No con calma. Se deja caer en él como si se rindiera.

Oleg, al verlo, lo intenta otra vez.

—Podríamos hacer un seguimiento más amplio. Buscar en otros círculos. Si los Markov…

—¿Los Markov qué? —lo corta Vencislav a voz en grito—. ¿Crees que fueron ellos? Si lo hubieran hecho, ya lo sabríamos. Me hubieran llamado. Me habrían jodido en la cara. No se esconden, Oleg. No cometen errores así.

No hay respuesta. Porque no la espera.

—Esa mujer no tenía cómo escapar —continúa con la mirada perdida en alguna parte del despacho—. Estaba vigilada. Controlada. Nadie se le acercaba sin que yo lo autorizara. Y aun así…

No acaba la frase. Vacía la copa de un solo trago y se vuelve hacia nosotros.

—¿Queréis decirme algo más? ¿Alguna sugerencia brillante, algún consejo de mierda para calmarme? —Ninguno responde—. Eso pensaba —remata, justo antes de levantarse de nuevo.

Y de pronto ocurre. La figura de *Guante Blanco* resurge de nuevo, como si todo lo que ha ocurrido se lo hubiese llevado una jodida ráfaga de viento. Se alisa el pelo con la mano enguantada, se acomoda el cuello de la camisa y se abrocha la chaqueta.

—Decidle al piloto que prepare el jet.

Oleg frunce el ceño.

—¿A dónde vamos?

—A Grecia —responde, cogiendo su bastón que aún tiene apoyado en el canto de la mesa—. Si esa zorra ha huido, sé dónde encontrarla.

Se marcha sin mirarnos.

Y yo salgo tras él sin detenerme. Ni siquiera espero a Oleg. Conozco a Vencislav, y sé que, por muy roto que esté…, cuando camina así, es cuando más peligroso se vuelve.

Capítulo 23

Zoya

Han pasado varios días desde aquel partido de fútbol, desde que compartí algo más que un techo con los Markov. Ahora como con ellos. Sin invitación formal, sin protocolo, sin escolta. Bajo las escaleras, entro en la cocina, y si los oigo al fondo, simplemente cruzo la puerta y tomo asiento. Nadie me lo impide. Tampoco me dan la bienvenida. Pero al menos, ya no como sola.

Ninguno lo ha dicho en voz alta, pero desde que les enseñé a abrir una botella con el mango de un tenedor, ya no me miran como si fuera radioactiva.

—Me lo enseñó un chef con muy mala leche —comenté entonces, mientras la chapa saltaba con un crac seco—. En el restaurante de mi padre abríamos las cervezas así cuando perdíamos los abridores. Teníamos una manía absurda de no guardarlos en su sitio —añado, devolviéndole la botella.

Sergei rio. Irina bufó. Y Yasen me ofreció otro botellín para repetir la maniobra. Drago, en cambio, no dijo nada, solo me observó, como siempre. Es su forma de ignorarme: observándome.

A Igor sigo sin poder acercarme. Él nunca come con el resto, lo hace con Milena en la cocina del servicio. Al parecer allí se siente

más cómodo y tranquilo. Y no me extraña. A excepción de él, los Markov son muy ruidosos.

Hoy estamos los cinco en el comedor. Ellos siguen evitando hablar de negocios delante de mí. No los culpo. Sigo siendo la mujer del enemigo, pero al menos ya no me tienen encerrada y me tratan como a una obrera más, con la excepción de que a mí me permiten sentarme a su mesa.

Empiezo a acostumbrarme a mi nueva vida. No se diferencia demasiado de la que viví en Grecia, entre el trabajo y la casa, aquí entre las cuadras y mi habitación. De no ser por la indiferencia de Drago y el trato de Irina. Esta última está más estúpida que nunca. Y no solo conmigo. Lleva unos días insoportable. Está con dolor de estómago, y pese a que Milena la cuida y le prepara dieta blanda en cada una de las comidas, Irina se revuelve y no tiene ningún gesto de agradecimiento con ella.

Hoy le ha traído un bol de arroz blanco y algo que parece un caldo de pollo, y en cuanto Milena se lo pone en la mesa, ella no tarda en apartarlo con la mano.

—¿Te pasa algo? —le pregunta Sergei.

—Nada que te interese —responde Irina, arrastrando la silla con fuerza hacia atrás para después levantarse y marcharse.

Nadie la sigue ni comenta nada. Yo tampoco.

Sergei y Yasen retoman su charla sobre las últimas noticias que al parecer dan los diarios. Drago come en silencio. Hoy lleva una camisa negra y las mangas remangadas. Cada vez que alza el vaso o se lleva el tenedor a la boca el tatuaje del antebrazo se tensa. No me mira. No me habla. Solo mastica como si cada bocado fuera una decisión que aún no ha tomado.

Yo no suelo intervenir en las comidas, prefiero escucharlos en silencio, pero tengo algo pendiente y quiero resolverlo.

—La yegua está inquieta.

Drago levanta la vista. Solo eso.

—¿Desde cuándo?

—Desde ayer por la tarde. Se mueve más, resopla sin razón, no quiere beber. Creo que necesita salir, correr un poco.

—¿Y qué quieres?

—Montarla. Sacarla al camino.

Sergei y Yasen enmudecen al instante, aunque no intervienen.

—Mis hombres ya se encargan de eso —responde sin mirarme.

—Yo también. Y puedo hacerlo —le rebato.

Drago suelta el tenedor, bebe y deja el vaso con precisión sobre la mesa. Después alza la vista y me mira. Esa forma suya de observar no es solo para analizar. Es para desnudar intenciones.

—¿Te sientes capaz de montarla?

—Sí.

—Está bien. Pero no salgas del perímetro. ¿Entendido? —Asiento orgullosa por mi triunfo, aunque él no tarda en joderme el momento —. Hay cámaras por todas partes, no lo olvides.

«Lo sé. He tenido tiempo de sobra en estos días para localizarlas, y por eso sé precisamente cómo esquivarlas».

—No lo haré. Y gracias —remato, al tiempo que pienso en mi plan para esta tarde.

***

La tierra cruje bajo las pezuñas de la yegua. Avanzamos despacio, como cada vez que salimos del establo, pero hoy no es un

paseo más. Hoy tengo un destino en mente. Uno que lleva días llamándome sin palabras, solo con humo.

El camino no está delimitado, pero ya me lo conozco. Entre las ramas y los árboles hay un sendero natural que desemboca en la zona más alejada de la finca. Allí, justo donde nadie se acerca, donde los obreros no pisan y donde siempre, a la misma hora, se eleva una columna de humo fina y persistente. A esa parte no van ni los perros. Y eso, en una casa como esta, solo puede significar una cosa: que allí hay algo importante.

La yegua se mueve inquieta. No demasiado, aunque sí lo justo para hacerme notar que algo no le gusta. La acaricio para intentar calmarla y le murmuro palabras sin sentido mientras seguimos avanzando. Mis ojos están fijos en el horizonte. He conseguido esquivar las cámaras, y eso, al menos hoy, juega a mi favor.

Nos detenemos justo antes del claro. La yegua lo hace por instinto. Tensa el cuello, resopla con fuerza y se planta con las patas firmes como si algo invisible le impidiera seguir. No relincha. Solo se muestra algo nerviosa.

—Tranquila, bonita —le susurro, acariciándole de nuevo el cuello —. Lo sé. No hace falta que sigamos.

Desmonto con cuidado y avanzo unos pasos. La yegua no me sigue. Se queda allí, rígida, como si ese tramo fuera una frontera no escrita. El calor cambia. No es el del sol. Es el del suelo. Me agacho, apoyo la palma abierta sobre la tierra. Está caliente. No arde, aunque tampoco es natural. Está claro que bajo mis pies hay algo, algún tipo de maquinaria apagada hace poco. No se oye nada. No hay voces. Ni movimiento. Respiro hondo y miro alrededor. Solo árboles, hojas y una columna por la que el humo ya no sale, pero

cuya presencia sigue flotando en el aire. Me levanto despacio, sin dejar de observar el terreno. Dudo que alguien venga, aunque no quiero tentar a la suerte.

Vuelvo sobre mis pasos. La yegua me espera con las orejas todavía en alerta. Le doy una palmadita en el lomo para tranquilizarla y monto de nuevo.

—Volvamos. Ya tengo lo que quería.

No lo he visto, pero estoy segura de que los Markov esconden algo. Eso explicaría por qué me han mantenido encerrada todo este tiempo y por qué evitan hablar de negocios cuando estoy delante. Esta finca es su refugio, hay cámaras por todas partes, hombres de su plena confianza, puede que sea incluso el lugar más seguro de toda Varna… Entonces, ¿qué temen que descubra?

Sea lo que sea, no tardaré en averiguarlo.

***

Han pasado varios días y no he avanzado. En la casa todo sigue igual, y en las cuadras, los hombres siguen sin responder a las preguntas que les hago con discreción medida y calculada. Con los Markov no me atrevo a hablar del asunto, y tras lo poco que he podido hablar con Milena, puedo confirmar que esa mujer es una tumba. Empiezo a pensar que no voy a conseguirlo, como tampoco he logrado que Drago acceda a permitirme a hablar con mi padre.

La primera semana no me importó estar incomunicada, yo misma tomé esta decisión, pero conforme avanza el tiempo, me doy cuenta de que tal vez no fue lo más acertado. Pese a todo, lo único que me mantiene fuerte es saber que estoy a salvo de Vencislav, y eso es más que suficiente para permitirme soportar la situación en la que me encuentro.

Esta noche no espero a Milena. He aprendido que aquí nadie te avisa de nada. Así que me meto en la ducha, dejo que el agua caliente me arrastre la tensión del día y permanezco unos minutos más bajo el chorro, solo por el placer de no tener a nadie vigilándome.

Cuando salgo, me rodeo con la toalla y me seco el pelo con los dedos. No tengo prisa. Ni planes. Tampoco sé si esta noche volveré a cenar sola, si ellos comerán fuera o si, como otras veces, me tocará improvisar. Estoy acostumbrada. La incertidumbre dejó de asustarme hace tiempo.

Lo que no espero es el sonido seco de la puerta al abrirse sin aviso. Al verlo, me cubro los pechos en un acto reflejo.

—¿No sabes llamar antes de entrar?

Drago no se inmuta. Tampoco se disculpa. Se queda ahí, de pie, como si la habitación también fuera suya. Y lo es. En cierto modo, todo aquí le pertenece. Hasta yo.

—No necesito hacerlo —responde sin pestañear—. Esta es mi casa.

No se mueve, pero su mirada sí. Recorre mi piel desnuda con esa mezcla de descaro y control que tanto domina. Yo le sostengo la mirada solo un segundo, antes de cubrirme mejor, como si eso pudiera devolverme algo de terreno.

Drago se detiene en el umbral, con las manos a los costados y un jersey oscuro que marca cada uno de sus músculos.

—Esta noche hay una cena —anuncia sin más preámbulos—. Tenemos un invitado. Un viejo amigo.

Es la primera vez que reciben a alguien o que se molestan en avisarme, así que deduzco que debe ser importante para él.

—Me quedaré aquí entonces —murmuro, bajando la mirada.

—No. Bajarás y cenarás con nosotros.

Levanto la vista y lo miro sin ocultarle mi sorpresa.

—¿Estás seguro?

—Vas a sentarte a la mesa. Quiero que te comportes.

Que esa orden venga precisamente de él, me deja sin habla.

—Siempre lo hago —me defiendo, molesta.

Su mirada se tensa.

—Serás una más y fingirás ser amiga de Irina. ¿Entendido?

«No sé si espantarme o echarme a reír».

—¿Ella está de acuerdo?

Su mandíbula se tensa apenas. Un músculo se marca en su mejilla.

—No necesita estarlo. Las dos haréis lo que digo.

Me muerdo la lengua. Literalmente. Porque tengo ganas de responderle cualquier cosa que no debo.

—No tengo ropa para una cena.

Drago me lanza una mirada que me parte en dos.

—No eres una princesa, y tampoco estás en la mansión. Aquí no necesitas arreglarte. Es la noche de Igor, así que no des problemas.

Se gira y desaparece sin más, dejándome boquiabierta y sin opción a réplica, envuelta en una maldita toalla y con el corazón golpeando donde no debe.

Cuando bajo, la mesa del comedor ya está lista. El ambiente es distinto, más distendido, aunque nadie habla en voz alta. Milena se mueve entre platos y copas con esa eficiencia suya que roza lo invisible. Irina está sentada con cara de póker, Yasen abre cervezas con el tenedor a diestro y siniestro, y Sergei repasa algo en su móvil.

Drago se tensa al verme. Preside la mesa. A su derecha está Igor, sin auriculares ni *tablet*, y a su izquierda el que doy por hecho que es el invitado. Es un hombre alto, delgado, con cabello algo canoso y una sonrisa discreta. Lleva una chaqueta azul oscuro sin arrugas, un pañuelo abierto bajo las solapas y una mirada demasiado entrenada para ser un simple amigo.

—Zoya, pasa —me invita Irina sin emoción—. Siéntate aquí —dice señalando la silla libre que hay a su lado.

Me acerco despacio, con el pulso algo alterado y ocupo el sitio con discreción, sin rozar a nadie. Igor no me mira, pero tampoco se altera cuando me uno a ellos en silencio. Parece tranquilo, mientras Drago le sirve el zumo en una copa de vino. El gesto me conmueve sin querer.

—Zoya, este es Mihail —me informa él mismo desde el otro extremo de la mesa—. Es médico.

—Y viejo conocido de la familia —añade el propio Mihail, saludándome con una inclinación de cabeza—. Encantado.

—Igualmente —respondo, sin saber muy bien cómo colocarme.

La conversación, en un tono mucho más calmado y tranquilo de lo habitual, gira en torno a unos ejercicios que, al parecer, Igor ha hecho. Es su noche, así que no es de extrañar que haya tanta calma.

—Vayamos al grano, entonces. ¿Qué tal está? —le pregunta Drago al invitado.

—Estable. Mejor que muchos de nosotros.

Se escuchan risas e Igor sonríe satisfecho.

—No me extraña. Este campeón vive mejor que ninguno —se jacta, poniéndole la mano en el hombro. Igor es su debilidad, y su forma de mirarlo lo demuestra.

—Está todo en orden. Lo estáis haciendo bien —apunta el médico —. Igor necesita una vida normal, sin alteraciones, y mientras su entorno sea tranquilo, su salud no se resentirá.

Drago asiente. No hay palabras de agradecimiento, pero Mihail parece entenderlo.

Después de una cena sin incidentes, en la que Irina apenas ha probado bocado, pero tampoco ha provocado ningún altercado, todos deciden continuar en el salón. Allí Igor vuelve a su rincón favorito y a su rutina diaria, y el resto nos acomodamos en los asientos, mientras Sergei se encarga de servirnos las copas.

—¿Y usted, Zoya, a qué se dedica? —me pregunta en un momento dado Mihail.

Miro a Drago antes de responder para no meter la pata, pero es Irina quien se adelanta.

—Es mozo de cuadra. Se le da muy bien lo de recoger estiércol —suelta con desprecio.

«Ya sabía yo que poco iba a durar la coartada».

Drago la fulmina con la mirada, y ella, tras resoplar, se ve obligada a resarcirse.

—Aunque es muy buena en su trabajo, todo sea dicho.

—Reconozco que no me lo esperaba, no tiene aspecto de…

—Ha venido a pasar unos días con nosotros, eso es todo —lo interrumpe Drago, con la firme intención de zanjar el asunto.

Sin embargo, no veo por qué no aprovechar la oportunidad, y me dirijo a Mihail.

—¿Puedo hacerle una pregunta, doctor?

Puedo notar la tensión de Drago, aunque eso no me detiene.

—Claro, lo que quiera.

Irina resopla de nuevo.

—Es sobre el autismo. Sobre cómo debería… acercarme. No quiero provocarle una crisis, pero tampoco quiero tratarlo como si fuera de cristal.

El silencio es cortante. Aunque de nuevo es Irina la primera en intervenir.

—No necesita que lo trates de ningún modo. Haz como yo. Mantente alejada.

—¿Y eso te funciona?

—No estamos hablando de mí —responde de forma seca.

Pero entonces se lleva una mano al estómago. Su rostro palidece. Se lleva la otra a la boca y desaparece sin decir una palabra.

Nadie la sigue. Ni siquiera Drago. Yo, en cambio, espero un par de segundos y salgo tras ella.

El pasillo está en penumbra, alumbrado solo por la luz que proviene del baño de la planta baja. La puerta está entreabierta, y logro ver a Irina lavándose la cara, dejando que el agua salga del grifo sin control.

—¿Estás bien?

—¡Lárgate!

A pesar de su grito, me acerco un paso hasta quedar a una distancia prudencial.

—No quiero meterme en lo que no me importa, pero…

—Pues entonces no lo hagas —me corta de mala gana.

Por fin cierra el grifo y se vuelve hacia mí, mientras se seca con la toalla.

—Solo quería saber si necesitas algo.

—Que no te hubieras colado en nuestro puto coche, aunque eso ya no tiene remedio, al parecer.

—No, ya no lo tiene. Pero si al menos me dieras la oportunidad de…

—¿De qué? ¿De ser amigas? ¿De conocerte? Sé muy bien quién eres y por eso no me fío de ti —escupe.

—Deberías.

—¿Y eso por qué?

—Porque soy la única que se ha dado cuenta de lo que te pasa y que quiere ayudarte.

—¿Ayudarme a qué? —me demanda, frunciendo el ceño.

—¿Desde cuándo estás embarazada?

Capítulo 24

Zoya

Irina se queda inmóvil, con la toalla aún en la mano, el rostro pálido y los ojos entrecerrados como si acabara de atragantarse con el aire.

—¿Tú estás bien de la cabeza? —es lo primero que suelta.

—Perfectamente —respondo sin pestañear.

—¿Y a qué ha venido esa estupidez?

—Solo intentaba ayudarte.

—Nadie te ha pedido ayuda.

—Llevo días observándote y…

—¿Ahora te dedicas a espiarme? —me interrumpe de mala gana.

—No necesito hacerlo para darme cuenta de apenas comes, de que tienes náuseas, y de que llevas días más insoportable de lo habitual.

—¿Y qué? ¿Qué tiene eso que ver con tu teoría absurda?

—No estoy ciega, Irina, y por mucho carácter que tengas, que también, sé que son las hormonas las que hablan por ti en muchas ocasiones.

—Tú no sabes nada de mí.

—Pero sí de embarazos —le aclaro con calma.

—¿Ahora tienes un máster en ginecología? —suelta con burla.

—No. Pero sé por lo que estás pasando.

La sonrisa se le borra de la cara.

Nos quedamos mirando un segundo más. Ella suspira, resopla, se revuelve. Hasta que finalmente da media vuelta y echa a andar por el pasillo.

—Ven —masculla sin mirarme.

Camina delante de mí con paso firme, sin decir una sola palabra más. No sé si va a encerrarse en su cuarto y dejarme fuera, si va a darme un puñetazo o si, por primera vez, va a confiar. De ella se puede esperar cualquier cosa. Abre la puerta al fondo del pasillo y entra. Yo me limito a seguirla.

Su habitación me sorprende. No es lo que imaginaba. Esperaba un caos, algo tan desordenado y furioso como ella. Pero no. Es un espacio limpio, elegante, casi femenino. Cortinas claras, una cómoda de madera blanca, una lámpara de pie con luz tenue y una pequeña estantería con novelas románticas —algunas con las esquinas dobladas, otras perfectamente alineadas—. En la pared, fotos de viajes: Praga, París, Ámsterdam. En todas ellas está con su gente.

—No te emociones —advierte al notar mi mirada—. El rosa es de Milena. Yo solo escogí el colchón.

—Pues es buen colchón —respondo, sin saber muy bien por qué.

Me apoyo en la puerta. No quiero invadir. Solo escuchar.

Irina da un rodeo y se sienta en el borde de la cama. Se pasa las manos por la cara. No hay maquillaje en ella. Tampoco escudo.

—¿Cómo lo has sabido? —me pregunta en un tono mucho más calmado.

—He estado embarazada demasiadas veces como para saber reconocerlo.

Su gesto de sorpresa habla por ella.

—Pero tú… no tienes hijos.

—Supongo que el destino se encargó de esa parte.

—¿Cuántas veces…?

—Fueron tres —respondo, acercándome un poco más a ella—. Hubo problemas y los niños no nacieron.

Irina levanta la cabeza. No hay burla en sus ojos. Solo un atisbo de algo que podría parecer respeto.

—Vaya —deja caer—. Entonces no soy la única que guarda cicatrices.

—Parece que no —murmuro, sentándome a su lado.

—Estoy de dos meses y medio —confiesa al fin, en voz baja.

—¿Lo sabe alguien más?

—Solo tú. Y Dios, supongo.

—¿Y el padre?

Ella suelta una carcajada seca.

—Fue solo una noche. Nada serio.

—¿Es alguien de aquí?

—¿Acaso eso importa? —me inquiere, girando el cuello hacia mí. La miro sin contestar. Y por primera vez, Irina no huye. Me sostiene la mirada. —¿Vas a decírselo a Drago?

—¿Quieres que lo haga?

—Claro que no.

—¿Tienes miedo de lo que pueda hacerte? —tanteo con cierto temor a su respuesta.

—¿Drago? —cuestiona con asombro—. Antes le pegaría yo un tiro a que dejara que me pusiera una mano encima.

No sé qué decir a eso, y ella se anima a continuar.

—No le tengo miedo a Drago, si es lo que piensas.

—Entonces, ¿por qué no quieres que lo sepa?

—Porque me enviaría lejos. A otra ciudad. A otro país, si hace falta, solo para protegerme. Es lo que hace con la gente que le importa. Proteger. A veces demasiado. —Levanta la vista, y en su rostro no hay rastro de sarcasmo. Solo sinceridad—. Drago es duro. No tiene piedad cuando se trata de negocios. Ni cuando se trata de enemigos. Pero por los suyos…, por los suyos daría la vida sin pensarlo.

La escucho en silencio. Una parte de mí sabe que dice la verdad, porque siempre he creído que *Diamond* no era como me hacía creer Vencislav.

—¿Entonces a qué temes realmente? —me atrevo a preguntarle.

Irina tarda en contestar. Se lleva una mano a la nuca, como si necesitara sostenerse desde dentro.

—A que se enfrente a él.

—Es Yasen, ¿verdad?

De nuevo se tensa y gira el cuello con rapidez para mirarme.

—Empiezo a pensar que realmente sí me espías.

Su comentario me arranca una carcajada.

—Es fácil observar cuando no tienes nada más que hacer —me excuso—. He visto cómo te mira, eso es todo. Siempre está pendiente de ti.

Irina vuelve a su posición y la veo cerrar los ojos un segundo, como si eso bastara para darme la respuesta.

—Fue solo una noche —admite al fin, sin adornos.

—No tienes que explicármelo. Hay cosas que ocurren porque tienen que ocurrir.

Nos quedamos calladas un instante. Hasta que ella murmura:

—No eres como me esperaba.

—Tú tampoco.

Irina se ríe. No mucho. Lo justo.

—¿Qué te ocurrió a ti?

—Eso da para otra noche —respondo, y ella lo acepta sin más, porque ambas sabemos que no estamos preparadas para tanto. No todavía.

Acabamos de abrir una puerta. Y esta vez…, ninguna tiene prisa por cerrarla.

Después de un silencio cómodo entre las dos, Irina suelta el aire por la nariz y clava la mirada en un punto del suelo, como si ese fuera el único lugar donde no arde nada.

—Quiero tenerlo, Zoya. Es lo único que sé. Aunque este no sea el mejor sitio del mundo. Aunque lo críe sola.

—Te entiendo. Yo en tu lugar querría lo mismo. Pero ahora que lo sé y que cuentas conmigo, estaría bien que dejaras de verme como una amenaza.

Irina frunce los labios.

—No sé confiar.

—Empieza por dejar de bufar cada vez que entro en una habitación.

Ella pone los ojos en blanco, pero se le escapa una risa leve. Una rendija.

—¿Y qué propones? ¿Me vas a sostener la mano cuando rompa aguas?

—No me perdería ese momento por nada del mundo. Si tú quieres, claro —añado.

—¿Lo dices en serio?

—Absolutamente.

Ella sonríe. Las dos lo hacemos, hasta que Irina vuelve a plantearme otra de sus dudas.

—Dime la verdad. ¿Por qué haces esto, después de cómo me he comportado contigo?

—Porque yo también tuve a alguien que me ayudó en silencio. Y ninguna mujer en tu estado merece pasar por esto sola.

Irina me mira como si acabara de ofrecerle la luna. Aunque no lo diga, sé que algo se le mueve por dentro. Baja la cabeza y asiente una sola vez.

—Vale. Pero si le dices algo a Drago…

—No lo haré.

—Bien. Porque no tengo fuerzas para pelear otra guerra.

—Creo que las dos ya hemos abierto demasiados frentes.

Irina me mira, yo a ella, y de nuevo sonreímos, aunque esta vez hay algo distinto. Tal vez complicidad.

—Quiero que sepas que agradezco tu ofrecimiento. Pero, si te soy sincera, no sé cómo podrías ayudarme, y tampoco creo que nadie pueda hacerlo. Apenas logro concentrarme en el trabajo, y sé que tarde o temprano Drago acabará dándose cuenta de lo que ocurre.

—Puedo ayudarte con las citas médicas, con lo que necesites para que nadie sospeche. Puedo incluso ayudarte en el trabajo. En Grecia, ayudaba a mi padre con las cuentas del restaurante y se me dan bastante bien.

Irina entrecierra los ojos. Se nota que no le gusta deber favores, ni siquiera aceptar ayuda.

—¿Y qué quieres a cambio? —me lanza, como si hubiera estado esperando ese momento.

—Nada.

—No me lo creo.

—Pues créetelo. No soy como tú. No vengo a hacer tratos, vengo a quedarme. Y si tú quieres seguir aquí, vas a necesitar una aliada. Yo ya he elegido bando. Ahora te toca a ti.

Irina se levanta y se lleva ambas manos al vientre con un gesto que no había visto en ella hasta ahora. Comienza a dar unos pasos por la habitación. Se detiene, me mira, y vuelve a retomar su paseo.

—Hay algo que sigo sin entender. Eres nuestra enemiga, siempre lo has sido. ¿Por qué estás aquí, Zoya? —pregunta de pronto—. ¿Qué haces en esta casa? ¿Qué quiere Drago de ti?

Me quedo en silencio unos segundos. No porque no sepa qué decir, sino porque decirlo en voz alta lo cambia todo. Sin embargo, Irina se lo merece. Me ha dado una parte de ella que no comparte con nadie, y yo necesito devolverle algo. Así funciona esto.

—Estoy aquí porque pedí quedarme.

—¿Y Drago aceptó solo porque se lo pediste? Yo estaba allí en el almacén, ¿recuerdas?

—Tu hermano me salvó, Irina. Cuando me pidió que me quitara la camisa él fue el único en ver los moratones de la paliza que Vencislav me había dado la noche anterior. —Trago saliva y bajo la mirada—. Necesitaba alejarme de él y planeé durante mucho tiempo el modo de huir. La gala de la fundación fue la oportunidad perfecta y yo solo la aproveché.

Ella se queda quieta. No dice nada. Su silencio no es de incredulidad, es de comprensión.

—¡Menudo hijo de puta!

—Es mucho más que eso —aseguro—. Vencislav es un monstruo. Sus humillaciones me hicieron creer durante años que no servía para nada. Era su juguete roto, y…

No logro terminar la frase. El nudo que se me forma en la garganta me lo impide.

—Vio las marcas y por eso Drago te trajo aquí —susurra, sentándose de nuevo a mi lado—. Pero no nos dijo nada.

—No soy la más indicada para responder en su nombre, aunque me dejó claro desde el principio que yo no era más que una moneda de cambio.

—Es la misma versión que nos dio, pero algo me dice que no es del todo cierto.

—Sea cual sea el motivo, lo único cierto es que él no me ha tratado como Vencislav. No es un monstruo, y con eso me es suficiente.

—Ahora entiendo por qué no entraste en cólera cuando te encerró.

—He visto y he vivido en carne propia demasiadas cosas para asustarme solo por un cerrojo. Irina, sé que no soy perfecta ni la persona que esperabais acoger en vuestro refugio, pero, por extraño que parezca, aquí me siento a salvo, y solo puedo agradecéroslo.

—¿Incluso al haber estado encerrada? —cuestiona, alzando una ceja.

—Bueno, esa parte no es la mejor de todas —reconozco con una sonrisa medida.

—No sé qué es lo que pasa entre vosotros, pero te aseguro que no es indiferencia.

—No pasa nada —respondo sin convicción.

—Claro que sí. Pasa que te respeta. Y en esta casa, Zoya, eso es mucho más de lo que otras hemos tenido.

Nos miramos en silencio. No hay necesidad de más palabras. Ambas sabemos lo que la otra no está diciendo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —susurro al cabo de un rato.

—A estas alturas, supongo que sí.

—¿Por qué no te acercas a Igor?

La veo tensarse. El gesto se le congela un segundo, como si no esperara esa pregunta.

—Hace años le provoqué una crisis. Teníamos… no sé, ocho o nueve años. Estábamos solos en el salón. Él cogió mi muñeca favorita, una que Milena me había traído de Praga. Se la quité de malas formas, como hacen los críos, y él… —traga saliva—. Igor entró en pánico. Empezó a gritar, a golpear las paredes, se arañó la cara y acabamos en urgencias. Estuvo días sin hablar. Días. —Me quedo callada. No porque no sepa qué decir, sino porque todo en su voz es real—. Drago me culpó —continúa—. Me gritó como nunca lo había hecho. Yo también estaba asustada, pero eso no le importó. Desde entonces me prohibió acercarme. Me lo repitió tanto que me lo grabó a fuego. Le hice caso y, ahora…, no sé cómo hacerlo.

—Supongo que no se trata de hacerlo perfecto. Solo de estar ahí.

Irina niega con la cabeza.

—No es tan fácil con Igor. A veces no soporta el contacto. Otras veces lo busca. Es como si tuviera un mundo propio y yo… ya me rendí. No quiero volver a hacerle daño.

—¿Y no crees que él también lo nota? Que tú te alejas.

—Claro que lo nota. Y me odia por ello. Y lo peor de todo, es que tiene todo el derecho del mundo.

La escucho. No juzgo. Solo la veo tal y como es: una mujer rota que intenta recomponerse en silencio.

—No te odia, Irina. Solo espera que un día vuelvas.

Ella asiente, puede que porque ambas pensemos de igual forma. De pronto, su gesto cambia y se lleva la mano al vientre.

—¿Te duele? —le pregunto al ver que se levanta, sin ocultar que realmente me preocupa. Si es lo que creo, no presagia nada bueno.

—A veces —murmura, como si lo dijera sin querer—. No es fuerte, pero… noto pinchazos. Y a ratos, presión.

—¿Quieres que avise a Mihail?

—¿Y que se lo cuente a mi hermano? No, gracias.

—Podemos hacerle una trampa —propongo sin pensar demasiado —. Una revisión rutinaria para mí. Que venga a verme… y entonces tú estás aquí.

Irina deja soltar un hondo suspiro y veo cómo sus hombros se relajan.

—No será necesario. Ya se me ha pasado.

—De igual forma, debería verte un médico y seguir tu embarazo.

—Ya lo haré, aún hay tiempo. ¿Quieres verlo? —me suelta de pronto, bajando la voz.

—¿El qué?

—A mi hijo. O hija. O lo que sea que crece aquí dentro.

Levanta la camiseta por encima del ombligo. Me acerco despacio y me inclino frente a ella. Su vientre aún no es demasiado notorio, pero está ahí. Redondeado. Vivo. Pongo la palma sobre su piel. Está caliente. Suave.

—Vas a necesitar ropa nueva muy pronto —le digo.

—Y más paciencia —añade, tragando saliva.

—Eso también.

Ambas reímos, apenas un segundo. Pero es real.

Entonces me fijo que algo brilla bajo su pecho. Es un colgante con forma de diamante que lleva enganchado a una cadena fina de oro.

—Es bonito —comento, señalándolo con el mentón, intentando sonar casual.

—Un regalo de cumpleaños de Drago —comenta, bajándose la prenda sin pensar, para después sacar el colgante por el cuello y dejarlo a la vista.

Al parecer, suele llevarlo por dentro, por eso no lo había visto antes. Ella me lo acerca con la mano y yo lo observo durante un instante.

—¿Y por qué no llevas uno de verdad?

Su gesto cambia de inmediato.

—¿Perdona?

—No sé. Me sorprende que teniendo el imperio que tenéis, lleves un cristal y no diamante, eso es todo.

Irina se tensa.

—No es un cristal —masculla, guardándose de nuevo la cadena por debajo de la camiseta.

—Sí lo es —insisto. Tal vez me la esté jugando, pero decido seguir adelante—. Igor llevaba uno parecido el día que se le cayó en el establo.

Irina se aleja un paso con los ojos abiertos de par en par, como si hubiese visto un fantasma. Su gesto cambia por completo. Ya no hay

risa. Ni complicidad. Solo una mirada afilada que intenta entender si acabo de hacerle una broma o si estoy a punto de volarle la cabeza.

—Ven conmigo —ordena de pronto, mientras me agarra del brazo y tira de mí hacia la puerta.

—¿Adónde vamos? —le pregunto, intentando seguir sus rápidos pasos.

—A buscar a Drago.

—¿Por qué?

—Porque si lo que acabas de decir es cierto… entonces tú no eres solo una prisionera. Eres una jodida bomba de relojería.

Capítulo 25

Drago

Conozco a Mihail desde hace más de quince años. Fue mi padre quien lo trajo la primera vez, cuando uno de nuestros hombres recibió un disparo en el puerto y no podíamos llevarlo a un hospital sin levantar sospechas. Desde entonces, ha sido el médico de la familia. Leal, discreto y con unas manos capaces de coser carne abierta en mitad de un maletero sin temblar. A mí me ha sacado metralla del costado en una ocasión, y en otra me remendó un corte de navaja que casi me deja sin riñón. No pregunta, no juzga. Solo actúa.

Por eso confío en él para tratar a Igor. Lleva haciéndolo desde hace muchos años, ya ni recuerdo el número exacto. Mihail es de los pocos afortunados que mi hermano le permite que lo toque cuando viene a hacerle un chequeo. Suele hacerle revisiones cada tres meses para hacerle un seguimiento. No quiero que a Igor le falta de nada, ni que haya nada que se nos pase por alto.

Lo miro de reojo cada poco rato. Me gusta verlo así de tranquilo, en su mundo, donde él es feliz, mientras los demás seguimos a lo nuestro.

Sergei, Mihail y yo charlamos sobre las exportaciones de trigo en el mar Negro. Las chicas, hace rato que se marcharon y aún no han vuelto. Y Yasen, en el sofá, revisa desde el móvil las cámaras de seguridad de todas nuestras instalaciones, como cada noche. Es un hombre de campo, y prefiere vigilar que andar enredado en conversaciones en las que apenas suele participar.

—No creo que el Gobierno haga cambios ahora —comenta Sergei en un momento de la conversación.

Él es quien se encarga de ese tipo de gestiones de nuestro negocio y quien está más al tanto de lo que se cuece en el país, por si en algo pudiera afectarnos.

—Tendrá que hacerlo —le rebate Mihail—. Tarde o temprano, deberá adaptarse si quiere que los barcos no tengan problemas.

Los escucho, mientras muevo el vaso de mi copa para que el hielo se mezcle con la bebida.

—A nosotros nos costó mucho más conseguir que hicieran la vista gorda con nuestras exportaciones. No tengo tan claro que cedan ante esto también.

De pronto escucho unos pasos. No son lentos y mucho menos silenciosos. Las voces llegan desde el pasillo, entrecortadas. No se entiende lo que dicen, pero sí cómo lo dicen. Con urgencia. Con tensión. Con ese tono que solo anuncia problemas.

Segundos después, la puerta del salón se abre de golpe.

Irina entra como una tormenta. Y lo hace arrastrando de la muñeca a Zoya. La imagen me saca de inmediato de la copa. Mihail gira la cabeza. Sergei deja el vaso a medio camino. Yasen se incorpora. Igor, por suerte, ni se inmuta.

—Tenemos que hablar —suelta Irina, sin saludar ni disimular.

La tensión me sube a la mandíbula. No sé a qué viene este numerito, pero lo que sí sé es que últimamente no hace otra cosa que tocarme los huevos. Estoy harto de que monte escenitas y de que nos arrastre a todos con sus impulsos.

—Sea lo que sea, puede esperar —espeto, sin moverme del sillón, fulminándola con la mirada.

—Te aseguro que no. Vamos al despacho —insiste, con la mirada fija en mí.

Zoya ni parpadea. Está pálida, aunque firme. Tiene los ojos más oscuros de lo habitual. Y eso no me gusta.

—Irina, estamos en mitad de una reunión. No sé qué se te ha metido en la cabeza, pero más te vale que...

—¡He dicho ahora, joder! —interrumpe, sin dejarme terminar.

Mihail se pone de pie con las manos en alto.

—Esto…, yo mejor me voy.

—Tú te quedas —le corto—. Si has visto lo que has visto, ahora verás el resto.

Ya no tiene sentido fingir que no sabe quién es Zoya. Solo pretendía que ella creyera que él era un simple médico. Hago un gesto con el mentón. Uno solo. Y todos nos levantamos.

Nos movemos en silencio hasta el despacho. Zoya cierra la marcha. Camina sin hablar, pero está alerta. La conozco. Su lenguaje corporal cambia cuando presiente que algo va a estallar.

Al llegar, Irina entra la primera y aguarda a que todos entremos para cerrar la puerta de un portazo.

—Más te vale que esto sea importante —le advierto en un tono seco.

Ella no responde. Solo señala con la barbilla a Zoya.

—Díselo. Dile lo mismo que me has dicho a mí.

Zoya se queda quieta. Su mirada va de Irina a mí, y de nuevo a ella. No dice nada durante unos segundos. Deja salir una bocanada y habla sin tartamudear.

—El colgante que lleva Irina no es un diamante auténtico.

—¡Qué estupidez! ¿Y para esto nos has hecho venir? —inquiere Sergei, molesto.

Zoya sigue mirándome a mí y yo a ella.

—Es sintético —añade—. Como el que Igor llevaba el día que se le cayó en el establo.

Ninguno se mueve ni dice nada. Solo silencio. Uno tan tenso que permite escuchar cada latido de este puto espacio.

Solo el leve crujido del sillón de Mihail cuando se acomoda.

—¿Y cómo sabes tú eso? —pregunta Yasen con escepticismo.

—No sé explicarlo —responde Zoya, con una tranquilidad que desarma—. No es algo que haya estudiado. Es solo… algo que noto y veo.

—Eso es imposible —interviene Sergei, con el firme propósito de zanjar el asunto y no desvelar el peligro que corremos.

—No lo es —le rebate Irina—. Por eso os he hecho venir. No ha sido casualidad, lo ha descubierto nada más verlo, sin tan siquiera tocarlo.

—¿Es eso cierto? —inquiero sin dejar de mirarla.

Zoya mantiene su postura erguida y asiente para confirmarlo. La observo. No está fingiendo.

—¿Es posible? —le pregunto directamente a Mihail.

Él se acerca un paso hasta ella y la mira a los ojos, como si la estuviera estudiando.

—Hay cosas que la ciencia no puede explicar. Puede que esta sea una de ellas.

—Ninguna máquina o dispositivo puede distinguir la diferencia, es imposible que un ojo humano pueda hacerlo —insiste Sergei, tan incrédulo como lo estamos el resto.

—Te sorprendería las cosas que el hombre aún no ha descubierto, Sergei.

—Solo hay una forma de saberlo —intervengo—. Tapadle los ojos.

Mihail ofrece su pañuelo y es Irina la encargada de ponérselo a Zoya. Sergei, el más escéptico de todos, es quien se asegura de que no puede ver nada. Solo entonces me vuelvo hacia la caja fuerte, que está tras mi mesa, y saco dos bolsitas de terciopelo negro. En una de ellas guardo diamantes auténticos de nuestra mina, y en la otra, los que producimos en la fábrica oculta.

Primero saco una piedra de cada y las coloco sobre la mesa, sobre el tapete de cuero.

—Demuéstranos que es cierto —exijo, al tiempo que enciendo la pequeña lámpara del escritorio.

Irina le desanuda el pañuelo, y Zoya, sin temor alguno, da un paso adelante. La tensión se puede cortar con un cuchillo. Todos la miramos expectantes cuando ella toma el primero de los diamantes. Solo lo toca y lo mira un instante. Lo deja en su lugar y acto seguido coge el segundo. Apenas tarda unos segundos en devolverlo y dar su veredicto.

—Ese es el sintético —dice, señalándolo, y acertando de lleno.

—Es imposible —murmura Sergei, tan atónito como lo estamos el resto.

Levanto la vista hasta Zoya y me sorprendo al ver que para ella esto es algo tan natural como beber un vaso de agua.

—Prueba de nuevo —propone Mihail.

—Pero esta vez, pónselo algo más complicado —advierte Sergei.

Ninguno podemos dar crédito a lo que tenemos ante nuestras narices. Tal vez haya sido mera casualidad que los haya podido distinguir con tanta rapidez, así que no tardamos en repetir la operación. Irina le cubre los ojos y yo, esta vez, expongo sobre el tapete un total de ocho diamantes. Sergei coge un papel y un boli para anotar el orden exacto para así no confundirnos después a la hora de guardarlos en la caja fuerte.

Le hago un leve gesto a Irina. Ella vuelve a destapar los ojos de Zoya. Es la prueba definitiva y todos contenemos la respiración.

Con una calma que solo alguien que no esconde nada podría tener, Zoya vuelve a examinar los diamantes uno a uno.

—Auténtico —dictamina sin vacilar con el primero. Sergei asiente. Es correcto—. Auténtico —establece con el segundo, y Sergei vuelve a confirmar que es cierto—. Sintético —asegura al coger el tercero. Todos la observamos en un silencio absoluto. Al coger el octavo diamante, confirmamos que no se trata de azar o de suerte—. Sintético —remata, antes de dejarlo y regresar a su posición.

—¡Me cago en la puta! —suelta Yasen, poniendo en su boca lo que todos pensamos.

—¿Desde cuándo lo sabes? —le pregunto a Zoya directamente, clavándole la mirada.

—Desde el día del establo.

—Es imposible —interviene Sergei—. Drago, esto es mucho más peligroso de lo que nos pensamos. Petrov ha podido enviarla para

hundirnos y acabar con todos nosotros.

—Vencislav no ha mandado a nadie —asegura Irina—. Fue decisión de ella, y yo la creo.

«¿Irina defendiéndola? Esto sí que no me lo esperaba». No sé qué demonios está pasando aquí, pero pienso averiguarlo.

—Pues me alegro por ti, porque yo no —le rebate Sergei—. ¿Nos quiere hacer creer que ha descubierto lo que puede hacer así, de repente?

—Llevo demasiados años rodeada de diamantes —se defiende la propia Zoya—. He visto piedras de todo tipo de tamaños, colores y formas. He tenido en mis manos piezas de un valor incalculable, incluso un diminuto, aunque cotizado, diamante rojo. Pero nunca había visto uno que fuera sintético. Hasta ahora.

—¿Y en qué lo diferencias? ¡Joder, nadie puede! ¿Por qué tú sí?

—No sabría explicarlo. El corte no es igual. El brillo tampoco. Y los bordes… hay un matiz, una sombra mínima. En los naturales hay una vibración. En los sintéticos, no.

—¿Sabes los años que llevamos perfeccionando la fórmula adecuada para que vengas tú ahora a echarlo todo por tierra?

—Yo no voy a decírselo a nadie. Sé desde hace días que la fábrica está bajo el refugio.

Sergei me mira a mí, yo miro a Irina, Irina a Yasen, Mihail a Zoya, y ella a mí.

—¿Entendéis ahora por qué os dije de venir aquí? —deja caer con sorna mi hermana—. Esta mujer es una bomba de relojería.

—Es nuestra perdición —le replica Sergei.

«Es un puto diamante en bruto. Eso es lo que es».

—¿Lo sabe Vencislav? —le pregunto a Zoya de forma directa.

—No. Ya lo he dicho. Ni siquiera yo lo sabía.

—¿Y qué impide que mañana mismo se lo cuentes?

—Que no quiero hacerlo. No pienso volver con él. Si me creéis o no, ya no depende de mí.

—¿Y qué quieres entonces? —interviene Sergei.

Zoya levanta el mentón.

—Ayudaros. Sé cómo introduciros en el mercado indio.

Sergei bufa e interviene de nuevo.

—Ni siquiera nosotros lo hemos conseguido. ¿Por qué íbamos a creerte?

—Conozco a las esposas de los clientes de Vencislav. Me obligó durante años a viajar con él para ganarme su confianza. Él siempre ha defendido que el negocio de los diamantes no existiría si no fuese por las mujeres.

—Ahí lleva razón —comenta Mihail.

Sergei lo fulmina con la mirada, y Zoya los ignora a ambos.

—Sé qué esperan de un diamante —prosigue ella—. Sé cómo debe brillar, qué peso debe tener, qué historia debe contar. Puedo ayudaros a entrar sin que se note. Y sin levantar sospechas.

—La idea es tentadora —comenta Irina.

La tensión se acumula en mis hombros. Las piezas empiezan a encajar.

—¿De verdad os estáis planteando la mera posibilidad? —cuestiona Sergei—. Es una jodida locura. ¿Y si nos traiciona?

—No lo haré —responde Zoya sin titubear—. Tenéis mi palabra.

—Eres la mujer de *Guante Blanco*, ¿por qué íbamos a creer en tu palabra?

—Porque podía haber huido y no lo hice. Y porque yo os escogí cuando decidí marcharme de allí.

—¿Y por qué lo hiciste?

—Sergei, déjalo —se posiciona Irina.

—No pienso dejarlo. Nos oculta algo y…

—Todos fuera —ordeno de pronto—. Menos tú —añado con la mirada fija en Zoya.

—Drago, en serio, estudiemos esto con calma —insiste Sergei.

—He dicho fuera —repito aún con más firmeza.

—Tío, vámonos —lo anima Yasen.

—Será mejor que hagamos lo que dice —se une Mihail, tomando del brazo a Sergei.

Este se suelta con un mal gesto. No replica, aunque su mirada de reproche hacia mí lo dice todo.

Entiendo su postura. Llevamos demasiados años en el negocio, exportando y colocando en el mercado nuestros diamantes sintéticos haciéndolos pasar por auténticos, y ahora que tenemos la oportunidad de ampliarlo y expandir nuestras ventas a la India, descubrimos que puede haber más gente como ella que pueda descubrirnos.

En cuanto la puerta se cierra, solo quedamos nosotros dos. Zoya sigue de pie, al otro lado del escritorio. No se ha movido ni un milímetro desde que terminó de hablar. Su barbilla está alta, pero sus hombros ligeramente tensos. No sé si por orgullo, por miedo, o por ambas cosas.

Rodeo la mesa y camino despacio. No hay prisa. Cuando estoy frente a ella me detengo. La observo.

—Tienes un don, Zoya.

—No sé si llamarlo así.

—Yo sí.

Ella entrecierra los ojos. No retrocede, pero tampoco respira con tranquilidad.

—¿Y ahora qué vas a hacer conmigo?

—Aún no lo he decidido.

—¿Vas a usarme?

—Ya te estoy usando. —Lo digo sin rodeos. Porque es cierto. Porque necesito que lo entienda.

Ella asiente, sin sorpresa.

—Mientras no me vendas.

—No soy Vencislav.

Sus labios tiemblan un segundo. Después se curvan, apenas.

—A veces me lo tengo que repetir —confiesa.

—Y otras veces, ¿qué ves?

—A alguien que me observa como si intentara decidir si soy útil... o prescindible.

—¿Y qué conclusión sacas? —tanteo.

—Que todavía no lo tienes claro.

Me río por lo bajo. Es buena. Muy buena. Se me queda mirando como si quisiera leer lo que hay detrás de mis pupilas. Como si intentara encontrar un resquicio que le diga quién soy, de verdad. Me acerco un paso más. Estamos a poca distancia. Puedo ver cómo sube y baja su pecho con cada respiración.

—¿Tienes idea de lo que acabas de hacer? —susurro cerca de su boca.

—Sí. Poner mi cabeza en una bandeja.

—No. Cambiarlo todo.

Ella no contesta. Solo aguanta. Como si estuviera entrenada para este tipo de combates.

—Voy a usar tu don, Zoya —añado—. Y si me traicionas, lo pagarás. Pero si cumples...

—¿Qué? —me interrumpe, bajando la voz.

—Tendrás lo que quieres. Protección.

—¿Y cómo sé que cumplirás tu parte?

—No lo sabes. Como yo no sé si fiarme de ti.

—Bonito acuerdo.

—No es un acuerdo. Es una advertencia.

Nos miramos en silencio durante un instante. El aire entre nosotros se tensa, como lo hace mi puta entrepierna. Podría tocarla. Podría besarla. Podría hacer ambas cosas. Pero no lo hago.

—Vete a dormir —murmuro, dando un paso hacia atrás—. Mañana se pondrá en marcha el principio del fin.

Ella no se mueve.

—¿Qué vas a hacer?

—Es hora de hacerle una visita a Petrov.

—Ten cuidado —me advierte, acortando la escasa distancia que nos separa—. Vencislav es mucho más peligroso de lo que crees.

—Te equivocas, Zoya. Es él quien tiene que llevar cuidado conmigo. Los Markov llevamos demasiado tiempo esperando nuestro momento. Y gracias a ti, ha llegado.

—¿De veras lo crees?

Zoya no aparta la mirada, y yo apenas logro contenerme.

—Ve a descansar. Ya sabes nuestro secreto, así que mañana te mostraré todo y te contaré el resto.

—¿Hay más?

«Tanto que ni lo imaginas».

Me acerco un paso más hacia ella, hasta casi rozar su ropa. Noto lo que le hago sentir cuando lo hago, y la sensación me provoca un nuevo cosquilleo.

—Aún no has visto nada, Zoya. Eso puedo asegurártelo.

—¿Y qué te impide mostrármelo?

Ambos sabemos que no se refiere a los diamantes. Ni a la fábrica. Ni a nada que no tenga que ver con nosotros.

—Todo a su debido tiempo, princesa.

—¿Y si no quiero esperar? ¿Por qué debo hacerlo?

Miro sus labios y tengo que esforzarme por no abalanzarme sobre ellos.

—Porque aún eres suya. Y yo solo tomo lo que es mío —gruño.

—No soy de nadie, Drago, métetelo en la cabeza.

—Te equivocas de nuevo Zoya —susurro en su boca—. Porque el día que ya no le pertenezcas, no serás libre. Serás mía.

Capítulo 26

Radko

El rugido de los motores apenas se oye desde el interior del jet privado. Todo en este avión parece hecho para olvidar el ruido del mundo. Asientos de cuero blanco, luces suaves, whisky de doce años en vasos gruesos de cristal. Lujo silencioso. Como a él le gusta.

Vencislav no ha pronunciado una sola palabra desde que despegamos. Va sentado junto a la ventanilla, con la barbilla apoyada en la mano y el codo sobre el reposabrazos. Su bastón descansa contra su pierna, aunque de vez en cuando lo coloca de pie para golpear la moqueta beige que cubre el suelo del avión, con un ritmo lento, calculado. Cada sonido parece cronometrado para mantenernos a todos en tensión.

Oleg y yo hemos aprendido a no interrumpirlo en este estado. La última vez que alguien se atrevió a hacerlo, acabó con la nariz rota y el pasaporte confiscado en mitad de Estambul.

Debíamos haber volado hace días, pero Gregor se llevó el jet a la India para entregar en persona los diamantes robados a los Markov. Vencislav no acepta vuelos comerciales y hemos tenido que esperar a que regresara.

—¿Alguna novedad? —nos pregunta de pronto, sin mirarnos.

—Hasta donde sabemos, nadie ha visto a Zoya —respondo.

—¿Y el padre?

—Según los registros, no ha salido del país en meses. Ahora debe estar en el restaurante, que abrirá en unas horas.

Vencislav asiente despacio. El bastón deja de golpear. Mira por la ventanilla un segundo más, y después se vuelve hacia nosotros.

—Su padre nos llevará hasta ella, de eso estoy seguro. —Nadie lo contradice—. Vosotros dos —señala a nuestros hombres que viajan sentados en la parte trasera—, id a su casa y registradlo todo. Dejadla patas arriba si es necesario. Si Zoya está o ha estado allí, encontrad una pista que nos lleve hasta ella, ¿entendido?

Los hombres asienten sin rechistar.

—Radko, tú y Oleg vendréis conmigo al restaurante. Lo quiero cerrado. Si hay clientes, los echáis. Si hay camareros, también. Hoy se sirve otra cosa.

—¿Y si el viejo se resiste?

—Que no pueda caminar cuando acabéis con él. Yo me encargaré del resto.

Se sirve un trago sin esperar a que nadie le responda. Ni siquiera lo bebe. Solo lo sostiene en la mano, como si fuera parte del decorado.

—Tiene que soltar prenda —añade—. Y si no lo hace, será él quien nos lleve a ella… aunque sea en ambulancia.

Oleg y yo nos miramos de reojo. Sabemos lo que significa esa frase.

Vencislav vuelve a mirar por la ventanilla. El bastón golpea de nuevo, con ese tic nervioso que no es más que una forma elegante de anunciar el infierno.

Ya no hace falta decir nada más.

La casa del padre de Zoya está a las afueras de Atenas. Es blanca, encalada, con una verja baja y unas cuantas macetas agonizando bajo el sol. Parece tranquila. Demasiado. La clase de sitio donde nadie sospecharía que una mujer huye de un mafioso búlgaro.

No soy yo quien entra. Vencislav lo ha dejado claro: Oleg y yo vamos al restaurante. A este sitio entrarán solo dos hombres, esos que no tienen nombre para que no quede rastro si hay que enterrarlos en alguna zanja. Aun así, me quedo en el coche, observando desde el retrovisor cómo fuerzan la cerradura sin esfuerzo. Ni una alarma. Ni un perro. Ni una cámara. Entran como si fueran vecinos con llaves.

El interior no lo veo, pero lo conozco. He estado aquí una vez, hace años, cuando Vencislav venía a visitar a Zoya. Recuerdo la puerta azul, el salón, el marco con una foto de ella y su padre en la entrada.

Uno de los hombres reaparece con una caja entre las manos. Documentos, cartas, algún cuaderno. El otro lo sigue con una *tablet* vieja y un ordenador portátil.

—¿Nada? —pregunto sin bajarme del coche.

—Si ha estado aquí, no ha dejado rastro reciente —contesta el más alto, mientras guarda los objetos en una bolsa—. Pero hay facturas recientes del hospital. Al parecer, su padre tiene problemas de salud.

Asiento sin decir nada. Es lo más cerca que estamos de encontrar un hilo útil.

—¿Dejamos todo como estaba? —pregunta el otro.

—No —respondo—. Dejadlo peor.

No hacen preguntas. Vuelven a entrar y, un minuto después, escucho cómo arrastran muebles, cómo rompen algo —una lámpara, tal vez un jarrón— y cómo la puerta se cierra de un portazo cuando salen. No buscamos pistas. Buscamos presión. La clase de presión que hace que la gente cometa errores. Si Zoya aparece o llega a enterarse, tal vez intente contactar con su padre. Y si no lo hace, al menos sabremos que no está en Grecia.

Arrancamos hacia el restaurante. Allí es donde hablará el viejo. Aunque tenga que sacárselo Vencislav cuchillo en mano.

El local huele a aceite caliente y pan recién hecho. Deben de estar preparándose para abrir en unos minutos. No lo harán. Es un espacio pequeño, de mesas justas, con manteles de cuadros rojos y blancos que intentan parecer acogedores. En otra vida, habría pedido una cerveza. En esta, la sangre me sabe a hierro.

Entramos sin dar explicaciones. Oleg se encarga de desalojar al camarero que anda poniendo las mesas, justo antes de echar el cerrojo. Un empujón. Un gesto seco. No se atreve a protestar. Sabe quiénes somos. O, al menos, lo intuye.

El único sonido que se escucha proviene de la cocina. Dentro está Alexei, que sale y aparece tras la barra, llamando al chico que acabamos de echar. Lleva un trapo en las manos que usa para secárselas. Está mucho más envejecido y más encorvado de lo que recordaba.

Al vernos, se queda parado, y aunque momentos después reacciona y saluda a Vencislav, su gesto no oculta la tensión que siente.

—¿Dónde está? —pregunta el jefe sin alzar la voz y sin molestarse en devolverle el saludo.

—Si has venido hasta aquí es porque tú tampoco lo sabes.

—Te he hecho una pregunta —repite, esta vez con menos calma.

—No lo sé —admite Alexei—. Llevo días intentando localizarla y no responde a mis llamadas.

—¿Y crees que me voy a tragar eso?

Mientras Vencislav se acerca un poco más a la barra, yo cojo una silla por el respaldo y la arrastro hasta el centro del local.

—Sentadlo —ordena.

No era necesario que lo hiciera, sabemos a la perfección lo que quiere que hagamos.

Oleg se mueve y lo agarra del brazo para empujarlo hasta la silla. Alexei forcejea, insiste en que no es necesario, pero no llega lejos. Mi compañero le ata las muñecas tras el respaldo con unas bridas gruesas, de las que no se rompen ni con las manos dislocadas.

—Escucha —empieza a decir. Le tiembla el cuerpo. La voz también—. Zoya no está aquí. Te lo juro. He llamado a todos sus amigos. Nadie sabe nada. No tengo ni idea de dónde se ha metido.

Vencislav lo observa en silencio. Luego se acerca y se quita los guantes con parsimonia, para guardarlos después en el bolsillo interior de la chaqueta. Su ritual está a punto de comenzar.

—¿Sabes? Una vez… en Sicilia —empieza a contar, mientras camina despacio a su alrededor—, un tipo intentó estafarnos con una partida de esmeraldas falsas. Un idiota. Decía que eran colombianas. Las trajimos a Bulgaria y, adivina qué… Eran de laboratorio. Como las que usan los niños para hacer pulseras. —Hace una pausa, ladea la cabeza y sonríe con calma—. No me dolió

el dinero. Me dolió la mentira. Así que le perforé la pierna y lo dejé colgando de un gancho de carnicería. Tardó ocho días en morir. Lo oíamos gritar desde la playa.

Alexei palidece.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Nada. O todo —advierte, desenfundando un pequeño cuchillo de hoja curva. Italiano. Hermoso. Caro—. Depende de lo que me respondas ahora.

Vencislav se detiene justo frente a él y se inclina despacio. Le desabrocha un botón de la camisa y apoya la hoja del cuchillo justo debajo de las costillas, en el costado izquierdo, a la altura del riñón.

—Aquí duele más —susurra, casi con afecto—. No mata al instante, pero te arranca el alma poco a poco.

—¡Por favor...!

—No me hagas esto más difícil de lo que es, Alexei. ¿Dónde está tu hija? —sisea.

—¡No lo sé! Te juro por Dios, que no lo sé.

—Dios no está aquí. Solo yo.

—Te digo la verdad.

—Ya veo a quién le ha salido esa zorra —murmura.

Y sin más, le clava el cuchillo. La hoja entra limpia, con precisión quirúrgica, sabiendo con exactitud dónde cortar. Alexei lanza un alarido desgarrador que hace temblar las paredes. El hilo de sangre se convierte en un torrente oscuro que mancha su camisa blanca en cuestión de segundos.

—Te lo preguntaré por última vez… ¿Dónde está? —insiste Vencislav, girando el mango con la misma calma con la que otros remueven el café.

—¡No lo sé! ¡No lo sé, joder! —llora entre dientes.

—¿Qué decís, chicos? ¿Le creemos?

Oleg traga saliva. Yo me obligo a no bajar la vista. Detesto esta parte. Pero sé lo que toca.

Vencislav se agacha y le susurra algo al oído. Alexei asiente, temblando. Las lágrimas le caen por las mejillas. El sudor le empapa la frente.

—Tú eres su debilidad. Así que, si no viene a mí, haré que venga. —Saca el cuchillo. La sangre brota espesa, caliente. Cae al suelo en un goteo que parece marcar el ritmo del miedo—. A veces el dolor sirve para abrir puertas que las palabras no alcanzan —remata.

El hombre agoniza hasta que cae desmayado por el dolor.

Vencislav se gira hacia mí, mientras limpia el filo del cuchillo con el pañuelo que asomaba del bolsillo de su chaqueta.

—Llamad a una ambulancia. Va a necesitar un trasplante. —Lo dice como si hablara del menú del día.

Yo asiento y saco el teléfono.

Vencislav, en cambio, se vuelve de nuevo hacia Alexei y le acaricia el rostro con la misma mano con la que empuñó el cuchillo.

—No te preocupes, viejo amigo. Ella vendrá por ti. Y cuando lo haga, yo la estaré esperando.

Capítulo 27

Drago

Han pasado varios días desde que Zoya demostró lo imposible. Desde que distinguió un diamante sintético sin apenas tocarlo, sin dudar, sin tan siquiera pestañear. Aún recuerdo el silencio que se hizo en el despacho. Las miradas. El vértigo de entender que acabábamos de descubrir algo que podía hacernos ganar millones o enterrarnos para siempre.

Desde entonces, todo ha cambiado. Ahora participa en las reuniones, sugiere ideas y se mueve como una más de los nuestros. No desafiante, pero sí segura. Ha dejado de ser la mujer del enemigo. Ahora es algo más. Mucho más. Ni siquiera Sergei se refiere a ella con desprecio. Y eso ya es decir demasiado. Irina sigue manteniendo cierta distancia —más por costumbre que por desconfianza—, pero hasta ella ha bajado las armas. O parte de ellas, porque sigue teniendo el mismo genio de siempre.

Zoya se ha ganado su espacio sin robarlo. Lo ha hecho con inteligencia, sin forzar nada, sin imponerse. Observando. Escuchando. Aportando.

Yo la observo. Más de lo que debería. Y lo que veo me jode. Porque me gusta. Me gusta cuando sonríe sin darse cuenta. Cuando

se queda mirando a Igor con ese gesto entre ternura y curiosidad. Cuando discute conmigo y no baja la voz. Cuando camina por la casa como si aún no supiera si pertenece a este mundo… o si está esperando el momento para romperlo.

Una parte ya lo está haciendo. Apenas logro controlarme cuando estamos a solas. Me cuesta no tocarla. No buscarla. No acercarme demasiado. Porque sé que, si lo hago, no habrá marcha atrás. Y ella todavía no es libre. Sigue siendo de ese malnacido, hasta que yo me encargue de acabar con eso de una vez por todas.

Sergei y Yasen llevan días intentando localizarlo. No ha habido forma de acordar una reunión para hacerle ver que está contra las cuerdas. Han estado en la mansión, en su fábrica y en los lugares que más suele frecuentar. Nada. Ni siquiera en el club lo han visto desde hace semanas. Y sé que no es casualidad. Petrov está tramando algo, y no logro averiguar qué es.

Por lo que sabemos, Gregor viajó a la India a entregar nuestros diamantes. Esa parte del plan está funcionando, y ya hemos cobrado el dinero del seguro. Pero no es suficiente. Ni siquiera se acerca a una décima parte de lo que queremos. El mercado hindú debe ser nuestro, es el mayor a nivel mundial, y no pararé hasta conseguirlo, aunque deba llevarme a varios por delante.

Tener la mayor posesión de mi enemigo conmigo es lo único con lo que de momento debo conformarme. Zoya siempre ha sido una moneda de cambio, mi mayor arma para acabar con los Petrov y obtener lo que quiero, una vez me deshiciera de ella. El problema es que ahora ya no estoy tan seguro de querer hacerlo. Esa mujer es más que una simple pieza del juego. Su don la convierte en la

persona más valiosa que tenemos, pero también en nuestro mayor enemigo.

Es desconcertante. Peligroso. Y eso me la pone dura.

Hoy he decidido mostrarle lo que casi nadie ha visto. Lo que muy pocos conocen. Tras una última reunión donde ella ha expuesto una nueva idea para hacernos con las mujeres de los clientes hindúes, la alcanzo en mitad del pasillo.

—Ven conmigo —le digo al pasar junto a ella.

No pregunta adónde vamos. Solo me sigue.

Bajamos en un ascensor privado con llave y pasamos por un tramo del refugio que casi nadie transita. Al fondo, una puerta blindada con control de acceso. Zoya se gira cuando introduzco el código en el teclado. Nadie lo sabe, excepto Sergei, mis hermanos y yo.

El sistema muestra la luz verde y la puerta se abre. Zoya no dice nada. Solo observa.

—Bienvenida a la verdadera fábrica.

El espacio es más amplio de lo que ella esperaba, a juzgar por el modo en que lo mira. Aquí los techos son altos, no hay ventanas, pero sí mucha iluminación y marcos iluminados que simulan ventanales grandes con vistas al exterior. A estas horas no hay nadie trabajando, y los hornos están sellados. Le muestro las diferentes salas de corte, los refrigeradores, las cámaras de vacío, el almacén y, por último, el enorme laboratorio donde todo se prepara y se estudia al milímetro.

—Aquí es donde creamos lo imposible.

Todo reluce. Todo es exacto. Todo es nuestro.

Zoya se acerca a una de las mesas, fascinada.

—¿Y aquí se hacen todos?

—Los que vendemos, sí.

—¿Cómo... conseguisteis dar con la fórmula?

Sonrío. No porque me haga gracia, sino porque justo ahí está la clave.

—No fui yo. Fue Igor.

Se gira hacia mí, sin comprender del todo.

—¿Tu hermano?

Asiento.

—Él encontró el modo de estabilizar la estructura atómica. Durante años lo hizo en su cuaderno, en la mesa del comedor. Yo pensaba que solo dibujaba cosas sin sentido, pero un día me fijé. Los números, las fórmulas, las simetrías… Todo era real. Y preciso. Le dimos medios, un espacio. Y lo hizo. Él lo hizo.

Zoya se queda en silencio. Mira la maquinaria, los esquemas colgados en la pared, y por un instante creo que va a llorar. No lo hace.

—Todo este tiempo… pensé que Igor era solo alguien a quien protegíais.

—Lo hacemos. Porque es nuestro hermano. Pero también porque sin él no existiría nada de esto.

Camina despacio hacia una vitrina con muestras ya pulidas.

—Ahora entiendo muchas cosas.

—Como, ¿qué?

—Como por qué cuando se siente seguro, se queda en un rincón y dibuja en el aire. Nunca lo entendí… Hasta ahora.

Yo también me fijo en eso. Pero nunca lo habría verbalizado. Al menos, no así.

Zoya se vuelve hacia mí. Tiene algo distinto en los ojos. No es desafío. Tampoco miedo. Es otra cosa. Tal vez respeto.

—¿Por qué me enseñas esto?

—Porque ya formas parte de esto. Nos guste o no.

No lo dice, aunque sé que sabe que no me gusta. Lo veo en su mirada. Y lo peor de todo es que tiene razón. No me gusta que sea una más de nosotros. Me jode. Me descoloca. Porque cada vez que la dejo entrar un poco más, algo en mí se mueve, y yo no quiero que nada se mueva.

Solo que ya es demasiado tarde.

Al llegar la noche compruebo que estoy en lo cierto. La escena en el salón no tiene nada que ver con las anteriores. Por primera vez desde que Zoya llegó, no hay tensión. No hay cuchillos afilados en los gestos, ni frases que esconden veneno. Solo conversaciones cruzadas, el murmullo de una televisión encendida de fondo y un aire casi familiar que se cuela entre las rendijas del refugio.

Igor está en su rincón. El de siempre. Con los auriculares puestos, y los dedos en alto, moviéndose en el aire con precisión matemática. Dibuja cosas que solo él entiende. Ecuaciones invisibles. Números flotantes. Su mundo.

Sin embargo, en este lado del salón, yo tengo que soportar una nueva discusión entre Irina y Sergei. Ella es la única que altera la tranquilidad en la que nos zambullimos cada noche. Sigue comportándose de manera susceptible, y no está de acuerdo con ninguna de las actuaciones que planteamos para hacernos con el mercado hindú. Según ella, es demasiado gasto, y mi hombre de confianza le rebate que se trata de una inversión a largo plazo.

Desvío la mirada hacia Zoya. Necesito tener el control y saber dónde está a cada momento. En cierto modo, me fío de ella, pero no de lo que me provoca. Me torturo recordándome cada día que no es mía, aunque la tomara. Y, aun así, no puedo dejar de hacerlo.

Sigue cumpliendo la orden que le di. No se acerca a Igor, pese a que sé que no supone una amenaza para él. Lo que pasó en el establo no fue más que la consecuencia de que a mi hermano le tuviera prohibido mostrar lo que hace en la fábrica. Me llevó un tiempo lograr que lo entendiera, que supiera lo peligroso que es que alguien descubra lo que hacemos. Y cuando vio el diamante en la mano de Zoya se asustó. No porque temiera mi reacción, sino porque para él no existe más daño que fallarme.

Zoya está sentada a escasos metros de él. Respeta su espacio, aunque he observado que siempre escoge un lugar donde pueda estar frente a él. Como tantas otras noches, espera a que Igor repare en su presencia. Sé que la aprecia por el modo en que le sonríe cuando ella le hace gestos divertidos.

Esta noche, en cambio, está haciendo algo distinto.

Zoya mantiene la mano en alto y comienza a dibujar letras en el aire con los dedos, copiando su lenguaje. No lo interrumpe. Solo lo sigue. Letra a letra. Movimiento a movimiento. Hasta formar la palabra «hola». Igor parpadea. Luego se queda quieto. Observa sus manos. Su gesto. Su intención. Y, por primera vez en mucho tiempo, responde. Al principio, tímido. Casi torpe. Como si no supiera si está permitido. Pero después, como si algo dentro de él reconociera la señal, sus dedos se mueven al ritmo de los de Zoya. Hablan sin decir una sola palabra.

Los observo desde la penumbra, con un vaso en la mano, apoyado sobre la rodilla. No intervengo. No me acerco. No digo nada. Y no porque no quiera. Sino porque no puedo. Zoya ha hecho lo que nadie había conseguido. Ha entrado en el mundo de Igor sin forzar la cerradura. Sin empujar la puerta. Solo con paciencia, con respeto y con esa extraña capacidad suya de leer lo invisible. Reconozco que me descoloca. Lo que veo no es estrategia. Tampoco una amenaza. Es algo más jodido. Más puro. Algo que no entiendo. Algo que no controlo. Lo que siento no son celos. Es algo peor. Es pura y jodida admiración.

Ella ríe bajito cuando Igor le responde algo con una serie de movimientos más complejos. Él también sonríe. Se entienden. Se pertenecen de una forma que no logro explicar. Y que, quizás, en el fondo, me jode no haber logrado yo.

Termino el trago de un solo sorbo y dejo el vaso sobre la mesa de centro. Necesito que me dé el puto aire.

Antes de salir, la miro. Ella no dice nada. Solo me observa desde su sillón. No pregunta dónde voy. No lo necesita. Porque ya está dentro. Y lo sabe.

El aire de la noche me golpea en la cara en cuanto salgo. Hace frío, pero se agradece. En este maldito refugio todo parece demasiado controlado. Incluso el clima. Aquí fuera, al menos, el mundo sigue siendo impredecible.

Me enciendo un cigarro y camino sin rumbo fijo por el porche que conecta con las estancias familiares. Desde aquí tengo una vista parcial de todo lo que hemos construido. La entrada principal, los garajes, el perímetro. Las luces de seguridad parpadean en la

distancia, como si quisieran recordarme que nada es del todo seguro. Ni siquiera esto.

Exhalo el humo despacio, dejando que se pierda en la oscuridad. No pienso en nada y lo pienso todo. En el negocio. En los nuevos proyectos. En los Petrov. En mi gente. En Igor. En Zoya. Pero también en lo que está empezando a desmoronarse dentro de mí. Es jodido cuando el enemigo empieza a tener nombre, voz… y mirada.

El móvil vibra en el bolsillo interior de pantalón. Lo saco sin prisa. Es Mihail. A estas horas no llama por tonterías.

—Dime —respondo, sin necesidad de fingir cortesía.

—*Tenemos un problema* —anuncia al instante, sin rodeos.

Me tenso.

—Habla.

—*Me ha llamado Petros, un colega de Grecia que conocí en un congreso hace algunos años. Dice que tiene a un paciente crítico con un traumatismo abdominal severo. Al parecer ha perdido mucha sangre. Está sedado y va a necesitar un trasplante urgente.*

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?

—*El paciente se llama Alexei Stanislavov.*

«El padre de Zoya».

El nombre me cae como un puñetazo. Aprieto la mandíbula y camino hasta la barandilla. El cigarro se consume entre mis dedos.

—Sigue.

—*Lleva horas intentando localizar a Zoya, ella es el único contacto en caso de emergencia y me ha pedido el favor por si yo podía ayudarlo a dar con ella. Al recordar que yo era de aquí, se ha puesto en contacto conmigo.*

—¿Alguien más lo sabe?

—No, de momento, no. Pero no podemos arriesgarnos. El hospital quiere contactar con ella por la gravedad en la que se encuentra.

Me paso la mano por la boca. El nombre de Zoya arde dentro de mi cabeza como si me lo estuvieran gritando.

—¿El padre está consciente?

—Lo estuvo unos minutos. Dijo su nombre. Luego se desmayó. La operación es urgente, Drago. Si no encuentran donante compatible, no va a salir de esta.

Miro hacia el ventanal que da directo al salón. Dentro, ella ríe con Igor, ajena a todo cuanto me cuenta.

—¿Se sabe cómo ha sido?

—No han querido darme demasiada información, pero, al parecer, alguien le ha perforado el riñón.

«Petrov».

Cierro los ojos con fuerza. Me pinzo la nariz. Y suelto el aire que llevo en los putos pulmones.

—Está bien. Averigua todo lo que puedas y mantenme al tanto de su evolución. Y no digas nada a nadie. Ella aún no debe saberlo.

—Drago, ¿estás seguro? Puede que sea su última oportunidad para despedirse.

—Antes necesito confirmar si ha sido Vencislav. Si está en Grecia, esta ha sido su forma de atraerla hacia él, y no pienso darle ese placer. No podemos permitir que Zoya lo sepa. No todavía.

—Entendido. Te mantendré al corriente.

Cuelgo sin añadir nada más. Me quedo quieto, con el cigarro apagado y la garganta hecha mierda.

A lo lejos, una nube densa tapa la luna. Todo se vuelve más oscuro. Tanto como lo que le espera al hijo de puta de Petrov cuando lo tenga delante.

Capítulo 28

Drago

No necesito ver a Mihail para saber que las noticias son malas. Basta con escuchar su tono de voz al otro lado del teléfono. Frío. Directo. Sin florituras.

—*No va a sobrevivir si no conseguimos un donante en las próximas cuarenta y ocho horas* —sentencia.

Apoyo las manos sobre la mesa del despacho. Sergei, Yasen e Irina están conmigo, escuchando a través del *manos libres*. Han pasado casi dos horas desde que me llamase la primera vez y la casa duerme, a excepción de nosotros.

—¿Hay alguna posibilidad de estabilizarlo hasta que…?

—*Ninguna. Tiene una hemorragia interna, los riñones están fallando y no hay tiempo. Está sedado. No creo que llegue al fin de semana.*

Aprieto los dientes hasta crujirme la mandíbula. No por el padre de Zoya, sino por lo que esto implica. Por la jodida bomba que se nos viene encima.

—De acuerdo. Estate preparado. Te avisaré cuando el jet esté listo.

Cuelgo sin esperar respuesta. Y Sergei es el primero en intervenir.

—Drago, no creo que sea buena idea.

—¿Qué habéis averiguado? —le demando, obviando su comentario.

Él aprieta los labios antes de responder.

—Nuestro contacto en el aeropuerto nos ha confirmado que su avión está allí.

—¡Maldito hijo de puta! —masculla Yasen.

—Eso confirma mis sospechas. Petrov lo ha usado para hacerla salir.

—Nos relacionará con ella si vamos. Presentarnos allí sería dar un paso el falso —insiste.

—No —le rebate Yasen—. Sería el inicio de la guerra que llevamos posponiendo demasiado tiempo.

—Y estamos preparados para ella, pero no en Grecia, no fuera de nuestro territorio.

—Tenemos gente allí que podría ayudarnos —intervengo—, pero no puedo quedarme de brazos cruzados sin hacer nada.

—¿Y Zoya? —me plantea Sergei.

—Es lo que aún no he decidido —confieso.

—Si se lo decimos, querrá huir para ir a verlo.

—¿Y qué propones? ¿Encerrarla otra vez? —cuestiona Irina son sarcasmo.

—No estoy diciendo eso —defiende Sergei.

—Tú harías lo mismo si fuera tu padre, y ninguno cuestionaría tu decisión.

—Estoy intentando protegerla —asegura.

—Tal vez deberías dejar que ella decidiera si quiere ser protegida o no —escupe con rabia.

La miro. Su firmeza a la hora de rebatirle a Sergei llama mi atención.

—¿Desde cuándo la defiendes así? —cuestiono.

Irina aprieta la mandíbula. Traga saliva y aparta la mirada.

—Porque no es tan distinta de mí como pensaba —se limita a decir.

Sé que me oculta algo, pero el asunto que tenemos entre manos es más urgente.

—Por si sirve de algo, yo opino como ella —comenta Yasen.

Sergei vuelve a resoplar, esta vez con resignación.

—Está bien. ¿Qué propones entonces? —me demanda.

—Que vayamos nosotros. Tres hombres. Evaluamos la situación, localizamos a Petrov y preparamos el terreno.

—Si cometemos un solo error…

—No habrá errores —aseguro—. Quiero saber con cuántos hombres cuenta allí, qué hace, si está solo o ha llevado refuerzos. Antes de mover a nadie, necesito saberlo todo.

—¿Y Zoya? —quiere saber Irina.

Por mucho que me duela admitirlo, la decisión está tomada.

—Te quedarás con ella y le ocultarás lo que ha pasado.

—Sabes que te odiará de por vida por no darle la oportunidad de despedirse de su padre, ¿verdad?

«Prefiero vivir con eso que con lo que supondría perderla».

Un ruido tras la puerta ahoga mi respuesta. Todos nos volvemos, y bajo el marco la vemos, con el rostro roto de dolor. Su mirada me atraviesa y me perfora como una maldita bala.

—¡Zoya! —grita Irina, al ver que se gira y sale corriendo por el pasillo.

No sé cuánto tiempo lleva escuchando, aunque imagino que el suficiente para saber qué es lo que ocurre.

Irina intenta salir tras ella, pero la detengo, interponiéndole el brazo.

—Yo me encargo.

Salgo del despacho y voy tras ella. Apenas me faltan unos pasos para llegar a su altura, cuando veo que abre la puerta principal y desaparece bajo la lluvia. La idea de que escape me resquebraja y acelero el paso para alcanzarla.

El agua cae con fuerza, implacable, empapándolo todo en cuestión de segundos. Pero no me importa. La rabia y el puto vértigo me calan más que cualquier chaparrón.

—¡Zoya, espera!

Pero ella no se detiene. Corre con todas sus fuerzas. Y esta vez… huyendo de mí.

La veo entrando en el establo. La puerta está entreabierta cuando llego. La empujo y me cuelo dentro sin hacer ruido. Todo está a oscuras, salvo por la tenue luz que se cuela por la ranura superior del portón. El sonido de la lluvia golpeando el techo del establo me guía hasta ella. El aire está cargado de humedad, de madera mojada, de rabia contenida. De ella.

La encuentro de espaldas, frente al box de la yegua, intentando abrir el pestillo con las manos temblorosas. La furia no le deja ver. Ni pensar.

—¿Qué cojones crees que estás haciendo? —mascullo, sin ocultar el filo en mi voz.

Se gira de golpe, empapada, con el pelo pegado al rostro y los ojos ardiendo de rabia. El pecho le sube y baja como si no pudiera

respirar.

—¡Pretendías ocultármelo! ¡Es mi padre, joder!

Me clava una mirada que, en lugar de matarme, me prende fuego por dentro.

—Es una trampa de Petrov. Te quiere allí. Desprotegida. Sola.

—¡Quizás prefiero estar sola a seguir siendo una puta prisionera! —escupe, llena de ira.

Las gotas de lluvia que le caen por las mejillas se entremezclan con sus lágrimas. Me rompe verla así, pero aún más que no pueda ver que lo único que intento es protegerla.

—No eres mi prisionera, Zoya —murmuro, incapaz de pensar con claridad.

—¡Hubieras contado conmigo si no lo fuera! —me reprocha.

Avanza hacia mí como si pudiera empujarme. Como si pudiera herirme con sus manos pequeñas y su voz temblorosa. Está furiosa. Dolida. Y jodidamente hermosa.

—¿Y qué ibas a hacer, huir? ¿Montar a pelo bajo la lluvia como si fueras libre?

—¡No soy libre! ¡Nunca lo he sido! —grita—. Me arrebataste eso desde el primer puto día.

—Te salvé.

—¿De quién? ¿De él o de ti?

Sus palabras son cuchillas. Pero no retrocedo.

—De alguien que te habría matado sin pestañear —le rebato.

—Y tú solo me encerraste, me utilizaste, me manipulaste… dime, ¿de verdad hay tanta diferencia?

«Demasiada. Solo que, por alguna extraña razón, tú no puedes verlo».

—¡No tenías derecho a ocultármelo! —me grita de nuevo— ¡Y tampoco a retenerme aquí e impedirme ver a mi padre! ¡Necesito despedirme de él! ¡No me arrebates eso!

Soy un puto egoísta. Me parte el alma verla así, pero no soportaría perderla.

—Te guste o no, estás bajo mi responsabilidad —rujo, con la voz rota por dentro.

—¡Pues déjame decidir a mí si merece la pena correr el riesgo!

—No voy a permitir que Vencislav vuelva a ponerte una puta mano encima —escupo conteniendo toda la rabia que me consume por dentro. No sé cuánto tiempo más lograré controlarme, porque estoy dispuesto a cualquier cosa para impedírselo.

—¿Para ponérmela tú? —suelta con sarcasmo.

—¡Yo no nunca te he tocado! —gruño, molesto porque no pueda ver la diferencia.

—¡Porque no te has atrevido! —me desafía con el pecho erguido.

—¿Y qué si es cierto? —mascullo, dando un paso hasta quedarme a un escaso palmo de ella.

Ya no hablamos de palizas. Hablamos de otra cosa. Ambos lo sabemos.

Su aliento me alcanza. Su piel huele a tierra mojada, a rabia y a deseo contenido. La lluvia resuena sobre la madera con la misma fuerza con la que los latidos me golpean en el cuello.

—¡Haz lo que quieras conmigo, pero deja que vaya con vosotros! ¡Necesito despedirme de mi padre! ¡No me arrebates eso!

—No te llevaré conmigo, Zoya. Esta vez no.

—¡Te odio! —me grita, golpeándome el pecho con los puños—. ¡Siempre te he odiado, y siempre lo haré!

Yo también la odio. La odio por desearla durante tanto tiempo. Por no ser mía. Y por no ser capaz de contenerme.

Y es ahí cuando todo explota.

La agarro por las muñecas y la empotro contra la pared del box que tengo a su espalda para hacerme con su boca. El crujido de la madera se mezcla con el jadeo que suelto al probar al fin sus labios. No era como esperaba. Es aún peor.

La boca de Zoya es fuego y pólvora. Me estalla contra los labios con la violencia de todo lo que no nos hemos dicho hasta ahora. La lluvia ruge más fuerte. Más intensa. De igual modo que mi lengua invade la suya, devorando cada segundo, reclamando lo que tanto tiempo he ocultado y deseado sin atreverme a decirlo en voz alta. Ella no me aparta. Responde a mi beso con la misma fuerza con la que mi cuerpo empuja el suyo.

Veo cómo mis barreras se derrumban y aun así no me detengo. Nunca he tomado lo que no es mío, sin embargo, esta vez no voy a parar. Puedo arrebatarle la vida a un hombre sin que me tiemble el pulso, pero esto… esto me hace temblar por dentro. Como un crío. Como un maldito traidor. Porque ella no es mía. Aún es suya. De ese cabrón al que odio con cada célula de mi cuerpo.

Le arranco la camisa. La tela se abre con un quejido. Zoya se aferra a mi espalda, mientras mis manos recorren su piel. El olor a heno, a sudor, a animal, a vida...

No hay marcha atrás.

Mis manos vuelven a sujetar sus muñecas por encima de la cabeza, mientras hundo la mía sobre su pecho y me hago con uno de sus pezones. Lo lamo, y su gemido atraviesa hasta el último rincón de mi cerebro. Apenas logro contenerme. Mi entrepierna me

da una sacudida cuando lo absorbo, estrujándolo y manoseando su pecho contra mi boca. Zoya resuella y mi cuerpo responde al instante. Le subo la falda y le arranco las bragas con un solo tirón, besándola como si me fuera la vida en ello. Como si no pudiera vivir un segundo más sin tenerla entera. Ella me responde igual. Salvaje. Desesperada.

Me arranca la camiseta sin pensar. No hay dulzura. No hay caricias. Solo urgencia. Piel contra piel. Gemidos ahogados entre dientes. Gotas de lluvia filtrándose por las rendijas del techo, resbalando por la pared contra la que la tengo acorralada. La levanto, la sostengo contra ella, y la penetro de una embestida. Sin suavidad. Sin permiso. Liberando la rabia que ambos guardamos dentro.

Ella me muerde el hombro mientras me muevo dentro de su cuerpo con fuerza. Con hambre. Nuestras caderas chocan. El sonido es húmedo, crudo, como el de la lluvia, acompañando cada empujón, marcándonos el ritmo. Nuestros cuerpos sudan, resbalan, tiemblan. Ella grita mi nombre. Yo gruño el suyo. Todo vibra. Todo cobra vida.

Zoya gime en mi boca, suplicándome que no pare. La poseo como si fuera mía. Pero no lo es. En mi interior sé que aún sigue siendo de ese malnacido. El recuerdo me rompe, provoca al demonio que llevo dentro, y empujo más fuerte. Me agarro en la parte alta de la pared de madera, lleno de ira. Ni siquiera estando dentro de ella logro controlar mi furia y arranco una de las tablas. La dejo caer el suelo para agarrarla por la cintura. Por un instante temo hacerle daño. Pero no me detengo. No puedo. No ahora.

La follo con todas mis fuerzas. Hasta dentro. Hasta lo más profundo. Ella gime de nuevo mi nombre. Lo repite. Lo grita. Y se rompe sobre mí. La sigo. Me hundo con ella. En ella. Hasta que todo explota y solo queda el temblor de nuestros cuerpos.

La sostengo sabiendo que está segura. Porque siempre lo estará. Siempre que esté conmigo.

Nos quedamos quietos. Aún dentro. Todavía temblando y jadeando juntos. La lluvia sigue cayendo fuera. Golpea el techo como un mantra salvaje. No me muevo. Ella tampoco. Solo cierro los ojos y la abrazo.

La aprieto contra mí como si pudiera fundirla en mi cuerpo, como si eso bastara para protegerla de todo. Su respiración contra mi pecho se acompasa con la mía, hasta que al cabo de un rato noto que algo ha cambiado cuando la escucho sollozar.

—¿Te he hecho daño? —susurro, con el corazón en un puño, mirándola a los ojos, mientras le rozo el rostro con los nudillos.

—No —responde, apenas un hilo de voz.

—Dime por qué lloras entonces.

—Porque no sabía que deseaba esto tanto —musita, con los ojos vidriosos.

La abrazo de nuevo y la acojo entre mis brazos. No quiero soltarla. No ahora.

—Llévame contigo, Drago.

Trago saliva. Me arde la garganta.

—Esta vez no, Zoya. Lo creas o no, jamás podría perdonármelo si te pasara algo.

Me mira, y en su mirada hay fuego, necesidad… y determinación.

—Te conozco. Sé que puedes idear algo para hacerlo de una forma segura. Yo ayudaré en todo cuanto sea necesario, haré lo que me pidas, te lo prometo. Pero, por favor, déjame despedirme de él. Es la única familia que me queda.

De pronto el frío hiela mis huesos. Un vacío se me abre en el estómago, uno que no sé si algún día podré llenar.

La miro. Está rota. Lo sé. Yo también lo estoy. Puede que vaya a cometer el mayor error de toda mi jodida vida, que yo mismo sea el causante de perderla. Pero no puedo negárselo. Si ella se lanza al fuego… estoy dispuesto a arder con ella.

—Prepárate, Zoya. Porque si lo hacemos… no habrá marcha atrás.

Capítulo 29

Zoya

El trayecto por el túnel se me hace eterno. Es un tramo de varios kilómetros, pero esta noche parece no acabar nunca. Más que un camino, es una cuenta atrás. Dentro del coche nadie habla. Drago conduce con la mandíbula apretada. Sergei va delante, Yasen a mi lado. Yo me limito a mirar por la ventana, aunque no hay nada que ver. Solo oscuridad.

Debería estar pensando en lo que ocurrió hace unas horas. En la forma en que Drago me besó, en cómo me sostuvo, en lo que hizo con mi cuerpo como si fuera suyo desde siempre. Pero no puedo. No ahora. No mientras mi padre se muere y yo ni siquiera sé si llegaré a tiempo para verle los ojos una última vez. Es injusto. Como si la vida me regalara lo que más deseaba… y al mismo tiempo me lo quitara todo.

Cuando por fin llegamos al hangar privado, el jet nos espera con los motores encendidos. El rugido del fuselaje rompe el silencio. Mihail ya nos aguarda al pie de la escalerilla, con un gesto tenso que no deja lugar a dudas. Apenas hay tiempo para respirar. Ni siquiera para pensar. Todo está medido, cronometrado, no hay margen para

el error porque el tiempo apremia. El miedo también. Y esta vez, no hay vuelta atrás.

Subo los peldaños como si lo hiciera por inercia. Mi cuerpo está aquí, pero mi cabeza va por otro lado. Lo único que me importa está en una camilla, sedado, entre tubos, aferrándose a una vida que se le escapa como el agua entre los dedos. Drago me tiende la mano para ayudarme a subir. No la acepto. No por orgullo, sino porque, si lo toco ahora, me derrumbo.

Dentro del avión todo es discreto. Asientos de cuero, luz tenue y silencio contenido, como si incluso el aire supiera que hay cosas que no se deben decir. Me acomodo en el asiento junto a la ventana y pierdo la vista a través del cristal. Llueve. Las gotas resbalan por el vidrio como si quisieran sustituir las que no dejo salir de mis ojos. No quiero llorar. No todavía. Aún no.

Frente a mí, Drago se mantiene en silencio. Ni una palabra. Ni un reproche. Solo su presencia, esa que lo llena todo, incluso cuando no se mueve. Sus ojos están en mí, lo sé. Siempre lo están. Pero esta vez no me atraviesan como otras veces. Esta vez… me envuelven. Me sostienen sin tocarme.

Cierro los ojos cuando el avión despega. Siento el tirón en el estómago, el vértigo en la garganta. Miedo. Ansiedad. Dolor. Todo junto. Todo mezclado. No sé qué me espera al otro lado. Solo sé que cada segundo, cuenta. Que cada minuto que pasa, él está más cerca de no despertar. Y yo de perder lo único que me queda.

Drago

El hospital se alza frente a nosotros como una mole blanca en mitad de la madrugada. Frío, funcional, lleno de luces artificiales que iluminan más de lo que me gustaría. Aparcamos en el sótano

reservado al personal, lejos de miradas, de registros y cámaras exteriores. La intervención de Mihail ha sido clave, él nos ha facilitado incluso la ropa para pasar desapercibidos, la única forma de entrar y salir sin dejar rastro.

A nuestro alrededor, solo silencio y columnas de hormigón.

Apago el motor del vehículo que nos ha localizado nuestro contacto en el país. Los cinco estamos preparados. Sergei se ajusta la mascarilla, Yasen se asegura de esconder bien su arma, y Zoya se cubre el cabello. La bata blanca le queda grande. Parece más frágil que nunca. O tal vez solo sea yo el que la ve así. Puede que solo sea mi puta obsesión lo que la vuelve irrompible.

Yo me mantengo quieto, con los guantes puestos y el gorro apretado hasta las cejas. No hay lugar para los nervios. Solo para el plan. Mihail consulta el reloj y asiente.

—Cinco minutos. Voy a buscar a Petros.

Sale del coche con paso firme. El eco de sus zapatos resuena en el aparcamiento mientras se aleja. Lo vemos entrar por la puerta lateral que da acceso a los pasillos internos. Nadie más se mueve.

Mientras esperamos, lo único que escuchamos es el goteo lejano de una tubería y la respiración tensa de Zoya. Luego, suena el teléfono. Contesto al instante.

—*Ya estoy dentro. Petros está de nuestro lado.* —Su voz llega baja, segura—. *Alexei sigue en la habitación 312. Sedado. Y sí, tal y como habías predicho, Oleg está en la puerta haciendo guardia.*

—¿Qué más?

—*Petros va a entrar como si fuera un traslado rutinario a quirófano. Dirá que hay que hacerle unas pruebas. Oleg no puede seguir la camilla hasta dentro. Solo así podremos hacerlo.*

—Perfecto. ¿Nos avisas cuando salgan?

—*Estad listos.*

Cuelgo.

Yasen me mira. Sergei también. No hace falta que diga nada.

Bajamos del coche. Zoya va a mi lado. Camina como si le pesara el mundo, aunque al menos camina. No puedo tocarla. No aquí. No ahora. Pero quiero. Quiero cogerle la cara, susurrarle que todo irá bien. Que no voy a dejarla caer. Que me voy a encargar de todo, aunque tenga que quemar el puto hospital si hace falta.

Nos adentramos por la zona de carga hasta llegar a las puertas que dan acceso a los quirófanos. Hay una sala pequeña sin cámaras, donde podemos esperar sin ser vistos. Todo ha sido calculado al milímetro. Mihail sabe moverse como nadie.

Se abre la puerta. Dos celadores entran con una camilla. Petros va con ellos. Y sobre la camilla, entubado, con la cara vuelta hacia un lado, está Alexei. El cuerpo de Zoya se tensa. La noto temblar. Siento cómo se le escapa el aire del pecho antes siquiera de verlo del todo. Cuando lo hace, se rompe por dentro. Lo noto en la forma en que sus hombros caen, en cómo las manos se le cierran a los costados, luchando por no derrumbarse.

—Aquí estamos a salvo —dice Petros—. Les dejo cinco minutos.

Le agradezco el gesto y lo observo salir junto con Mihail y los chicos. Las puertas del quirófano se cierran. Solo quedamos nosotros y ese cuerpo que apenas respira.

Zoya se acerca. Yo me quedo atrás. Solo la miro. Ella se agacha junto a la camilla. Le coge la mano. Una mano que no responde. Un cuerpo que no siente. Pero ella habla igual.

—Papá... —La voz se le quiebra al pronunciar esa palabra—. Estoy aquí. No sé si puedes oírme, pero… estoy aquí. Soy yo, papá, Zoya.

Se lleva la mano de él a la boca para besarla. La aprieta. Luego le acaricia la mejilla. Lo hace con una delicadeza que nunca he tenido. Con una ternura que me revienta por dentro.

—Siento no haber venido antes a verte —prosigue con la voz rota —. Y siento… Papá, perdóname, por favor. Nada de esto hubiera pasado si yo no me hubiera casado con ese monstruo. Estás aquí por mi culpa, y lo lamento. Lamento cada segundo de mi jodida vida.

No me muevo. Contengo la respiración, la escucho y me trago cada una de sus palabras como si fueran cuchillas.

Las lágrimas le bajan por las mejillas. Llora con cada sílaba que tiembla y sale de su boca sin derrumbarse. No lo hace para que la consuelen. Llora porque por fin ha soltado el peso que tanto tiempo lleva consigo.

—Papá, si puedes sentirme, si hay una mínima posibilidad de que me escuches, por favor… sé fuerte. —Hace una pequeña pausa para acariciarlo y continúa—. Sé que he sido una cabezota, siempre lo he sido. Pero dame una oportunidad. Solo una. Déjame ayudarte. No te vayas todavía. Vas a salir de esta. Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para salvarte, tienes mi palabra. Te quiero, papá. Tú solo aguanta, ¿vale?

Zoya se incorpora para darle un beso en la mejilla, y deja su mano inerte sobre la sábana blanca que cubre su cuerpo, antes de volverse hacia mí. Tiene los ojos hinchados, apenas logro ver el azul

en ellos, aunque es su determinación escrita en la piel lo que llama mi atención.

—Haz lo que tengas que hacer, pero prepáralo todo para que pueda donarle mi riñón.

Me quedo inmóvil. Por dentro grito. Me rebelo. Me desangro. Pero no lo muestro. No ahora.

—Zoya…

—Es lo único que me queda, Drago. Es mi única familia. Si hay una posibilidad, quiero hacerlo.

Y entonces lo entiendo. No es venganza. No es justicia. Es amor... del que duele.

Aún no sé cómo vamos a poder quedarnos sin llamar la atención de los Petrov, pero el tiempo apremia, y salgo en busca de Mihail y Petros.

Nos trasladan a una sala contigua, una de las muchas que no aparecen en los planos, usada por el personal médico para descansos fugaces entre turnos. Tras ponerlos al corriente, el médico griego se encarga de avisar al laboratorio y de preparar las pruebas. Yo me quedo con ella. Zoya no dice una sola palabra. Tiene los brazos cruzados y la mirada fija en el suelo, como si eso bastara para contener todo lo que está sintiendo.

Mihail regresa al cabo de un rato con una enfermera. Le extraen sangre. Todo es rápido, silencioso, milimetrado. Ella no se queja. Ni un gesto. Ni una duda. Solo extiende el brazo y aguanta.

—Debes entender los riesgos —le recuerda Mihail en voz baja, como si le hablara a una bomba a punto de estallar—. Esto no es una donación habitual. Tu cuerpo tardará en recuperarse. No es inmediato. No es sencillo.

Zoya levanta la mirada. Hay acero en sus ojos.

—Me da igual. Es mi padre. Y voy a hacer lo que haga falta.

Él se la queda mirando un segundo más. Luego asiente y se marcha de nuevo.

Alexei ha sido devuelto a su habitación, custodiado por Oleg. Nadie puede sospechar nada. Todo se ha hecho como si fuera un traslado más. Como si no estuviéramos aquí. Como si Zoya no acabara de decir que está dispuesta a abrirse en canal por salvarle la vida a un hombre que agoniza sobre una cama.

El tiempo se hace elástico. He mirado mi reloj de bolsillo tantas veces que ya he perdido la cuenta. Llevamos horas aquí, encerrados en este limbo de incertidumbre, sin saber si llegaremos a tiempo, sin saber si servirá de algo. Zoya no ha bebido ni tomado nada, debe estar en ayunas para la operación. Yo he fingido ir al baño solo para poder tragarme un café sin que lo viera. Me siento un cabrón por ello, pero no puedo permitirme fallar. Ni flaquear. No delante de ella.

Mientras aguardamos, Mihail vuelve a aparecer. Me hace una seña con la cabeza. Salgo fuera con él, y me guía hasta una sala contigua donde no hay nadie. Su rostro no deja lugar a dudas, y me preparo para lo peor.

—¿Qué ha pasado? —pregunto. La tensión me seca la boca.

—No es compatible.

Siento una descarga en el pecho, pero no digo nada. Solo lo miro.

—Pero eso no es lo peor —añade, bajando el tono aún más—. Petros quiso encargarse del caso porque conocía a la mujer de Alexei, la madre de Zoya. —No entiendo a dónde quiere ir a parar, aunque lo escucho en silencio—. Al ver los resultados, se ha dado

cuenta de que algo no cuadraba. Petros ha revisado el historial, cruzó los datos y el resultado ha sido el mismo. Lo ha comprobado tres veces.

Mi estómago se contrae antes de que lo diga.

—¿Qué estás intentando decirme?

Mihail tarda un segundo en responder.

—El grupo sanguíneo tampoco coincide con el de su madre. Zoya no es hija biológica de Alexei. Es adoptada.

No sé cuánto tiempo me quedo quieto. Solo sé que me llevo las manos a la nuca y aprieto con fuerza, como si eso pudiera evitar que todo se desmorone. Decírselo la destrozaría. No puedo hacerlo. Al menos, hoy no.

—Que esto quede entre tú y yo. Ella no debe saberlo —exijo, mientras mi mente bulle a toda prisa por intentar buscar la mejor opción para salir de esta.

Ahora lo importante es comunicarle que no va a poder donar uno de sus riñones a su padre. Pienso en cómo hacerlo sin contarle toda la verdad, cuando Petros entra en la sala, con el rostro desencajado.

—Ha fallecido —nos anuncia sin ocultar lo mucho que lo lamenta.

No consigo moverme. La rabia y la jodida impotencia me lo impiden.

—Yo se lo diré —se ofrece Mihail, posando su mano sobre mi hombro.

—Déjame a mí —propone Petros—. Sé que no es mucho, pero le vendrá bien conocer la noticia en su idioma.

Sé lo que quiere decir, asiento y los sigo de forma autómata hasta la sala. Zoya levanta la vista en cuanto entramos. Petros se arrodilla frente a ella. Le coge las manos y le susurra algo en griego.

Solo entiendo unas pocas palabras y su nombre. El resto... se lo traga el silencio.

Zoya se derrumba. Y yo lo hago con ella, sin que se dé cuenta. Sus manos tiemblan. Sus hombros se hunden. Su cuerpo, ese que parecía de acero, se rompe frente a mí como si fuera de cristal. Petros la abraza. Quiero ser yo quien lo haga. Nadie más. Me acerco. Él se aparta. La envuelvo entre mis brazos y todos salen. La abrazo como si pudiera detener el dolor. Como si eso bastara. No digo nada. Solo la sostengo.

Minutos después, ella se aparta despacio. Se limpia las lágrimas y me mira con una entereza que pocas veces he visto antes en una mujer.

—No quiero poneros más en peligro por mí. Ya no podemos hacer nada. Ahora, por favor…, llévame a casa.

Sus últimas palabras me encogen el corazón. Y entonces lo sé.

Zoya ya no es una Petrov.

Y yo… yo ya no puedo negar lo que siento.

Capítulo 30

Drago

Han pasado nueve días desde que regresamos a Bulgaria. Nueve días de silencio contenido, de miradas esquivas y palabras no dichas. Nueve días desde que enterraron a Alexei en una colina frente al mar. Zoya no estuvo allí. No pudo. No debía. Y aunque no lo diga en voz alta, sé que eso la ha roto más que todo lo demás.

Vencislav permaneció en Grecia hasta después del entierro. Esperó, pensando que Zoya aparecería. Que acudiría y la obligaría a salir de su escondite. Pero no lo hizo. Porque la culpa, en ella, no pesa más que la venganza. Y eso, por una vez, me da esperanza.

Aun así, me rompe verla en ese estado. Se levanta, camina, come algo, se encierra en su habitación… y repite. No llora. No grita. No pregunta. Y eso es lo que más me jode. Porque el dolor que no se dice es el que más envenena por dentro.

Irina ha intentado acercarse a ella en varias ocasiones, pero ni siquiera ella ha logrado que su estado cambie.

Yo, en cambio, la evito todo lo posible. No le he contado nada. Ni pienso hacerlo hasta tener todas las piezas. Sé que me odia por ese silencio. Y me lo merezco. Pero es un precio que prefiero pagar antes que verla caer otra vez. Más de una vez he estado a punto de

hablar, de soltarlo todo. No lo he hecho. Porque su odio, por injusto que sea, duele menos que verla derrumbarse de nuevo.

Saber que fue adoptada la haría trizas. La dejaría sin suelo, sin raíces, sin refugio. Y no me lo perdonaría. Ni ella… ni yo. Tarde o temprano tendré que contárselo. Lo sé. Pero al menos quiero que, cuando lo haga, tenga algo a lo que agarrarse. Quiero regalarle la posibilidad de conocer a sus verdaderos padres, de que reciba el cariño que Alexei no pudo darle y que el malnacido de Vencislav le arrebató.

De él me ocuparé más tarde, cuando todo esto esté resuelto. Voy a acabar con todo su jodido imperio y lo reduciré a cenizas. Con él dentro. Solo entonces el daño estará vengado. Solo entonces Zoya será mía. Y todo habrá terminado.

Por desgracia, las noticias no llegan tan rápido como quisiera. Justo después de que los Petrov regresaran a Varna, Sergei volvió a Grecia. Él es abogado, sabe moverse entre las sombras, y lo envié para que removiera el pasado sin levantar sospechas.

Esta mañana hemos quedado en que lo llamaría cuando llegara a la nave. Es la única forma de asegurarme que Zoya no nos descubra, como ocurrió la última vez, la noche de nuestro encuentro en el establo.

—¿Alguna noticia? —le pregunto a Sergei tras poner el *manos libres*.

Irina y Yasen están a mi lado.

—*Solo que el único centro que pudo llevar a cabo la adopción sufrió un incendio hace años* —responde al otro lado de la línea—. *El edificio quedó debastado y todos los archivos que guardaban allí se destruyeron con el incendio.*

—¿Y en la casa de Alexei? —interviene Irina.

—Nada. Estaba todo revuelto, supongo que por los hombres de Petrov.

—Lo harían al llegar, para buscar alguna pista sobre Zoya —advierto.

—De todos modos, he revisado cada rincón y no he hallado nada que nos lleve hasta sus verdaderos padres. Ningún documento. Ni una puta mención.

—¿Cómo puede un hombre ocultarle algo así a su hija? —deja caer Yasen, con el ceño fruncido.

—Los padres hacen cosas imposibles por los hijos —le responde Irina.

No sé qué pasa entre estos dos, pero más adelante tendrán que aclarármelo.

—¿Te han dicho algo en el ayuntamiento? —le pregunto a Sergei para olvidar la escenita que tengo ante mis narices.

—Me han dado cita para mañana por la mañana. Os diré algo cuando salga.

—Perfecto. Mantennos informados.

Presiono el botón y cuelgo. Ya todo queda en sus manos.

Guardo el móvil en el bolsillo y me quedo unos segundos en silencio, mirando a la nada. El día, de nuevo, va a ser largo.

Después de todo el día encerrado en la nave, Irina y Yasen se despiden y salen antes que yo. No tengo prisa por regresar al refugio. No esta noche. No con todo lo que me quema por dentro.

Conduzco de vuelta sin desviar la mirada de la carretera. No enciendo la radio. No fumo. Solo pienso. En Zoya. En la manera en que la esquivo o en que ella baja la mirada cada vez que paso cerca.

Me pregunto cuántas veces habrá intentado preguntarme lo que ya intuye. Y cuántas veces más podrá soportarlo.

Cuando aparco en el garaje interior, ya es noche cerrada. La finca duerme. El mundo también. Pero yo no. Yo soy ese puto insomne que vive esperando la próxima bomba.

Al entrar en la casa, la penumbra me recibe con ese silencio espeso que solo habita donde todo va mal. Cruzo el pasillo y me dirijo hacia la cocina con la esperanza de encontrar café caliente. En su lugar, encuentro a Milena.

Está de pie, junto a la encimera, con los brazos cruzados y la mandíbula apretada. Lleva con nosotros el suficiente tiempo para saber que me está esperando.

—No es el mejor momento, Milena —suelto de camino a la cafetera.

Pero ella no lo deja correr, y a pesar de mi desplante, se gira hacia mí.

—No ha comido —dice sin titubear—. Lo ha intentado, pero no ha podido. Y yo he probado de todo. Nada sirve. —No es enfado lo que destila su voz, sino preocupación—. Se encierra en su habitación —prosigue al ver que yo no respondo—. A veces la oigo llorar. El resto del tiempo… —traga saliva—, parece que ni está.

Pienso en silencio, pero no me vuelvo y sigo esperando a que el café caiga y llene mi taza.

—¿Ha vuelto a ver a Igor?

Milena niega con la cabeza. La veo de reojo, y su respuesta llega como un susurro triste.

—Desde que regresó de Grecia no ha querido acercarse —asegura—. Ni siquiera cuando se lo permitiste lo hizo. Ahora, en

cambio, ni lo nombra. Ni a él. Ni a nadie.

La escucho sin decir nada. Algo en el pecho se me cierra.

—Tienes que hacer algo, Drago —añade con tono de ruego, algo impensable en una mujer como ella—. Porque si tú no lo haces… ella no va a volver.

No le contesto. No puedo. Solo asiento una vez, y ella entiende que haré lo que pueda. Aunque no baste.

—¿Dónde está?

—En la biblioteca. Lleva allí más de una hora.

Dejo la taza tras beberme el café de un solo trago y me marcho en silencio. El pasillo parece más largo que nunca. Y cada paso que doy hasta llegar a la puerta me pesa como si llevara piedras en los bolsillos.

Empujo con cuidado. La biblioteca está a oscuras, salvo por la lámpara encendida junto al sillón del fondo. La encuentro allí, sentada con un libro cerrado sobre las rodillas, sin mover un solo músculo. El rostro bañado por la luz tenue. La mirada perdida en ninguna parte.

Me acerco, aunque no digo nada. No hasta que ella lo hace.

—Cogí esta novela pensando que me gustaría.

Su voz suena seca. Pero al menos suena. De todos modos, me quedo de pie para no invadir su espacio.

—Tienes más para escoger.

—Ni siquiera he leído las primeras líneas —murmura sin mirarme.

—Es tarde, Zoya —advierto de un modo severo. No soporto verla así—. Será mejor que descanses.

No dice nada. No niega. No replica. Solo se limita a pasar el dedo por el canto del libro.

—Sé que me ocultas algo —susurra, sin mirarme.

No me lo esperaba tan pronto. Me pilla en frío. Aunque no lo demuestro.

—Te ocultaría muchas más cosas si supiera que te hacen daño —contesto, eligiendo las palabras con precisión.

Ella levanta la vista. Y cuando sus ojos se clavan en los míos, me duele. Están vacíos. O casi. Solo queda rabia y desamparo en ellos.

—No quiero que me protejan. Quiero saber la verdad.

—¿Y si no puedes soportarla? —defiendo.

—¿Y si ya no puedo soportar la mentira?

Trago saliva. No tengo respuesta para eso.

Zoya se incorpora despacio, deja el libro en el sillón y camina hacia mí hasta quedar a un solo paso. No me toca. No me roza. Solo me habla.

—No necesito que me cuides, Drago. Necesito que confíes en mí. Que dejes de decidir por mí.

«Aún no, pequeña. Todavía no».

Da un paso atrás. Uno solo. Y se gira. Pero antes de salir, se detiene en el umbral de la puerta.

—No quiero que me mientan. Es lo único que pido.

Se marcha y de nuevo algo en mi interior se rompe. No logro moverme. Bajo la vista y frente a mí, en el sillón vacío, veo el libro que instantes antes sostenía entre las manos. Camino hasta él. Lo recojo. Dentro, entre las páginas, hay una nota doblada a modo de marcapáginas. En ella, una frase escrita a mano con su letra:

«A veces, el amor se parece demasiado al abandono».

La doblo de nuevo. Y la dejo donde estaba. Hay heridas que se cosen tarde. Y otras que se merecen estallar.

Y esta, maldita sea, va a explotar muy pronto.

***

La nave guarda un silencio distinto. No es el de siempre, ese que se mezcla con el zumbido de los generadores o con las voces apagadas del fondo. Este pesa. Se adhiere a las paredes como si presintiera lo que está a punto de pasar.

Sergei nos ha citado aquí. Su avión aterrizó hace unos minutos. No tardará.

Yasen no deja de dar vueltas por el despacho. Me tiene hasta los huevos, y eso que solo lleva una cerveza desde que ha entrado por la puta puerta.

Milena se ha quedado en el refugio con Zoya, e Irina llega tarde. Tenía cita con el médico por su problema de estómago. Lleva semanas con él, aunque algo me dice que su historia cojea por algún sitio.

—¿Te ha adelantado algo? —pregunta Yasen, cuando por fin se queda quieto y se sienta en el sillón que tengo frente a mí.

—No. Solo ha dicho que tenía que vernos aquí y que me asegurara de que no estuviera ella.

—¿Tan grave es lo que ha averiguado?

—Supongo que lo sabremos en breve.

Irina llega segundos después. Aún lleva el abrigo puesto, como si hubiera salido corriendo de la consulta. Me lanza una mirada rápida, y asiente. Ella también sabe que algo se cuece. Que hoy… no es un día más.

Me enciendo otro cigarro mientras cuchichean algo entre ellos. No puedo entender lo que dicen, aunque tampoco necesito saberlo. Solo quiero que Sergei llegue de una puta vez.

Mis plegarias son escuchadas y Sergei entra poco después. Solo con verle la cara, sé que no viene con buenas noticias. Nos saluda con un gesto tenso y se quita la chaqueta sin prisas. Nadie habla. Nadie se mueve. Ni siquiera hay tiempo para los saludos.

—Me he recorrido medio país hasta dar con algo —informa, mientras se remanga las mangas de la camisa y se sirve una cerveza de la barra. Imagino que debe estar sediento, aunque ahora solo me importa lo que tenga que decirme—. Siento no traer ningún documento conmigo para acreditarlo.

—¿Y entonces? —le apremia Irina.

Sergei se gira hacia nosotros.

—Tendréis que confiar en mi criterio. El incendio lo arrasó todo, como sabéis. Sin embargo, traigo un testimonio. Encontré a una mujer que compartió habitación con la madre de Zoya en el centro de acogida, hace veintisiete años. Alguien del ayuntamiento la conocía. Me pusieron en contacto con ella y fui a visitarla. Me contó todo lo que sabía.

Nos mantenemos en silencio. Yo, con el pulso contenido y los nudillos cerrados.

—La madre de Zoya no era griega como pensábamos en un principio —continúa—. Se llamaba Nadia y era búlgara.

Irina se echa las manos a la cabeza y Yasen se remueve en el asiento.

—Sigue —le exijo. Mi voz no oculta la tensión que me provoca que tarde tanto en contarlo.

—No tenía familia y trabajó como sirvienta interina en una casa acomodada durante años —prosigue Sergei—. Al parecer era una mujer preciosa. —«Tanto como su hija»—. Y su jefe se encaprichó

de ella. Estaba casado, pero la engatusó y la dejó embarazada. Quiso obligarla a abortar para impedir un escándalo. Ella se negó, y él la despidió.

Por desgracia, conozco muchos casos como el suyo, e imagino cómo acaba la historia.

—La mujer no tenía a nadie —prosigue—. Se quedó sola, sin dinero y sin un techo donde quedarse. Durmió en parques y cajeros, mendigó durante semanas, hasta que se vio obligada a pedirle ayuda al padre de la niña que esperaba. Él, lejos de apiadarse de ella, la amenazó con denunciarla a la policía con un robo falso para que la detuvieran. Fue entonces cuando huyó del país y se fue a Grecia.

—¿Y Zoya? —pregunta Irina.

—Malvivió durante un tiempo, y cuando el parto se acercaba, consiguió que la aceptaran en el centro de acogida y adopción. Allí conoció a la mujer que me contó todo. Ella también esperaba un bebé, y se confesaron sus respectivas historias. Nadia murió poco después del parto, y Zoya fue dada en adopción.

—Alexei y su mujer —murmuro.

—Así es —me corrobora—. Descubrieron que él no podía tener hijos y decidieron acoger a una recién nacida, de la que solo conocían su nombre. Zoya.

Sus palabras preceden a un largo silencio.

Me muerdo el labio y cierro los puños. Su verdadera madre está muerta. Nunca podrá conocerla. Jamás podrá hablarle. Ni exigirle nada. Ni perdonarla. Siento un vacío en el pecho. Y sé que no es mío.

—¿Y el padre? —pregunta Yasen—. ¿Sigue vivo?

Sergei no responde de inmediato. Se remueve. Respira. Y es entonces cuando lo noto. La tensión que lo atraviesa. El temblor en los dedos.

—¿Qué pasa? —le espeto.

Nos mira uno a uno, hasta que se detiene en mí.

—Por eso volé de inmediato a Varna —admite con voz ronca—. No podía contároslo por teléfono.

El aire de la sala se vuelve más pesado.

—¿Qué has descubierto? —insisto.

—Pese al tiempo que ha pasado, la mujer recordaba todo como si fuera ayer. Le hice todo tipo de preguntas, incluida la misma que me acabas de hacer. Le pregunté por el hombre que la dejó embarazada, por el hombre de esa casa donde trabajaba. No solo recordaba su nombre, también su apellido.

Lo miro. Me acerco.

—¿Quién era?

Sergei vacila. Y entonces, lo dice.

—Gregor Petrov.

Todo se congela. El tiempo se detiene.

—¿Qué…? —musita Irina.

—¿Estás seguro? —interviene Yasen, con el ceño fruncido.

—No hay dudas —asegura Sergei—. Las fechas coinciden. La zona. El tipo de hombre. La forma de actuar. Todo encaja. Zoya es hija de Gregor.

El mundo se me cae a los pies. Tardo un segundo en respirar.

—¿Estás diciendo que…? —murmuro, sin atreverme a terminar.

Sergei asiente. Y lo confirma.

—Me temo que sí. Zoya es hermana de Vencislav.

No oigo nada más. El aire se vuelve denso, irrespirable.

Me levanto. Camino sin rumbo hasta el ventanal. Y de pronto, todo arde. De un puñetazo estallo el cristal. El rugido que sale de mi pecho no lo reconozco ni yo.

Gregor. El puto Gregor le hizo esto. A ella. A mí.

Vuelvo a girarme, con la sangre bajándome por los nudillos, y una sola certeza martilleándome el pecho:

Ahora sí. Se acabó el juego. Y esta vez… no va a quedar nadie en pie.

Capítulo 31

Zoya

La yegua avanza despacio, como si notara que no tengo prisa por llegar a ningún sitio. Me aferro a las riendas con una mano, pero no la dirijo. La dejo caminar por la finca, libre, igual que mis pensamientos, que van y vienen como un viento que no cesa.

Han pasado casi dos semanas desde que regresamos de Grecia, y aunque el mundo ha seguido girando, yo me he quedado quieta. Como atrapada en una de esas bolas de cristal que se agitan y todo dentro parece hermoso, pero que, si miras bien, todo es artificial. Falso. Frágil.

La muerte de mi padre me persigue. No pude despedirme él, ni estuve en su entierro. No merecía una despedida así. Como yo tampoco la vida que me ha dado Vencislav. Él es el único culpable de que esté aquí, de arrebatarme a la única familia que me quedaba. Solo hay un modo de llenar el vacío que siento, sin embargo, nadie aquí me da la oportunidad de hacerlo.

No me importa que ninguno de ellos me hable. Que Drago me mire como si le doliera respirar. Ni que yo misma haya dejado de acercarme a Igor, como si su inocencia me recordara todo lo que ya no soy. O que Milena intente sin éxito que coma como si tuviera diez

años. No me importa. Porque nada importa hasta que se haga justicia. Y eso solo ocurrirá cuando Vencislav muerda el polvo como hizo mi padre. Solo entonces podré respirar sin que me arda el pecho.

La yegua se detiene a la altura del viejo granero. El sol tiñe de luz los campos. El viento mueve las hojas. Es lo único que se mueve, en realidad. Porque yo sigo quieta. Igual que la rabia. Igual que el silencio y la indiferencia de Drago.

Escucho pasos a mi espalda y me giro para ver de quién se trata. Es Irina.

—¿Puedo acercarme? —pregunta, siempre con ese tono neutro que nunca sabes si es contención o respeto.

—Es tu casa —respondo sin moverme. Eso basta para que lo tome como un sí.

—A veces, hasta yo dudo que sea cierto.

Camina unos pasos y, al llegar a mi posición, acaricia el cuello de la yegua. Desde que descubrí que estaba embarazada, su trato hacia mí cambió. Ella es la única con la que converso un poco cada día, a pesar de ese carácter tan suyo al que me he ido acostumbrando con el tiempo.

—Tienen que hablar contigo —añade tras unos segundos.

—¿Quiénes?

—Todos.

Suspiro. No por fastidio, sino por anticipación. Sé que hay algo. Lo he sabido desde hace días. Y si todos van a estar allí, es porque lo que me tienen que decir… no va a gustarme.

—¿Es tan grave?

—Es importante. Y es momento de que lo sepas.

Asiento. Una sola vez. Luego muevo las riendas y guío a la yegua de vuelta al establo. Irina camina a mi lado en silencio, como si entendiera que no quiero palabras, solo tiempo para asimilar lo que se avecina.

Cuando llegamos al interior, desmonto despacio y le retiro la montura con manos firmes. Abro el portón del box y guío a la yegua hasta dentro. El ruido de sus cascos sobre la madera resuena más de lo que debería. Me quedo junto a ella, acariciándole el cuello para calmarla. O para calmarme yo.

Cierro la puerta del box y antes de salir me giro hacia Irina. Lleva las manos cruzadas sobre la barriga, como si protegiera algo que aún no tiene forma. Me acerco. No mucho. Solo lo justo.

—¿Qué te ha dicho el médico? —pregunto, mientras cierro la puerta del box.

Irina deja salir un sonoro suspiro.

—Que está todo bien. Que el bebé crece sano.

—¿Puedo?

Ella asiente. Coloco mi mano sobre su vientre, suave, sin apretar. Irina no dice nada, aunque esa mirada suya… es más cálida que cualquier abrazo.

—Vamos. —Retiro la mano, y le dejo el paso libre—. No me gusta que me esperen.

Me recojo el pelo en una coleta rápida, y empiezo a caminar hacia la casa. Ella lo hace a mi lado. Estoy lista. O eso quiero creer.

Cruzo el umbral con el estómago hecho un nudo. La casa está en silencio, más del que debería. Ni una voz. Ni una risa. Solo el leve murmullo de los pasos de Irina y los míos.

Al entrar al salón, lo primero que percibo es que están todos, incluso Mihail, que está sentado en uno de los sillones individuales, con los dedos entrelazados sobre las rodillas. Sergei está junto a la barra, como si se hubiera detenido a medio paso. Yasen está en el sofá, con los codos apoyados en las rodillas y una tensión nueva en el rostro. Todos me miran. Todos menos él.

Drago está de pie, junto a la ventana, de espaldas. Con el cigarro encendido entre los dedos y los hombros rígidos como piedras. No hace amago de girarse. Ni siquiera cuando entro. Solo entonces entiendo que sí, que esto va a doler.

—¿Dónde está Igor? —pregunto al notar su ausencia.

Irina se inclina un poco y me susurra al oído:

—Se lo ha llevado Milena. Por si acaso.

«Por si acaso».

Por si grito. Por si lloro. Por si estallo. Al parecer, todos esperan que me rompa. Y aún no saben que eso ya ocurrió hace mucho tiempo.

Me siento en el sillón más cercano a la puerta. Nadie habla. Nadie parpadea. El aire se vuelve espeso, y lo único que escucho es el sonido de mi propia respiración.

—Habla, Sergei —dice Mihail con tono bajo, como si estuviera más pendiente de mí que del abogado.

Él asiente, se pasa una mano por la nuca, y se adelanta un poco.

—He pasado los últimos días en Grecia, buscando información sobre el pasado de Alexei y su mujer. Pero lo que he encontrado no tiene nada que ver con ellos…, sino contigo.

No pestañeo.

—No necesito saber nada sobre mi pasado —interrumpo—. Solo quiero saber cómo vengar a mi padre.

Al fin, Drago se gira. Sus ojos se clavan en los míos, y por un segundo veo en ellos un destello de algo parecido al miedo. O a la culpa. No lo tengo claro.

—Zoya… —empieza Sergei—. Lo que vamos a decirte no va de venganza. Va de verdad.

Lo miro. Los miro a todos. Están preparados para decirlo. Y yo… no sé si estoy preparada para escucharlo.

—Siento que tengas que enterarte así —añade Mihail—. Pero ya no podemos ocultártelo más.

Mis manos se aferran a los brazos del sillón. Me obligo a no temblar.

—¿Ocultarme qué? —demando.

Sergei baja la mirada un segundo antes de elevarla de nuevo hacia mí.

—Zoya… no eres hija biológica de Alexei. Fuiste adoptada.

No hay gritos. Ni exclamaciones. Ni portazos. Solo ese silencio denso que cae de golpe como una lluvia fría.

«Adoptada».

La palabra se me clava como una aguja bajo la piel. Por inesperada. Por injusta. Por cruel.

—Siempre me dijeron que mis ojos azules venían de un abuelo que nunca conocí —susurro, más para mí que para ellos—. Un invento más.

Los recuerdos empiezan a caer, uno a uno. Mi infancia. Las fotos. Las historias. Las Navidades. Todo se desdibuja en un instante porque no eran del todo verdad.

—¿Cómo…? —Me aclaro la voz y me obligo a mirarlos—. ¿Cómo es posible que nadie me lo dijera? ¿Por qué?

—Porque te querían —responde Irina con suavidad—. Porque para ellos eras suya.

Aprieto los labios. Lo entiendo. Y al mismo tiempo, no.

—¿Murieron conscientes de que yo no lo sabía?

—Sí —responde Sergei—. No pudieron decírtelo. Y lo poco que quedaba en papel se quemó en el incendio del centro de acogida y adopción donde naciste. No quedó ni un documento.

Me quedo quieta. Tan quieta como el vacío que se abre dentro de mí. Es como si toda mi vida hubiese tenido una grieta invisible que ahora se resquebraja.

—¿Y por qué tengo que creeros? —mascullo, negándome a aceptar lo que todos parecen haber asimilado antes que yo.

—Sergei ha investigado, ha hablado con muchas personas, y no ha vuelto hasta dar con toda la verdad —responde Mihail.

No sé muy bien por qué, pero creo en su palabra. Creo todo cuanto me dicen a pesar de lo mucho que duele.

Uno nunca está preparado para una noticia así. Si lo que dicen es cierto, alguien me dejó atrás. Me entregó. Me sacó del vientre, me miró —quizá—, y decidió no quedarse. Me entregó. Me apartó de su vida como si yo no importara. Siento el abandono calarme hasta los huesos, y me pregunto si lloré. Si alguien me abrazó. Si hubo una mano que me sujetara fuerte para no soltarme nunca.

Lo peor de todo es que ya no importa. Porque el daño ya está hecho. Porque la niña que fui la perdí hace demasiado tiempo. Y porque la mujer que soy… acaba de romperse en silencio.

—¿Has averiguado quiénes son mis padres? —me atrevo a preguntarle a Sergei, mirándolo directamente a los ojos.

—Tu madre murió días después de que nacieras, fue en un centro de acogida, de ahí que te dieran en adopción.

Él continúa contándome toda la historia. Que mi madre no era griega, sino búlgara, que emigró allí cuando la expulsaron de la casa donde trabajaba, que en sus últimas semanas de vida hizo amistad con la mujer con la que él se citó en Grecia, que mi madre me puso el nombre de Zoya nada más nacer… Escucho cada palabra sin perderme nada, a pesar de que mi mente, al mismo tiempo, piensa en dos cosas. La primera, que mi madre no me abandonó, que me quería y puso en riesgo su propia vida solo para salvarme. Y la segunda…

—¿Y mi padre?

Sergei no responde. Nadie lo hace en realidad. Todos se miran entre ellos como si estuvieran decidiendo quién lo hará. Al final, es Mihail quien se adelanta.

—Zoya, antes de que te digamos quién es, queremos que sepas que, si necesitas cualquier cosa, estamos aquí para apoyarte. Respira hondo y todo irá bien.

Niego con la cabeza. No quiero aire. Quiero respuestas. Y las quiero ya.

—Decídmelo todo. Todo lo que sepáis. No estoy hecha de cristal.

Todos me miran y nadie responde. Les devuelvo la mirada con frialdad, porque es lo único que me permito sentir en este momento.

—No esquivéis mi pregunta —defiendo con firmeza—. Si me habéis reunido aquí es porque sabéis quién es. Así que decidlo. Ahora.

Drago da un paso. Se aparta del ventanal. El cigarro humea entre sus dedos, pero no lo lleva a la boca. Está serio. Más de lo habitual. Por un segundo, pienso que va a mentirme. Que va a negarlo todo.

—Zoya. Tu padre biológico es Gregor Petrov.

El mundo se detiene. La sangre. El tiempo. La realidad.

—Quieres decir que…

—Que Vencislav Petrov es tu hermano —remata por mí.

Ni un suspiro. Ni una lágrima. Ni un grito. Nada.

Me quedo quieta. Sentada. Con los ojos clavados en los de Drago. Podría romperme. Podría caer al suelo y maldecir mi suerte. Podría suplicar por un destino distinto. Pero no lo hago.

—¿No vas a decir nada? —susurra Irina, con esa dulzura que ya empieza a dolerme.

Alzo la cabeza. Me pongo en pie. Con los brazos a los lados. Las piernas firmes. La voz congelada. Y cuando hablo, no lo hago como una víctima. Sino como quien ha renacido del barro.

—Durante años, ese hijo de puta me humilló. Me maltrató. Y hasta me violó. Para él yo no era más que un trofeo que exhibir. Me golpeaba cuando no obedecía. Me escupía. Me arrastraba del pelo por los pasillos sin que nadie hiciera nada, solo para demostrar que era suya. Me obligaba a sonreír delante de sus socios, sobre todo delante de ti —añado, mirando a Drago—. Y cuando todo acababa… me castigaba de todas las formas posibles que se puede a un ser humano.

Yasen gira la cara. Mihail contiene un bufido. Sergei aprieta los puños. Irina se lleva una mano a la boca; ella solo conocía una parte de la historia.

—¿Por qué nunca dijiste nada? —susurra.

—Porque no había nadie que quisiera escucharlo.

Drago guarda silencio. Pero puedo ver cómo le tiembla la mandíbula. Cómo sus dedos se cierran hasta apagar el cigarro contra la palma. Ni siquiera parpadea.

—Ahora entiendo por qué huiste la noche de la gala —añade Irina, con la voz rota.

Camino hacia el centro del salón. No me tiemblan las piernas. Ni la voz. Ni el alma. Ya no.

—He vivido en esta casa. He comido con vosotros. He montado a vuestra yegua. He visto a Igor mirar el mundo como yo jamás lo hice. Y os he observado. A todos. Uno por uno. Habéis cuidado de mí cuando no teníais por qué. Me habéis mentido… sí. Aunque también me habéis salvado. —Hago una pausa. Me giro. Los encaro —. Puede que no sea correcto lo que voy a pediros, después de todo. Y aceptaré cualquier decisión que toméis —añado, dejando que el silencio se expanda—. Ellos no son mi familia, nunca lo han sido. Sé que la familia no es algo que se escoge, que viene dado al nacer, pero yo os elijo a vosotros. —Ninguno responde y tampoco niega mi elección—. No quiero justicia —sentencio sin que me tiemble la voz—. Quiero las putas cabezas de los Petrov.

Nadie se mueve ni dice nada. Y entonces, Drago camina hacia mí. Lo hace despacio, con esa forma suya de apoderarse del aire. Se planta frente a mí, me sostiene la mirada, y sin pedir permiso, me besa. No con pasión. Sino con respeto. Con rabia. Con promesa.

Cuando se separa, gira el rostro hacia los suyos.

—Zoya es una Markov. Es una de los nuestros, y tendrá lo que quiere —declara, con voz firme. Ninguno lo contradice y de nuevo se

gira hacia mí para mirarme a los ojos—. Vamos a acabar con los Petrov.

Capítulo 32

Zoya

La casa parece un cuartel. Cada habitación está ocupada, cada rincón huele a tensión. Llevan días encerrados planeando el golpe final contra los Petrov, y aunque ya soy una Markov, aún hay puertas que no me abren.

Las reuniones son constantes. Pizarra, planos, cálculos, posibles rutas de huida. Drago lidera todas. Es implacable en cada orden que da. Todos lo siguen. Nadie cuestiona sus órdenes.

Yo, en cambio, soy la única que no forma parte del círculo.

A veces escucho murmullos tras las puertas cerradas. Otras, me cruzo con ellos saliendo del despacho, cabizbajos, nerviosos, como si el infierno se acercara y ya lo olieran desde lejos. Y mientras, yo estoy aquí, esperando, como una espectadora más.

Drago apenas me mira. Apenas me habla. Solo lo justo. Lo necesario. Desde la noche de la revelación, esperaba que todo cambiara. Me equivoqué. Ahora es aún peor que cuando volvimos de Grecia. Está tenso. Distante. Distinto. El deseo que hubo entre nosotros aquella noche en el establo parece haberse apagado sin explicación.

Pero yo no me apago. Yo ardo. Lo deseo más que nunca. Y lo peor es que él lo sabe.

Esta noche he decidido buscarlo. No puede seguir negándome, hacer como que no siento nada. Lo espero junto a la puerta de su habitación. Él está abajo en el salón, en otra reunión que no me han dejado escuchar, y no creo que tarde.

Cuando lo hace, se detiene en mitad del pasillo al verme.

—Quiero hablar contigo —advierto sin molestarme en usar preámbulos.

—Ahora no, Zoya.

—Ahora sí, Drago —respondo, cruzando los brazos. Él se queda quieto. Me observa. Veo la tensión en sus hombros, la furia controlada en su mandíbula. Está conteniéndose. De mí. De sí mismo. —Llevas días evitándome —me atrevo a confesarle, mientras me acerco a él—. No me miras, no me tocas, ni siquiera me hablas si no es estrictamente necesario. ¿He hecho algo?

—No es eso.

—Entonces, ¿qué coño es?

Odio cuando no responde a mis preguntas y deja un silencio entre nosotros, porque ese silencio dice más que cualquier palabra.

—Te deseo, Drago —suelto, sin rodeos—. Y no pienso seguir fingiendo que no lo sabes. Quiero que me toques. Que me folles. Que me arranques todo lo que me pesa dentro.

Él cierra los ojos. Respira hondo. Y niega.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque tú… —Se detiene. Levanta la mirada, y esta vez sus ojos están llenos de tormenta—. Solo intento protegerte.

—¿Protegerme o apartarme?

—No quiero que estés presente el día del enfrentamiento, así que mantente al margen.

Drago me rebasa en dirección a su cuarto, pero yo se lo impido cogiéndolo del brazo, ese tatuado que semanas atrás me abrazaba y me hacía sentir que formaba parte de él.

—Pues busca la forma —mascullo—, porque no pienso quedarme aquí sentada mientras el resto os jugáis la vida por mí.

—No vendrás —repite con voz cortante, volviéndose hacia mí—. No voy a permitirlo.

—¿Por qué? Te empeñas en verme frágil, y no lo soy, Drago. He soportado mucho más de lo que creí ser capaz, y te aseguro que puedo ser útil. Aprenderé, haré cualquier cosa como una más de vosotros.

—No voy a poner tu vida en peligro, Zoya —asegura inquebrantable.

No piensa ceder. Puedo verlo en la forma en que me mira. Pero yo tampoco.

—Entonces, solo hay una forma de solucionarlo —me encaro decidida a todo—. Enséñame a disparar.

—Jamás haré tal cosa. —Su expresión es más dura que sus palabras.

—No me das la oportunidad y tampoco me tocas —alzo la voz, sintiendo cómo mis ojos se llenan de fuego—. Si no me siento libre… no me das mejor vida que la que él me dio.

Drago tensa la mandíbula con más fuerza. Sé que lo tengo al borde del colapso. Sin embargo, por primera vez en mucho tiempo, no me importa.

—Zoya…

—No —le corto, alzando la mano para detenerlo—. Se acabó, Drago. Esta también es mi guerra, y no me quedaré sentada sin hacer nada, por mucho que te cueste aceptarlo.

Me giro y me largo todo lo deprisa que puedo. Siento su mirada en mi espalda, pero no me detengo. Su afán por protegerme no puede arrebatarme lo único que me queda: venganza.

***

Busco a Irina desde que amanece. No he dormido. Tampoco quiero. La noche se me ha hecho larga, igual que la rabia que aún me hierve en el pecho. Drago no quiere enseñarme a disparar. No quiere que vaya a la guerra. No quiere tocarme. No quiere… nada.

Pues yo sí quiero. Quiero luchar. Quiero acabar con esa gente que tanto daño me ha hecho. Y si él no me da las armas, me las daré yo.

Encuentro a Irina en la cocina, hablando con Milena. En cuanto me ve, entiende que no vengo a desayunar. Me aparta la mirada de encima y deja la taza en la encimera.

—Tenemos que hablar —le digo.

—¿Pasa algo?

—Sí. Quiero que me enseñes a disparar.

Milena alza una ceja, aunque Irina ni se inmuta. Solo entrecierra los ojos y baja la voz.

—¿Lo sabe Drago?

—No está de acuerdo —admito—. Pero me da igual. Esta también es mi guerra.

No es necesario que diga nada más. Irina asiente, seca, firme, y sin añadir palabra, me indica con un gesto que la siga. Tras pasar por un pequeño cuarto al que no entro, más por precaución que por

temor, me guía hacia la puerta de entrada. Cruzamos el jardín sin que nadie nos vea, bordeamos el invernadero y entramos en una zona que nunca había explorado. Una explanada con árboles a los lados y unas dianas al fondo, desgastadas por el sol y los disparos. El suelo está cubierto de grava y casquillos, y el aire huele a pólvora y resina.

—Aquí entrenamos de vez en cuando —explica, mientras abre una caja metálica y saca una pistola negra pequeña, que sostiene como si fuera una prolongación de su mano.

—Es una Glock 17. Ligera, fiable y de tiro rápido. Tiene retroceso, pero nada que no puedas dominar.

—La conozco. Solo necesito aprender a usarla.

No se sorprende. Yo tampoco al ver con qué naturalidad la maneja.

—Bien. No soy la que mejor puntería tiene de la familia, pero te bastará para conocer lo esencial. Lo primero, seguridad. —Irina se coloca delante de mí y me la enseña paso a paso—. Esto es el seguro. Siempre va activado mientras no estés lista. Esto es el cargador, donde van las balas. Y esto —extrae la corredera y la acciona con suavidad—, es lo que tienes que comprobar antes de apuntar.

Luego me la entrega. Pesa menos de lo que creía, pero se siente como si sujetara algo sagrado. O letal. Me pide que haga cada uno de los movimientos y, por su gesto, sé que lo estoy haciendo bien.

—Tienes buena mano —admite—. ¿Lista?

—Siempre.

Me sitúo frente a la diana. Irina se coloca a mi lado. Me corrige la postura, me hace flexionar ligeramente las rodillas y ajustar los

brazos.

—Apunta. Cierra un ojo. Mira el centro. No lo pierdas de vista.

—¿Y si me tiemblan las manos?

—Aguanta el pulso. Respira hondo. Aprieta solo cuando lo sientas.

Levanto el arma. El centro de la diana está lejos, pero no tanto como los recuerdos que intento borrar. Aprieto el gatillo. El disparo suena seco. El proyectil se clava a un lado, lejos del centro.

—Otra vez —ordena Irina—. Hasta que des en el blanco.

No me rindo. Repetimos. Una y otra vez. Me ajusta los brazos, me agarra de la muñeca, me corrige la presión de los dedos. Me habla al oído con paciencia, como si me hubiera enseñado a disparar toda la vida.

Pero cuando empiezo a cogerle el tranquillo, escucho unos pasos a nuestra espalda. Son firmes. Rápidos. Furiosos. Y al instante sé de quién son.

—Fuera de aquí —le ordena de forma seca.

—Drago…

—He dicho que te largues. —Su voz suena tan grave que ni yo me atrevo a seguir disparando.

Irina no replica. Me mira. Y se va.

Yo continúo con la pistola aún entre los dedos, con el corazón latiendo en la garganta y con la certeza de que esto no ha hecho más que empezar.

Sin embargo, Drago se queda quieto, como una estatua, con los ojos llenos de fuego.

—Solo ha hecho lo que le he pedido —le espeto, sin moverme—. No deberías echarla por algo que he decidido yo.

No me responde. Su silencio me desconcierta, y me prevengo por lo que está a punto de ocurrir.

—He tenido que buscarme una salida porque tú te negabas —sigo hablando, aunque me escuece el orgullo—. No pienso quedarme quieta mientras todos os jugáis la vida. No soy una princesa atrapada en una torre. Ni una víctima a la que cuidar.

Él continúa mirándome. Inmóvil. Es como si todo cuanto digo no le importara lo más mínimo. Tengo la boca seca. No sé en qué momento va a estallar y continúo defendiendo mi posición en todo esto.

—Si no me dejas luchar contigo, no eres mejor que él —añado, sin temblar—. Porque al final, tú también me estás negando la libertad.

Más silencio. Hubiera preferido escuchar sus gritos, al menos así justificaría todo cuanto no dejo de soltar. Sin embargo, nada de cuanto digo parece afectarle. No sé qué es peor.

Doy un paso atrás para guardar la pistola en la caja. A Irina ya no logro verla, y no tiene demasiado sentido seguir disparando sola, mientras le hablo a un muro de piedra.

—Así no se coge el arma —suelta de pronto. Su voz es un susurro. Bajo. Grave. Letal.

Me doy la vuelta despacio. Él se acerca de igual modo también, marcando con cada paso una frontera que no piensa dejar atrás.

—¿Vas a enseñarme ahora? —pregunto con ironía.

—Voy a asegurarme de que, si algún día la necesitas, sepas usarla.

El corazón me late a mil. Drago se sitúa detrás de mí. Puedo sentir su calor, su aliento. Me rodea con el cuerpo, sin tocarme.

Hasta que toma mi mano. La posiciona. Y ajusta mi dedo al gatillo.

—Apunta. Sin miedo. Sin temblores —me susurra al oído.

Me cuesta centrarme teniéndolo tan cerca, aunque aun así lo intento. Apunto al centro de la diana y vuelvo a fallar.

—Puedo hacerlo mejor, estoy segura —me excuso.

—Apuntar es fácil cuando no hay tensión. Lo difícil viene cuando el miedo te atrapa. Cuando alguien te apunta a ti.

Al momento, su mano se desliza por mi abdomen, sube lenta y me abre el botón del pantalón sin pedir permiso. Sus dedos entran con precisión. Me roza. Me acaricia. Me invade.

—La gente usa las drogas por la adrenalina, pero te aseguro que no hay mayor droga que la de apuntar a un hombre a la cabeza —susurra, dejando que su aliento acaricie el interior de mi oído—. No hay nada que se le acerque.

Jadeo. El cuerpo me traiciona. La respiración se me corta.

—Concéntrate —añade, mientras me sigue acariciando—. Porque si algún día te apuntan, será peor que esto.

Me cuesta pensar. Me cuesta sostener el arma sin que me tiemblen las muñecas, las piernas y la mitad del jodido cuerpo. Su dedo presiona justo donde sabe. Me está empujando a romperme.

—No puedo… —balbuceo.

—Sí puedes —responde él, firme, oscuro—. Mira el objetivo. No lo pierdas de vista.

—Me mueves…

—Si tu vida está en juego, temblarás aún más. Apunta.

No sé cómo lo hago. No sé cómo consigo alzar el brazo, enfocar la vista, cerrar un ojo y sostener el arma como si de verdad pudiera.

Como si no tuviera sus dedos en mi centro y su cuerpo cubriéndome por detrás, clavándome su entrepierna.

—Solo tú eres la dueña de esa bala. Tú la diriges. Tú eres la que manda.

Apenas consigo mantener firmes las rodillas. Sus dedos sacuden mi centro de un modo lascivo. Deshonesto. Salvaje.

—Debes contenerte, controlar tu mente y tu cuerpo. Dispara. Ahora —ordena.

Lo hago. El estallido me sacude. Y la detonación del arma resuena con más fuerza que las veces anteriores. La bala da en el blanco. Justo en el centro.

Me quedo sin aire. No solo por el impacto, sino por todo lo que acabo de vivir.

Drago se aparta. Me observa como si acabara de ver algo que no esperaba. No sé qué es, pero algo ha cambiado.

—¿Y ahora qué? —le lanzo, mirándole a los ojos—. ¿Sigo sin estar preparada?

Él niega. Me rebasa y me coge el rostro con las manos.

—Ahora sé que eres más fuerte de lo que pensaba. —Sus manos tiemblan. Su voz no—. Pero esto no va solo de disparar, Zoya. Va de asumir el precio.

—Lo asumiré —respondo, más segura de lo que nunca lo he estado en toda mi vida—. Y si tengo que mancharme las manos… que sea con la sangre de ellos.

Me acaricia la mejilla, con ternura y rabia mezcladas. Como si doliera. Como si ardiera.

—Vamos a darles el infierno que merecen. Pero esta vez…, tú también arderás conmigo.

Capítulo 33

Zoya

El salón parece una sala de guerra. No hay música, ni risas, ni copas a medio terminar. Solo mapas y planos extendidos sobre la mesa, notas y marcas de rotulador en diferentes colores. Drago preside la reunión con el ceño fruncido y la voz afilada. Nadie habla. Nadie se atreve.

Yo me mantengo en un lateral, de pie. Atenta. Presente. Esta vez no me han apartado. Esta vez formo parte del círculo.

—Bien. Este es el plan —empieza—. Vencislav ha retomado las riendas del negocio desde que Gregor se apartó. Y eso nos da ventaja. —Todos se inclinan hacia delante. Yo también—. La idea es coger tanto a uno como a otro.

—Gregor suele visitar la fábrica los miércoles —intervengo.

—Momento perfecto para pillarlos a ambos y matar dos pájaros de un tiro.

—Siempre me ha gustado la caza —comenta Yasen.

—Por lo que sabemos —prosigue Drago—, Vencislav llega a la oficina sobre las nueve. Si no hay cambios, daremos el golpe entonces.

—Todo un madrugador —se mofa Sergei.

—Le llevaremos el café en persona —se une Irina.

Drago despliega varios planos y señala el croquis de la fábrica. En él hay tres rutas marcadas, tres colores. Tres frentes. Todo está medido al milímetro. Como un asalto militar.

—Nos dividiremos en tres equipos. Sergei, tú liderarás el equipo verde. Contarás con diez hombres y cubrirás el acceso oeste. Iréis por el camino trasero, rodeando la verja. Hay puntos ciegos en las cámaras. Usadlos.

—Hecho —responde serio, asintiendo con la cabeza.

—Yasen, tú estarás al frente del equipo morado, junto a Irina. Rodearéis por el este y cubriréis la vía de escape.

—¿Morado? —replica Yasen con el ceño fruncido—. ¿No había un color menos… hortera?

—¿Quieres que lo cambie por rosa? —le suelta Irina, sin levantar la vista del mapa.

—Con tal de que no me pongas lentejuelas…

—¿Vais a seguir tocando los huevos o puedo seguir? —Yasen muestra las manos en señal de paz, y Drago continúa—. Os acompañarán nueve hombres —aclara—. Coordinad los movimientos con Sergei. Los ocho restantes vendrán conmigo y con Zoya. Equipo negro. Entrada principal. Hora cero, 08:55.

—Tu color mola más —comenta Yasen, sin poder evitarlo.

—Si tanto te gusta, te mandaré un ramo de rosas de ese color cuando todo esto termine.

«Siempre y cuando volvamos con vida».

—Mihail, tú esperarás aquí para prevenir —añade—. Tendrás todo listo y el quirófano preparado.

«¿Hay un quirófano?».

El médico asiente y nadie añade nada. Hay tensión. Pero también fuerza. Una especie de energía que lo recorre todo, como si supiéramos que estamos a punto de jugar la última carta y nos diera igual perder, si con ello podemos volar el tablero por los aires.

—¿Alguna pregunta más? —plantea Drago, barriendo la sala con la mirada. Todos negamos con la cabeza, excepto Irina—. Bien. Pues eso es todo.

—Espera. Yo sí tengo algo que decir.

Drago frunce el ceño. Yo la miro y le hago un gesto para que se detenga, aunque ella no hace ni caso.

—No es el mejor momento, lo sé —comienza a plantear—. Pero, por si no salimos de esta…

—Saldremos —la corta Drago—. Llevamos días planeándolo. Ninguno de nosotros va a morir.

—Solo intento decir que, por si acaso…

—No vuelvas a decirlo. ¿Entendido?

—Pero, antes de nada, me gustaría que…

—¡He dicho que no lo repitas!

—¡Estoy embarazada, joder! —grita ella, molesta.

La palabra se queda flotando en el aire como una maldición. Drago tensa la mandíbula, cierra los puños y le da una orden clara a Sergei.

—Llévate a Igor de aquí.

El abogado no tarda ni un segundo en reaccionar. Sale del salón y avisa a Milena para que acompañe a Igor a la otra punta de la casa. El resto nos quedamos en silencio. Nadie respira.

Drago se gira hacia Irina. Luego, hacia Yasen.

—¿Quién es el padre? —pregunta en voz baja, con una calma que hiela—. Es él, ¿verdad?

Irina se muerde el labio. No dice nada. Yasen tampoco. Solo se miran. Y con eso basta.

—¡Tú! —masculla Drago, dando un paso al frente hacia él.

—Drago, espera —le pide Yasen.

—¡¿Cómo has podido?! ¡Es mi hermana!

—Yo la quiero.

—¡Y yo partirte la cara, cabrón!

—Puedo explicártelo —intenta calmarlo Yasen, levantando las manos.

—¿Crees que no sé cómo se hacen los hijos?

—¡Drago, por favor! —salta Irina, poniéndose entre ambos.

—Tranquila, cariño, puedo arreglar esto —le dice Yasen.

—¡Vuelve a llamarla así y te arranco la puta lengua! —gruñe, con furia en los ojos, dando un paso más hacia él.

Irina intenta detenerlo, lo agarra por los antebrazos, pero Drago no se detiene.

—Apártate —le advierte con voz grave.

Sin embargo, ella no se mueve. Yasen tampoco.

—No quiero hacerte daño, pero no voy a retroceder —le advierte este.

—No espero que lo hagas —asegura Drago, justo antes de lanzarse hacia él.

El primer puñetazo suena seco, crudo. Yasen lo encaja, aunque responde con otro. Yo aparto a Irina de un tirón, sujetándola del brazo.

—Déjame —me pide, intentando zafarse.

Con la mirada le pido a Sergei que los separe, aunque ni él ni Mihail logran hacerlo. Drago y Yasen están tan inmersos en la pelea que hasta ellos desisten. Golpes. Empujones. Un jarrón que se cae. Una silla que vuela. Cuerpos que chocan contra la mesa y la pared.

Irina vuelve a gritar. Yo la sujeto, aunque no sé si para consolarla o para que no se meta en medio.

—Déjalos. Necesitan descargar tensión —comento al ver que ambos están al mismo nivel de fuerza.

—Hay sacos en el gimnasio.

—Yasen sabe defenderse.

—Lo matará si no hacemos algo.

La pelea continúa y por un momento nos vemos obligadas a apartarnos para no llevarnos un golpe.

—No creo que la cosa llegue a tanto —afirmo al ver que de momento uno solo sangra de la ceja y el otro del labio.

Los golpes continúan, pero Irina ya parece más tranquila y la suelto.

—¡Mierda de hormonas! —se queja, sacudiéndose las mangas—. Hace unos meses sería yo la que estaría ahí animándolos.

—Es algo normal, no te preocupes.

—Cien a uno a que gana Drago —susurra de pronto Sergei, colocándose a nuestro lado.

—Eh, que hablamos de mi hombre. Subo a doscientos —se anima Irina.

—¿He oído doscientos? Acepto —se une Mihail.

A estas alturas no tengo claro quién apuesta por quién.

—¿Tú no apuestas? —me pregunta Sergei.

—Prefiero ser la tesorera —respondo, aunque en el fondo sé quién quiero que gane.

Drago empotra a Yasen contra la estantería. Este le da un gancho en el costado. Luego otro va directo al pómulo. Se gruñen entre dientes, como dos bestias marcando territorio.

Varios golpes después, ambos están exhaustos. Diagnóstico final: varios muebles rotos, un labio partido y una ceja rota, además de varias magulladuras.

Con el pecho agitado, Drago se incorpora. Se limpia la sangre con el dorso de la mano y da un paso hasta Yasen.

—Cuídala —le espeta, escupiendo al suelo—. O te juro que a la próxima te mataré con mis propias manos.

Yasen asiente. Apenas puede hablar del esfuerzo.

—Lo haré.

Irina corre a su lado. Yo me acerco a Drago. No dice nada cuando le limpio con un pañuelo la sangre del labio. Solo me sostiene la mirada y me besa.

Irina y yo cruzamos una mirada cómplice. Ella sonríe. Yo también. «A veces los hombres también necesitan sangre para entenderse».

—Vaya mierda de apuesta —se queja Sergei de camino al bar, provocando la risa de todos.

La pelea entre Drago y Yasen ha servido para descargar tensión, y no solo la suya. El ambiente ahora es mucho más relajado. Mihail ha curado y suturado las heridas y yo me he ofrecido a preparar unos cócteles que aprendí hace tiempo.

Drago está sentado en el filo de la mesa, aún sin camiseta. Desde la barra tengo la mejor vista que podía imaginar para una noche así.

Aunque mejora cuando Irina se le acerca y los dos hermanos se abrazan.

—Supongo que tengo que darte la enhorabuena.

Al instante todos dejamos lo que estamos haciendo para contemplar la escena.

—No estaría mal —murmura ella, llevándose la mano al vientre.

—¿Cuándo…?

—Estoy de casi cuatro meses. Ven, dame tu mano.

Drago obedece y ella la acerca a su barriguita. La imagen es enternecedora. Su mirada cambia y apenas logra que le salga la voz.

—Voy a ser tío.

Ella asiente y los ojos de Drago se humedecen. Yo, en cambio, no logro contener las lágrimas.

Milena aparece por la puerta junto con Igor. Drago es quien le da la noticia y lo anima a acercarse. Cuando se coloca junto a ellos, Irina lo invita a que haga lo mismo, con el permiso de Drago.

Igor se toma su tiempo. Mira a uno y a otro antes de atreverse. Tengo el corazón en un puño. El silencio es abrumador, mágico. Despacio, y con una sonrisa de pura emoción, Igor alarga la mano y acaricia la barriga de Irina. Yasen llora como un niño. Sergei se vuelve para que no veamos que él también está emocionado y se limpia las lágrimas con la mano. Mihail y Milena sonríen, aunque nada comparado con el modo en que lo hace el propio Igor.

—Bebé —celebra con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí, cariño —solloza Irina—. Es un bebé. Y pronto lo tendremos con nosotros en casa.

Es la primera vez en muchos años que los hermanos están tan cerca, la imagen nos sobrecoge y todos acabamos llorando. Hasta la

propia Milena, por mucho que trate de ocultarlo.

El móvil de Drago suena, rompiendo el momento íntimo. Igor se aleja en un acto reflejo. El sonido lo ha asustado y es Milena quien se encarga de acompañarlo a su rincón favorito.

Drago, molesto por la interrupción, saca el teléfono del bolsillo y enmudece al mirar la pantalla.

—¿Quién es? —pregunta Irina, al ver el cambio en su rostro.

Drago no contesta. Solo gira la pantalla y la muestra. Vencislav.

El silencio cae como un bloque de granito.

—Ponlo en altavoz —le pide Sergei, con la mandíbula apretada, acercándose hacia ellos. Todos le seguimos y hacemos lo mismo.

Drago pulsa el botón y contesta.

—Habla.

—*Quiero lo que es mío*. —La voz de Vencislav llega distorsionada, cargada de veneno.

Drago me mira. Puedo ver la tensión en sus ojos.

—Soy yo el que lleva tiempo esperando que cumplas nuestro acuerdo con los clientes de la India —le responde él.

—El acuerdo lo rompiste el día que me la quitaste. Si no me la entregáis… alguien morirá.

Hace una pausa. Lo dice como si hablara de un maletín, de una finca o de un maldito coche.

Intercambiamos miradas unos a otros. Nadie habla. Nadie respira.

Drago alza la barbilla, sin perder el tono sereno.

—No sé de qué hablas.

Vencislav suelta una carcajada que nos llega desde el otro lado. Puedo imaginarlo sentado en su sillón, en el despacho de la

mansión.

—*Mandé a Oleg de vuelta a Grecia. A revisar el hospital, por si algún imbécil se había dejado un cabo suelto. Y, vaya, resulta que sí.*

Mi piel se eriza.

—*Una enfermera habló más de la cuenta* —continúa—. *Dijo que ni siquiera su hija pudo salvarle la vida a ese desgraciado. Qué curioso, ¿no? Que el viejo muriera sin que nadie lo acompañara… salvo su hija, claro.* —Hace otra pausa. No necesita gritar. Le basta con ir soltando la soga—. *Oleg tuvo mucho más que suerte. Vio a uno de los vuestros merodeando por allí. No se dejó ver. Solo observó. Supo quién era. Y con eso me bastó.*

Siento que me falta el aire. Miro a Drago, pero sigue sin reaccionar. Es su forma de contenerse. De procesar. De planear.

—*Tenéis veinticuatro horas* —advierte Vencislav—. *Si Zoya no está en mi poder mañana por la noche en el puerto, alguien a quien conocéis caerá.*

Irina da un paso hacia el teléfono, como si pudiera hacerle frente.

—¿A quién tienes? —escupe.

—*¿No preferís la sorpresa?* —responde él, burlón, sabiendo que tiene la sartén por el mango—. *Tal vez uno de vuestros hombres, uno de los guardias que vigilan la nave o puede que uno de vuestros empleados. Qué más da. Me da igual matarlos a todos.* —Su tono se vuelve más oscuro, más cruel—. *Vosotros seréis los siguientes si no cumplís el plazo.*

La llamada finaliza. El silencio que deja es aún más duro que su amenaza. Nadie se mueve. Drago intenta estampar el teléfono contra la pared, pero Mihail lo detiene, señalando a Igor con el mentón.

Sergei es el primero en hablar. Después de varios días planeando el ataque a los Petrov, Vencislav lo ha echado todo por tierra. Me ha descubierto, y unos y otros hablan sobre ello. Drago cambia la estrategia, comienza a organizar un nuevo plan para contraatacar e intentar encontrar una solución. Ninguno de ellos está dispuesto a que mi todavía marido, mi hermano de padre, se salga con la suya.

Las voces se mezclan en mi cabeza, mientras los escucho en silencio. Siento la rabia afianzada en el pecho, mezclada con el miedo. La impotencia me consume, apenas logro pensar con claridad. Sin embargo, entre tanto caos, entre la maraña de posibilidades que se apresuran en mi mente, solo tengo una certeza.

Si me quedo aquí, morirán por mí.

—Entregadme —intervengo en voz alta sin dudar, pese a que mi corazón está hecho trizas.

Todos enmudecen y se vuelven hacia mí.

—Ni hablar —responde Irina sin dudar.

—Si no lo hacéis, todos estaremos en peligro —insisto.

—No —añade Yasen, tan serio como no lo he visto nunca.

—No, Zoya —dice Sergei, como si pudiera frenarme solo con su voz.

Drago me mira. Sus ojos están quietos, oscuros, llenos de algo que no sé descifrar. No dice nada, pero no hace falta. Lo veo en su mandíbula y en el leve temblor de su respiración.

—No voy a permitir que os pase nada por mi culpa —defiendo.

—No es tu culpa —responde al fin, volviéndose hacia mí.

—Tú lo dijiste. Soy una Markov —le recuerdo—. Y soy yo quien decido entregarme para protegeros. No pienso dejar que nadie más muera por mí.

—Nadie tiene por qué morir —interviene Drago, con una firmeza que casi me desarma.

—No sabes de lo que es capaz.

—Y él tampoco de lo que soy yo —me rebate.

Puedo ver el dolor que hay en sus ojos, la rabia contenida y el deseo de arrasarlo todo. Sé lo duro que está siendo para él, pero por mucho que nos duela a ambos, la decisión está tomada. Acaricio un lado de su rostro y, con todo el amor que siento en mi interior, me fundo en su mirada.

—Se acabó, Drago. Jamás me perdonaría que os ocurriera algo. Yo os metí en esto y yo debo solucionarlo. Es mejor así. Y ambos lo sabemos.

Capítulo 34

Drago

El silencio dentro del coche es tan espeso que podría masticarse. Nadie habla. Nadie se atreve. Zoya va sentada a mi lado, con la mirada clavada en el cristal. Lleva el pelo suelto, los labios apretados y el abrigo negro que le dejé sobre la cama. Parece una sombra. O una promesa de algo que estoy a punto de perder.

A cada kilómetro que recorremos, el corazón me late más rápido. Más fuerte. Más jodido.

En la parte de atrás, Sergei revisa los últimos detalles en voz baja. Yasen va en otro de los coches con Irina y tres de nuestros hombres. El resto van en los demás vehículos. El plan está cerrado. Cada paso medido. Cada gesto previsto. Y, sin embargo, tengo la sensación de que en cualquier momento todo me va a explotar en la cara.

Zoya no ha dicho ni una palabra desde que salimos. No me ha mirado. No me ha tocado. Solo respira. Pero puedo sentirla. Como si su silencio se colara por las costuras de mi camiseta y mi chupa de cuero.

Giramos la última curva y veo los coches de Petrov. Las luces del puerto aparecen al fondo, brillando entre las sombras como

luciérnagas sucias. Contenedores apilados. Torres metálicas. Agua negra y espesa. Es el lugar acordado. Uno perfecto para morir.

Detengo el coche sin apagar el motor. Los otros vehículos se detienen tras el mío. Bajamos en orden. Coordinados. En silencio. El aire huele a sal, óxido y gasolina.

Zoya se coloca la bufanda. Me acerco. No sé por qué lo hago, pero la ato yo mismo, con cuidado, como si ese gesto ridículo pudiera protegerla de algo más que el frío. Ella alza los ojos. Por fin. No dice nada, pero está ahí. Está conmigo.

—No te acerques más de lo pactado —le advierto a Sergei—. Si algo sale mal, os vais. Sin mirar atrás.

Están frente a nosotros, a unos veinte pasos. Las luces de los faros iluminan el espacio abierto entre dos filas de contenedores. Dos coches blindados. Diez hombres. Oleg y Radko a la cabeza. Y Vencislav bajando del asiento trasero como si fuera el jodido rey de este vertedero.

Sonríe. Yo lo vigilo, flanqueado por mis hombres. Zoya me roza los dedos con los suyos. Una última caricia. Un aviso mudo. No puedo mirarla.

—Aquí empieza todo —murmuro, solo para mí.

O para ella. O para el infierno.

Vencislav avanza despacio, apoyando el bastón como si marcara el ritmo de su propio desfile. Cada paso que da parece estudiado. Levanta la barbilla, estira el cuello, se acomoda el abrigo. El muy cabrón se cree el dueño de todo esto.

Oleg y Radko lo siguen, escoltándolo como dos perros de presa. Me fijo en sus gestos, en los movimientos. Nada extraño por ahora,

aunque eso no significa que no vayan a cagarla en cualquier momento.

—Qué bonita escena —comenta Vencislav, deteniéndose a unos pasos de su coche—. Un reencuentro en familia. Con vistas al mar.

Sus hombres se despliegan tras él. Los nuestros hacen lo mismo. No hay disparos. Todavía. El silencio pesa más que las armas.

—Tú dirás —respondo, sin moverme.

—Sabes perfectamente lo que quiero.

—Y yo también sé lo que costaría entregártela.

Vencislav sonríe.

—¿A ti o a ella? —se mofa.

—A todos los que están aquí —le advierto.

Doy un paso al frente. No porque me lo pida el cuerpo, sino porque quiero demostrarle quién manda de los dos.

—Podemos evitar un baño de sangre —añado—. Si vienes a por ella… llévatela. Pero tú solo. Nada de juegos, o esto no acabará como esperas.

Su sonrisa se ensancha. Me mira como si ya hubiera ganado.

—No vengas tú a darme lecciones de finales, *Diamond*. Serás tú quien me la devuelva, no yo.

Silencio. Yo ni parpadeo. Solo dejo que la amenaza repose en el aire como el hedor del petróleo.

—Uno de los tuyos y uno de los míos —planteo—. A mitad de camino. Sin sorpresas.

—Me parece bien.

Asiente y da una orden seca a Radko. Yo hago lo propio con Yasen. Hombres de igual tamaño e implacables.

Zoya me mira y me obligo a no romperme delante de todos y aún menos de ese malnacido con el que se marcha. Avanza junto a Yasen, flanqueándola como si fuera un rehén para no dar pistas de lo que significa para nosotros. Ella camina recta. Firme. Como si estuviera acostumbrada a cruzar campos de minas en tacones. No mira a nadie. No tiembla. Solo respira.

Vencislav se relame. Literal. Disfruta del espectáculo y hasta diría que le excita.

«¡Cabrón hijo de puta!».

—Más cerca —exige, haciendo un gesto con los dedos.

Ella y Yasen obedecen, y yo me muevo hasta que nos separa una línea imaginaria trazada por la muerte. Apenas avanzan dos pasos hasta que ella se detiene entre ambos bandos. Vencislav la observa como si estuviera viendo una escultura robada. Zoya lo mira. No retrocede. No le baja la cabeza.

—Al fin mía —murmura él.

Aprieto los puños con toda la fuerza de la que soy capaz. Apenas logro contenerme y no lanzarme hacia él para cargármelo con mis propias manos. El estómago se me revuelve cuando veo en sus ojos el brillo de la victoria, mientras tengo que aceptar que me la arrebate delante de mis putas narices.

Radko se acerca hasta ellos, y sin decir una sola palabra, la coge del brazo y la lleva a empujones hasta Vencislav.

—Suéltame, me haces daño —se queja ella.

No puedo soportarlo. Se me retuercen las entrañas como si me las arrancaran una a una. Me muevo y mis hombres desenfundan sus armas. No hay órdenes. Solo instinto.

Los Petrov responden de igual modo y, en menos de un segundo, todos nos apuntamos unos a otros, directos a la sien.

—Calma, calma, amigos. Bajad las armas —manifiesta Vencislav, sin perder la sonrisa.

No lo hago. No pienso hacerlo. Y mis hombres tampoco.

Radko la sostiene por el brazo. Demasiado fuerte. Zoya frunce el ceño, pero no dice nada. Está entera.

—¿Para esto la querías? ¿Para seguir haciéndole daño? —mascullo sin dejar de apuntar a Radko.

Vencislav suelta una carcajada que retumba contra las paredes de las naves que nos rodean.

—¿Eso es lo que te ha contado? —se mofa.

—Solo necesité ver sus marcas para saberlo.

—Tú no sabes nada. ¡Es mía! —me grita hecho una furia—. ¡Subidla al coche! Esta noche va a recibir su merecido.

Zoya grita implorando clemencia, mientras Radko la arrastra del brazo hacia el vehículo.

—¡Suéltala! —le exijo, voz en grito para detenerlo.

—Tú no vas a darme órdenes —escupe Vencislav.

Quito el seguro del arma. Es la señal.

El aire se corta y, como si se activara un resorte invisible, empiezan a aparecer. Primero uno. Luego tres. Después diez. Salen de entre los contenedores, del interior de una furgoneta abandonada, de la sombra junto a las grúas. Van vestidos de negro. Armados. Silenciosos. Se colocan rápido, como piezas de un engranaje, formando un círculo, un anillo que se cierra sin ruido. Las miras láser apuntan a sus objetivos. Una a la cabeza de Radko. Otra a la de Oleg. Una más a Vencislav.

Sus hombres no reaccionan. O no saben cómo. Y, por primera vez, Vencislav retrocede un paso. Solo uno, pero suficiente para perder el equilibrio de poder. Radko se detiene. Mira al resto de su equipo. Sabe que está perdido y suelta a Zoya.

—¡Cobarde! —escupe Vencislav, furioso con él.

Radko baja el arma. No quiere más muertos.

Zoya da un paso atrás, libre. Pero el hijo de puta de Petrov la agarra y la coloca delante de él a modo de escudo.

—¡Disparad y me la cargo! —advierte cuando la tiene de rehén, apuntándola en la parte baja de la costilla derecha con un arma.

Mi corazón se detiene.

—Un solo rasguño y no sales vivo de aquí —lo amenazo.

Desde mi posición veo cómo sus hombres dejan las armas en el suelo y se apartan. Ninguno quiere morir esta noche. Doy otro paso. Le apunto a la puta cabeza, pero él sigue sin ceder.

—Yo moriré, pero ella lo hará conmigo.

«No, si yo puedo impedirlo».

—¡Dispara! —grita Zoya—. ¡Olvídate de mí y dispara!

Mi brazo no tiembla, pero por dentro me estoy rompiendo. La tengo delante, a metros de mí, con una pistola apuntándole, mientras mantengo mi dedo en el gatillo. Cada segundo que pasa la aleja más. Cada latido me dice que no hay otra salida. Que, si quiero protegerla, tengo que perderla.

Nunca había tenido tanto miedo. Ni siquiera cuando estuve a punto de morir. Porque esto no se trata de mí. Se trata de ella. Y no hay vuelta atrás.

No he dejado de apuntar al cabrón de Vencislav desde que Radko le hizo daño. El dedo me pesa más que nunca. Un gesto. Solo uno. Y

todo cambiará.

—Último aviso, Petrov. Entrégamela o mueres. Tú decides.

Sabe que lo superamos en número, que no tiene nada que hacer, pero su ego le impide rendirse. Vencislav la agarra por el cuello y le apunta con la pistola en la cabeza.

—Pues adelante —masculla—. A ver quién cae primero.

—¡Tú lo has querido!

Todo el ruido desaparece. Ya no lo escucho. Tampoco a los míos. Mi respiración se acorta. El sudor me quema en la nuca. Tengo el corazón encajado en la garganta. Y me doy cuenta de que voy a recordar esta noche cada día de mi vida.

Disparo. Petrov se mueve y Zoya cae al suelo. De golpe. Su cuerpo rebota contra el asfalto. Su pecho sangra. Y un charco comienza a expandirse a su lado. El estruendo lo parte todo. La noche. El mundo.

Gritos por todas partes. Vencislav se abalanza sobre ella. Mis hombres se lanzan hacia adelante. Los Petrov retroceden. Sergei da órdenes. Mihail grita algo. Irina también. Yasen va de un lado a otro. Y yo… Yo me rompo y me anclo al suelo sin poder moverme.

No oigo nada. No me muevo. No puedo. Solo está ella, sobre el asfalto, sin moverse. Tan jodidamente quieta que todo dentro de mí se detiene. El arma aún está en mi mano, caliente. Y el dedo todavía presiona el gatillo, aunque ya no hay bala. Me tiembla el estómago. Y no sé si voy a ser capaz de seguir en pie.

Siento a los míos gritar. Sé que el mundo alrededor se ha roto, pero no lo veo. No lo oigo. Solo veo su cuerpo. Y el rojo extendiéndose bajo ella. Como una sentencia.

Se oyen sirenas acercándose a nosotros. Luces. Caos. La policía entra por el muelle como un trueno. Los Petrov se dispersan, corren hacia los coches para la huida. Vencislav sigue de pie junto al cuerpo, inmóvil. El muy cabrón grita su nombre, como si pudiera hacerla volver. Radko lo agarra y lo arrastra. Lo sube al coche a empujones. El vehículo arranca.

Mis hombres se mueven. Yo no lo hago. Zoya está ahí, tumbada, quieta, entre la sangre y el silencio. Y yo solo puedo mirarla.

Yasen me agarra por el brazo. Sergei me empuja. No sé cuál de los dos me mete en el coche. Alguien conduce. Yo solo veo el cristal. Y, tras él, a los policías acercándose al cuerpo de Zoya. A la mujer que amo.

Y que acabo de matar.

Capítulo 35

Radko

Doblo el periódico con la precisión de quien prepara una trampa. Lo aliso, lo pliego una vez más y lo dejo sobre la encimera, junto a mi taza de café, como si fuera cualquier cosa. Una noticia más. Un titular que pronto pasará de moda.

«Zoya Petrova, la reina de los diamantes, muere en un tiroteo entre clanes».

Justo debajo, dos fotografías. Una de ella junto a Vencislav en un evento de hace unos años. La otra, una figura cubierta con una manta térmica y un par de policías junto al cuerpo.

«Puta prensa sensacionalista».

El jefe no ha salido del despacho desde hace dos días. Gregor ha asumido el control, aunque no lo diga en voz alta. Es él quien habla con los periodistas, quien firma los informes, quien ha hablado con la policía y recibido a los que preguntaban. Es él quien ha confirmado los detalles del funeral.

La incineración fue rápida. Formal. Discreta. Tras la autopsia del forense, y siguiendo la tradición de los Petrov, Vencislav ordenó la cremación. Ni duelo. Ni féretro. Solo cenizas. Y una urna de mármol blanco que hoy bajará a tierra.

Me paso una mano por el pelo. Hoy vestimos todos de negro. Camisa, corbata y traje negros. Zapatos recién lustrados. Hay coches oficiales en la puerta, chóferes, seguridad privada y fotógrafos al acecho. El mundo está atento. Es lo que pasa cuando la mujer de un mafioso muere como una civil. La policía sigue recabando pruebas en la escena del crimen. Pero de momento no han señalado culpables. No oficialmente. Gregor, en cambio, sí. Tiene claro a quién culpar. Y no va a dejar pasar la oportunidad de hacerles pagar por lo que han hecho.

Respiro hondo, aunque el aire sabe a polvo y café frío. Al otro lado de la encimera, Svetlana enjuaga una taza que lleva limpia desde hace rato. La frota, la gira, la vuelve a frotar, como si no quisiera soltarla. Como si, al detenerse, todo se rompiera.

—No puedo dejar de pensar en ella —murmura, sin mirarme.

No digo nada. Tampoco es necesario.

—Yo la conocí cuando entró por esa puerta por primera vez —prosigue, dejando la taza al fin boca abajo sobre el escurridor—. Apenas tenía dieciocho años. Era preciosa. Tenía una luz que resplandecía. Delgadísima. Callada. No sabía dónde meterse.

«Lo que no sabía es dónde se metía».

—La miré a los ojos y lo entendí todo —añade con la voz rota—. Estaba enamorada, pero también sola. Vacía. Y aun así… había algo en ella que te hacía querer quedarte.

Svetlana me mira por primera vez. Tiene los ojos hinchados, pero no llora. Ya no le queda nada. Solo esa especie de temblor en las manos que no ha dejado de mostrar desde que conociera la notica.

—Con el tiempo, su luz perdió fuerza —continúa—. Yo vi cómo intentó adaptarse. Cómo fingía que todo iba bien. Me dejaba cuidar

de ella y dejarle comida en el dormitorio cuando se encerraba. A veces me hablaba y me contaba cómo se sentía. Otras, solo me escuchaba. —Hace una pausa. Su voz se apaga un poco más—. Pocas mujeres habrían soportado lo que ella aguantó en esta casa. Ni tú, ni yo. Ni nadie.

—Él lo sabe… Por eso está así —mascullo.

—La he visto llorar tantas veces que ya ni recuerdo cuándo fue la primera vez. Pero también la oí gritar y sufrir el maltrato que él le dio —confiesa de pronto—. Oía cómo la insultaba. Cómo le gritaba. Y, pese a todo, ella bajaba cada día a desayunar como si nada. Con la espalda recta. Con ese aire de señora que siempre tuvo, aunque aquí no fuera nadie. Aunque aquí ninguno hiciéramos nada para evitar lo mucho que sufrió.

Trago saliva. No puedo mirarla. Ni decirle el resto de cosas que nuestro jefe es capaz de hacer.

—¿Has dormido algo? —pregunto, solo para romper ese aire denso que se ha colado en la cocina.

—¿Dormir? ¿Para qué? ¿Para soñar que sigue viva?

Sus palabras me cortan en seco.

—Hoy será duro —le advierto.

—Hoy va a ser una farsa —suelta, girándose hacia mí—. Esa niña merecía otra vida. Otro final.

—No está en nuestras manos cambiar eso —le rebato, para recordarle cuál es nuestro papel en todo esto.

—No —reconoce con pesar—. Pero sí está en las tuyas asegurarte de que no vuelva a repetirse con nadie más.

Deja el trapo sobre la encimera, se alisa la blusa negra y sale por la puerta sin decir adiós. Solo entonces me doy cuenta de que estoy

apretando el periódico con tanta fuerza que he arrugado la esquina de la foto con la cara del jefe.

El jefe. Desde la muerte de Zoya, Vencislav interpreta el papel del viudo roto. No habla. No da órdenes. Apenas se mueve. Pero no es tristeza lo que lo consume. Es culpa. Culpa por haberla usado de escudo. Culpa por no haberla salvado. Y, al mismo tiempo, una parte suya respira aliviada porque ya no está en manos de los Markov. Porque si no puede tenerla, prefiere que no la tenga nadie.

Lo observé anoche desde la puerta. Se quedó horas mirando por la ventana con una copa en la mano. Sin beber. Sin pestañear. Como si intentara convencerse de que todo esto aún tiene arreglo. Sin embargo, no lo tiene. Lo único que le queda es fingir. Y Gregor ya se está cansando de eso.

Me levanto y recojo el periódico con cuidado. Lo sujeto en la mano mientras cruzo el pasillo en dirección al comedor. Debemos prepararnos para salir hacia la catedral, donde se va a celebrar el funeral. Solo falta una hora. Una hora para enterrar lo único que queda de ella.

***

La catedral huele a incienso, a madera antigua y a flores caras. Rosas blancas. Lirios. Crisantemos. Han traído tantos ramos que cuesta distinguir el mármol del suelo. La luz que entra por las vidrieras mancha el ambiente de colores apagados, como si incluso el sol quisiera respetar el luto.

El altar está cubierto con un paño negro. Encima, la urna blanca. Mármol pulido. Sin nombre. Sin fecha. Solo una cruz dorada grabada en el centro. Fría. Seca. Definitiva.

La gente entra en fila, todos de negro. Mujeres con gafas de sol enormes, labios fruncidos y abrigos de piel. Hombres con trajes caros, relojes de oro y expresión medida. Los conozco a casi todos. Empresarios. Políticos. Diplomáticos. Jueces. Rostros que salen en los periódicos cada semana. Todos fingen respeto, aunque pocos sienten algo real.

Gregor se encarga de recibirlos. Está impecable. Traje negro. Corbata gris. Voz baja. Aprieta manos, da abrazos, murmura palabras de agradecimiento. Cubre el vacío con una elegancia medida, casi ensayada.

Vencislav permanece a su lado, frente al altar, apoyado en el bastón con la espalda recta y el rostro contraído por la pena. No llora. No habla. No sonríe. Solo asiente con discreción cuando alguien le ofrece sus condolencias. Su papel de viudo desconsolado es impecable. Preciso. Ni una grieta. Ni un exceso. Cada gesto está medido. Cada suspiro, calculado.

En un momento, Gregor se inclina hacia su hijo y le susurra:

—Lo estás haciendo bien. Sigue así. Nos aseguraremos de que los Markov paguen por esto.

Vencislav no responde. Solo baja la cabeza un par de milímetros. Lo justo para parecer abatido. Lo justo para parecer humano.

Detrás, sentada en uno de los bancos del fondo, Svetlana observa en silencio. No ha querido formar parte del recibimiento. Lleva los ojos hinchados, el moño tirante y las manos juntas sobre el regazo. Nadie la mira. Nadie le dice nada. Y eso, hoy, parece lo mejor.

Los flashes suenan a traición. La prensa ha conseguido colarse. No dentro, pero sí cerca. Han tomado imágenes del coche fúnebre,

de la entrada, de los rostros ocultos tras los cristales. Una reportera susurra que la reina de los diamantes ha muerto como vivió: rodeada de misterio.

«No tenéis ni idea».

Miro a Gregor mientras recibe el pésame de uno de los ministros. Luego de un par de embajadores. Incluso del sacerdote de la catedral. Su actuación es perfecta. Seria. Moderada. Agradecida. Como si esto no fuera más que un paso más en la agenda diplomática de la semana.

Pero yo sé lo que hay detrás de esa compostura. El descontrol. La tensión. El miedo a parecer débiles. Porque, aunque nadie lo diga en voz alta, todos saben que esto ha sido un golpe directo al tablero. Zoya no era la reina. No mandaba. No decidía. Era una ficha más. Una pieza usada, humillada, empujada hasta el límite. Y aun así… su caída ha abierto una grieta. Ahora todo el mundo mira al rey. Y el rey no puede permitirse temblar.

Observo la urna. Pequeña. Blanca. Silenciosa. Parece un adorno más entre tanta flor y derroche de hipocresía. Y pese a todo, ahí está. Presidiendo el silencio. Recordándonos que, por muy fuerte que uno sea, todo puede acabar en un jodido segundo.

El sacerdote comienza la ceremonia. Menciona la paz eterna, la redención, la entrega del alma. No pronuncia el nombre de Zoya. No entra en detalles. Es todo muy genérico. Muy aséptico. No hay música. No hay emoción. Solo un murmullo constante de fondo. Zapatos sobre mármol. Suspiros fingidos. Lamentos contenidos.

Yo no rezo. Ni cierro los ojos. Solo observo. A todos. A todo. Preparado por si en algún momento alguien se diera cuenta. Se girase, dudase o preguntase algo. Por suerte, nadie lo hace.

Cuando termina la homilía, Gregor da un par de pasos al frente. No hay discurso. Solo una frase.

—Gracias por acompañarnos en este día tan difícil. Zoya merecía ser despedida con respeto.

Y se acabó. El sacerdote bendice la urna. Doy la orden y Oleg, junto con otro de mis hombres, la recogen con sumo cuidado.

Todos salen en silencio. Uno a uno, lentos, perfectamente organizados, como una procesión diseñada para las cámaras. Yo me quedo el último, detrás de todos ellos, observando cómo el clan Petrov representa un papel medido y se despide de los asistentes para dirigirnos al siguiente lugar.

El cementerio de Varna huele a tierra húmeda, a cipreses y a despedida. No hay prensa. No hay flashes. Solo estamos los que debemos estar. Los leales. Los que hemos jurado silencio hasta la muerte.

La urna descansa en el centro de la pequeña parcela, sobre un cojín de terciopelo negro. El sacerdote murmura las últimas palabras del rito ortodoxo, con voz grave y templada. Gregor se mantiene a su lado. Impecable, como siempre. Vencislav, en cambio, parece de piedra. Aún apoya las dos manos sobre el bastón, pero sus nudillos están tan blancos que parecen mármol. No ha pronunciado ni una sola palabra desde que llegamos. Ni una mirada. Ni una orden.

Svetlana está unos pasos detrás. Lleva gafas oscuras y un pañuelo negro que le cubre el cabello. A su lado, dos personas del servicio de la mansión inclinan la cabeza con respeto. Al otro lado de la tumba, Oleg guarda silencio, con la mirada clavada en el agujero abierto.

Cuando el sacerdote termina, Gregor da un paso al frente. Toma la rosa negra que lleva en la solapa y la lanza al interior con precisión. Luego habla claro. Firme.

—Descansa en paz, Zoya. Te echaremos de menos.

Cada uno de nosotros repite el gesto. Una a una, las rosas negras caen sobre la urna blanca. Yo soy el último. Me acerco. La observo. Y por un segundo, siento algo. Respeto, quizás. O rabia. O ambas cosas al mismo tiempo.

Echo la rosa. Y de pronto lo oigo. Es un chasquido. Un eco. Algo que se quiebra en el silencio. Levanto la mirada.

Y todo se desata.

Drago

El primer disparo rompe el aire como un látigo. Luego viene el segundo. El tercero. Y el infierno entero.

Mis hombres emergen desde los árboles, los muros, las sombras. Algunos llevan pasamontañas. Otros no. No importa. Esta no es una operación limpia. Es venganza. Y la venganza no se esconde.

Disparamos al aire para dispersarlos. Para desorientar. Los Petrov reaccionan tarde. Algunos intentan sacar sus armas a tiempo, otros apenas logran agacharse. Oleg es uno de ellos. Una bala le atraviesa su pecho y cae hacia atrás, directo sobre una lápida. Su cuerpo queda retorcido, con los ojos abiertos.

—¡Atrás! —grita Gregor, intentando protegerse a sí mismo, tras uno de sus hombres.

Radko se gira. Se coloca frente a Vencislav para cubrirlo. Intenta sacar su arma, pero una bala le da en el costado y lo lanza al suelo. Gime. Aprieta los dientes. Sigue vivo. Por ahora.

Svetlana y los del servicio corren hacia los árboles. Dos de mis hombres les abren paso. No es con ellos. No hoy.

Yasen, infiltrado desde el muro este, cae de rodillas tras un disparo que le atraviesa el hombro. Se levanta con dificultad. No se detiene. Sigue disparando. A su lado, Sergei hace lo mismo.

—¡No los matéis! —grito desde mi posición, disparando a todo el que tengo a tiro, mientras avanzo hacia el centro de la masacre—. ¡Los quiero vivos!

Mis botas pisan los pétalos de las rosas negras esparcidas en la tierra. Vencislav intenta correr, pero dos de los nuestros lo rodean. Le arrebatan el bastón y lo empujan al suelo. Cuando los hombres de Gregor son abatidos, un culetazo en la nuca lo deja grogui.

—¡Al furgón! —ordeno.

Los encapuchamos. Los arrastramos entre gritos y amenazas. Los Markov no tenemos piedad cuando se trata de vendetta.

Ya no hay disparos. Los tenemos donde queríamos. Miro el agujero donde la urna aún reposa, entre tierra suelta y flores rotas. Me detengo junto a ella. Saco una rosa más. La lanzo dentro.

—Llega la hora de la venganza —susurro.

Y cierro el círculo.

Capítulo 36

Drago

La fábrica secreta está en silencio. Solo se escucha el zumbido de las luces industriales y el leve crujido de las cadenas que cuelgan del techo, mecidas por las corrientes de aire.

Gregor escupe sangre por segunda vez. Tiene la nariz rota y los nudillos raspados. A su lado, en la otra silla metálica, Vencislav permanece con los hombros tensos y la mirada clavada en mí. Ambos están inmovilizados con bridas, con las muñecas atadas a la espalda y los tobillos anclados a las patas de la silla. Les hemos quitado las capuchas, pero aún no han dicho una palabra.

No hay ventanas. No hay relojes. Solo metal y eco.

A mi izquierda, Sergei vigila sin apartar la mirada. A la derecha, Yasen se apoya contra una columna. Mihail le ha vendado el hombro tras el disparo del cementerio. La bala solo le rozó. Irina está a su lado, sentada sobre una mesa oxidada, con los brazos cruzados. Todos me miran. Esperando mi señal.

—¿Dónde coño estamos? —gruñe Vencislav, con la voz ronca y los ojos enrojecidos por la rabia.

—En la boca del lobo —respondo, sin inmutarme—. Aunque en tu caso, sería más justo decir… en las entrañas del infierno.

Camino despacio alrededor de ellos, dejando que mis botas suenen contra el suelo de hierro y hormigón. El eco es lo único que contesta.

—Estáis en nuestra fábrica secreta, donde llevamos años creando nuestros propios diamantes, los más codiciados del mercado negro. No extraídos. Fabricados. Sintéticos. Indetectables.

—Siempre fuiste un delincuente —suelta Vencislav con desprecio.

—Algo que ninguno visteis venir cuando colocasteis nuestros diamantes en el mercado hindú.

Me mira como si le acabara de escupir en la cara y Gregor frunce el ceño.

—El plan salió bien —prosigo—. En nuestra reunión te negaste a llegar a un acuerdo, así que os pusimos el cebo para que cayerais en la trampa. Solo teníamos que restringir la vigilancia en el almacén del puerto para que actuarais.

—¡Eso es imposible! —interviene Gregor—. Llevo toda la vida en el mundo de los diamantes, me habría dado cuenta.

—Dudo mucho que lo hicieras. Solo hay un método para hacerlo, que nosotros usaremos para hundir la reputación y el imperio de los Petrov, llegado el momento.

—Mientes. ¡No eran falsos! —defiende Vencislav.

—No —respondo—. Eran perfectos. Por eso nadie notó la diferencia. —Me inclino hacia él, tan cerca que casi puedo oler el miedo—. ¿Y sabes qué es lo mejor? Que no puedes echarle la culpa a nadie. Tú elegiste robar. Tú firmaste el trato. Y tu padre entregó los diamantes.

Me incorporo de nuevo, satisfecho al ver sus caras.

—¡Maldito hijo de puta! ¡Podríais habernos matado allí mismo! —masculla Gregor, alzando el rostro—. ¿A qué viene este teatro?

—Esto no es un teatro —le aclaro—. Es un juicio. Pero aquí no hay abogado ni apelación. Solo hechos. Y consecuencias.

Vuelvo a caminar a su alrededor. Que escuchen mis pasos. Que los sientan como un martillo acercándose a la última estaca.

—Aquí nadie os va a encontrar —continúo—. Nadie va a venir a rescataros. La policía cree que estáis escondidos o que habéis huido a alguna parte. Vuestros hombres, los pocos que sobrevivieron, también. Estáis solos.

—¿Y qué vais a hacer? —replica Vencislav, con una media sonrisa arrogante—. ¿Torturarnos? ¿Grabarnos? ¿Colgarlo en la red como unos amateurs?

Lo agarro por el cuello de la camisa y le obligo a levantar la cabeza.

—Tú no vas a decidir cómo acaba esto —le escupo—. Nosotros sí.

Lo suelto. Se tambalea hacia un lado, y Gregor lo recoloca empujándolo con el hombro sin mirarlo, como si fuera un saco. Su lealtad llega tarde. Demasiado.

—En el cementerio perdisteis algo más que hombres —añado, con voz grave—. Perdisteis poder. Lealtades. Y lo peor de todo: la poca dignidad que os quedaba.

Gregor lanza una carcajada ahogada.

—¿Crees que todo acaba aquí? Nadie os va a creer. El mundo sigue temiéndonos. Siempre lo ha hecho.

—El mundo teme lo que no puede controlar —lo corto—. Y ya no tenéis el control de nada.

Miro a Sergei. Ha llegado el momento.

Él asiente y envía un mensaje con el móvil. Doy un paso a un lado. Y entonces ella aparece.

Zoya. Viva. Entera.

Lleva el pelo suelto, unos vaqueros oscuros y una camiseta negra metida por dentro. Tiene los labios cerrados y la mirada fija en ellos. Camina despacio, con los brazos colgando a los lados, como si cada paso fuera una declaración de guerra.

Los dos se quedan petrificados. Gregor se atraganta.

—No… no puede ser…

Vencislav se queda sin palabras. Su rostro, antes tenso, se congela ahora en una mueca imposible.

—Yo… te vi caer —susurra—. ¡Te disparó!

—¿Estás seguro de lo que viste? —respondo, mientras ella se acerca a mí.

Zoya me mira. No hace falta decir nada. La cojo de la cintura, la atraigo hacia mí, y la beso. Con fuerza. Con rabia. Con todo lo que contuve durante semanas. Ella responde. Y en ese beso no hay solo amor. Hay desafío. Venganza. Y una sentencia.

Cuando me separo, Zoya alza la barbilla y fulmina a Gregor con la mirada, con el desprecio de quien pisa un insecto.

—Siempre fuiste una maldita zorra —sisea él, con la voz rota, como si cada palabra le rasgara la garganta.

—Queríais un espectáculo, y vais a tenerlo —me jacto.

Vencislav parpadea sin comprender. Sigue sin creer que sea cierto, si se trata de una broma o del principio del fin.

—Ahora vais a saberlo todo —añado, mirándolos a ambos—. Desde aquella noche. Desde el momento en que creíste que ella estaba muerta.

Zoya asiente orgullosa. Irina sonríe. Yasen se contiene. Y Sergei se apoya en la pared que tiene detrás, cruzándose de brazos. Es hora de que el pasado vuelva.

***

El refugio. Dos días antes…

La llamada de Vencislav aún resuena en mi cabeza. La quiere de vuelta. En el puerto. Veinticuatro horas. Ni una más. Como si pudiera ordenarme que entregue lo único que importa.

«Hijo de puta».

Lo peor de todo es que ella está de acuerdo. Así nos lo ha dicho a todos.

Zoya está frente a mí. En silencio. Sus ojos me atraviesan. Sabe lo que estoy pensando. Lo que siento. Lo que me estoy obligando a no decir. Puedo con todo. Con la guerra, con los muertos, con el caos. Pero no con esto.

Ella da un paso hacia mí. Me toca la cara. Juro que podría arrodillarme en este momento si me lo pidiera. Su mano acaricia mi mejilla con una ternura que quema. Me atrapa. Me rompe.

—Se acabó —susurra, con esa maldita firmeza que me vuelve loco y me destroza a partes iguales—. Jamás me perdonaría que os ocurriera algo. Yo os metí en esto y yo debo solucionarlo. Es mejor así. Y ambos lo sabemos.

No respondo. No puedo. Aprieto la mandíbula hasta hacerme daño. No me importa. Quiero gritarle que no. Que no pienso perderla. Que si tiene que morir alguien, que sea yo. Que no voy a dejarla marchar.

Pero la miro. Y entonces lo sé.

Si ella está dispuesta a entregarse y sacrificarse… será solo para que ellos ardan.

Los miro a todos. No voy a discutir. No voy a pedir permiso. Esto no es una entrega. Es una ejecución. Y va a salir perfecta.

—Sé cómo vamos a hacerlo.

A la noche siguiente, minutos antes de la hora cero, todo el mundo tiene claro cuál es el plan. Sergei deja la pistola sobre la mesa del despacho. Brilla bajo la luz amarilla como una promesa rota. La observo en silencio. No es una bala cualquiera. Lleva dentro una carga de *etorfina* diluida, mezclada con un agente catatónico. No matará. Pero bajará las constantes de Zoya. Reducirá su pulso. Engañará a cualquiera. Incluso a un médico sin escrúpulos.

—Tres segundos entre el disparo y la caída —advierte Sergei, mientras le coloca una pequeña bolsa de sangre falsa bajo la camisa a Zoya—. Mihail estará esperando con la inyección. No notarás nada. Para cuando lleguen los policías, ya estarás «muerta».

Ella no dice nada. Deja que le ajusten todo sin protestar. Sin pestañear. Está helada. Pero firme. Como una reina antes de entregar su corona.

—¿Lista? —pregunto, mirándola a los ojos.

—Sí —asiente—. Confío en ti.

Esa frase me quiebra. Porque lo dice de verdad. Porque incluso cuando sabe que podría perderla para siempre, ella no duda. Y yo no pienso fallarle.

La coreografía está medida al milímetro. El gesto. El disparo. La caída. La sangre. Mihail aguarda escondido en una de las naves desde hace horas con el equipo médico necesario. Saldrá tras la llegada de la policía, justo cuando empiece el caos. Todo debe

ocurrir en menos de un minuto. O nada tendrá sentido. Nos jugamos mucho, y sabemos a lo que nos enfrentamos.

Ya en el coche, camino al puerto, no hablamos. Zoya va sentada a mi lado, con el abrigo negro y la bufanda. Le sujeto la mano sin mirarla. Solo la aprieto, y ella responde.

Giramos la última curva. Al fondo diviso dos coches y a los hombres de Petrov. Los contenedores. La luz enferma. El lugar perfecto.

Conocer a tu rival te concede ventaja. Y cuando todo se desencadena, cuando los Petrov gritan, cuando Vencislav la sujeta, cuando me reta… disparo. Un solo tiro. Y ella cae. Justo donde debía. El charco crece a su lado. Cada segundo medido. Cada grito, previsto.

Sergei me empuja dentro del coche, segundos después. Miro a través del cristal, los policías se acercan al cuerpo, y el alma se me parte en dos por tener que dejarla allí tirada. Por suerte, él mismo me saca del trance poco después, tras recibir la llamada.

—Todo ha salido bien —me dice, sin perder la calma—. Mihail la tiene. Ya está a salvo. Tal y como dijiste, el forense está con nosotros y está esperando a firmar la autopsia con su nombre.

También me recuerda que el cadáver que van a incinerar para hacerlo pasar por el de Zoya ya está en el crematorio, conforme al plan. Nadie hará preguntas.

—¿La policía?

—Han cumplido con su parte. Les hemos dado lo que pedían. La dirección del almacén abandonado donde Vencislav llevaba a cabo sus torturas. Lo que encuentren será más que suficiente para justificar su huida del país.

Asiento sin añadir nada más. No porque el plan no haya funcionado, sino porque el puto vacío que tengo en el pecho sigue ahí. Ardiendo.

Solo me queda una certeza: la venganza aún no ha terminado.

***

En la nave solo se escuchan murmullos. Los hombres hablan entre ellos, Sergei no deja de mirar el teléfono por si algo se complica, e Irina atiende a Yasen, mientras esperamos que Mihail y Zoya entren por la puerta.

Cuando por fin escucho el motor del coche, apenas logro contenerme. La puerta de la nave se abre y los veo a ambos, sanos y salvos. Zoya camina a su lado. No corre. No tiembla. Pero sus ojos lo dicen todo. Me busca. Me encuentra. Y entonces se rompe. Cruzo la distancia que nos separa sin dudar y la atrapo entre mis brazos. La encierro contra mi pecho. Necesito tocarla. Sentirla. Saber que está viva. Que está entera. Que es real. Durante un segundo, dejo de respirar mientras hundo la cara en su cabello. Solo existe ese abrazo. Solo existe ella.

Zoya alza la cabeza para mirarme.

—Estoy bien —susurra, como si necesitara tranquilizarme.

Pero no le respondo. No con palabras. La beso. Sin permiso. Sin pausa. Sin medida. La beso como si fuera la primera vez. Como si fuera la última. Como si en ese gesto pudiera borrar la sangre, la caída y el miedo. Ella me responde. Me agarra por la nuca. Se aferra. En el fondo sé que ella también necesita este beso para no venirse abajo.

Cuando nos separamos, Mihail ya está revisando la herida que Yasen tiene en el hombro. La bala solo ha rozado carne, nada grave.

El cabrón ha tenido suerte.

Mientras le cambia el vendaje, se despide. Tiene que irse al crematorio para supervisar que todo esté en orden. Que el cadáver que entregarán como si fuera el de Zoya esté listo y que el fuego lo consuma todo. Hasta las dudas.

—Ha funcionado —dice Sergei desde la puerta—. Pero tenemos que irnos. El refugio nos espera.

Asiento, y uno a uno comienzan a salir de la nave. Nuestros hombres se van en sus coches, y Yasen, Irina y Sergei suben a los nuestros para ponernos rumbo al túnel.

Yo no me muevo. No todavía.

Zoya sigue abrazada a mí cuando nos quedamos a solas. Me mira con esos ojos enormes que ahora, por fin, ya no esconden dolor, sino algo parecido a la calma. O al principio de ella.

—Todo ha acabado, pequeña. Ya nadie podrá hacerte daño —susurro, acogiéndole el rostro con las manos.

Ella no responde al instante. Me roza los labios con los suyos, como si quisiera asegurarse de que sigo aquí.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

La acaricio despacio. La mandíbula. El cuello. El perfil de su alma.

—Porque ahora eres mía.

Capítulo 37

Drago

Fábrica secreta. En el presente…

Gregor y Vencislav llevan casi diez minutos escuchando la historia y ninguno de los dos ha dicho nada hasta ahora.

Yo no tengo prisa. Los dejo cocerse en su propio miedo. Que se pregunten qué será lo próximo. Que se revuelvan por dentro. Que suden. Que duden.

—Así que fingisteis su muerte —masculla Gregor por fin, con una sonrisa torcida—. Ingenioso. Muy de tu estilo. Aunque demasiado teatral.

—¿Teatral? —me burlo—. No fuimos los únicos en actuar. Y en cuanto al plan, debéis reconocer que funcionó. Todo el mundo se lo creyó, incluido vosotros.

Vencislav alza la cabeza. Me busca con la mirada. Tiene los ojos rojos, la mandíbula desencajada. Está conteniéndose. Sé que va a explotar. Es cuestión de segundos.

—Fue entretenido veros representar el papel de familia afligida frente a la tumba —añado—, mientras nosotros preparábamos vuestra caída.

—Hijos de puta —sisea—. ¡Ella es mía!

Avanza con el cuerpo como si pudiera zafarse de las ataduras. No lo consigue. Solo logra agitar la silla y hacer ruido.

—Siempre ha sido mía —grita, con saliva en los labios—. Esa zorra se metió en mi cama cuando era una cría. Cuando aún no sabía ni cómo abrir las piernas. ¡Y ahora fingís que es vuestra heroína! ¡Que os pertenece!

—No nos pertenece —respondo, avanzando un paso—. Pero tú la perdiste hace mucho. Desde el primer golpe. Desde la primera humillación. Desde el momento en que decidiste tratarla como un objeto.

—¡Calla! —escupe—. ¡Calla de una puta vez!

—No lo hará —interviene Zoya—. Ni yo tampoco. Tu tiempo ya ha pasado, Vencislav. Ya no me escondo. Y tú no tienes poder sobre mí, ni sobre nadie.

Vencislav se queda congelado. Por un segundo parece que va a soltar una carcajada. Pero no lo hace.

—Siempre serás mía —sisea—. Aunque te folle medio país, sigues siendo una Petrov.

—Soy más que eso —responde ella con una calma que me eriza la piel—. Soy lo que tú jamás pudiste destruir.

Vuelvo a tomar la palabra. Se acabó el circo.

—¿Quieres saber quién es realmente? ¿Quién te ha derrotado?

Vencislav y Gregor no responden. Se produce un silencio tenso. Incómodo. Como un cuchillo suspendido en el aire.

—Zoya no es tuya —continúo, girándome hacia ella—. Nunca te perteneció porque lleváis la misma sangre.

Guante Blanco parpadea, aturdido. Gregor se mantiene firme. Aunque sé que no será por mucho tiempo.

—Pregúntale a tu padre si recuerda a una mujer llamada Nadia —le suelto a Vencislav.

Miro a Gregor. Su mirada ahora lo dice todo. Sé que ya ha atado cabos.

—Eso es imposible —murmura.

—¿De qué está hablando, padre? —le interpela Vencislav.

—Nadia trabajaba de sirvienta en vuestra casa —respondo—. Tu padre la engatusó. Y la dejó embarazada. ¿Lo recuerdas, Gregor?

Lo veo removerse en la silla y observo cómo su gesto empieza a cambiar. Por fin algo de temor en su mirada.

—La obligaste a abortar —continúo, mirándolo directamente—, pero ella se negó. La echaste cuando viste que podía ser una amenaza para tu perfecta familia, la dejaste en la calle sin un techo donde vivir y le negaste ayuda cuando te la pidió. La acorralaste y ella huyó a Grecia, donde dio a luz a una niña, a la que puso de nombre… Zoya.

Vencislav pierde el color del rostro y se gira hacia su padre.

—¿Es eso cierto? —le increpa.

Gregor no aparta la mirada. No muestra culpa. Solo resignación.

—Sí.

—¿Zoya es mi hermana?

—No me refiero a esa parte.

—¿Permitiste que me casara con mi puta hermana? —insiste Vencislav sin dar crédito.

—¿Cómo iba a saberlo? —Se revuelve—. Me dijeron que el bebé había muerto. Yo solo hice lo que tenía que hacer. ¿Acaso crees que tendrías lo que tienes si hubiese permitido que esa zorra provocara un escándalo?

Observo cómo Zoya se tensa, aunque logra contenerse.

—¡¡¡No hablamos de dinero, hablamos de que me acosté con ella!!!

—¡¡¡Te advertí de que no debías traértela!!!

—¡Entonces lo sabías!

—¡¡¡No lo sabía, joder!!! ¡¡¡Ella es solo es una maldita zorra que se abrió de piernas con el primero que llegó!!!

Vencislav pierde los nervios y se lanza hacia él como una bestia. La silla a la que está atado se levanta y empuja a su padre con todas sus fuerzas. Gregor cae de lado. El cráneo golpea sobre las bisagras que sujetan una de las puertas metálicas de la trampilla. El sonido es seco. Y el líder de los Petrov muere en el acto.

Zoya se tapa la boca con la mano. Sergei da un paso. Pero yo lo detengo con un gesto.

La sangre empieza a extenderse bajo la nuca de Gregor. Vencislav jadea. Mira el cadáver. Por un instante, sus ojos titilan. No es culpa. Tampoco arrepentimiento. Es miedo. Miedo puro. A lo que ha hecho. A lo que significa. A lo que ya no tiene vuelta atrás. Sin embargo, solo dura un segundo. Lo justo. Lo suficiente para saber que ya ha cruzado la línea. Entonces se ríe. Una carcajada ronca, salvaje. De esas que huelen a pólvora.

—¡Así te pudras en el infierno, maldito cabrón! —suelta tras escupir sobre su cuerpo.

Acto seguido, se gira hacia nosotros y nos mira. Primero a mí. Luego a Zoya. Lo hace con la cabeza alta. Con orgullo. Como si nada hubiera pasado, como si no acabara de matar a su propio padre.

—He hecho lo que debía. Y en cuanto a ella también —añade señalando a Zoya con el mentón—. Podéis matarme si queréis —nos

plantea—. Yo ya he ganado.

—Ah, ¿sí? —pregunto, alzando una ceja.

—Me follé a mi hermana. ¿Hay algo más humillante que eso?

Zoya no se inmuta. Ni siquiera parpadea.

—Sí —respondo por ella—. Que no te recuerde por eso. Sino por cómo vas a morir.

Me acerco a él. Despacio. Tomándome mi tiempo. La rabia ya no me quema. Ahora es otra cosa. Una calma venenosa que se me cuela por dentro.

—Estás de suerte, te había dicho que arderías en el infierno, y ha llegado el momento.

Doy la orden para que todos salgan. Uno a uno abandonan la fábrica, hasta que solo quedamos los tres.

—¿Y qué viene ahora? ¿Que ella me reproche lo que le hice? —suelta con soberbia.

—No sería suficiente para hacerte pagar por todo lo que me has hecho —responde Zoya, con una entereza que me excita.

—No os tengo miedo y me importa una mierda lo que hagáis.

—Te equivocas de nuevo —le rebate ella—. Voy a darte tu peor castigo.

Vencislav suelta una carcajada cargada de orgullo.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Arrancarme las uñas? ¿Electrocutarme? Yo inventé la tortura, nada de lo que hagas me arrancará un solo grito.

—Lo harás —aseguro, acercándome de nuevo hacia él—. Gritarás hasta romperte la garganta, si es necesario. Conocemos tu punto débil, sabemos justo lo que más te duele. Vas a sufrir hasta soltar la última lágrima que te quede. Hasta tu último aliento. Vas a ver tu

orgullo reducido a cenizas, hasta el punto que desearás estás muerto. Y será tal el dolor que vas a sentir, que serás tú mismo quien acabe con tu propia vida.

—Debéis haber perdido el juicio si creéis que haría tal cosa. Nada de lo que hagáis conseguirá que yo mismo me mate.

—Tienes la oportunidad de demostrarlo —lo reto, dejándole en su mano un interruptor con un botón de color rojo.

Su semblante cambia al instante.

—¿Qué demonios es esto?

—Tienes en tus manos tu destino. Ese botón activa la doble trampilla que tienes bajo tus pies. Pero antes quiero contarte algo que quizá no sepas. —Hago una pequeña pausa para regresar junto a Zoya y disfrutar del modo en que nos mira—. Un diamante sintético se forma a partir de grafito. Se somete a temperaturas extremas. Y después… se purifica en un horno a más de mil quinientos grados centígrados. Justo como el que tienes debajo. —Lo veo mirar hacia el suelo y el modo en que levanta los pies en un acto reflejo—. Así que, si lo pulsas… tú serás el próximo en fundirte.

Vencislav se ríe. Esa risa que huele a soberbia y destila veneno.

—¿Y esto es todo? ¿Me dais un mando y esperáis que me suicide? —se burla—. No me quitaré la vida. Eso es de cobardes.

Lo fulmino con la mirada. Hay una calma rara en mi pecho, una quietud que solo precede a la tormenta.

—Eso ya lo veremos —respondo, con voz baja—. No vas a salir de aquí con vida, Petrov. Y en el remoto caso de que lo hicieras, irías a la cárcel por vender diamantes sintéticos por naturales. Se te imputaría la muerte de Zoya, la de tus hombres y la de tu propio padre. Jamás saldráis de prisión. Pero eso sería demasiado fácil, y

no estoy dispuesto a concedértelo. —Hago una pequeña pausa para ponerlo aún más nervioso—. Aún te queda la peor parte, y quiero ver cómo te retuerces.

Se lo digo sin necesidad de elevar el tono. Sin gritar. Solo lo suficiente para que las palabras se le claven detrás de los ojos.

Miro a Zoya. Ella se gira despacio, con la barbilla alta y los ojos clavados en él. No tiembla. No duda. Es la reina que ha cruzado el tablero entero para dar el jaque final. Camina hasta una gran cortina gris que oculta una parte de la fábrica. La descorre. El metal cruje al hacerlo. Tras ella, hay una cama de hierro forjado con sábanas negras.

Vencislav se tensa. Lo noto. Su cuello, sus hombros, incluso la forma en que mueve los dedos atrapados por las bridas. Lo sé. Acaba de entender de qué va esto.

—No… —susurra, aunque su voz se apaga antes de completarlo.

Zoya se vuelve hacia mí y yo camino hacia ella. Le extiendo la mano. Ella la toma. Nos acercamos juntos a los pies de la cama. Frente a él. Sin prisas. Sin miedo.

Nos miramos. Y nos besamos. Primero despacio. Después con hambre. Con esa sed contenida que no entiende de vergüenza ni de piedad. Su boca se abre contra la mía. Su lengua me busca. La sostengo por la nuca, la atraigo contra mí, y ella se deja llevar.

—¡Esto es absurdo! ¡No miraré por mucho numerito que montéis! —gruñe.

Me vuelvo hacia él y veo que tiene la mirada enrojecida.

—El ser humano está diseñado para curiosear guiado por el morbo. Disfruta del espectáculo.

Me giro hacia Zoya y la beso de nuevo. Esta vez, atrayéndola aún más a mí. Le quito la camiseta despacio, dejando al descubierto sus pechos. Ella me quita la mía, y después nos quitamos el pantalón uno al otro. Lo hacemos en silencio, dejando que la tensión sea la que hable por nosotros.

Zoya se sienta a los pies del colchón, frente a la figura de Vencislav. Yo me arrodillo ante ella. Le bajo la ropa interior de forma lenta, casi ceremoniosa. No hay música. Solo su respiración. Su piel. Su olor.

Ella abre ligeramente las piernas y me ofrece el centro de su cuerpo. Yo no dudo. Me inclino. La beso ahí. En el lugar exacto donde empieza el poder. Mi lengua dibuja círculos. Trazos. Deslizo los dedos por sus muslos mientras ella se apoya con las manos sobre la sábana.

—Basta… —masculla Vencislav, con la voz trabada—. Ya está bien. ¡Parad!

No le hacemos caso.

Zoya gime. No finge. Lo siente. Su cuerpo vibra contra mi boca. Se retuerce. Me ofrece todo. Me pide más y me agarra del pelo, mientras abre los ojos para mirarlo.

—Mírame, cabrón —susurra, sin apartar la vista de él—. Mírame mientras recupero lo que me quitaste.

—¡Zorra! ¡Zorra de mierda! ¡Voy a matarte! —grita él, rojo, desencajado.

Pero está atado. No puede moverse. No puede hacer nada. Solo mirar.

Zoya jadea. Me separo de ella y me incorporo para terminar de desnudarme. Ella acoge mi polla y se la lleva a la boca. De nuevo lo

mira, lamiéndome despacio. Disfrutando. Deleitándose cada vez que la succiona y la acaricia con los labios. Acojo su cabello, hundo mis dedos en él y la rozo para que me bese. Lo hace, y le ofrezco la mano para que se tumbe. La sigo. Me subo sobre la cama. Ella me recibe entre sus piernas. Nos miramos. Le acaricio la mejilla. Ella me besa. Nos acostamos.

—¡¡¡Suéltala!!! ¡¡¡Es mía!!!

La penetro con una embestida lenta. Sólida. Ella suelta un gemido que rebota en las paredes. Empujo. Una. Dos. Tres veces. Nos fundimos. Su espalda se arquea. Mis manos acogen en su cintura. Su boca acaricia mi cuello. Gimo su nombre. Ella el mío.

Y Vencislav ruge.

—¡Hijos de puta! ¡Basta ya! ¡¡¡Basta, os digo!!!

Pero no hay pausa. No hay piedad. Continúo hundiéndome en ella. Con fuerza. Con deseo.

La agarro de la cintura y la levanto. La giro y cambio de postura para colocarla sobre mí cuando me tumbo sobre la sábana. Los pies de la cama quedan a mi derecha ahora, no quiero que se pierda nada. Zoya se arquea hacia atrás, siguiendo el ritmo. Mueve las caderas para rozar su interior, para llegar al máximo placer con cada embestida. Jadeo. Ella jadea.

Vencislav se revuelve en la silla como una fiera enjaulada. Intenta girar la cabeza. Cerrar los ojos. Taparse los oídos. Pero no puede. Las bridas le atan las muñecas y los tobillos. El cuero de la silla chirría con cada espasmo, con cada intento inútil de huir de lo que está presenciando. El sudor le cae por la frente. Tiene el rostro enrojecido. Irritado. Hundido. Y el orgullo hecho cenizas.

—¡¡¡Basta!!! ¡Esto no es una rendición! ¡¡¡Es una emboscada!!!

—No —responde Zoya, mirándolo. Desnuda. Despeinada. Hermosa. Invencible—. Esto es justicia.

Me incorporo y beso sus pechos. Ella me agarra del pelo. Estira de él. No me hace daño. Yo tampoco a ella cuando la agarro de las nalgas y se las abro para penetrarla aún con más fuerza.

Zoya suelta un resuello y abraza mi rostro con las manos.

—Te quiero. Ahora. Y siempre —jadeo con esfuerzo en su boca.

—Yo también a ti, *Diamond*.

El infierno aún no ha abierto sus puertas. Pero está a punto, como lo estamos nosotros al borde del orgasmo.

La penetro una vez más. Zoya se corre con un grito. Su cuerpo tiembla. Su piel se eriza. Y solo entonces me corro dentro de ella.

Nuestras respiraciones aún no se han calmado, cuando nos volvemos hacia él. Y entonces lo vemos. Vemos el temblor en sus ojos. La rabia cruzándole el rostro. Y algo más. Algo roto. Irrecuperable. Vencislav baja la cabeza. La aprieta contra el pecho. Empieza a jadear. A murmurar cosas sin sentido. Como si quisiera volver al pasado, a una época donde aún podía poseerla. Donde ella aún era suya.

Gira el rostro con un espasmo. Tiene el cuello tenso.

La silla se tambalea bajo su cuerpo. El pecho le sube y baja como un animal a punto de morir. Tiene las pupilas dilatadas. Las mejillas encendidas. No puede más.

Trastea el mando tembloroso y sus ojos nos buscan por última vez.

—¡¡¡Maldita seas!!! ¡¡¡Malditos seáis los dos!!! —grita con todas sus fuerzas.

Y entonces, ocurre. Y Vencislav pulsa el botón.

El clic resuena en toda la fábrica. Un segundo después, el suelo tiembla. La trampilla se abre bajo sus pies. También bajo el cuerpo muerto de Gregor, que permanecía inerte a su lado.

Ambos caen.

Un grito desgarrador se alza en la nave. El de Vencislav. El de una bestia que se hunde sin remedio.

El sonido de los cuerpos al estrellarse contra el horno es seco. Violento. Después, el estruendo del fuego envolviéndolo todo. Y entonces… el silencio. Solo el crepitar del infierno.

Zoya y yo nos acercamos al borde de la trampilla. Pese a la distancia que hay hasta abajo, la luz anaranjada del horno dibuja sombras sobre nuestros cuerpos desnudos. El calor sube como una maldición. A mis pies, el infierno devora a sus dueños.

Ella se aleja y recoge el bastón que habíamos dejado apoyado en una de las paredes. Era su símbolo de poder, ese con el que la golpeaba hasta marcarle la piel. Zoya regresa junto a mí y, sin decir una palabra, lo lanza dentro. El metal retumba antes de ser tragado por las llamas.

Yo me quedo inmóvil. Sin pestañear. Sin respirar.

—Le dije que no era un caballero. He cumplido mi palabra —susurro antes de besarla de nuevo.

Epílogo

Drago

La cena ha terminado, pero nadie se ha movido de la mesa, excepto mi cuñado. Zoya me roza la pierna con la suya bajo el mantel y me lanza una de esas sonrisas suyas, suaves por fuera y afiladas por dentro.

—Sales en la prensa de nuevo, Zoya —comenta Sergei, tan serio y prudente como siempre, cogiendo el periódico que hay tras él en el aparador, para después dejarlo sobre la mesa, junto a la cerveza de Irina y el chupete del bebé—. Con lo que dijeron de ti hace año y medio, y mira ahora.

A mi izquierda, Irina vigila de cerca a Yasen que, con el hijo de ambos encaramado sobre sus hombros, lo pasea por el salón de un lado a otro, mientras el pequeño ríe y agita los brazos como si volara.

—Si te refieres a la noticia de que fue mi hermana gemela la que murió en el puerto, fue idea de Drago —comenta Zoya.

—¿Y qué querías que hiciera? —me defiendo—. No podía dejar con el culo al aire al forense y a la policía, después de lo que hicieron por nosotros. Tenía que cuadrar todo. El ADN, la autopsia, la

cremación… Esa versión era la única que los dejaba fuera y blindaba nuestra salida.

—Y la que me permitía hacer vida normal. Fue una idea brillante —me reconoce ella, con un guiño que casi acaba empalmándome.

—¿Y qué dicen ahora? —demanda Svetlana, que entra con un bol de fruta en la mano.

La mujer lleva un año y medio con nosotros. Zoya quiso traerla cuando todo acabó, y ahora es una de los nuestros. Aunque no estoy seguro de que Milena opine lo mismo.

—Se hacen eco de su generosa donación —responde Sergei.

—Eso fue idea suya —comento orgulloso, mirándola.

—Y la mejor que he tenido nunca —confiesa—. Disolver la empresa de los Petrov y reunir todo lo que heredé fue un acierto para poder construir los nuevos centros de acogida y adopción de Grecia y Varna.

—Al menos el dinero de esa gentuza ha servido para algo —murmuro.

Ya ni siquiera hablamos de lo que ocurrió. Los Petrov están donde debían hace mucho tiempo. Ese día hicimos justicia. Y poco después dimos todo por concluido cuando los pocos hombres que les quedaban se marcharon del país. De Radko nos ocupamos después del ataque. Era su perro. Y los perros deben estar con sus dueños.

—¡Yasen! ¡Baja al niño del techo, por Dios! —protesta Irina, recogiendo la servilleta—. Te dije que no me gusta que lo subas a los hombros cuando ha comido.

—Pero, si le gusta. Míralo —defiende, tan divertido o más que mi propio sobrino.

—¿Estás tonto o qué? ¡Como le hagas daño, te mato! Y luego te resucito para volver a matarte.

—Solo le doy un paseo aéreo. ¿A que sí, colega?

—El paseo te lo voy a dar yo como no lo bajes.

Irina lo fulmina y Yasen obedece de inmediato.

Me río por lo bajo. Zoya también.

—Bebé —suelta de pronto Igor, señalando su *tablet*.

Milena es la primera que se ofrece para ir a por él, pero Svetlana se le adelanta y sale disparada, escaleras arriba.

—Gracias, colega —le digo a mi hermano.

Desde que Zoya dio a luz a nuestro hijo, Igor solo está pendiente de la cámara que hay en su habitación. Le gusta cuidarlo y avisarnos cuando se despierta o necesita algo. En su privilegiada mente, y a su manera, es el mejor tío del mundo.

Según Mihail, el poder del subconsciente es todavía un misterio que la ciencia no logra explicar, y prueba de ello fue que Zoya abortase en las anteriores ocasiones. Ella llegó a pensar que nunca podría ser madre, pero la versión de nuestro médico y amigo, es que fue su propio cuerpo quien rechazó aquellos embarazos. El de nuestro hijo, en cambio, fue de manera natural y no hubo ningún contratiempo.

Svetlana reaparece en el salón con el niño. Nuestro particular milagro. Apenas tiene unos pocos meses y sigue alimentándose de su madre. No lo reconoceré jamás, pero siento ciertos celos cuando es él quien tiene prioridad sobre sus pechos. Soy un puto egoísta. Lo sé.

Cuando Svetlana le entrega al bebé, ella se excusa y se va con él a la salita contigua al salón para amamantarlo. Irina sigue

discutiendo con Yasen. No saben hacer otra cosa últimamente. Sergei se entromete de vez en cuando para intentar calmar los ánimos, aunque siempre sale perdiendo cuando se trata de Irina. No es perfecta. Ninguno lo somos en realidad. Pero son mi familia. Y lo que más protejo en el mundo.

El refugio sigue funcionando. Tenemos nuevas rutas de distribución. Exportamos diamantes naturales y sintéticos, para que no salten las alarmas. Los clientes de la India ahora son nuestros. Aunque es en el mercado negro donde nuestro negocio ha disparado las cifras.

La calidad de nuestros diamantes es única, y los hemos introducido gracias a los contactos y al don de Zoya. Meter piedras hechas en laboratorio no es fácil. Esa gente sabe lo que se hace, no aceptan cualquier cosa. En una ocasión, ella evitó que timaran a uno de los mezcladores más importantes del país. Aquellos cristales no valían nada. Y en agradecimiento por impedir que perdieran una fortuna, nos convertimos en sus principales proveedores.

El salón se ha ido apagando poco a poco. Uno a uno, todos se han retirado. Irina arrastrando a Yasen del brazo. Sergei apagando luces. Milena protestando porque Svetlana ha cerrado la puerta sin avisar. Igor se ha marchado con su *tablet* para revisar de cerca al bebé.

Ahora, por fin, estamos solos. Zoya y yo. En el sofá.

Ella tiene el pelo revuelto, el cuerpo relajado y la camisa medio desabotonada tras haber dado el pecho. Está agotada. Pero sonríe. Con esa media sonrisa que me desarma cada vez que aparece sin permiso.

—¿Sabes qué es lo mejor de todo esto? —susurra, sin moverse—. Que hemos sobrevivido.

—No solo eso —respondo, bajando la voz—. Hemos ganado.

Se acomoda entre mis piernas, apoya la cabeza en mi pecho y suspira al fin sin miedo. Mis dedos juegan con su cabello. Su olor y el calor de su cuerpo me serenan. Es ahí donde está la victoria. No en el poder, ni en las cuentas en paraísos fiscales. Está en esto. En ella. En nosotros.

—Ya nadie va a hacernos daño —le aseguro, sonando como una promesa.

La miro y la beso. Sin prisa. Sin palabras. Como si todavía quedaran restos de pólvora que quisieran arder. Y yo la dejo arder. Porque es fuego. Y porque es mía.

Zoya vuelve a acomodarse en mi pecho. Su respiración calma la mía. Es algo sencillo y tan mágico al mismo tiempo, que no sé cómo describirlo. Solo sé que soy un puto afortunado.

—Drago —susurra.

—Dime, pequeña.

—¿Tú crees que algún día podremos olvidar todo lo que pasó?

—No —contesto, sincero—. Pero aprenderemos a vivir con ello. A llevarlo como lo que es. Parte de nuestra historia. Parte de lo que nos hizo ser quienes somos.

Ella asiente. Luego apoya la cabeza en mi hombro y cierra los ojos.

Yo no los cierro. No aún.

Miro hacia la puerta del salón, hacia las escaleras por donde subieron los demás, hacia el pasillo que nos conecta con el refugio,

con los túneles, con todo lo que alguna vez fue peligro y ahora es hogar.

Y entonces lo pienso. Lo sé. Y lo susurro.

—Mi familia siempre fue mi fuerza. Pero ahora sé que también sois mi debilidad.

«El verdadero poder no está en el dinero ni en los diamantes. Está en saber quién eres y a quién eliges tener a tu lado».

FIN

Si te ha gustado esta historia, te agradecería que me dejaras tu valoración en Amazon.

Gracias,

García de Saura

Bibliografía

SERIE REINAS:

- REINA DE LOBOS. 2023.
- REINA DE HALCONES. 2023.
- REINA DE ÁGUILAS. 2024.

SERIE NOBLES BELGAS:

- EL BARÓN BOURDIEU. 2021. (Serie nobles belgas nº 1).
- EL DUQUE DUMONT. 2023. (Serie nobles belgas nº 2).
- EL CONDE CUVELIER. 2024. (Serie nobles belgas nº 3).

SAGA HOUSTON:

- HOUSTON, TENEMOS MÁS DE UN PROBLEMA. 2017.
- HOUSTON, TENEMOS UNA MISIÓN INN-POSIBLE. 2018.
- HOUSTON, TENEMOS NUEVE SEMANAS Y MEDIA. 2018.
- SAGA HOUSTON (Completa). 2020.

SAGA HUYAMOS:

- ¡HUYAMOS, AHORA QUE PODEMOS! Volumen 1. 2019.
- ¡HUYAMOS, AHORA QUE PODEMOS! Volumen 2. 2019.
- BILOGÍA COMPLETA ¡HUYAMOS, AHORA QUE PODEMOS! 2019.

SERIE LA CUADRILLA:

- LA CUADRILLA 1. 2021.
- LA CUADRILLA 2. 2021.
- BILOGÍA COMPLETA LA CUADRILLA (Volumen 1 y 2). 2021.

OTROS TÍTULOS:

- LA CULPA ES DE D.I.S.N.E.I. 2015.

- LO QUE EL ALCOHOL HA UNIDO QUE NO LO SEPARE LA RESACA. 2016.

- SOÑANDO A LO GRANDE, PENSANDO A "LO CHICO". 2016.

- EL ESPÍRITU DE LA NAVIDAD. 2020.

- NO SOY EL JUGUETE DE NADIE. 2022.

- URIARTE. 2022.

- MI NAPOLEÓN Y SUS BUENAS PARTES. 2024. (Nueva versión de *Aquí le echamos muchos huevos... a la tortilla. 2017*).

- NAVIDAD EN NY. 2024.

- MIS PODERES Y TUS POLVOS MÁGICOS. Humor, deseo y secretos que arden. 2025.

- DIAMOND. 2025.

OTROS LIBROS Y FORMATOS:

- 10 LIBROS PARA COLOREAR. 2022.

- 8 AUDIOLIBROS. 2023.

CUENTOS INFANTILES (Serie Recuperando los valores).

- EL CUMPLEAÑOS DE NURIA. La Generosidad. 2018.

- NO QUIERO IR AL COLE. La Responsabilidad. 2019.

NOVELAS TRADUCIDAS A OTROS IDIOMAS:

- I AM NOBODY'S TOY. 2023. (Traducción al inglés de *No soy el juguete de nadie*).

- THE SPIRIT OF CHRISTMAS. 2023. (Traducción al inglés de *El espíritu de la Navidad*).

- BARON BOURDIEU. 2023. (Traducción al inglés de *El Barón Bourdieu*).

- CRHISTMAS IN NY - NOEL À NY - NATAL EM NY. 2024. (Traducción al inglés, francés y brasileño de Navidad en NY).

Biografía



García de Saura es mi seudónimo, y mi nombre es Carmen María. Soy natural de Molina de Segura, Murcia. Cursé mis estudios de Bachillerato y COU en la rama de letras puras, tras los cuales, me gradué en Técnico Especialista en Administración, de lo que ejercí durante años. Mi alma inquieta y artística me llevó, además, no solo a asistir a cursos de informática, bisutería o tatuajes, sino también hacia la rama de la pintura, donde descubrí una parte de mí que hasta entonces desconocía, y que dio lugar a más de 400 obras; algunas de ellas se encuentran en ciudades como Barcelona, Londres o Buenos Aires.

Aunque no fue hasta la primavera de 2015 cuando encontré mi verdadera pasión y vocación, la que a día de hoy se ha convertido en mi única y más preciada profesión. Ese año publiqué mi primera novela. Fue toda una sorpresa para mí que la editorial Planeta se interesara por mi trabajo, con la que acabé publicando ocho títulos en total. Después, en el 2018, decidí auto-publicarme. Hice cursos

de edición y maquetación y, desde entonces, edito mis propias novelas y también las de otros autores.

Ser autora de novela romántica ha superado mis expectativas, y gracias a ello sigo cumpliendo sueños.

Web: AMAZON

Puedes localizarme en:

Sígueme en **AMAZON** para enterarte de todas las ofertas, promociones y lanzamientos.

REDES SOCIALES:

INSTAGRAM

TIK TOK

FACEBOOK PERFIL

FACEBOOK PÁGINA

FACEBOOK GRUPO

YOUTUBE

X (TWITTER)

Citas

- *"García de Saura logra un equilibrio perfecto entre romance, erotismo y humor"* (Web de Planeta).

- *"Prolífica escritora del género romántico... mejor prueba de la vitalidad de un sector que sabe cómo renovarse"* (Diario ABC. Suplemento).

Premios, logros y reconocimientos

- PREMIO Mejor 1ª novela auto-publicada 2012-2015 (La culpa es de D.I.S.N.E.I.).

- TERCER PREMIO Mejor novela erótica (Lo que el alcohol ha unido que no lo separe la resaca). Blog La Puerta de los Libros Infinitos. Junio 2020.

- PREMIO Mejor Autora 2020. Blog La Puerta de los Libros Infinitos. Diciembre 2020.

- PREMIO Mejor novela erótica 2020 (Huyamos, ahora que podemos). Blog La Puerta de los Libros Infinitos. Diciembre2020.

- Autora del mes web de Planeta en Romántica. Junio 2017.

- Autora del mes blog Locas del Romance. Enero 2019.

- 8 Bestsellers.

- 8 Segundas Ediciones.

- 2 Terceras Ediciones.

- Fragmento de la novela MIS PODERES Y TUS POLVOS MÁGICOS en el libro didáctico LÁNZATE 2d (B1), de la editorial francesa Nathan, como ejemplo de "cómo una mujer debe ser valorada por su intelecto". 2019.

- Placa reconocimiento a la labor literaria. Paseo de Las Letras, Molina de Segura. Mayo 2019.

- Número 1 en Amazon España, Amazon México, El Corte Inglés y Kobo (Fnac).

- Más de 66.000 copias vendidas.

- Wikipedia. Marzo 2022.

Agradecimientos

Escribir *Diamond* ha sido un viaje distinto, intenso… y absolutamente necesario. Ha sido regresar a mis orígenes con la escritura, hace ya más de veintiún años, cuando comencé a escribir un thriller romántico que aún continúa guardado en el cajón. Me he sentido como pez en el agua, más yo misma, y lo he disfrutado tanto que, a veces, hasta me ha hecho preguntarme por qué no me había atrevido a hacerlo antes.

Quiero agradeceros a todos los que me habéis acompañado en este proceso, incluso sin saberlo.

A las lectoras que me empujan con cada historia a ir un paso más allá. Sois el motivo y el motor.

A quienes vibráis con las emociones fuertes, con las sombras y las luces de personajes que no caben en una sola página. Esta novela es para vosotras. A quienes me leéis en silencio, en voz alta o con el corazón en la garganta: gracias por seguir aquí, por confiar, por sentir.

A mis Gamberras brujillas… Gracias por ser tribu, por reír conmigo, por sostenerme en los días grises y celebrarlo todo, hasta lo que aún no ha pasado. Sin vosotras, esto no tendría magia.

A mis nuevos lectores, a los que os doy la bienvenida a mi mundo literario.

A todos, gracias por concederle a *DIAMOND* entrar en vuestras vidas.

García de Saura

[1] *Grammofon Waltz:* ℗© Eugen Doga
[2] *Pole dance*: baile en barra.
[3] *Rakia*: aguardiente o brandy de frutas, muy popular en Bulgaria.